

CASSIE COLE



Ninera
PARA LOS
MERCENARIOS

UNA NOVELA ROMANTICA DE HAREN INVERSO

Contents

[Title](#)

[Copyright](#)

[Otros libros de Cassie Cole](#)

[1 - Trish](#)

[2 - Jordy](#)

[3 - Trish](#)

[4 - Archer](#)

[5 - Trish](#)

[6 - Trish](#)

[7 - Trish](#)

[8 - Trish](#)

[9 - Jordy](#)

[10 - Trish](#)

[11 - Jordy](#)

[12 - Trish](#)

[13 - Trish](#)

[14 - Trish](#)

[15 - Trish](#)

[16 - Archer](#)

[17 - Archer](#)

[18 - Trish](#)

[19 - Trish](#)

[20 - Jordy](#)

[21 - Trish](#)

[22 - Archer](#)

[23 - Trish](#)

[24 - Trish](#)

[25 - Trish](#)

[26 - Harrison](#)

[27 - Harrison](#)

[28 - Trish](#)

[29 - Trish](#)

[30 - Trish](#)

[31 - Trish](#)

[32 - Harrison](#)

[33 - Trish](#)

[34 - Jordy](#)

[35 - Jordy](#)

[36 - Trish](#)

[37 - Archer](#)

[38 - Archer](#)

[39 - Trish](#)

[Epilogue](#)

[Previa especial - Niñera para los marines](#)

Autor

Niñera para los mercenarios



Copyright © 2023 Juicy Gems Publishing

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción, distribución o transmisión de esta obra de cualquier forma o por cualquier medio sin el permiso previo y por escrito de la autora.

Versión original editada por Robin Morris.

© de la traducción: Marta Cisa Muñoz

Sígueme en las redes sociales para estarte al día con las nuevas publicaciones, anuncios ¡y sorteos de premios!



www.cassiecoleromance.com

Otros libros de la misma autora (en Español)

[Niñera con beneficios](#)
[Jugando Fuerte](#)
[Niñera para los Marines](#)
[Niñera para el multimillonario](#)
[Niñera para los bomberos](#)
[Una niñera en Navidad](#)
[Compartida entre los milmillonarios](#)
[Ardiente](#)
Niñera para los mercenarios

Otros libros de la misma autora (en Inglés)

[Broken In](#)
[Drilled](#)
[Five Alarm Christmas](#)
[All In](#)
[Triple Team](#)
[Shared by her Bodyguards](#)
[Saved by the SEALs](#)
[The Proposition](#)
[Full Contact](#)
[Sealed With A Kiss](#)
[Smolder](#)
[The Naughty List](#)
[Christmas Package](#)
[Trained At The Gym](#)
[Undercover Action](#)
[The Study Group](#)
[Tiger Queen](#)
[Triple Play](#)
[Nanny With Benefits](#)
[Extra Credit](#)

[Hail Mary](#)

[Snowbound](#)

[Frostbitten](#)

[Unwrapped](#)

[Naughty Resolution](#)

[Her Lucky Charm](#)

[Nanny for the Billionaire](#)

[Shared by the Cowboys](#)

[Nanny for the SEALs](#)

[Nanny for the Firemen](#)

[Nanny for the Santas](#)

Shared by the Billionaires (Feb 2022)

1



Trish

—¡Vamos, Trish, tú puedes! ¡Dos más! —me retó Lisa—. ¡Bien hecho! Eso es, otra más y... ¡ya está!

Solté un gruñido y volví a colocar la barra en los ganchos del *rack*, tras lo cual me incorporé y me limpié el sudor de la frente con una toalla. Mientras intercambiaba el sitio con Lisa, que había estado detrás del banco de musculación, me esforcé en recuperar el aliento, con lo que inhalé el fuerte olor que solo se encuentra en los gimnasios. Me levanté y Lisa se inclinó para limpiar el asiento antes de tumbarse y empezar con su serie.

—Se me hace raro hacer pesas —dije—. No quiero ponerme en plan forzuda, solo tonificarme.

Lisa levantó la barra olímpica y empezó a hacer repeticiones como si no pesara nada.

—Eso es un mito y ya está. No acabarás con un cuerpo de forzuda a menos que además empieces a comer mucho.

—¿Sabes la de pizza que comí este finde? —respondí mientras la miraba—. Por no hablar de las Pringles que me tomé para desayunar el sábado.

Puso los ojos en blanco.

—Por entrenar con pesas no te vas a poner toda musculitos, créeme. Y encima se queman más calorías que haciendo cardio.

Creía a Lisa, mi mejor amiga que estaba tan en forma y era tan esbelta como una leoparda. No se trataba de que estuviera «descontenta» con mi cuerpo o, al menos, no más de lo habitual, pero el verano se acercaba y quería estar extrasexi con el traje de baño.

—¿Qué tal va la casa de acogida? —le pregunté cuando se tomó un descanso entre series.

Ella me respondió con una sonrisa:

—Mejor que nunca. Es decir, tan bien como puede ir un refugio para mujeres, pero, bueno, va bien. Nos han llegado muchas donaciones y voluntarios. Estamos ayudando a mucha gente. ¿Qué tal tú con el trabajo?

Se oyó un estruendo metálico de las pesas en el *rack*.

—Mejor que nunca —respondí de manera sarcástica—. Preparar cafés hace que me sienta de lo más realizada.

—Me refería a cómo va la búsqueda de un trabajo a largo plazo —me respondió mientras me fulminaba con la mirada—. ¿Sigue sin haber suerte? —Negué con la cabeza. Lisa abrió la boca para animarme (algo que siempre hacía), pero entonces desvió la vista hacia el fondo y anunció—: Mira: allí están Rubio y Moreno.

Me giré para ver a dónde miraba, al vestíbulo pasado la ventana del YMCA. Dos chicos corpulentos y musculosos, a los que llamábamos Rubio y Moreno por el color de su pelo, se acercaban a recepción para escanear sus llaveros de abono al gimnasio. Ambos llevaban pantalones de vestir y polos azul marino que se les ceñían a las figuras esculturales y a cada uno le colgaba una bolsa de deporte de estilo camuflaje del hombro. Parecían guardaespaldas o unos agentes del servicio secreto de incógnito que intentasen pasar desapercibidos.

—Eso es nuevo —dijo Lisa mientras los señalaba con la cabeza.

Junto a ellos había una niña con el pelo rubio y largo, recogido en una trenza que le bajaba por la espalda. Apenas le llegaba a la cintura al Moreno. La pequeña les dio un abrazo a uno y luego a otro antes de salir corriendo hacia la habitación de guardería para jugar con otros niños. Entonces, los dos macizos fueron hacia el vestuario de hombres para cambiarse.

—No sabía que Rubio tuviese una hija —dije.

—Eso no cambia nada —dijo Lisa mientras se tumbaba para empezar otra serie—. Ninguno de los dos lleva anillo de matrimonio.

—A lo mejor se los quitan antes de hacer pesas —supuse.

Lisa respondió con esfuerzo mientras levantaba la barra olímpica más deprisa que antes:

—Los he visto de cerca antes de cambiarse. En esos dedos no hay anillos, chica. Están solteros. Por cierto, aún no me has dicho a cuál quieres.

—No me gusta ir por ahí repasando a los chicos del gimnasio —protesté.

—Entonces me pido a Rubio. Me gustan los hombres con acentos extranjeros.

Se mordió el labio mientras soltaba un suspiro de satisfacción.

—A nosotras nos molesta que los hombres se nos queden mirando en el gimnasio —señalé —, así que no deberíamos hacer lo mismo.

—Vale. ¡Mira que te pones aguafiestas cuando estás buscando trabajo!

La ignoré y nos cambiamos el sitio para que yo completase mi última serie de *press de banca*. Entonces, dejamos las pesas en su lugar y nos fuimos hacia la pared con los bancos para sentadillas.

—¿Seguro que no acabaré con unos muslos enormes? —le pregunté tras mi primera tanda de sentadillas traseras.

—¡Que el ejercicio no es para eso! —insistió—. Es un entrenamiento de cuerpo entero, sobre todo de *core*.

Mientras le tocaba el turno a Lisa, Rubio y Moreno se dirigieron a grandes pasos hacia la zona de los pesos. Se habían puesto pantalones cortos holgados y camisetas de tirantes: la del Rubio era gris y la del Moreno era azul y rosa fosforitos. Me los quedé mirando unos segundos (en concreto a los anchos músculos de los hombros de los que colgaban los tirantes de las camisetas) antes de apartar la vista, pero, al poco rato, noté que se nos acercaban.

—Hola, Kettlebells —me dijo Moreno—. ¿Está disponible este banco de sentadillas? —Señaló el *rack* que teníamos al lado con un pulgar.

Moreno y yo solo habíamos hablado una vez antes, cuando ambos habíamos utilizado las pesas rusas, también llamadas *kettlebells*. Un cosquilleo de emoción me recorrió la espalda al ver que me reconocía.

—¡Vaya si está disponible! —me susurró Lisa.

Le lancé una mirada de reproche y respondí:

—Todo tuyo. Nosotras solo usamos este.

Moreno me dirigió una sonrisa tan grande que se le iluminó el rostro. Tenía unos ojos marrones, intensos y amables al mismo tiempo, que iban a juego con el color de su pelo sensual y exuberante. Nunca había sentido una atracción tan fuerte por el cabello de un hombre antes de ver a ese chico. Me pregunté cómo sería tocarlo con los dedos.

«Ya basta», me dije. «Hemos venido aquí a entrenar, no a pensar en el atractivo de nadie».

—¿Tres de treinta y cinco? —le dijo Rubio a su amigo con un elegante acento británico. No supe de qué región sería, pero sí que me parecía muy sexi.

—Tres de cuarenta —le contestó Moreno—. Voy a por un nuevo récord de cinco repeticiones.

Resultaba imposible no mirarlos de reojo mientras alzaban los discos y los ponían en la barra. Cuando yo alzaba uno de quince kilogramos tenía que reunir todas mis fuerzas, pero estos tipos levantaban los de veinte con una mano como si no pesaran nada.

«Por mirar un poco, no pasa nada», me dije.

—Perdona por haberme distraído antes —me dijo Lisa mientras hacía su siguiente serie de sentadillas. Con los chicos al lado, empezó a hacer su tanda más despacio mientras sacaba tanto trasero como podía—. Hablábamos de lo de tu trabajo. Entonces, ¿nada a largo plazo?

—Nada. Ni la más mínima señal de esperanza —respondí—. He tirado la toalla con el sueño de convertirme en *au pair* en Francia. Me conformaría con un trabajo de niñera a largo plazo en cualquier lugar del norte de California. O del sur. Incluso Virginia.

—¿Eres muy estricta con el tipo de clientes que buscas? —preguntó Lisa mientras dejaba las pesas en su sitio y se apoyaba en la barra—. Sé que prefieres que te contrate alguien con solo un hijo o una hija.

Negué con la cabeza.

—He sido flexible con todas mis preferencias, pero, aun así, nada.

—Podría conseguirte un puesto temporal en el refugio —dijo Lisa—. Tenemos una cantidad de trabajo administrativo sorprendente. Solemos contratar a estudiantes recién salidos de la Universidad Wilmington de California del Norte, pero...

—Gracias, pero seguiré buscando de lo mío unos meses más —dije—. Mientras tanto, ser barista no está tan mal.

—Hace dos días no dijiste lo mismo.

—Es que había tenido un día malísimo —respondí a la defensiva—. No siempre es así. —Me salió como una excusa débil y Lisa me compadeció con la mirada.

Dejamos de hablar y nos centramos en el entrenamiento. Rubio y Moreno hablaban de una crisis internacional en Venezuela, pero al cabo de un rato pasaron a un tema que captó mi atención.

—No sé qué vamos a hacer con Kaylee —dijo Moreno.

«Kaylee», pensé con un arranque de celos. Mi fichaje del gimnasio tenía novia y eso era algo totalmente intolerable.

—Aprenderá a aceptarlo —respondió Rubio con su acento refinado.

Moreno negó con la cabeza.

—Ya sabes cómo fue el año pasado. Dice que le gusta el campamento de verano, pero nos empieza a echar de menos al cabo de un par de días. Si nos vamos durante más que eso, las cosas se pondrán feas. La echarán a la primera semana. ¿Y entonces qué?

—Ya veremos, cada cosa a su tiempo, ¿no?

«Campamento de verano». Kaylee no era su novia: ¡era la niña pequeña de antes! Me erguí un poco más ante la posibilidad de que mi fichaje siguiese soltero.

Moreno empezó a hacer sentadillas con la barra, que pesaba tanto que se curvaba un poco con los discos. Se le activaron los músculos de las piernas mientras retomaba la posición inicial, enderezándose con todo el peso, y le relució el sudor del cuello y los hombros mientras dejaba la barra en el *rack* y se volvía hacia el otro hombre.

—La logística siempre te pone a tope, pero, por este problema, no te preocupas ni un poco.

—He aprendido a preocuparme solo por aquello que puedo controlar. No confías lo bastante en ella. Puede llegar a ser muy independiente cuando tiene que serlo.

—Necesita a sus padres —insistió Moreno mientras bajaba la voz.

—Mierda —se quejó Lisa a mi lado.

—¿Qué? —le susurré.

Se acercó más a mí para que no nos oyeran.

—Han dicho «padres», en plural. Son gay, Trish. Tendríamos que haber sabido que era demasiado bueno como para ser verdad.

Le lancé una mirada reprobadora, pero noté la misma decepción en el pecho. Tenía lógica. Normalmente siempre los veíamos juntos y tenían un aspecto muy cuidado. Tenían una hija, que los había abrazado a ambos antes de ir a la guardería. Además, Moreno llevaba una camiseta de tirantes de color azul y rosa fosforitos.

«A veces, la vida no es justa».

Lisa y yo terminamos de hacer sentadillas y empezamos a hacer lo que llamó un «*press* militar», para lo cual tenía que levantar la barra de pesas por encima de mi cabeza. Los dos hombres tomaron una barra con forma de trapecioide y empezaron a hacer ejercicios de peso muerto a nuestro lado. Durante los diez minutos siguientes, todos nos quedamos en silencio mientras nos concentrábamos en nuestro entrenamiento.

Cuando terminaron Rubio se fue al *rack* de pesas del otro lado de la sala. Moreno se quedó donde estaba.

—Nos vemos, Kettlebells —me dijo mientras se despedía con la mano—. Y, para que lo sepáis, no somos gay. O, al menos, yo no. No puedo hablar por Archer. Creo que todos los británicos lo son un poco. Pero a mí me van las mujeres.

Noté que me sonrojaba.

—Creía que no nos oíais.

—No pasa nada. Solo quería que lo supieras.

Siguió sonriéndome durante unos segundos mientras me clavaba la mirada con intensidad, tras lo cual empezó a darse la vuelta.

—¿Te apetece ir a tomar algo algún día? —se me escapó—. ¿O esta noche?

Detrás de mí, oí que Lisa se atragantaba con el agua de la botella. Moreno se detuvo y se volvió hacia mí, con una expresión sorprendida en el rostro de facciones marcadas. Se pasó una mano por el pelo castaño, que volvió a su sitio a la perfección.

—Yo, esto... No puedo —respondió.

—O algún otro día —añadí esperanzada—. No tiene por qué ser esta noche.

Le vi algo de tristeza en la sonrisa o, a lo mejor, lástima.

—No puedo. Me voy a ir del país una temporada. —Asintió y añadió—: Pero gracias de todos modos.

Vi cómo se alejaba mientras me ardían las mejillas de vergüenza.

2



Jordy

Por lo general, a los hombres no les solían pedir salir, incluso a aquellos con un aspecto como el mío. Vale, seguramente acabe de sonar muy arrogante. No quería decirlo así. Pero me refiero a que cuando no estaba fuera por trabajo, hacía ejercicio a diario. Nada de días libres para mí. Mantenerme en plena forma era un requisito de mi trabajo. Además, me parecía que tenía buena cara. Y un sentido del humor de primera, en mi opinión totalmente imparcial. Nunca había tenido problemas con las mujeres. Cuando estaba en el Ejército, siempre ligaba cuando los demás tipos de mi unidad se quedaban a dos velas.

En todo caso, el hecho seguía siendo el mismo: las chicas no solían pedirme salir a menudo. Siempre era yo quien daba el primer paso. Así era la vida. Por lo tanto, cuando Trish, mi fichaje del gimnasio a la que yo llamaba «Kettlebells», me pidió salir fue como que me chocaran la mano mil personas a la vez. Sonreí tanto que me dolieron las mejillas.

Sin embargo, entonces recordé que no podía aceptar. «¡Estos contratos de los huevos! ¿Por qué tienen que habernos salido ahora?».

—Es que estas cosas solo me pasan a mí —le dije a Archer en los vestuarios mientras nos cambiábamos de ropa—. ¡Llevo meses pensando en esa chica, putos meses, y va y me pide salir hoy! Justo antes de que nos marchemos.

—¡Qué mala suerte! —respondió Archer sin más.

—Y lo peor es que ni siquiera le puedo decir por qué. —Me quité la camiseta de tirantes y me puse el polo—. Creerá que le he mentado, que me he inventado una excusa de mierda. —Archer soltó un gruñido, así que le pregunté—: ¿Qué pasa? Te conozco desde hace lo bastante como para saber cuándo estás pensando algo, pero no quieres decirlo, así que suéltalo.

Metió la camiseta de deporte doblada en la bolsa con cuidado y se puso en pie para mirarme cara a cara.

—Siempre haces lo mismo, Jordy.

—¿Qué es lo que siempre hago?

—Te encaprichas de una chica justo antes de que nos marchemos una temporada por un contrato.

Solté una carcajada.

—¡No, qué va!

Se cruzó de brazos y se apoyó contra las taquillas.

—Mel, justo antes de Praga. Luego estuvo Amy, antes de que nos fuéramos a Kioto. Ah, y esa chica tan picante que te gustó antes de que pasáramos nueve semanas en el Amazonas.

—Eloise. —Sonreí al recordarla—. Sí, era genial. Es una pena que se hubiera echado novio

para cuando volvimos a Estados Unidos. —Negué con la cabeza—. Pero esto no es lo mismo. Esta chica... Esta chica es diferente, colega.

Sí, tenía la costumbre de quedarme muy prendado de las mujeres. ¿Qué podía decir? Sería un guerrero, pero, en el fondo, tenía corazón de amante. Me daba la sensación de que lo de Trish era distinto de mis otros cuelgues. Había una chispa entre nosotros. Vale que solo habíamos hablado un par de veces e intercambiado alguna que otra miradita de ligoteo en el gimnasio, pero había algo allí, ¡que sí! Quería explorar el qué y ver a dónde nos llevaba. «Pero no será pronto», pensé con tristeza.

—Tienes que parar —declaró Archer—. Harrison y yo necesitamos que te concentres en las misiones en vez de pasarte todo el viaje suspirando por una chica al otro lado del mundo.

—¿Suspirando? —respondí con una risa—. ¡Siempre soy profesional! —Me miró con la ceja arqueada, lo que para un británico equivalía a reírse en toda mi cara—. Vale, lo confieso. Le estaba mandando un mensaje a Eloise cuando nos emboscaron en las afueras de Manaos, pero eso no quiere decir que lo haga siempre. Vamos, esta vez, ni siquiera he sido yo el que se ha lanzado, ¡ha sido Trish quien me ha pedido salir!

—Es verdad. Y puede que, cuando volvamos, puedas ir a tomar algo con ella, pero, hasta entonces...

Noté que se me tensaba la mandíbula.

—No te preocupes, me centraré en las misiones.

—Pero céntrate por completo —dijo mientras me daba una palmada en el hombro—. Serán dos meses muy largos.

Terminamos de cambiarnos y recogimos a Kaylee de la guardería, quien, al vernos, salió corriendo hacia nosotros y se abalanzó sobre mi pierna como un misil de tamaño infantil.

—¡Te he echado de menos, papi! —dijo mientras se aferraba a mi pierna y, luego, a la de Archer—. A ti también te he echado de menos, papi.

Noté una punzada tras las costillas. Solo habíamos levantado pesas durante una hora. Si ya nos echaba tanto de menos, ¿cómo iba aguantar que nos fuéramos durante meses?

Salimos del gimnasio y empezamos a volver a casa en coche. Me volví para mirar a Kaylee en el asiento trasero, que estaba jugando con el iPad con los auriculares puestos. «Me pasaré dos meses sin verla. Quizás tres, dependiendo de los encargos».

—Antes dejamos la conversación a medias —le dije a Archer—. ¿Qué haremos con ella?

—Al campamento científico —respondió Archer—. Por lo que a mí respecta, el plan no ha cambiado.

—Sabes que a la semana empezarán los berrinches.

—No presupongamos nada —repuso de manera tajante—. A lo mejor el incidente del año pasado fue cosa de una vez. Ahora es mayor.

—No lo bastante. —Me mordí el labio y miré las calles de Wilmington por la ventanilla del coche—. ¿Y Trish?

Archer me miró rápidamente.

—¿En serio vuelves a hablar de ella?

—¡Dijo que quería ser *au pair*! ¿Eso no es una manera sofisticada de decir niñera?

—Kaylee no necesita niñera. Necesita relacionarse con niños de su edad, jugando y aprendiendo con ellos.

—¿Y si es una señal? —pregunté.

Archer me miró con los ojos entrecerrados.

—¿Una señal?

—Necesitamos que alguien cuide de Kaylee mientras no estamos y resulta que la chica a la que le hemos echado el ojo en el gimnasio le menciona a su amiga que quiere ser la niñera de lujo de alguien. ¿No te parece una señal?

—No creo en tomar decisiones importantes en la vida basándome en lo que tú interpretes o no como una «señal» —respondió Archer con rotundidad— y aunque estuviera de acuerdo con tu conclusión, que no lo estoy, preferiría contratar a alguien a quien no quieras tirarte.

—Tú también quieres tirártela —contesté.

Archer puso los ojos en blanco.

—Me parece atractiva. No es lo mismo. De todos modos, ella te ha pedido salir a ti, así que, si había alguna competición, la has ganado. Felicidades.

—Papi —dijo Kaylee con voz melodiosa—, ¿qué significa tirarte a alguien?

Archer adoptó un tono cariñoso y paternal.

—Significa ser el novio o la novia de alguien.

—¡Puaj!

—Eso es, puaj. —Archer me lanzó una mirada de reproche—. Sube el volumen, corazón.

Vi que Kaylee pulsaba el botón del volumen del iPad y volvía a concentrarse en su juego. Por mucho que Archer se burlara de mí por quedarme prendado de chicas justo antes de que nos marcháramos por trabajo, no se podía ni comparar con el impacto emocional que me causaba dejar a nuestra hija. Aunque sonase a topicazo, Kaylee lo era todo para mí. No soportaba estar lejos de ella en misiones que duraban unos pocos días, así que dos meses iban a ser una tortura. ¿Y si nos echaba muchísimo de menos? O, peor aún: ¿y si no lo hacía?

—A veces odio el trabajo —dije con amargura.

—Claro —dijo Archer—. Odias ser tu propio jefe y elegir tus misiones. Preferirías volver a ser un novato y tener que cumplir las órdenes de un oficial comandante gordo que, por no saber, no sepa ni qué es un rifle.

—Tampoco es que eche de menos el Ejército. Me pueden no gustar las dos cosas. Es solo que no entiendo por qué nos has organizado una serie tan larga de contratos.

—Era lo mejor, desde un punto de vista logístico —respondió Archer con un suspiro—. Tres encargos grandes, uno tras otro. Volaremos a Europa, los llevaremos a cabo y volveremos a casa. ¡Ganaremos más en esos dos meses de lo que ganaríamos en dos años! Así tendremos más flexibilidad para pasar tiempo con Kaylee. Aguantamos un inconveniente a corto plazo a cambio de ventajas en el futuro.

—Nunca hemos actuado así con las misiones —repliqué—. Siempre se ha quedado con Kaylee al menos uno de nosotros para cuidarla.

—Soy muy consciente de ello, Jordy.

—¿Papi? —preguntó Kaylee mientras se volvía a quitar los auriculares—. ¿Os vais a

marchar otra vez?

La punzada en el pecho se intensificó, pero esboqué una sonrisa a pesar del dolor.

—Aún no lo sabemos, Kaylee.

Reflexionó sobre la respuesta con la seriedad de una niña de ocho años y volvió a ponerse los auriculares. Archer me miró y supe en qué pensaba. Tendríamos que decirle la verdad pronto, contarle que íbamos a estar fuera dos meses, pero yo no quería hablar con ella de eso. Todavía no. No estaba preparado para ello.

«Ese problema será para el Jordy del futuro», pensé mientras miraba por la ventanilla. «Que se encargue ese pobre desgraciado». Tras parar para comprar algo de comida en el supermercado, nos pusimos en marcha otra vez.

—Necesito un café —dijo Archer a mitad de camino, tras lo cual añadió en voz más alta—: ¿Te apetece un chocolate caliente, corazón?

El chillido de ilusión de Kaylee bastó como respuesta, así que Archer salió de la carretera y se metió en el carril de autoservicio de un Starbucks. Pedimos lo que queríamos en la ventanilla: un chocolate caliente para nuestra hija, un café con leche y azúcar para Archer y un *frappuccino* de caramelo para mí. ¿Qué? No me juzguéis por tomar una bebida azucarada. El café solo y amargo es para gente amargada e infeliz.

Archer avanzó hasta la ventanilla y esperó el pedido. No sé qué me impulsó a mirar hacia dentro, pero volví la cabeza, miré al barista que tomaba la tarjeta de crédito de Archer y, luego, detrás de él, me fijé en el interior del Starbucks. Allí estaba ella, de pie junto a la caja registradora, con el pelo rubio recogido en la misma coleta inconfundible que llevaba en el gimnasio. El ambiente era totalmente distinto y se había puesto el uniforme del trabajo en vez de la ropa de deporte, pero habría reconocido a Trish en cualquier parte. Entonces, me embargó la sensación de haber comprendido algo.

«Esto es una señal, estoy seguro, opine lo que opine Archer», pensé. Sin darme cuenta de lo que hacía, me desabroché el cinturón.

—Voy a hacer una parada técnica. Volveré enseguida.

Lo último que oí antes de irme fue a Kaylee preguntando adónde me iba.

3



Trish

¿Cuánto tiempo hacía que no le había pedido salir a un chico? Ni siquiera lo recordaba. Seguramente no lo hubiera hecho nunca. En el contexto de la seducción, siempre había estado en el lado receptor, por lo que ser yo quien diese el primer paso suponía algo importantísimo y tremendo para mí. Lo de pedirle salir a un chico en el gimnasio mientras ambos hacíamos ejercicio era del tipo de cosas que nunca me había atrevido a hacer. Sin embargo, quién sabe cómo, había logrado reunir el valor suficiente para ello y... me había rechazado al instante. Además, había utilizado una excusa pésima. ¿Que se iría del país una temporada? ¡Por Dios!

No sé cómo conseguí terminar el entrenamiento sin morirme de la vergüenza. Al menos Lisa me apoyó y me reconfortó. «Nunca volveré a pedirle salir a un chico».

Me desfogue con la cinta de correr, aumentando la velocidad hasta que apenas pude seguir el ritmo. Lo peor de todo era que llevaba un tiempo particularmente largo de sequía, ya que hacía seis meses que no me acostaba con ningún chico. Esperad, rectifico: en realidad eran ¡nueve meses! Aquello había acabado siendo un lío de una noche y, desde entonces, me las había visto con un sinfín de primeras citas horribles y el colmo de babosos de Tinder. Conocer a chicos tenía sus dificultades. Y antes de eso... «Ojalá me saliera algo bien en la vida», pensé.

Cuando terminé de correr en la cinta, estaba empapada de sudor. Tras secarme y cambiarme de ropa, me despedí de Lisa y me fui al trabajo. Ser una barista de Starbucks no me molestaba, ya que había muchos trabajos peores por ahí y cobraba un buen sueldo. Además, me ofrecían buenas prestaciones y un horario laboral flexible.

Sin embargo, lo que lo arruinaba todo era que mi jefe era alguien horrible. Tenía veintidós años, medía alrededor de metro cincuenta y tenía un complejo napoleónico desmedido. A él le parecía que el buen liderazgo consistía en ridiculizar a todo el mundo por la más mínima infracción o, a veces, por nada.

—Llegas tarde —me dijo cuando pasé por detrás de la barra. Su voz era tan estridente que hacía que me preguntase si aún no habría pasado por la pubertad.

Miré el reloj de la pared.

—¿Tarde? Llego cinco minutos antes de que empiece mi turno.

—Mark Twain dijo una vez que si no llegas diez minutos antes, llegas treinta minutos tarde —citó como un sabiondo.

—Eso no tiene ningún sentido. Además, dudo que Mark Twain dijera eso de verdad.

—Tú límitate a darte prisa en fichar —respondió—. Te toca limpiar los moledores.

Solté un gruñido, pero no dije nada. A mi jefe le encantaba que la gente le contestara porque así tenía la oportunidad de ejercer su nimia autoridad. Era mejor agachar la cabeza y

evitar su ira.

Limpiar los moledores del café era un proceso lento y tedioso que solía reservar para quien menos le gustase esa semana y, por algún motivo, resulté ser yo. Los desmonté enteros y los limpié con un líquido, los enjuagué bien y los volví a montar. Cuando hube terminado, me saqué el teléfono del bolsillo y consulté las ofertas de empleo de mi aplicación. No la había mirado desde esa mañana y noté una pizca de esperanza.

No. No había nada nuevo, solo los mismos dos trabajos de niñera a corto plazo a los que ya había enviado mi CV y ninguno de los cuales me había respondido.

—¡Eh! —me espetó mi jefe, que había aparecido a mi lado—. ¿Qué estás haciendo?

—Solo miraba el teléfono —dije—. Acabo de limitar los moledores, como me has pedido.

—Los teléfonos se tienen que guardar en las taquillas para el personal —dijo mientras fruncía los labios con irritación—. Voy a tener que ponerte un aviso.

Solté un suspiro.

—Vamos, solo le echado un vistazo un segundo. Te prometo que no volverá a pasar.

—¿A caso te divierte ser desobediente? —preguntó mientras en voz más alta que antes para que le oyeran el resto de baristas. Echarle una bronca a alguien solo servía si se utilizaba para dar ejemplo—. Porque me da la impresión de que haces mal el trabajo a propósito.

—Yo... lo siento —respondí, tragándome mi orgullo—. Tienes razón.

—Me trae sin cuidado que lo sientas. Lo que me importa es si eres productiva. Esto es un negocio, Patricia, no una organización benéfica.

Unos cuantos clientes se nos quedaron mirando. Noté que me sonrojaba por segunda vez ese día.

—Lo entiendo.

—¿Pero lo entiendes de verdad? —prosiguió con la diatriba—. Creía que habías ido a la universidad. Supongo que tener un título no te hace inteligente, ¿eh?

La ira fue subiendo en mi interior como si de una fuente se tratara, pero no me dio tiempo a responderle porque un cliente se me adelantó.

—Oiga, relájese, hombre —dijo un hombre ancho de espaldas que llevaba un polo—. No hace falta que se porte como un cretino.

«¿Moreno?». Parpadeé al verlo al otro lado de la caja registradora, con las manos apoyadas en la barra y una mirada de advertencia que dirigía a mi jefe.

—Señor, esto no tiene nada que ver con usted... —empezó a contestarle mi jefe.

—Está siendo un capullo con mi amiga —dijo Moreno—, por lo que sí que es mi problema. ¿Va a disculparse con ella o qué?

Mi jefe se rio con desdén.

—¿Que me disculpe? ¿Por reprender a una empleada indisciplinada? —Me miró—. ¿Conoces a este tipo, Patricia?

—Eh, no mucho. Ahora vuelvo. —Salí de detrás de la barra y tiré a Moreno del brazo para llevarlo a un rincón apartado. Tenía el bíceps tan firme como el mármol, pero cálido al tacto—. ¿Qué haces aquí?

—Tienes un jefe de mierda —me respondió Moreno mientras miraba por encima de mi hombro como si estuviera listo para pelear.

—Me vas a meter en un lío.

—No quiero discutirlo, Kettlebells —dijo con una mueca—, pero me ha parecido que ya estabas en un lío cuando he entrado.

—Pero tú lo estás empeorando. Necesito este trabajo.

Me miró fijamente con sus ojos marrones.

—Ya que sale el tema, quería hablarte de eso. En el gimnasio, le dijiste a tu amiga que te gustaría ser *au pair*.

Parpadeé.

—¿Nos has escuchado a escondidas?

—Nos hemos pasado veinte minutos levantando pesas a vuestro lado, así que os hemos oído sin querer. Si lo decías en serio, quizás tenga un trabajo que ofrecerte.

Con eso captó mi atención.

—¿En serio? ¿Un trabajo? ¿Tiene que ver con la niñita que trajisteis al gimnasio? ¿Es por lo de que no le gustan los campamentos o algo así?

Moreno arqueó una ceja.

—¿Ahora quién es la que escucha a escondidas?

Apreté los labios.

—Igual que tú, lo he oído sin querer.

Me sonrió de manera socarrona y respondió:

—Sí, el trabajo consistiría en cuidar de ella.

—¿Sería algo a corto plazo —pregunté mientras me llenaba de esperanza— o de larga duración?

—De larga duración, eso sí —contestó.

Antes de pensármelo dos veces, le solté:

—Acepto.

Moreno dio un respingo.

—¿Cómo? ¿En serio?

Habría hecho cualquier cosa por dejar ese trabajo, sobre todo si eso significaba cambiarlo por uno en el que haría lo que quería de verdad: cuidar de peques. Que Moreno se hubiera presentado de repente en mi Starbucks y me hubiese ofrecido esa oportunidad hizo que me sintiese como si me hubieran lanzado un salvavidas, y como que me llamaba Trish que no iba a dejar que se marchase flotando.

—Si es un trabajo de niñera de larga duración, lo acepto.

Él vaciló unos segundos.

—Me alegra oírlo y eso, pero ni siquiera te hemos contado los detalles. ¿Seguro que quieres el trabajo?

Me dejé llevar por un impulso repentino y me di la vuelta para volver a la barra, desde

donde mi jefe no había dejado de fulminarme con la mirada. Esbozó una sonrisa cruel cuando me acerqué. Estaría pensando en cómo iba a reprenderme.

Le devolví la sonrisa.

—Lo dejo.

La manera en que se le quitó la satisfacción del rostro fue más satisfactoria que una docena de orgasmos.

—¿Qué? No puedes dejarlo, Patricia. ¡Acabas de empezar el turno!

Me quité el delantal y la gorra y los tiré encima de la barra.

—Pues mira y aprende.

Me di la vuelta y volví hacia Moreno, que se me quedó mirando con incredulidad. Estaba sexi incluso con una expresión de sorpresa total.

—Respondiendo a tu pregunta, sí —dije—. Estoy segura de que quiero el trabajo.

Me sonrió con alivio y emoción, lo que me provocó una sensación cálida en lo hondo del pecho. Se metió la mano en el bolsillo, sacó una tarjeta y me la dio.

—Supongo que estarás libre ahora. Ven a esta dirección dentro de una hora para que hablemos.

Moreno me dedicó una última sonrisa y, luego, se marchó de la tienda. Le eché un vistazo a la tarjeta, que era de color blanco roto y tenía unas letras en relieve:

Jordan Mackey

Empresa Mathos

Fruncí el ceño.

—¿Se puede saber qué es esta Empresa Mathos?

4



Archer

—¿Que has hecho qué?!

Me costaba hablar con calma mientras nos alejábamos del Starbucks. Kaylee estaba en el asiento trasero y tarareaba feliz mientras sorbía su chocolate caliente. Hubiera preferido que nuestra hija no estuviera con nosotros para poder hablar con Jordy sin contenerme.

—Corazón —dije girando la cabeza—, ¿escuchas algo con los auriculares? —Ella asintió con la cabeza mientras miraba su iPad—. Bien, pues sube el volumen un poquito, ¿vale?

—Escúchame —dijo Jordy—. Pueden venir con nosotros a Europa. ¡Las dos!

Me esforcé por no alzar la voz mientras respondía:

—¿Quieres llevarte a nuestra hija de ocho años con nosotros a un contrato en el extranjero?

—No digo que nos llevemos a Kaylee al lugar en sí. Solo digo que vengan con nosotros y se queden en la ciudad grande que nos quede más cerca, donde tengamos nuestra base de operaciones. Piénsalo, Archer. Las veríamos casi todas las noches.

—A Kaylee —le dije entre dientes—. Veríamos a Kaylee todas las noches, no «las».

—Claro, a eso me refería. Vamos, hombre. ¿No es demasiada casualidad que trabajase justo en el Starbucks en el que hemos parado? Tiene que ser una señal, ¿no?

Negué con la cabeza con incredulidad. Jordy tenía la costumbre de enamorarse así de las mujeres. Era lo más predecible del hombre, y nos volvía locos a Harrison y a mí. Ver que volvía a hacerlo una vez más me frustraba a más no poder, como si presenciase un accidente de coche a cámara lenta y no pudiese pararlo. «Y un huevo que no puedo pararlo».

—No podemos hacerlo —dije.

—¿Por qué no? —preguntó.

—Porque sería una imprudencia —respondí—. Y no deberíamos tomar decisiones importantes de una manera tan impulsiva.

—¿Acaso quieres pasarte meses sin ver a nuestra hija?

—Por supuesto que no, pero eso no significa...

Dejé la frase a medias cuando Jordy estiró el brazo hacia el asiento trasero y le quitó los auriculares a Kaylee.

—Angelito, ¿quieres a tus papis?

—Claro —respondió sin más, como si le hubieran preguntado si el cielo era azul.

—¿Te pondrías triste si no pudieras vernos durante mucho tiempo?

—¡Muy triste! —dijo con un chillido—. ¿Quién me haría mimitos?

Fulminé a Jordy con la mirada.

—Eso es jugar sucio y lo sabes.

Para ser justos, hizo una mueca de vergüenza, de modo que sí que sentía algo de remordimientos, a pesar de lo insistente que estaba siendo. Lo que más me frustraba era que Jordy creía que yo no quería encontrar una solución tanto como él, lo cual, por supuesto, no era cierto. Me moría de ganas de pasar cada día de mi vida con Kaylee y me dolía el corazón nada más pensar en que nos separaríamos. Le tenía tanta aprensión a ese viaje como Jordy, pero no quería ir mareando la perdiz con soluciones a medias.

Sin embargo, si Kaylee viniera con nosotros... Me permití plantearme la posibilidad por un momento. Vería a Kaylee todos los días en Europa o, de no ser todos los días, lo bastante como para que importase. La arroparía por la noche, le leería un cuento antes de dormir, estaría allí cuando se despertara por la mañana y me diera el primer abrazo del día aún adormilada...

Era una idea tentadora. Quería aceptarla con toda mi alma. Además, tener a una mujer como Trish cerca, a la que le teníamos echado el ojo en el gimnasio...

—No —dije.

—Vendrá a casa dentro de una hora —respondió Jordy.

—¡Eso sí que no! —contesté—. Tenemos que hacer las maletas para enviarlas mañana y que, así, estén listas para cuando lleguemos a nuestro destino. Por no hablar de toda la logística de la que tengo que ocuparme.

—Hablémoslo todos —insistió Jordy—. Solo eso. Solo hablar.

—A Harrison no le gusta la gente desconocida.

—Le parecerá bien si eso significa que veremos a Kaylee todos los días. —Le dirigí una mirada rápida—. Vale, puede que no —admitió Jordy—, pero lo aceptará si ambos queremos contratarla. —Le dirigí otra mirada reprobadora—. Vale, es más terco que una mula —continuó Jordy—, pero a lo mejor le gusta el plan.

«Ya veremos». Nada más llegar a casa, Kaylee se fue corriendo a jugar a su habitación. Jordy y yo encontramos a Harrison, el tercer miembro de nuestro equipo de mercenarios, en el garaje con el armero. El hombre, fuerte como un toro, tenía una M9A1 personalizada desmontada sobre la mesa y limpiaba a conciencia cada uno de sus componentes con un cepillo de alambre. Tenía la barba pelirroja y despeinada llena de lubricante.

—Jordy tiene algo que quiere decirte —dije a modo de saludo.

Harrison bajó la culata del rifle sin decir palabra y clavó sus intensos ojos verdes en Jordy.

—Pues, esto, he tenido una idea... pero implica contar con una persona nueva...

Lo último que oí antes de entrar en casa fue el gruñido bajo de Harrison. Puse la compra en su sitio y empecé a preparar la cena. Me parecía algo insignificante y mundano: seguir con la rutina diaria como si no fuéramos a marcharnos durante dos meses.

«Sería más fácil si Kaylee estuviera con nosotros». Una pequeña parte de mí empezó a argumentar a favor de esa idea. Kaylee nunca estaría en peligro. Para nuestra primera misión, podría quedarse en el centro de la ciudad mientras completábamos nuestro contrato con la cumbre de la paz. Los otros dos encargos serían más complicados, pero podríamos hacer que funcionase.

Sin embargo, ¿nos llevaríamos bien con Trish? Ya era difícil llevarse bien con los tres en

las mejores de las circunstancias, pero mientras cumplíamos un contrato, nos crispábamos de los nervios y el ambiente se caldeaba. La chica veía lo peor de nosotros. Caí en la cuenta de que eso me asustaba. «Si Trish va a conocerme, quiero que sea en las condiciones que yo elija», pensé.

Cuando Jordy salió del garaje, se llevó el ordenador portátil a la mesa de la cocina e hizo algo de trabajo. Teníamos que gestionar mucho papeleo y logística antes de enviar las maletas al día siguiente, con los tres tipos de equipamientos diferentes para las tres misiones totalmente distintas, por no hablar del material que adquiriríamos in situ. Mientras yo seguía preparando la cena, Jordy se levantó y empezó a andar de un lado a otro de la cocina. Estaba más nervioso de lo que lo había visto en mucho tiempo.

Cuando sonó el timbre, se levantó de un salto y casi se fue corriendo hacia la puerta como un adolescente nervioso que esperase a su cita para el baile de graduación. Terminé de remover la salsa de la pasta y dejé la cuchara sobre una toalla, tras lo cual me volví de cara a la habitación diáfana.

Trish era una mujer atractiva, eso había quedado claro ya en el gimnasio, pero me impresionó aún más cuando entró en casa con una falda lápiz y una blusa como si tuviese una entrevista para un trabajo de oficina. En vez de llevar el pelo rubio recogido en una coleta, se lo había dejado suelto y los mechones ondulados le llegaban más allá de los hombros.

«Le sienta bien ir arreglada». Entendía por qué le gustaba a Jordy, sobre todo porque yo también la había estado admirando en el gimnasio, aunque me había controlado bastante más que él. Si mi amigo no hubiera estado allí...

—Se te ve muy... profesional —dije.

Trish me dirigió una sonrisa incómoda.

—¡No sé cómo vestirme para este tipo de entrevistas! Suelo preferir ir demasiado elegante. ¡Mejor que presentarme en chándal!

—Creo que no nos hemos presentado oficialmente. Soy Jordan Mackey, pero puedes llamarme Jordy. O J-Mac.

—Nadie le llama J-Mac —dije.

—¡Un compañero del ejército se pasó años llamándome J-Mac!

Establecí contacto visual con Trish.

—Eso no es verdad ni de lejos.

Jordy me señaló y anunció:

—El aguafiestas de mi amigo es Archibald Caspian, pero le llamamos Archer. O Archie, si quieres ponerte juguetona.

Le tendí el brazo a través de la encimera de la cocina y nos estrechamos la mano.

—Con Archer bastará. Encantado de conocerte, Trish.

—Me alegro de conoceros a los dos —nos respondió—. Y saber cómo os llamáis en realidad.

—¿Cómo nos llamamos en realidad? —pregunté—. ¿En lugar de en mentira?

—Nada. No quería decir... Nada. —Se le empezó a ruborizar la piel clara.

Harrison eligió ese momento para salir del garaje y entrar en la habitación. Tenía un aspecto brutal, con una camiseta de tirantes verde, manchas de lubricante y líquido limpiador de

armas por todas partes y la barba pelirroja revuelta. Ignoró a Trish y fue directo al fregadero a lavarse las manos. Entonces, sacó una cerveza de la nevera y la abrió, lo que provocó un sonido sibilante.

«Está ignorando a Trish», pensé. «Es una mala señal».

—El tercer miembro de nuestro equipo es Harrison Gray —le explicó Jordy.

Trish esbozó una sonrisa.

—Deja que adivine: ¿te llaman Harry?

Harrison frunció los labios con un gruñido casi animal. Trish retrocedió un paso de manera instintiva.

—Le llamamos Harrison —dije sin más.

—Es mejor no provocarlo —añadió Jordy con un susurro.

—Eh, vale. Lo siento. Encantado de conocerte, Harrison. —Harrison la escrutó con la mirada durante un buen rato, tras lo cual se dio la vuelta y se alejó sin decir palabra—. ¿He hecho algo malo? —preguntó Trish.

—A decir verdad, nunca había sido tan simpático con alguien nuevo —respondió Jordy con una risa nerviosa—. Ahora que ya nos conocemos todos, hablemos del puesto. Necesitamos una niñera para Kaylee, nuestra hija, que viaje con nosotros. Así podremos ver a Kaylee mientras estemos fuera por trabajo.

Si le pareció extraño que todos llamáramos a Kaylee «nuestra hija», no dejó que se viera.

—¿A dónde viajaréis?

Respondí antes de que Jordy lo hiciese:

—No podemos revelarlo en este momento.

Trish soltó una carcajada, pero luego apretó la mandíbula.

—Ah, ¿que no es broma? —Negué con la cabeza. El rostro le palideció—. La tarjeta decía «Empresa Mathos». ¿En qué trabajáis? ¿Tiene que ver con la explotación petrolera o algo así? Intenté buscaros en Google, pero no encontré nada de información.

Jordy y yo nos miramos.

—Somos un grupo de contratistas cualificados que, en ocasiones, facilita la circulación o eliminación de bienes o personas.

Nos fue mirando a uno y a otro.

—¿Qué significa eso? ¿Sois camioneros o algo así?

—No —respondí—. No somos camioneros.

Soltó una carcajada suave.

—Casi parece que seáis sicarios o mercenarios.

Mantuve la expresión tan impasible como pude y me alegró ver que Jordy hizo lo mismo.

—Ah. —Trish tragó saliva—. Ya veo.

—El contrato durará dos meses —le expliqué—. A lo mejor tres, dependiendo de lo rápido que podamos cumplir los objetivos.

Trish dio un respingo.

—Un momento, ¡creía que habías dicho que era un trabajo de larga duración!

—Pues sí —respondió Jordy—. Dos meses es muchísimo tiempo. Sobre todo comparado con un trabajo de niñera de fin de semana.

—Pero ¿hay posibilidades de que se convierta en algo a largo plazo? —le preguntó de manera enfática.

—No —respondí—. Después de este viaje, dejaremos de necesitar tus servicios. En dos meses, tal vez tres.

Trish se dio la vuelta y empezó a pasearse de un lado a otro de la cocina como Jordy había hecho antes.

—He dejado el trabajo en Starbucks por esto. ¡Me dijiste que era de larga duración!

Jordy parecía decaído.

—No sabía que teníamos definiciones diferentes. No intentaba jugártela ni nada por el estilo.

—Necesito algo más permanente —le respondió ella—. No superpermanente, pero lo bastante como para tener trabajo recurrente. ¿Por qué iba a aceptar este? Al cabo de tres meses, tendría que volver a ponerme a buscar otro nuevo.

—Sentimos oír eso —dije mientras señalaba hacia el pasillo—. Te acompaño a la salida.

—Pruébalo —le suplicó Jordy mientras le bloqueaba el paso de un salto—. Tres meses son mejor que nada, ¿no?

—Si se quiere ir, que se vaya —dije.

Me di cuenta de que se fuera me entristecía un poco. Una parte de mí había esperado que todo saliera bien y pudiéramos llevarnos a Kaylee al viaje, pero en el fondo, sabía que así sería mejor. No queríamos presionar a nadie para que aceptara un trabajo como niñera de nuestra hija. Solo funcionaría si se comprometía de lleno con el trabajo. Y, visto lo visto, lo mejor sería que nuestra hija se quedara en Estados Unidos.

Estaba a punto de decir justo eso cuando Kaylee bajó por las escaleras.

5



Trish

No acababa de creermelo mucho que había metido la pata. El trabajo no era a largo plazo, sino de solo tres meses, ¡como máximo! Tras eso, volvería a estar como en el principio.

Y, lo que era incluso peor era que esos tipos no eran para nada lo que yo había creído. ¡Eran mercenarios! Contratistas militares. Soldados de fortuna. ¿Mataban a gente? ¿Y qué más prácticas turbias o incluso ilegales realizaban? No tenía ni idea y me daba que no quería averiguarlo.

¿Podría volver a mi antiguo trabajo y suplicar por él? Dudaba que mi jefe fuera a aceptarme y, de hacerlo, antes haría que me arrastrase. Me pregunté si mi orgullo soportaría tal humillación pública.

—¡Papi! ¡Papi! He construido un avión... ¿Quién es esta?

La niñita, Kaylee, se detuvo de golpe en el pasillo al verme. Llevaba un vestido amarillo estampado de flores y una larga trenza rubia echada a un hombro. Se me derribió el corazón al verla. Era la peque que habían traído al gimnasio. Su hija.

De adolescente, yo no soportaba a los niños. Era la mayor de tres hermanas y me habían traído de cabeza. Hasta que no fui a la universidad no me percaté de lo mucho que las quería y las echaba de menos, de que había disfrutado ayudando a mi madre a criarlas. A veces te tiene que faltar algo para darte cuenta de lo importante que es para ti.

Desde entonces, me encantaban los niños. Trabajar como niñera o cuidadora era mi esencia; me llenaba el corazón y el alma. Ver a Kaylee disparó ese instinto dentro de mí.

—Soy Trish —dije mientras me ponía de rodillas para estar a su altura.

Sin dudar, Kaylee fue corriendo hacia mí y se me lanzó a los brazos.

—A mi papi le gusta dar abrazos, así que a mí también.

—Eso está bien. A mí también me gustan los abrazos.

—Esta es Kaylee, nuestra hija —dijo Jordy.

«Nuestra hija». Ya estaban otra vez con esa expresión. Sin embargo, Jordy había dicho que no eran gay, así que ¿cómo iba la cosa exactamente? Sentía mucha curiosidad, pero estaba claro que no iba a preguntárselo delante de Kaylee.

—¿Quieres jugar al K'nex conmigo? —me preguntó.

—¿Qué es el K'nex?

—¡Te lo enseño! —Me tomó la mano y empezó a tirar de mí. Entonces, al acordarse de la buena educación, se detuvo y preguntó—: ¿Puedo ir a jugar con Trish?

—Claro que puedes —le respondió Jordy al instante—. Seguro que le encantará ver tu

cuarto de los juguetes.

Kaylee me llevó, pasada la cocina, por un pasillo que daba a la habitación para jugar. Era una especie de terraza acristalada, con una pared entera llena de ventanas y dos tragaluces en el techo, en cuya esquina había una mesa de escritorio para adultos, aunque todo lo demás era de tamaño infantil. Además, había juguetes de colores vivos esparcidos por todo el suelo.

—Me gusta tu pelo —dijo Kaylee.

—¡Gracias! A mí también me gusta el tuyo. Sobre todo la trenza.

—Mi papi me hace la trenza.

«Me pregunto si se referirá a Archer o a Jordy». Seguramente fuese al último, ya que Archer parecía demasiado refinado como para dedicarse a trenzar el pelo de nadie.

—¿Son estas las figuritas de K'nex? —pregunté mientras señalaba una caja de plástico.

—Sí —dijo Kaylee con gran seriedad—. Algunos de mis amigos juegan con las de Lego, pero las de K'nex son mejores.

Se acomodó en el suelo y yo me senté a junto a ella de lado debido a que llevaba falda. Las piezas de K'nex eran de plástico y tenían varillas delgadas que se unían con bloques conectores.

—¿Qué quieres construir? —le pregunté.

—Mis papis vuelan mucho en avión —explicó—. He hecho un avión.

Levantó un objeto triangular pequeño hecho de tres piezas: un conector y dos varillas que sobresalían a modo de alas.

—¡Guaaaaau! —exclamé a modo de aprobación—. ¡Está muy bien!

—Podría ser mejor —respondió Kaylee sin más—. Vamos a construir más aviones. Tú haces uno y yo hago otro.

—¡Me gusta ese plan!

Sacamos las piezas de K'nex de la caja y nos pusimos manos a la obra. Kaylee se concentró en silencio mientras empezaba a construir un avión más grande y complejo que el que me había enseñado. La observé y traté de hacer uno similar, aunque le di alas inclinadas hacia atrás y aerodinámicas en vez de rectas.

—¿Qué te parece lo del viaje? —pregunté tras varios minutos de silencio.

—¿Qué viaje? —me respondió sin levantar la vista.

—El viaje del que me han hablado tus papis. El que durará dos o tres meses.

Alzó la cabeza de golpe.

—¿Se marcharán tres meses?!

El pánico le invadió la mirada y, en un abrir y cerrar de ojos, estuvo a punto de llorar.

—¡No pasa nada! ¡Tú irás con ellos! —me apresuré en añadir—. No quería asustarte.

Eso la calmó.

—Vale, me gustan los viajes. —Levantó el avión que acababa de construir—. ¿Qué te parece?

—¡Está superbien! —exclamé mientras alzaba el mío—. Es mejor que este.

—El tuyo no está mal —dijo—. La próxima vez, te enseñaré cómo hacerlo mejor.

—Vale, gracias —dije—. Soy una principiante, así que necesito ayuda.

Kaylee asintió.

—¡Vamos a enseñárselos a mis papis! —Se levantó de un salto y salió corriendo de la habitación, por lo que tuve que enderezarme deprisa y seguirla.

Los tres hombres estaban de pie alrededor de la isla de la cocina, hablando en voz baja. Harrison, el grandote enfadado que me había gruñido antes, me dirigió otra mirada feroz y furiosa. Intenté ignorarlo y alcé el avión para que lo examinaran.

—¡Este avión es genial! —dijo Jordy mientras se inclinaba para darle un beso en la frente a Kaylee—. Estoy muy orgulloso de ti. Cuando seas mayor, serás ingeniera.

—¿Es como el avión del viaje? —preguntó Kaylee.

Archer parpadeó.

—¿A qué te refieres, corazón?

—Al viaje. —Me señaló—. ¡Trish me ha dicho que os iréis tres meses de viaje!

Supé que había cometido un error al instante. Archer abrió los ojos de par en par, sorprendido, y Jordy se quedó con la boca abierta. Intenté no mirar hacia donde estaba Harrison, pero oí que soltaba un resoplido de descontento.

—No sabía que no debía decir nada —dije a modo de disculpa.

—Es culpa mía —se apresuró en decir Jordy a sus compañeros—. No le dije a Trish que era un secreto.

Archer se centró en su hija.

—¿Qué te parece, corazón? No parece que estés disgustada.

—Claro que no —contestó ella. Los hombres se relajaron hasta que Kaylee añadió—: ¡porque Trish me ha dicho que yo también voy al viaje!

Todos volvieron a fijar la mirada en mí. Esa vez Harrison soltó un gruñido que fue como el de un lobo. Tenía una cicatriz debajo del ojo que le llegaba hasta la barba pelirroja revuelta, donde quedaba oculta, lo que le daba un aspecto incluso más peligroso. Empecé a preguntarme si debería quedarme donde estaba o salir corriendo de la casa antes de que fueran a matarme.

—Entonces —dijo Jordy con una sonrisa incómoda—, ¿puedes empezar la semana que viene?

6



Trish

Me di cuenta de que, en cuanto me marchara, estallaría una discusión. Se notaba en el ambiente, como el aroma que hay antes de que se desate una gran tormenta.

—Nos pondremos en contacto contigo para darte los detalles —dijo Jordy mientras me acompañaba a la puerta principal—. Gracias por venir. Será genial. Estupendo.

—Aún no estoy segura de que sea una buena decisión —dije—. Buscaba algo a largo plazo de verdad. Así todo sería mejor. Y no solo para mí, sino también para Kaylee. No es muy bueno para ella que me tome afecto, al pasar todos los días juntas durante tres meses, y que, luego, yo desaparezca de repente.

—Ya veremos —respondió Jordy—. Por ahora, nos encargaremos de compensarte. Te pagaremos más o te daremos algún tipo de bonificación. Pero ¿a que hacer esto durante unos meses es mejor que volver a Starbucks?

—Sí —admití—. Ya veremos si sigo pensando lo mismo cuando haya terminado. Viajar con una niña suele ser algo difícil. ¿En serio no puedes decirme adónde iremos?

Pareció que Jordy quisiera decírmelo, pero se limitó a negar con la cabeza.

—No hasta que firmes el papeleo. Archer se encarga de todos los documentos y eso. Te llamaremos en los próximos días. ¿Te vale?

Tendió el puño y lo chocó con el mío. Nunca me había dado cuenta de lo enormes que tenía las manos hasta en ese momento. La sonrisa de Jordy era cálida y acogedora e hizo que me pareciese que todo iba a salir bien.

—Me vale —respondí.

Me dirigí hacia el coche, pero al cabo de unos segundos oí el sonido de unos piecitos descalzos contra el suelo. Kaylee me embistió la pierna y se aferró a ella.

—¡Quería jugar más al K'nex contigo!

Se me derribió el corazón.

—Ya tendremos mucho tiempo para jugar juntas. Te lo prometo.

Cuando por fin me la despegué de la pierna, se fue corriendo de vuelta a su casa. Jordy siguió mirándome desde la puerta mientras me alejaba. Un vez me hube alejado dos manzanas de su casa, llamé a Lisa.

—Vente a mi casa luego y trae vino. Tengo un montón de cosas que contarte.

Esa noche, cuando Lisa llegó yo ya iba por mi segunda copa.

—¿Moreno cambió de opinión sobre la cita? —preguntó—. ¿Buscó tu número y te invitó a salir?

—No exactamente...

Le serví el alcohol en un vaso y le expliqué lo que había pasado: que Jordy se había presentado en mi Starbucks y me había ofrecido un trabajo, tras lo cual había ido a su casa y había conocido a Kaylee. Lisa reaccionó bebiéndose el vaso de un tirón y sirviéndose otro ella sola.

—¿Son mercenarios? ¿Como esos tipos de Blackwater de los que mi padre se queja en Facebook a todas horas? ¿Son criminales de guerra?

—Sí. Puede. No lo sé. ¡Es la primera vez que me topo con un grupo de mercenarios!

—Eso explica esos músculos. ¿Tenían las armas en casa?

—Vi que Harrison, el tercer tipo, sacaba una caja de herramientas enorme del garaje, pero no sé lo que había en ella.

—Harrison. Mmm, me gusta ese nombre. ¿Es tan sexi como Rubio y Moreno?

—En realidad, da bastante miedo —le contesté—. No es feo, pero es como un león gruñón. Te sigue con la mirada y no sabes si te va a atacar o no.

—¿Un león sexi? Mmm, sí, por favor. ¿Está fuertote?

—¡Ya te digo! Más que los otros dos.

Se recostó en la silla y suspiró con anhelo.

—Me gustan los tipos fuertes y callados. Sin tener que hablar. ¡Que me empotre en el dormitorio, por favor!

Chasqueé los dedos delante de su cara.

—Lisa. Concéntrate, que tengo un problema muy serio. ¿Qué debería hacer?

—Parece que ya has aceptado el trabajo.

—Más o menos. Verbalmente, pero aún no he firmado nada. ¿Crees que debería hacerlo? Me miró con desconcierto.

—¿Por qué no ibas a aceptarlo?! Es un trabajo de lo que te encanta.

—Pero solo durará dos o tres meses.

—¡Y pasarías más tiempo con Moreno y Rubio!

—Se llaman Jordy y Archer.

Movió la mano con irritación.

—Siempre serán Moreno y Rubio para mí. Y si me ofrecieran irme de viaje con ellos, lo haría incluso gratis.

—Vamos, tómatelo en serio —insistí—. No sé si podré con ello. Ir de viaje durante tanto tiempo...

—¿Por qué no? Aquí no hay nada que te retenga.

—No sé, es que me parece... mucho. Nunca he salido del país ¡y ahora se supone que voy a estar fuera durante meses! Y no sé a dónde me van a llevar. Es como aprender a nadar tirándote al fondo de la piscina.

—¡Será emocionante! —respondió Lisa—. ¿Y si te mandan a París?

—¿Y si vamos a un sitio peor? —contesté—. Podría acabar en el África subsahariana, ¡vete

tú a saber! No sé si lo sabes, Lisa, pero yo adoro el agua corriente. Y los retretes en interiores. Y el aire acondicionado. Ocupan una posición muy alta en mi lista de cosas indispensables.

Lisa puso los ojos en blanco.

—Deja de imaginarte lo peor. No se llevarían a su hija de ocho años a un sitio así. Seguro que, como mínimo, te mandarían a una ciudad. ¡Oh, o a una casa de campo! ¿Y si es un chalé en una playa de Italia? Hasta que se demuestre lo contrario, decido creer eso.

En algo tenía razón: no se llevarían a Kaylee si fueran a un lugar peligroso, al igual que tampoco la enviarían a un sitio sin agua corriente. Eso aplacó la mayoría de mis miedos. Sin embargo, no lograba quitarme de la cabeza la duda de si aceptar sería un error.

De repente, alguien llamó al timbre. Ambas giramos la cabeza hacia la puerta principal. Lisa dejó el vino en la mesa y dio una palmada de entusiasmo.

—¿Y si es Moreno? ¡Ve a abrirle!

—Serán los de Amazon con mi pedido semanal —dije mientras me levantaba y me dirigía a la puerta, pero cuando eché un vistazo por la ventana, no había ningún camión de Amazon aparcado cerca y tampoco veía a Jordy.

—¿Archer?

Me examinó con la mirada escrutinadora un instante, como un soldado que analizara información para descartar toda amenaza potencial. Entonces, asintió ligeramente y preguntó con su acento británico elegante:

—¿Puedo pasar?

Le sostuve la puerta para que dejarle entrar y, mientras la cerraba, oí que Lisa soltaba un grito ahogado desde la cocina.

—¡Eres tú!

—Archer —insistí antes de que fuera a usar su apodo—. Se llama «Archer».

—Tú eres la mujer del gimnasio —dijo Archer—. Encantado de conocerte al fin.

Lisa lo miraba como si fuera a devorarlo entero allí mismo, así que le puse una mano en la espalda al hombre y me apresuré a guiarlo hacia la sala de estar.

—Hablemos aquí. Lejos de mi amiga, que se va a quedar en la cocina.

Lisa soltó un suspiro de tristeza, pero pronto volvió a centrarse en su vino.

—Tienes una amiga interesante —dijo Archer.

—Te tiene echado el ojo desde hace tiempo —le confesé.

—¡No me había fijado! —contestó con sarcasmo.

—¿Qué haces aquí? —Se me cayó el alma a los pies—. Vas a retirar la oferta, ¿no? ¡Ay, Dios, no quiero volver al Starbucks!

Archer alzó una tableta que no me había dado cuenta de que llevaba consigo.

—En realidad, he traído algunos documentos para que los firmes.

Solté un suspiro de alivio.

—Jordy dijo que tardaríais unos días en prepararlos.

—Jordy se equivoca a menudo con el tiempo que llevan las cosas. —Se sentó en el sofá y puso la tableta sobre la mesa de centro—. Si quieres, podemos ir mirando los términos juntos.

Me le acerqué en el sofá y él hizo lo mismo para enseñarme los documentos en la pantalla. Desprendía un aroma inconfundible, como una mezcla de madera aceitada y libros muy antiguos que casaba con su carácter seco. Quizás fuera mi imaginación, pero me pareció notar la calidez que emanaban sus músculos.

Archer me explicó las condiciones del contrato: trabajaría para ellos entre sesenta y noventa días a cambio de un sueldo importante, de entre los más altos que ganaban las niñeras. Además, me ofrecerían una bonificación muy jugosa al terminar.

—Eso es para compensar que el contrato sea más corto de lo que querías —explicó.

En general, todo me pareció bien. Más que bien, de hecho. Si aceptaba el trabajo de poca duración, al menos me pagarían bien por ello.

—¿Ya está? —pregunté después de firmarlo.

Archer arqueó una de sus cejas rubias.

—Hay otros once documentos que tienes que firmar.

—¡Ah!

A continuación, vino una serie de exenciones sobre mi salud y bienestar personales. Luego, dos acuerdos de confidencialidad distintos. Después, repasamos un documento en el que se explicaba la cobertura de mi seguro médico durante lo que duraría el contrato y la del seguro de viaje.

—¿Y qué hay del seguro de vida? —gritó Lisa desde el otro lado de la puerta.

—¿En serio nos estás escuchando a escondidas desde el pasillo? —le pregunté.

Hubo un largo silencio.

—No.

Entonces oímos que se alejaba de puntillas. Archer miró hacia la puerta con una expresión risueña.

—¿Tienes alguna duda, Trish?

—Me preocupa el riesgo que pueda haber —admití—. ¿Estaré en peligro de verdad? ¿O estas exenciones son solo un trámite para cubriros las espaldas?

La sonrisa de Archer se difuminó tan rápido como había aparecido.

—Nunca pondríamos a nuestra hija en una situación de peligro apreciable. Por defecto, lo mismo se aplica en tu caso. No tienes nada de qué preocuparte.

Suspiré con alivio.

—Vale, muy bien. Eso creía, pero ni siquiera me habéis dicho adónde vamos, así que me estaba empezando a montar una película.

—No podíamos decírtelo antes de que firmaras los acuerdos de confidencialidad, ya que la discreción es importante. Hablando de lo cual —volvió a mirar al pasillo—, mientras estemos fuera, no podrás revelarle tu ubicación a nadie en absoluto.

—¡Venga ya! —se quejó Lisa desde el otro lado de la puerta.

—Mientras completamos los contratos, no queremos que nadie sepa dónde está Kaylee. Lo siento, pero es algo innegociable.

—¿Por qué no? —pregunté—. ¿La pondría en peligro que se supiera?

Archer me examinó durante un buen rato. Me dio la sensación de que lo veía todo, incluso mis pensamientos. Al final, negó con la cabeza, con lo que se le meneó ligeramente el pelo rubio y corto.

—Casi seguro que no —anunció—, pero «casi» no es lo mismo que «totalmente». Así que tomaremos todas las precauciones adecuadas. ¿Te supone algún problema?

—No —dije, tras lo cual me di cuenta de que era la verdad—. No le diré a nadie dónde estamos. Ni siquiera a mi amiga metomentodo.

—Muy bien. —Su voz tenía un dejo de cansancio, como si ya hubiera tenido esa conversación diez veces antes de desayunar siquiera—. Firma este último documento aceptando esta condición, por favor.

—¿Habéis hecho esto antes? —pregunté.

Archer parpadeó despacio con la mirada pasiva de ojos verdes.

—No.

—Parece que tengáis práctica con lo de contratar a alguien para que acompañe a Kaylee a cualquier misión que estéis haciendo.

—Es la primera vez. De hecho, voy a serte sincero: no me gusta nada este plan, pero Jordy... —Dejó la frase a medias y negó con la cabeza—. Firma el último documento y ya, por favor.

«¿Qué querrá Jordy?», pensé.

Tomé la tableta y firmé un garabato con un dedo. Archer cerró la tapa, se la colocó bajo un brazo y se levantó.

—Ya hemos terminado. Nos vamos el sábado. Ven a nuestra casa a las diez de la mañana. Nos espera un largo vuelo y repasaremos más detalles entonces.

—¡Espera! —exclamé—. Ahora que he firmado los documentos, ya me puedes decir adónde vamos, ¿no?

Archer giró la cabeza para mirar a su alrededor y, luego, se inclinó hacia mí hasta que tuvo los labios a un centímetro de mi oreja. Su aliento era cálido y me hizo cosquillas en la piel al responderme.

—El primer contrato es en Noruega.



Trish

El sábado volamos de Wilmington, en Carolina del Norte, al aeropuerto internacional de Dulles, donde haríamos escala a Oslo. Durante el vuelo más corto, me senté entre Jordy y Kaylee. Archer estaba sentado justo detrás de mí y el supercorpulento Harrison iba apretujado en el asiento de detrás de Kaylee que daba a la ventanilla.

—Así que sois mercenarios —dije a mitad del vuelo.

—Sí... —respondió Jordy con cautela.

—Pero no como los de Blackwater ni tipos que cometen crímenes de guerra y esas cosas, ¿no?

Entrecerró los ojos marrones.

—Creo que deberías haberlo preguntado antes de firmar el contrato de trabajo y subir al avión con nosotros.

Noté que se me tensaba el pecho.

—No lo pregunto en broma. ¿No sois como esos, verdad?

—A veces hay daños colaterales —dijo en voz baja—. Por ejemplo, la semana pasada queríamos atacar una célula terrorista de Qatar, pero acabamos destruyendo una residencia de ancianos en Kansas. ¡Menudo desastre! Quedaron andadores, bombonas de oxígeno y caramelos esparcidos por todas partes.

Para cuando terminó, le estaba gruñendo.

—¡No tiene ni pizca de gracia!

Sonrió y me dio un codazo.

—No nos parecemos a los Blackwater en nada. Casi nunca estamos en zonas de combate activo y somos muy selectivos con los contratos que aceptamos. Hacemos muchos destacamentos de seguridad y también ejercicios de entrenamiento. De vez en cuando nos ocupamos de asuntos más... delicados, por así decirlo, pero la gran mayoría de nuestros encargos son seguros y aburridos.

—¿Y qué tipo de encargo es el de Oslo? —le pregunté.

Archer carraspeó detrás de mí.

Jordy le miró y respondió en voz más baja:

—Uno de reconocimiento y seguridad para una gran cumbre, aunque no sé de qué.

Archer soltó un suspiro de exasperación detrás de nosotros.

—Un momento, ¿te refieres a la gran cumbre de la paz? —le pregunté.

—Supongo.

—¡Eso es importantísimo! —dije—. Salía en la revista que he leído en la terminal. ¡Van a ir como una docena de líderes mundiales!

—Guay —dijo Jordy—. Debe de ser por eso que nos pagarán tanto.

—Me he pasado una cantidad de tiempo disparatada redactando los informes de las misiones —refunfuñó Archer—, y va él y apenas los lee. —Harrison emitió un gruñido que se podía interpretar tanto como de acuerdo como de desaprobación.

Me invadió un alivio inmenso al saber que no eran malos, algo que me había preocupado toda la semana anterior. Jordy y Archer no parecían mercenarios sanguinarios que mataran indiscriminadamente, pero las apariencias engañan. Y Harrison tenía un aspecto duro que rezumaba violencia controlada.

—Entonces, no correremos ningún peligro —dije más para mis adentros que para Jordy—. Archer mencionó que no os llevaríais a Kaylee a ningún lugar peligroso, pero es bueno saberlo de seguro.

—No habrá mucho peligro esta vez. En cambio, en la misión que tuvimos en Praga hace un año o dos, cuando íbamos tras Anton Novak...

Archer alzó la voz:

—Creo que ya basta de explicaciones por hoy, ¡sobre todo en un sitio tan público!

Jordy hizo una mueca.

—Ya, tiene razón. Tenemos que ser discretos, pero tómate unas cervezas con nosotros luego y te contaremos la historia.

—Eres de lo que no hay —se quejó Archer.

«Praga», pensé. «Tendré que acordarme de preguntarles sobre eso más tarde». Kaylee se portó muy bien durante el vuelo. Jugó un rato con su iPad y luego pasó al eReader. Le pregunté si ya había leído *Harry Potter* y me dijo que no.

—Ya casi tienes la edad perfecta para leerlo. Quizá dentro de un año.

—¿Magos, brujas y todo eso? —preguntó Jordy—. No pensé que fueras el tipo de mujer que lee cosas así.

Arqueeé una ceja.

—¿Qué tipo de mujer crees que soy?

Jordy se sonrojó.

—Ay, no lo sé. No debería juzgarte. Lo siento. Puedes leer *Harry Potter*, angelito —añadió dirigiéndose a Kaylee—, aunque todo pase en un país superaburrido.

Me di cuenta de que, en el asiento trasero, Archer hacía acopio de todas sus fuerzas por no morder el anzuelo. Más tarde, aterrizamos en Dulles y tomamos un Boeing 767 grande para el vuelo internacional. Me sorprendió, y me alegró, descubrir que teníamos cinco billetes de clase Business, con butacas individuales dispuestas en diagonal en vez de los asientos normales.

—No me esperaba tanto lujo —dije mientras tomaba una copa de vino tinto que me ofrecía un auxiliar de vuelo.

—No tenemos que preocuparnos con los gastos —dijo Archer en la butaca frente a la mía—. Al menos, no para los últimos tres encargos que hemos aceptado.

—Ahora que lo mencionas de nuevo, ¿vais a ocuparos de tres encargos diferentes? ¿No de uno grande?

Archer aceptó una copa de vino del asistente de vuelo.

—Así es.

—¿De qué tratan los otros dos?

Archer alzó la cabeza por encima de la pared que separaba las butacas.

—Ya hablaremos de eso en otro momento.

«Vale, pues no habléis de ello en público», pensé.

Para cenar, nos sirvieron ternera Stroganoff con ensalada y tarta de queso estilo Nueva York de postre. Al otro lado del pasillo, Harrison devoró la comida tan deprisa que ni que lo estuvieran cronometrando y, justo cuando hubo terminado, se tapó los ojos con la gorra de béisbol de los Cincinnati Reds. Al cabo de diez segundos ya roncaba.

El auxiliar de vuelo se nos acercó para desplegar las butacas y convertirlas en camas. Harrison no se despertó ni siquiera cuando le dieron un toquecito en el hombro.

—Se pasó años durmiendo bajo el sonido de fuego de mortero —le dijo Jordy al tripulante de cabina—. Será mejor que no intente despertarlo. No suele morder, pero... —Se encogió de hombros.

Me sorprendió lo cómoda que era la butaca a modo de cama, sobre todo después de haberme puesto el pijama en el baño. Cerré los ojos y me quedé dormida escuchando cómo Jordy le leía un cuento a Kaylee, que estaba dos butacas detrás de mí.

«Es un buen padre», pensé mientras empezaba a adormecerme. «Aunque sigo queriendo saber quién es la madre y por qué los llama "papi" a todos».

A la mañana siguiente la tripulación de cabina nos despertó con un toquecito y, luego, nos sirvieron el desayuno con tortillas, fruta ¡y repostería tan suave y hojaldrada que ni que la acabasen de hornear mientras sobrevolábamos el Atlántico! Cuando Kaylee soltó un chillido de emoción, me volví y miré por la ventanilla.

Bajo nosotros se extendía un ancho mar, que, a lo lejos, se convertía en una línea delgada comprendida entre dos zonas de tierra de un verde intenso. El mapa de la pantalla de mi televisor me informó de que se trataba del estrecho de Skagerrak, que desembocaba en el fiordo de Oslo. Observé maravillada cómo lo seguíamos hacia el norte, donde se encontraba una ciudad enorme que cercaba el borde del agua como la espuma a la orilla. En la distancia, unas montañas se alzaban prominentes hacia el cielo azul de la mañana y me las quedé mirando con asombro. Nada de lo que hubiera visto en Estados Unidos se podía comparar con esa vista.

Aterrizamos, pasamos por la aduana y seguimos a Archer hacia uno de los aparcamientos. Al final se encontraba, solo, un Range Rover negro azabache. El mercenario de pelo claro, en el que seguía pensando como «Rubio» en mi cabeza, se sacó el teléfono del bolsillo y pulsó la pantalla, tras lo cual las luces del vehículo parpadearon dos veces y se desbloquearon las puertas.

—¿De quién es este coche? —pregunté.

—Lo han dispuesto para nosotros —dijo sin más—. Como ya te he dicho: no tenemos que preocuparnos con los gastos de ninguna de las misiones.

Archer empezó a conducir el vehículo para sacarnos del aeropuerto y nos llevó a la ciudad. Apreté la cara contra el cristal y admiré el paisaje como una turista.

—¡Qué bonito es todo!

—¿Es la primera vez que viajas a Noruega? —me preguntó Jordy.

Solté un resoplido.

—Es la primera vez que viajo al extranjero.

—¿No has estado en ningún otro país? —dijo Jordy.

—Nunca había salido de Estados Unidos.

—¿Nunca? —preguntó Archer mientras me echaba un vistazo por el retrovisor—. ¿Te estás quedando conmigo?

—¿Si estoy haciendo qué?

—Si estás de broma —dijo Jordy—. Tiene un acento británico muy pomposo.

—No desprecies el acento inglés en mi presencia —le espetó Archer.

—No es broma —respondí—. Nunca había salido de Estados Unidos. Hasta ahora, lo más lejos que había ido era al sur de la frontera cuando mis padres me llevaron allí.

Archer frunció el ceño.

—Lo que queda al sur de la frontera es México, así que, de hecho, has salido de Estados Unidos.

—No, me refiero al sur de California, la estatua con el cartelito de «South of the Border» para turistas de la autopista interestatal 95. Está entre Carolina del Norte y Carolina del Sur.

—Nunca he estado allí —respondió Archer.

—Tienen buenos tamales —gruñó Harrison—. Y baños asquerosos.

«Con que sí que habla», pensé mientras le echaba un vistazo por encima de la cabeza de Kaylee. «Tal vez solo le lleve algo de un tiempo abrirse con la gente».

Jordy se volvió y me miró con el ceño fruncido.

—Un momento, si nunca has salido del país, ¿por qué tienes pasaporte?

—Ah, eso... —Tragué con fuerza—. No sé, lo compré hace un año porque esperaba poder irme de vacaciones algún día. Supongo que ha venido bien para esto, ¿no?

—Hemos tenido suerte. De lo contrario, se habría arruinado todo el contrato. Podemos solucionar muchos problemas fronterizos, pero para colar a una persona a Europa ilegalmente habríamos tenido que tirar de muchos hilos.

—¡Qué suerte! —coincidí con alivio al ver que se creían mi excusa. Sin embargo, vi que Harrison me miraba de reojo y clavaba sus ojos oscuros en mí como si supiera algo, pero no expresó su escepticismo en voz alta.

A pesar de estar en Escandinavia, Oslo me pareció justo igual que como me imaginaba París o Roma: las calles adoquinadas y una gran cantidad de peatones y edificios con un aspecto más antiguo que cualquiera de los de Wilmington en Carolina del Norte. Archer nos llevó hacia el noreste de la ciudad, por calles en pendientes y casas adosadas, hasta que llegamos a un apartamento de cuatro plantas. La entrada del garaje se abrió y el Ranger Rover apenas cupo dentro.

Harrison esperó hasta que la puerta se hubo cerrado del todo antes de abrir el maletero y sacar nuestro equipaje. Me dio mi maleta pesada como si fuera lo más ligero del mundo y, luego,

se colgó las dos mochilas de Kaylee de un hombro.

—¿Qué son estas cajas? —pregunté mientras señalaba unas de color verde oliva que había debajo de nuestro equipaje. Eran tan grandes que ocupaban toda la base del maletero—. No las llevábamos en el avión.

Harrison se me quedó mirando fijamente un rato y, luego, empezó a sacarlas del vehículo con sumo cuidado. «Supongo que no va a abrirse conmigo, después de todo».

El apartamento era vasto y espacioso, con techos altos y muchas ventanas por las que entraba la luz natural. En Estados Unidos, habría costado al menos un millón de dólares. Me dio un escalofrío al pensar en lo caro que sería en una ciudad como Oslo.

—Tenemos un problema que no preví —dijo Archer al llegar al final de la escalera—. Hay cuatro dormitorios.

Tardé un minuto en hacer cuentas. Había cuatro adultos y, luego, estaba Kaylee, quien sin duda era lo bastante mayor como para tener su propia habitación.

—Jopé —murmuró Jordy—. Reservamos el apartamento hace meses, pensando que solo seríamos tres.

—¡Yo puedo dormir en el sofá! —me apresuré a sugerir—. Parece más cómodo que la cama de mi apartamento y el baño me quedaría cerca, al final del pasillo.

Archer empezó a asentir con la cabeza, pero entonces Jordy dijo:

—Ni hablar. Dos de nosotros compartiremos habitación. Las camas son grandes, ¿verdad, Archer?

—En una habitación hay una cama individual, así que Kaylee puede quedarse con esa. El resto son de tamaño *queen*.

—Perfecto —respondió Jordy—. Pues ningún problema.

—¿Segurísimo? —pregunté—. En serio que no me importa dormir en el sofá.

Jordy me sonrió.

—Archer y yo hemos compartido camas más pequeñas que esta y en peores condiciones, ¿verdad, amigo?

Desde lo alto de las escaleras, Archer hizo una mueca y se alejó.

La nevera ya estaba llena de comida: frutas, verduras, carne ecológica, tofu y queso. Además, parecía que todos los alimentos fueran frescos.

—Con esto, debería bastarnos —dijo Jordy de manera satisfecha—. La conferencia durará seis días, y a eso le añadimos el día para prepararnos.

—Hablando de prepararnos —dijo Archer mientras se nos acercaba—, quiero ir a echarle un vistazo al lugar para comprobar que los mapas que nos enviaron son correctos y recorrer el perímetro a pie.

Harrison apareció desde detrás con una bolsa con herramientas en la mano y asintió con la cabeza.

—Vigilaremos el fuerte mientras estéis fuera —anunció Jordy con una sonrisa.

«Vigilaremos», pensé mientras le daba vueltas al sujeto implícito en plural. «Me gusta esa idea: nosotros».

—¡Sí, lo vigilaremos! —coincidió Kaylee mientras iba corriendo a abrazar a Harrison arrojándose a su pierna corpulenta.

«Ay, es verdad», pensé. «No soy la única otra persona que hay aquí».

—Iré a ver mi habitación —dije mientras me apresuraba a salir de la cocina para que no viesen cómo me ruborizaba.



Trish

Mi habitación estaba inmaculada y bien amueblada, como la de un hotel de lujo. Deshice la maleta y doblé la ropa antes de meterla en los cajones de la cómoda. Eso me dio cierta sensación de orden y estabilidad, aunque solo fuéramos a quedarnos allí una semana.

La habitación contaba con baño propio, así que aproveché para quitarme la suciedad del viaje con una ducha y, luego, me puse ropa limpia. Bajé las escaleras sintiéndome renovada, pero aún agotada por el cambio horario. Según la hora local eran las 3 de la tarde, mientras que en casa habrían sido las 9 de la mañana, pero con el *jet lag* que tenía estaba lista para apoyar la cabeza en la almohada y quedarme dormida.

—No lo hagas —me aconsejó Jordy cuando volví a la sala de estar y se lo dije—. Para superar el *jet lag* hay que aguantar. Estate despierta hasta esta noche y, luego, vete a dormir a una hora normal. Créeme, eso ayudará.

—Gracias —le respondí mientras veía cómo buscaba comida en la nevera. Se había puesto unos pantalones caqui y una camiseta de color verde oliva que se le ceñía al torso como una segunda piel, lo que dejaba a la vista todos sus músculos—. ¿Qué haces?

—Preparo la cena. —Sacó una bandeja de aluminio del congelador—. Es comida precocinada. Basta con descongelarla y meterla en el horno durante una hora. Hoy tocará lasaña. —Olfateó la bandeja—. Lasaña vegetariana, creo, pero no se lo digas a Harrison. Se pone de malas si no toma proteínas suficientes.

Noté que una manita tiraba de mi camiseta.

—¿Trish? ¿Quieres que te enseñe a jugar a Minecraft?

—¿Qué es Minecraft? —le pregunté.

A Jordy se le escapó una risita.

—Te va a enganchar.

—¡Minecraft es el juego más divertido del mundo! —exclamó Kaylee con los ojos brillantes de ilusión—. ¡Te va a encantar! ¡Mira, te lo enseño!

Dejé que me llevara a la mesa del comedor, donde estaba su tableta con un teclado y un ratón. Me enteré de que Minecraft era un juego pixelado que consistía en cavar, talar árboles e ir buscando ciertos tipos de minerales en cuevas. A Kaylee le encantaba tantísimo que tenía opiniones muy firmes sobre cuál era la mejor manera de recolectar hierro y cómo evitar a las arañas y los esqueletos que salían por la noche.

Jordy apareció en la puerta de la cocina con dos cervezas que sostuvo y movió en lo alto. Iba a negar con la cabeza, pero entonces me di cuenta de que ya eran las seis. Llevaba horas jugando con Kaylee.

—Es muy divertido y hemos explorado esa cueva bien a fondo —le dije—, pero ahora voy a tomarme un descansito.

—Vale —respondió Kaylee que volvió a clavar los ojos en la pantalla—. Yo seguiré explorando.

Acepté la cerveza que me ofrecía Jordy y le seguí hasta la cocina.

—Te dije que te engancharías —dijo con una sonrisita.

—Ese juego le gusta mucho pero que mucho —le contesté—. ¿Le habéis puesto un límite a cuánto tiempo puede pasar delante de la pantalla?

Él negó con la cabeza.

—Todavía no hemos tenido que ponerle normas. En verano tiene una rutina bastante equilibrada: juega a esto, ve vídeos en YouTube sobre tecnología primitiva o lee libros. Pero, cuando empiezan las clases, tenemos que recordarle que haga los deberes.

—Es lo normal.

Abrió el horno, metió una bandeja de aluminio dentro y lo cerró, con lo que una ola de calor me acarició el rostro. Jordy se quitó los guantes de cocina y se fue hacia la sala de estar, con Kaylee a la vista. Se dejó caer en el sofá y yo tomé asiento en la silla de enfrente.

—Cuéntame pues —anunció—, ¿cómo has acabado aquí?

—¿Que cómo he acabado aquí?

—Sí. A decir verdad, no sé mucho sobre ti, aunque vayas a cuidar de Kaylee. Apenas acabo de dejar de llamarte «Kettlebells» por dentro.

—Pues contratarme sin saber casi nada de mí no es muy de listos, ¿no? —le pregunté con una sonrisita.

—Lo mismo dijo Archer —respondió mientras ponía los ojos en blanco—. Vamos, cuenta. Dime más sobre ti.

La pregunta, junto con la manera en la que la había hecho mientras nos tomábamos una cerveza, hizo que me diese la sensación de estar en una cita. Era como si nos tanteásemos para conocernos mejor el uno al otro. Lo básico.

Me encogí de hombros.

—¿Qué quieres saber?

—¿Cómo te convertiste en niñera?

—Por mis hermanas —dije—. Tengo dos hermanas pequeñas. De niña, no las soportaba. Nos llevábamos muy mal, siempre estábamos entre discusiones y peleas. Un día, estaba tumbada boca abajo viendo la televisión y Rebecca se sentó sobre mi espalda. Le dije que se levantara, pero ella no quería, así que me encorvé a bote pronto y... ella salió disparada contra la pantalla del televisor. ¡Tuvieron que darle cuatro puntos en la frente!

Jordy esbozó una media sonrisa.

—Así no me convences mucho de que seas una niñera de primera.

Me reí y le contesté:

—¡He mejorado desde entonces! Cuando me fui a la universidad, me di cuenta de lo mucho que quería y echaba de menos a mis hermanas, ya que, al fin y al cabo, había ayudado a criarlas.

Al poco tiempo empecé a volver a casa todos los fines de semana para visitarlas y, cuando me gradué, decidí que lo que quería hacer de verdad era ser niñera.

—¿De qué te graduaste?

—De Literatura Francesa.

—Pues entonces tampoco es que pudieras haber trabajado de mucho con eso —bromeó.

Lo fulminé con la mirada de manera divertida y le di un sorbo a la cerveza.

—¡Me gustaba Camus! Tras eso, me llevó un tiempo definir lo que quería hacer. Conseguí un trabajo en una guardería, pero se me hizo insufrible. Cuidar de veinte peques no me satisfizo en absoluto. Quería dar un cariño y cuidado individuales a unos pocos niños y niñas, a una familia.

—Y así pasaste a ser niñera.

—Por casualidad —admití—. Le dije a una amistad que iba a dejar el trabajo en la guardería, me preguntó por qué y resultó que conocía a una familia que buscaba una niñera. Me entrevistaron esa misma tarde y empecé al día siguiente. Al instante supe que era perfecto para mí. El padre y la madre trabajaban juntos y sus dos peques, un niño y una niña, eran adorables. Cada día me levantaba con ganas de ir a trabajar. Estuve con ellos dos años.

—¿Y por qué terminó? —preguntó Jordy.

Solté un suspiro.

—Hace unos seis meses, tanto el padre como la madre consiguieron trabajos nuevos en San Francisco para una empresa emergente de criptomonedas.

—¿No quisiste irte con ellos?

—Me lo propusieron, pero rechacé la oferta. Nunca había estado tan lejos de casa y la idea de mudarme al otro lado del país de repente me aterrorizó.

«Y había cosas que me retenían en Wilmington».

—Pues ahora estás aquí, trabajando de niñera en la otra punta del mundo —señaló Jordy.

—De forma temporal —respondí—. Hay una gran diferencia. Y no tenía ni idea de adónde íbamos hasta que hube firmado el papeleo con Archer.

Jordy le dio un largo trago a su cerveza.

—¿No has trabajado de niñera en los últimos seis meses?

Arqueeé una ceja.

—¿Acaso no habéis comprobado mi historial profesional?

—Archer es el experto en eso —contestó—. Dejamos que se encargue él de los detalles. Entonces, ¿no has trabajado más de niñera?

—Pues no.

—Me sorprende que no encontrases nada. Parece que se te den muy bien los niños, al menos basándome en lo que he visto hasta ahora.

—Es por la inflación y cómo está la economía —dije con amargura—. La gente no se puede permitir servicios básicos de guardería, por lo que aún menos una niñera privada. Hace unos meses casi acepté un trabajo cuidando peques, pero al final lo rechacé.

—¿Por qué?

—Me iban a pagar casi nada. Vamos, que ni llegaba al salario mínimo cuando conté cuántas horas iba a trabajar. Me supo fatal rechazarlo, porque los niños parecían adorables, pero los números no encajaban. Si trabajaba seis días a la semana por tan solo tres de los grandes al mes, no iba a poder vivir como es debido.

Jordy soltó una carcajada.

—¿Tan poco te querían pagar? Pues que les den. No te merecían. Y, al menos, gracias a rechazarlo acabaste trabajando para nosotros.

—Ya, pero este trabajo es solo a corto plazo —le recordé.

—Ah, es verdad.

Se terminó la cerveza de un trago y se levantó del sofá. Cuando volvió, trajo consigo dos botellas nuevas. Me terminé la que tenía deprisa y acepté la fresca.

—Ahora te toca a ti —le dije—. Cuéntame cómo es la vida de los mercenarios.

Jordy se encogió de hombros, ancho de espaldas como era, bajo la camiseta ajustada.

—Es bastante obvio.

—¿Cuánto tiempo llevas dedicándote a esto?

—Firmamos un contrato con la Empresa Mathos hace cuatro años —respondió—. Hará cinco este octubre, creo.

—Sobre eso quería preguntarte. Intenté buscar la Empresa Mathos en Google, pero no apareció nada. Ni siquiera aparecía una página web en la tarjeta que me diste. Sabes que ya no estamos en 1995, ¿no? Hay que tener una página web.

Le brillaron los ojos marrones con picardía.

—Es a propósito. La Empresa Mathos es una contratista militar privada. Con énfasis en lo de «privada». La gente que quiere contratarnos tiene sus métodos de encontrarnos. No hace falta que nadie más sepa que existimos.

—¿Por qué le pusieron ese nombre? ¿El fundador se llama Bobby Mathos o algo así?

—Le pusieron ese nombre por un grupo de mercenarios de la antigüedad que luchó por Cartago. O contra Cartago. Ahora no me acuerdo, pero Archer lo sabría.

—No es muy de listos no informarte de la historia de la empresa para la que trabajas —bromeé.

—¿Acaso tú sabes toda la información histórica de la guardería para la que trabajaste? ¿O de la universidad a la que fuiste?

Me encogí de hombros.

—Ahí me has dado.

—Solo es un trabajo —dijo Jordy—. Ya está.

Examiné la forma en que se volvía a sentar dejándose caer sobre el sofá. Lo había dicho con un deje de agotamiento, como si le pesara mucho más de lo que yo pensaba.

—¿Cómo te metiste siquiera en este oficio? —le pregunté. ¿Acaso hubo un tipo en una feria de empleo que repartía rifles y granadas?

—Estuve en el Ejército —respondió—. Me alisté justo al terminar el instituto. Mi madre no podía permitirse pagarme la universidad y, aunque hubiese podido, yo no creía que fuera a ser lo

mejor para mí. Resultó que el Ejército tampoco encajaba conmigo. Con eso no quiero decir que me arrepienta, ya que me convirtió en el hombre que soy hoy. Durante el servicio adquirí muchos buenos hábitos e hice amigos para toda la vida, pero iba por un camino que no me gustaba, así que lo dejé.

—No sabía que se podía dejar el Ejército antes de que terminase el contrato.

—En teoría, no se puede —respondió con una mueca—, pero me llevaba muy bien con un oficial médico y él me concedió la baja a través del TERA.

—¿El TERA?

—El programa de jubilación anticipada del Ejército. La mayoría de los soldados tienen que haber servido veinte años, pero yo me retiré en diez.

Le di vueltas por dentro durante unos segundos.

—¿Has... luchado en una guerra alguna vez? No sé si te lo he preguntado bien.

—¿Quieres decir que si he entrado en combate alguna vez? Alguna. Menos que la mayoría de reclutas. En general, fui uno de los que más suerte tuvo, pero no me gustó. Aun cuando no estuviese en peligro de verdad, me daba la sensación de estarlo. Estás pendiente de ello todos los días, incluso mientras duermes. Esperas de semana en semana, aburrido, preguntándote si pasará algo, y, de repente, empiezan a bombardear la base con morteros. A veces echo de menos algunas cosas. Nunca me sentí tan vivo como en aquellos años, pero... —Negó con la cabeza—. Me alegro de haberlo dejado.

—Debe estar bien poder elegir tus misiones ahora —dije—. Seguro que da una sensación de control mayor que tener que limitarte a hacer lo que otros te dicen.

—Sí, es muchísimo mejor, eso sí —coincidió—. Nos gusta escoger los contratos. Aunque no siempre salen como esperamos. Hace unos años, tuvimos uno malo en Praga. Casi no lo contamos ninguno de los tres. El tipo al que nos enviaron a capturar, Anton Novak, se escapó. Desde entonces, no nos hemos encargado de nada que sea medianamente peligroso.

A Jordy se le había quedado la mirada perdida. Esperé a que me explicara más sobre aquella misión, pero entonces suspiró hondo.

—Para serte sincero, estoy exhausto. Me sentará bien terminar estos tres contratos y tener tiempo para relajarme. Pasar más tiempo con Kaylee. A lo mejor, quizás dejar la profesión del todo.

—¿En serio? ¿Qué te gustaría hacer en vez de ser mercenario?

Le dio un sorbo a su cerveza e hizo una mueca.

—Ojalá lo supiera.

—Ah, venga ya. Alguna idea tendrás.

—Ni por asomo —respondió—. Por no saber, ni sé si se me da bien nada más.

—Eso no puede ser —dije, presionándolo un poco más—. Vamos a ver, ¿qué aficiones tienes?

Jordy cruzó una pierna sobre la otra y frunció los labios con expresión pensativa. Tenía un aspecto muy cuco cuando se concentraba.

—Me gusta cocinar. Y se me dan bien los coches.

—Entonces, ¿qué te parece convertirte en mecánico?

Él soltó un resoplido.

—Mejor no. Se me dan bien, pero no me gustan de por sí. Me vi obligado a aprender de coches porque mi madre conducía una chatarra por la ciudad y siempre había que arreglarla. Tampoco podía permitirse llevarla a un mecánico de verdad, así que, si no hubiera aprendido a repararla yo, seguramente nos habríamos acabado matando.

Me dio una punzada en el corazón al pensar en un Jordy pequeño que apenas lograba ir tirando con lo que parecía que fuese una madre soltera.

—¿Y meterte a chef?

Se rio como si le acabase de soltar un chiste.

—Como ya verás, Trish, en realidad no se me da bien cocinar, solo me gusta hacerlo. Para mí, es como los preliminares antes de llegar a la comida. Todos los aromas, las especias y el calor crean un ambiente que estimula mi apetito.

Al terminar la frase, me guiñó un ojo y yo le di un largo trago a mi cerveza. ¿Estaba ligando conmigo? ¿O se trataba de una broma amable? Cuando dejé la cerveza en la mesita, Jordy me miraba fijamente. Indagaba con la mirada y parecía que se preguntase cómo me había tomado el comentario con un vago matiz sexual. Por extraño que fuese, me sentía cómoda a su lado, como si nos conociéramos desde hacía mucho más tiempo que las pocas palabras que habíamos intercambiado en el gimnasio y el vuelo internacional.

De repente, la puerta se abrió y los otros dos mercenarios entraron en la habitación. Kaylee bajó de la silla de un salto y fue corriendo a abrazarlos, con la trencita rubia moviéndosele de un lado a otro.

—Yo también te he echado de menos, corazón —le dijo Archer, tras lo cual se dirigió a Jordy—: El diseño de la sala de conferencias coincide con el de los mapas que nos dieron.

—Genial —respondió Jordy mientras evitaba mirar en mi dirección.

Harrison inhaló el aire.

—Huele bien.

Jordy se levantó del sofá.

—La cena está en el horno. Ya estará casi lista.

Mientras observaba cómo se levantaba y se dirigía a la cocina, me pregunté adónde nos habría llevado nuestra conversación si no nos hubieran interrumpido.

9



Jordy

Archer solía decir que lo de coquetear formaba parte de mi carácter. Pasaba de manera automática, sin que yo pensara en ello. Cuando estaba cerca de una mujer atractiva, sobre todo de una que quizás me interesase, actuaba de una forma de la que ni siquiera me daba cuenta. Y Trish era preciosa y me interesaba.

La mirada que me dirigió fue lo que hizo que me diera cuenta de que a lo mejor me había pasado de la raya al comparar la comida con el sexo y, luego, guiñarle un ojo. Se había bebido la cerveza y me había mirado como si intentase aclararse sobre qué le parecía aquello.

«Seguramente considere que es inapropiado liarse conmigo, ya que es la niñera de Kaylee». Y, a decir verdad, en ese caso tendría razón. Era una mala idea, sobre todo teniendo en cuenta que acabábamos de comenzar el viaje. Apenas nos conocíamos. Si las cosas se ponían raras, estaríamos de lo más incómodos hasta que volviéramos a casa.

«Pero si las cosas no se ponen raras y yo también le gusto...». Me quité la idea de la cabeza mientras sacaba la bandeja de comida del horno. Le había prometido a Archer que me centraría en la misión e iba a hacerlo aunque me matara por dentro.

Nos pasamos el día siguiente reunidos con el jefe de seguridad de la conferencia para la paz, afinando los detalles del trabajo y preparándonos para los puntos débiles que podían explotarse. A la mañana siguiente empezó la conferencia en sí. Me desperté temprano porque mi cuerpo seguía agotado por el cambio de hora.

«Y por el sueño que tuve anoche». No sabía dónde nos encontrábamos: todo estaba borroso a nuestro alrededor, como suele ocurrir en los sueños, pero a Trish la veía con mucha claridad. Sus pestañas largas, el rostro en forma de corazón, los labios sensuales que suplicaban que los besara al fruncirlos mientras se me iba acercando...

—Contrólate, hombre —me dije mientras me preparaba frente al espejo.

Casi todos los agentes de seguridad de la conferencia para la paz llevarían traje, pero nosotros iríamos vestidos de paisano para pasar desapercibidos por el perímetro exterior. Me había puesto unos vaqueros y una camiseta, junto con una chaqueta que me protegería del viento frío que soplaba desde el mar Báltico y que, además, ocultaría lo que llevaba en la cadera.

—No soporto los encargos de guardia —se quejó Harrison mientras pasaba por delante de la habitación que compartíamos Archer y yo—. Preferiría dispararle a algo.

—Cuidado con lo que deseas —dije mientras me ajustaba la pistolera en el cinturón.

Noruega tenía unas leyes de control de armas bastante estrictas, pero el gobierno local había hecho una excepción para las circunstancias especiales de la conferencia para la paz. El Glock P80 que me metí en la funda era la versión noruega de la Glock 17, un arma con la que estaba muy familiarizado. Harrison y Archer llevarían pistolas idénticas, junto con un rifle largo

para que Archer lo utilizara desde su lugar estratégico en el tejado.

«Espero que no tengamos que usarlas», pensé mientras soltaba la chaqueta hasta que me cubrió las caderas de manera holgada y ocultó la pistolera con facilidad. «Este debería ser como cualquier otro trabajo de seguridad. Sin líos ni complicaciones».

Los tres nos despedimos de Kaylee por turnos. Cada uno tenía una rutina diferente: yo la abrazaba y le decía que la quería mientras que Archer bromeaba con que más le valía no crecer ningún centímetro más en nuestra ausencia. Harrison alzaba a la pequeña en brazos y le daba vueltas, tras lo cual la apretaba contra su pecho con tanta fuerza que al final Kaylee soltaba un chillido porque la aplastaba.

Se me rompía el corazón cada vez que la dejábamos para ir a una misión. Sin embargo, al menos esa vez estaba allí en Noruega, con nosotros, y no al otro lado del mundo. Y la veríamos esa misma noche cuando volviéramos a casa.

Trish observó toda la rutina desde una distancia respetuosa y se acercó cuando terminamos.

—¿Qué se le dice a alguien que se va a una misión de seguridad? ¿Buena suerte? ¿Mucha mierda?

—Cualquiera de las dos expresiones sirve —le respondí.

Vaciló y, luego, se lanzó a abrazarme. Fue reconfortante y cálido, y no tuvo nada de erótico, pero aun así disfruté de la sensación de estrecharla entre mis brazos. Encajaba a la perfección, como si ese fuera su sitio, apretada contra mi pecho. Le di una palmadita en la espalda y resistí el impulso de acariciarle el pelo. «Es la niñera, no tu novia», me recordé.

—¡Buena suerte! —repitió con una sonrisa—. ¡Mucha mierda!

La conferencia para la paz estaba a veinte minutos de nuestro piso, en pleno centro de Oslo. Nos reunimos con el jefe del equipo de seguridad en un edificio al lado del de la conferencia. Había al menos una cincuentena de agentes del equipo de seguridad paseándose por la zona y reacomodándose los auriculares.

—Nosotros nos ocuparemos del perímetro exterior —dijo Archer después de informarse. Sacó un mapa para que lo examináramos—. En el extremo norte, desde esta plaza hasta esta intersección. Yo estaré en el tejado de aquí, lo que me da una vista estratégica de las dos plazas públicas.

—Pues manos a la obra —respondí. Harrison soltó un gruñido de descontento.

Nuestra tarea era sencilla: estar atentos a cualquier cosa fuera de lo normal o dar la alerta en caso de que alguien intentara acometer la conferencia con un vehículo, aunque hubieran colocado barricadas metálicas para detener cualquier ataque de ese tipo. Harrison y yo patrullamos por la calle, zigzagueando entre las multitudes de peatones.

Era tan aburrido como parecía. Rondamos las calles, informamos al jefe de seguridad y seguimos a algunos individuos que nos parecieron sospechosos. Así seguimos durante una hora. Y luego otra hora. Para cuando terminó el primer día de la conferencia, habían pasado nueve horas sin que ocurriera nada resaltable. Al final, me alegré de volver a nuestro coche sin que hubiera pasado nada, pero Harrison tenía pinta de querer pegarle un puñetazo a una pared de ladrillos.

—Que sea aburrido es lo idóneo —le recordó Archer en el viaje de vuelta a casa—. Cada vez que nos pagan y no tenemos que arriesgar la vida es un éxito.

Harrison se quedó mirando por la ventanilla como un pastor alemán de camino al veterinario. Cuando llegamos, Kaylee se entusiasmó al vernos y yo me alegré igual de verla a ella. La presencia de nuestra hija era un alivio constante; un recordatorio de que todo eso valdría la pena.

Harrison sacó una botella de vodka de la cocina y subió a su habitación, tras lo cual cerró la puerta y puso lo que parecía *Led Zeppelin IV* a todo volumen. Archer abrió una botella de Merlot y le dio un sorbo a su bebida mientras leía un libro. Yo tomé una cerveza y me acomodé en el sofá con Kaylee, que estaba jugando a un juego de cartas interactivo con la tableta.

—¿Qué tal ha ido el primer día? —me preguntó Trish—. ¿Todo bien?

—Así, así... —empecé a decir.

—Me temo que no podemos hablar de ello —me interrumpió Archer.

—Claro, lo entiendo —se apresuró a decir Trish.

Se pasó el pelo por encima de un hombro y empezó a jugar con él con ansia. Se notaba que sentía curiosidad por saber qué habíamos hecho todo el día.

«Quiero abrirme con ella», me di cuenta de que pensaba. «Quiero contarle cómo ha ido el día al volver. Tratarla como...». Me quité la idea de la cabeza y me bebí la cerveza más deprisa.

El día siguiente fue idéntico al primero. Fuimos a la conferencia en coche, vigilamos una sección del perímetro todo el tiempo y, luego, volvimos a casa con las chicas. Trish se sentó a mi lado en el sofá y habló de su infancia en Carolina del Norte y de lo increíble que era salir y ver mundo. Esa mañana se había llevado a Kaylee al parque y aventurarse por el país así le había bastado para que se sintiera como si fuera alguien que se dedica a viajar por el mundo.

Esa noche me costó dormir. Por un lado, los ronquidos de Archer eran tan fuertes que dormir en la misma habitación que él debería haberse considerado en contra de la Convención de Ginebra. Además, seguía tenso tras todo el día; aunque no pasara nada emocionante, tenía los nervios de punta al no dejar de mantenerme alerta. Sin embargo, por otro lado, no dejaba de pensar en Trish. Me la imaginaba sentada en el sofá, sobre sus pies, encorvando los labios mientras bebía; la facilidad con la que hablaba con Kaylee y cuidaba de ella; la sonrisa que me dedicaba cuando hacía un chiste del que nadie más se reía... «Archer tiene razón: me gusta Trish».

Al día siguiente, las tres tazas de café que me tomé no me sirvieron para despejarme y no dejé de bostezar mientras recorría la manzana de Oslo que nos habían asignado vigilar. Estaba al oeste de la conferencia para la paz y una de las calles llevaba directo a la zona segura donde los coches dejaban a los y las miembros del evento. De nuevo, Harrison y yo deambulamos a pie mientras Archer nos cubría desde un tejado.

—Objetivo sospechoso a tus dos en punto —me dijo Harrison de repente a través del auricular.

Se me erizó el vello de la nuca. Seguí andando como si nada, pero desvié la mirada hacia mi derecha.

—¿Descripción?

—Morena, vestido verde —respondió Harrison en tono serio—. Tacones negros. No se le marcan las braguitas. Seguramente oculte un tanga.

Oí que Archer se quejaba.

—Deja de echarles un polvo con la mirada a todas las esposas de los diplomáticos.

Harrison gruñó a modo de respuesta.

—No está mal —dije cuando vi a la mujer de la que hablaba. Era joven, de unos pocos años menos que yo, que tenía treinta y tres, pero se movía con el porte de una reina.

—¿Que no está mal? —contestó Harrison enfadado—. Se te ha ido la puta cabeza.

—No es mi tipo.

—Esta chica es el tipo de todo el mundo —rugió—. ¿Estás enfermo o algo?

—Lo que le pasa es que suspira por nuestra querida niñera —dijo Archer.

Seguramente él no pudiera verme, pero le dirigí una mirada fulminante hacia la azotea de todos modos.

—He sido de lo más cortés desde que llegamos.

—Me duele admitirlo, pero es verdad —respondió Archer—. A lo mejor sí que hayas madurado, al fin y al cabo.

Harrison soltó una carcajada.

—Gracias —dije secamente, aunque por dentro le agradecí que lo reconociese.

Me había esforzado muchísimo en no flirtear con Trish desde que habíamos llegado allí. Todas las interacciones con ella habían sido puramente platónicas, justo como deberían ser las de un hombre con la niñera de su hija.

Sin embargo, a pesar de las apariencias, estaba claro que había una conexión más profunda entre ambos. Esos días, después de que Archer y Harrison se fueran a la cama, nos habíamos quedado charlando hasta altas horas de la noche. Trish y yo teníamos una química innegable y que siguiéramos en plan amistoso no hacía más que realzar lo que yo sentía en mi interior. ¿Sentía ella lo mismo o eran imaginaciones mías?

—¿Ves eso? —dijo Harrison con voz suave de repente.

—Me concentro en hacer mi trabajo, no en cada mujer que pasa por delante —le respondí.

Entonces, Harrison me contestó con un tono totalmente serio.

—En la azotea. A las siete en punto. Detrás de la chimenea.

Dirigí la mirada hacia el edificio en cuestión.

—No veo nada.

—No tengo visibilidad de esa zona —dijo Archer.

De repente lo vi: un destello de sol reflejado que fue tan brillante y fugaz como el de un faro.

—Ahí arriba hay alguien. He visto un reflejo. Podrían ser unos prismáticos o...

No hizo falta que terminase la frase: «o una mira de un rifle». Crucé la calle escopeteado.

—Entrando en el edificio. Avisadme si se mueve.

—Sigo sin tener visibilidad. —Archer debió de cambiar de frecuencia en la radio porque de repente su voz sonó diferente—. Aquí Mathos Dos. ¿Tenemos algún otro equipo en los tejados de los alrededores?

—Negativo, Mathos Dos —llegó una respuesta—. La unidad de seguridad más cercana

está a tres manzanas de su ubicación.

—Investigaremos más, prepárense para la confirmación —respondió Archer.

Apenas fui consciente de la conversación mientras corría hacia el edificio. Llegué al vestíbulo del edificio, que era de apartamentos, con un ascensor y unas escaleras a mi derecha. Me dirigí hacia estas últimas en vez de esperar y subí corriendo los peldaños de dos en dos hacia el tejado. Por la radio me llegaban voces a los oídos mientras corría.

—Desplazando a otra unidad al otro lado para acorralar al sospechoso. Cuidado con el fuego cruzado.

—Mathos Tres, subiendo al tejado del hotel contiguo —dijo Harrison.

—¿Debería mantener la posición o conseguir un ángulo mejor? —preguntó Archer.

—Mantenga la posición, Mathos Dos.

—Estoy en el tejado del hotel contiguo —dijo Harrison—. Veo al... joder, ha echado a correr. Debe haberme visto.

—¿Está armado?

—No lo sé.

—¿El sospechoso puede ver la conferencia?

—Desde ese edificio, es posible.

Nos llegó una respuesta en noruego en vez de en inglés. Parecía que dijera palabrotas. Llegué a la puerta del tejado. Estaba cerrada con pestillo, pero le di una patada con el pie y el marco se desprendió de los viejos ladrillos, lo que generó una nube de polvo. Fui corriendo hacia el exterior soleado y me volví hacia donde esperaba que estuviera el objetivo.

El hombre se alejaba de mí a toda velocidad, de modo que la chaqueta negra le ondeaba a sus espaldas. Había algo que me resultaba familiar y me escalofriaba en él, incluso desde atrás. Desenfundé mi pistola y le ordené que se detuviera a gritos, pero antes de que terminase la frase, saltó por el borde del edificio y desapareció de mi vista.

—El sospechoso ha saltado del edificio —dije mientras corría hacia el borde.

Vi a Harrison en un edificio a mi derecha, quien también tenía la pistola en las manos. Llegué al borde y miré hacia abajo: había un callejón y otro edificio de apartamentos contiguo a ese. Creía que iba a ver un cadáver en el suelo, pero allí no había nada, salvo un par de gatos callejeros que daban zarpazos a una bolsa de basura.

—El suelo está a más de dos metros de distancia —dije—. ¿Cómo...?

—Ha entrado por una ventana del otro lado —respondió Harrison—. Del edificio doscientos noventa y cuatro, frente al mercado.

—El sospechoso lleva una chaqueta negra y pantalones de vestir —informé—. Tiene el pelo oscuro y lo lleva recogido en una coleta.

—Lo confirmo —añadió Harrison.

—Tenemos a dos equipos más acercándose al terreno —dijo alguien por la radio—. Mantengan las posiciones en caso de que vuelva.

Hice un puño con la mano y di un golpe contra la cornisa del edificio. El sospechoso, fuera quien fuese, se había escapado por cuestión de segundos.

—¿Lo has reconocido? —le pregunté a Harrison.

Él enfundó el arma y ladeó la cabeza.

—No. ¿Por qué?

—Por nada —respondí, aunque tenía una extraña sensación de *déjà vu*. Miré a mi alrededor y, luego, solté otra palabrota—: ¡Joder!

10



Trish

No me podía creer lo fácil que era cuidar de Kaylee. Mucho más que cuidar de los dos niños de mi antiguo trabajo. Se comía toda la comida sin protestar y era lo bastante mayor como para bañarse sola, aunque yo me sentaba al borde de la bañera para ayudarla a lavarse el pelo y secarse.

Además, Kaylee tenía una personalidad extraordinaria. A los ocho años, ya tenía opiniones sobre cosas de lo más insólitas. Le gustaba la mantequilla, pero odiaba la margarina. Decía que el yogur helado era solo helado con menos amigos. Y, curiosamente, hablaba con fervor al decir que el Brexit había sido un error, una opinión que, sin duda, habría heredado de uno de sus padres. Lo más probable es que hubiera sido de Archer. Dudaba que alguien de su edad entendiese realmente los pros y los contras de seguir siendo un Estado miembro de la Unión Europea.

En general, cuidar de ella era estupendo. Me satisfacía a nivel emocional y también profesional. Me volvía a recordar que eso era lo que quería hacer con mi vida, en vez de trabajar en una cafetería preparando bebidas para gente inaguantable. Además, también hacía que quisiera tener una hija propia algún día y, quizás, también un hijo, siempre y cuando no fuera a comportarse como un diablillo.

Al mismo tiempo, me había dado la gran oportunidad de ver mundo. El primer día que estuvimos allí solas estuve algo nerviosa, pero al tercero ya empecé a llevarme a Kaylee de paseo por Oslo después de almorzar. Caminamos casi un kilómetro hasta un mercado local y compramos algunos souvenirs turísticos para la vuelta a casa. Sabía que me tocaría hacerle una ofrenda de paz a Lisa al no estarme permitido contarle nada sobre nuestra ubicación ni del trabajo mientras estuviéramos fuera. Y mis hermanas pequeñas se disgustarían mucho si no les traía algo de mi primer viaje internacional.

Como no podía decirle a nadie dónde estaba, empecé a escribir un diario sobre todo lo que hacíamos y las cositas peculiares de Oslo. La gasolina, a la que llamaban «*bensin*», era muy cara, pero, en cambio, el marisco fresco era barato. Supuse que no era de extrañar, ya que se trataba de una ciudad costera. La gente era muy simpática. Al parecer, Noruega era uno de los países más felices del mundo, fuera como fuese que determinaban ese tipo de cosas. Además, la mayoría de la población hablaba inglés. En general, dejé de sentirme como una extraña y enseguida me dio la sensación de que era bienvenida allá donde fuese.

Cuando Kaylee y yo volvimos del mercado, nos sorprendió ver que los chicos ya estaban en casa. Kaylee dejó caer la bolsita de dulces y corrió a abrazarlos a todos.

Al instante supe que algo iba mal. El ambiente estaba cargado de suspense, como si hubiéramos interrumpido algo. Los chicos esperaron hasta que Kaylee subió corriendo a su habitación antes de reanudar su conversación.

—Lo único que digo es que no me gustan las reglas para entablar combate —dijo Harrison.

—Ni siquiera sabemos quién era —le respondió Archer—. Podría haber sido alguien inofensivo de la ciudad que quería entrever a Justin Trudeau. ¿Y quieres empezar a dispararle por la espalda antes de identificar si supone una amenaza de verdad? —Soltó un resoplido en voz alta.

—¿Qué ha pasado? —pregunté.

Harrison giró la cabeza bruscamente para mirarme.

—Nada que tenga que ver contigo, joder.

—¡Oye! —le espetó Jordy—. ¿Por qué no te vas a dar un paseo, eh?

Harrison me siguió clavando los ojos como cuchillos unos segundos más y, luego, murmuró una palabrota y se marchó de la habitación. Al salir por la puerta principal, dio tal portazo que tembló el apartamento entero.

—Lo siento —dije—. No debería haber preguntado.

—Es verdad, no deberías haberlo hecho —me respondió Archer con frialdad—. No tenemos que informarte de todos y cada uno de los detalles de nuestro contrato aquí, Trish. Estás aquí para cuidar de nuestra hija.

Junté las manos sobre el regazo y me disculpé dócilmente:

—Lo siento.

Archer suspiró y se volvió hacia Jordy.

—Todos estáis exagerando con lo que ha pasado hoy. Fuera que fuese, seguramente no supusiera ninguna amenaza de verdad. Sería un ciudadano cualquiera.

—¿Un ciudadano que saltó desde un tejado hasta la ventana del apartamento de enfrente a más de dos metros de distancia del suelo? —respondió Jordy—. En esto, estoy con Harrison.

—Hicimos nuestro trabajo —insistió Archer—. Identificamos una amenaza y la ahuyentamos. No hay que seguir discutiéndolo hasta el cansancio. Al jefe de seguridad le parece que actuamos bien.

—Ya, bueno, pero yo me exijo más que quien sea que nos pague —murmuró Jordy—. Voy a preparar la cena.

Cuando se fue, iba a retirarme a la planta superior para ir a ver cómo estaba Kaylee, pero Archer me agarró del brazo para detenerme.

—Perdona que haya sido duro contigo, pero hablaba muy en serio —me dijo con la mirada de ojos azules tan fría como el hielo—. Estás aquí para cumplir con tu trabajo, para el cual no se requiere que estés al corriente de hasta el más mínimo detalle de nuestras misiones. Espero no tener que repetírtelo.

—Lo entiendo —respondí.

Kaylee y yo jugamos a Minecraft en su habitación durante una hora. Parecía no haber oído que en la planta inferior habíamos tenido una discusión y lo que le importaba en ese momento era recolectar el oro suficiente para hacer un pico especial en el juego. Cuando llegó la hora de comer, nos sentamos a la mesa todos menos Harrison.

—¿Dónde está papi? —preguntó Kaylee.

—Ha salido a hacer unos recados —le respondió Jordy con suavidad—. Si te terminas las

verduras, te daré un poco de chocolate noruego especial que he comprado para ti.

Kaylee soltó un chillido de emoción y se olvidó por completo de la ausencia de Harrison.

Tras la cena, el ambiente estuvo tenso. Archer encontró un partido de críquet entre Pakistán y Australia en la televisión y se pasó casi todo el tiempo intentando explicarle las reglas del juego a Kaylee. Mientras tanto, Jordy vio algo en Netflix con el portátil y los auriculares puestos. No sabía muy bien cómo comportarme en el clima que había quedado tras la discusión que habían tenido, así que me excusé y me fui a mi habitación para escuchar un pódcast.

Estaba escribiendo sobre el día en mi diario cuando oí que alguien subía las escaleras. Creí que sería Jordy, pero quien cruzó el pasillo fue Harrison con su enorme complexión. Empezó a andar más lento y retrocedió hasta que estuvo en el umbral de mi puerta. Su presencia me incomodaba, sobre todo después de lo mal que me había hablado ese día, así que fingí que no sabía que estaba allí y seguí anotando cosas en mi libreta.

Tras un largo silencio, dijo:

—Antes he sido un cabrón, lo siento.

Entonces, se marchó sin esperar respuesta. En cuanto oí que cerraba su puerta desde el pasillo, suspiré hondo, soltando la respiración que no me había dado cuenta de que había estado aguantando. «¡Qué raro ha sido eso!». No creía que Harrison fuera a disculparse con nadie jamás y menos conmigo.

La rutina de acostar a Kaylee me puso de mejor humor. Después del baño, Jordy se encargó de leerle un cuento para dormir. Como no sabía qué hacer, les di las buenas noches a todos y me fui a la cama pronto.

Sin embargo, se me hizo imposible conciliar el sueño. Estaba cansada, pero, a raíz de la diferencia horaria, seguía teniendo el reloj biológico desajustado. Estuve dando vueltas en la cama durante dos horas antes de levantarme y bajar a la cocina a probar si me funcionaba lo que había oído decir de que un vaso de leche caliente ayudaba a la gente a dormir. Empecé a cruzar el salón de puntillas en la oscuridad antes de que un movimiento en el sofá me sobresaltase.

—¡Hostia puta! —se me escapó.

Jordy se incorporó en el sofá.

—Ahí va, Trish, no sabía que decías más tacos que un camionero. ¡Menos mal que Kaylee no está por aquí!

La sien me palpitaba con fuerza, así que respiré hondo para relajarme.

—Suelo moderar mi lenguaje sin problemas, pero ¡es que me has dado un susto de muerte! ¿Qué haces aquí abajo?

Encendió la lámpara junto al sofá.

—Iba a preguntarte lo mismo.

—Aún tengo *jet lag*. No consigo pegar ojo. Iba a por un vaso de leche caliente.

—Tengo pastillas para dormir, por si quieres una —me respondió.

Iba a rechazarla, pero entonces me detuve en el acto.

—Pues, a decir verdad, sí. Tomaré lo que tengas.

Se levantó del sofá y vi que solo llevaba un bóxer ajustado que se le ceñía a los muslos musculosos. Se fue a la cocina y volvió con una pastilla y un vaso de agua.

—No te preocupes, no es fuerte —dijo—, pero te ayudará.

—Gracias.

Acepté la pastilla y me la tragué con el agua.

—¡Ja! —exclamó.

—¿Qué?

Se encogió de hombros y volvió al sofá.

—Supongo que me sorprende que te hayas tomado una pastilla de un desconocido sin pensártelo dos veces.

—Tú no eres un desconocido —dije—. Y, además, sé que puedo confiar en ti o, al menos, eso me parece.

Estaba demasiado oscuro como para descifrar su expresión, pero me dio la sensación inequívoca de que Jordy se ruborizaba.

—Bueno, vale —respondió al final.

—Y tú, ¿qué haces en el sofá?

—Archer ronca —respondió—. Suena igual que si alguien hubiera tirado una caja de herramientas en una hormigonera. Me sorprende que no lo oigas desde tu habitación. ¡Vamos, que me sorprende que no despierte a media Escandinavia! —Se reacomodó los cojines—. Tristemente, el sofá no es ni de lejos tan cómodo como me imaginaba.

—¿Por qué no te tomas una de las pastillas para dormir? —le sugerí.

Las sombras en su rostro revelaron que esbozaba una sonrisa.

—Técnicamente, tenemos que estar disponibles en todo momento. No puedo arriesgarme a quedarme dormido cuando nos llamen.

—Vaya. —Iba a darle las buenas noches, pero luego me volví hacia él—. Jordy, esto no tiene ningún sentido. Deberías quedarte con mi cama.

Él negó con la cabeza.

—Estoy bien aquí.

—¡No, no lo estás! ¡Necesitas dormir como es debido! Mañana te espera otro día de trabajo.

—A ti también.

—El mío no requiere el mismo nivel de lucidez que tener que llevar un arma y proteger a dignatarios extranjeros.

A Jordy se le escapó una risita.

—Ahí me has pillado. Pero ahora en serio: este sofá es una mierda. Ni en broma dejaré que duermas en él.

Podría haber parado en ese momento. Me había ofrecido, se lo había discutido y él había rechazado mi oferta con educación. Podría haber vuelto a la cama y dejar que la pastilla para dormir hiciera efecto. En cambio, respondí:

—Podemos compartir la cama.

Jordy dio un respingo.

—¿Qué?

—Hay espacio de sobras para dos personas. Incluso podemos poner una barrera de almohadas entre ambos. No sería nada raro, solo dos personas que intentan dormir. Y sé a ciencia cierta que yo no ronco.

Él vaciló unos segundos. Parecía que se lo estaba pensando. Se me volvió a acelerar el corazón: ¿y si aceptaba? ¿De veras podría compartir la cama con el hombre del gimnasio que me gustaba desde hacía meses?

—Es una oferta tentadora, pero me voy a quedar aquí —respondió Jordy al final—, aunque te lo agradezco mucho.

Se me escapó un suspiro, no sabía si de alivio o de decepción.

—No le echaré el pestillo a la puerta y dejaré la cama medio abierta por si cambias de opinión. En serio. No me importa.

—Gracias, Kettlebells —dijo Jordy mientras yo subía las escaleras.

La pastilla que me había dado hizo maravillas y me quedé dormida a los pocos minutos de reposar la cabeza sobre la almohada, pero también me provocó unos sueños muy vívidos. En ellos estaba en el sofá de la planta inferior viendo la televisión con el resto del grupo. En un abrir y cerrar de ojos, todos desaparecieron excepto Jordy. Con otro parpadeo, pasó a encontrarse a mi lado en el sofá y se giraba hacia mí para ver la pantalla del televisor. Se inclinó hacia delante, se rio y me dio una palmadita en el muslo. Yo me reí con él.

A continuación, se recostó en el sofá y yo me senté a horcajadas sobre él, con el pelo suelto que formaba una cortina alrededor de nuestros rostros mientras nos besábamos. Era como si ya conociera sus labios, en vez de ser los de alguien a quien besaba por primera vez. Se abrió paso en mi boca con la lengua y yo la acepté con impaciencia mientras soltaba un gemido.

Sin romper nuestra conexión, Jordy se incorporó y me rodeó con los brazos mientras yo seguía encima de él. Entonces, me empujó hacia atrás hasta tumbarme sobre mi espalda para cubrirme con su cuerpo. Su piel rozaba la mía porque, de repente, dejamos de llevar ropa. Me abrí más de piernas para recibirlo y darle la señal de que me penetrase. Así, con la maravillosa facilidad de un sueño, me la metió, centímetro a centímetro, hasta que no quedó más.

Con un puño, le agarré el pelo, el mismo por el que le había dado el apodo de «Moreno» durante tanto tiempo. Se introdujo en mí abandonándose a la pasión, con envites llevados por un deseo apremiante más que conscientes, y, en cuestión de segundos, los dos gritamos mientras acabábamos juntos.

Me desperté antes de que sonara la alarma del reloj, aturdida y cachonda. ¡Hacía mucho tiempo que no tenía un sueño erótico como ese! Aún recordaba cómo era tenerlo dentro de mí, la sensación maravillosa de que me llenase del todo un hombre, pero, una vez despierta, la única sensación que me salía de entre las piernas era una de insatisfacción.

Solo me di cuenta de que no estaba sola cuando abrí los ojos. Delante de mi cara había un pezón. Un pezón de hombre. De hecho, en la cama había todo un cuerpo masculino y yo estaba acurrucada contra él. «No es un cuerpo cualquiera: es Jordy», me percaté.

Estaba tumbado boca arriba. Yo tenía la cabeza reposada en el recodo de su brazo, junto al bíceps duro y cálido. Su aliento me agitaba el pelo mientras dormía. Pero lo más sorprendente era que tenía la pierna echada sobre su cuerpo, ¡sobre su entrepierna! Notaba su pene bajo mi muslo desnudo, al ser la tela de su bóxer demasiado fina para aplacar la calidez que desprendía.

«¡Dios mío!».

Durante un buen rato, me quedé congelada en esa posición exacta. No sabía qué hacer. Estudié la situación y me confirmé que, como pensaba, no nos habíamos acostado. Esa parte había sido un sueño sin duda, pero, ahora, ahí estaba él, en mi cama, conmigo acurrucada contra su cuerpo. Su cuerpo glorioso. Ese cuerpo escultural y musculoso.

Contrariamente a lo que me habría indicado el buen juicio, me permití disfrutarlo unos minutos. La calidez de su piel desnuda, su aroma, la manera en que hacía que se me moviese la cabeza cada vez que le subía y bajaba el pecho al respirar... Estaba excitadísima y no solo por el sueño. Además, sabía que estaba empapada. Me moría de ganas de hacer que el sueño de anoche se convirtiese en realidad.

¿Pero podía ser yo quien diese el primer paso? No se me daba bien ser quien iniciara las cosas. La última vez que me había lanzado, invitando a Jordy a salir en el gimnasio, él me había rechazado, aunque ahora sabía que era por un motivo legítimo. Aun así, seguía paralizada por la indecisión.

Antes de que me diese tiempo de decidir, noté que Jordy se movía debajo de mí. Soltó un suspiro largo de satisfacción.

Entonces, se le tensó todo el cuerpo.

—Mierda —susurró para sí sus adentros—. ¿Qué cojones?

—¡Lo siento! —dije mientras me apartaba de él rodando. Había mucho espacio en mi lado de la cama.

Él se levantó de un salto y se quedó de pie entre la cama y la pared. Al cabo de unos segundos, pareció darse cuenta de que tenía una erección enorme tras los calzoncillos. Se acercó una almohada y se cubrió antes de preguntar:

—¿Se puede saber qué demonios ha pasado?

—¡Viniste a la cama sin decírmelo!

Jordy balbuceó al responder:

—¡Tú... tú me invitaste!

—¡Pero no me desperté! La pastilla que me diste... debió de hacer que me quedase frita del todo.

—Solo era melatonina —me respondió. Resultaba obvio que estaba muy alterado—. La melatonina apenas hace nada. Y puse una barrera de almohadas entre nosotros para asegurarme de que no pasara nada por accidente.

Miré la cama y vi que tenía razón: una de las almohadas largas estaba en posición vertical en medio de la cama. Yo había pasado por encima de ella mientras dormía. «¿Pero se lo creará?».

—Jordy... —empecé a decirle.

—Tengo que ir a prepararme —contestó justo antes de huir de la habitación.

11



Jordy

La gente reacciona siguiendo el instinto de pelea o el de huida. Los míos los había agudizado como cuchillos tras los años de entrenamiento. Era un guerrero, y en la mayoría de las situaciones, iba a pelear.

Sin embargo, esa mañana, al despertarme con el cuerpo de Trish acurrucado contra el mío como si ese fuera su sitio, algo en mi cerebro se rompió. Nunca me había entrenado para esas cosas, así que hice algo totalmente impropio de mí: salí corriendo como una puta bala.

Bajé por el pasillo y fui directo al baño que Archer y yo compartíamos. Después de cerrar la puerta, empecé a respirar más despacio. No sabía por qué me sentía tan avergonzado. No había sido mi intención que eso sucediera, aunque no había conseguido quitarme a Trish de la cabeza desde que habíamos llegado a Oslo. Puestos a ser sinceros, desde antes de eso. Desde que se había armado de valor para pedirme salir en el gimnasio. «Me ha pillado desprevenido», pensé. «Solo es eso».

Me quité la ropa interior y me metí en la ducha. A pesar de que el agua caliente corría por mi piel, no consiguió llevarse consigo el rastro del cuerpo de Trish acurrucado contra el mío. Aunque seguía adormilado cuando había pasado, recordaba cómo se había restregado contra mi muslo mientras dormía entre suaves gimoteos. Estaba envuelta con uno de mis brazos y yo le había rozado la tez con las yemas de los dedos. Una tez tan suave que resultaba increíble. Y la manera en la que había apoyado la pierna sobre mi ingle...

Sin darme cuenta de lo que hacía, empecé a meneármela despacio en la ducha. Tenía que hacerlo; de lo contrario, me parecía que iba a explotar. Al poco rato, empecé a masturbarme más deprisa, agarrándome la erección con fuerza en el puño mientras me imaginaba su cuerpo sobre el mío otra vez. Normalmente tardaba varios minutos en acabar viendo porno, pero en esa ocasión me corrí en cuestión de segundos. Mis jadeos y gemidos resonaron en las lisas baldosas noruegas. Me sentí satisfecho mientras me secaba después, pero no me iba a bastar. Quería más. La quería a ella.

Cuando bajé a la planta inferior, Trish estaba untando mermelada en dos tostadas sobre la mesa mientras Archer devoraba un plato de huevos poché. Hablaban de una serie de Netflix de la que yo no había oído hablar. Trish me dirigió una miradita y, al instante, volvió a apartar la vista mientras se sonrojaba.

«¡Joder!». Los remordimientos me asaltaron como una ola de agua. Ella estaba incómoda y, a fin de cuentas, era por mi culpa. Con toda la amabilidad del mundo, se había ofrecido a compartir la cama conmigo para que yo pudiera dormir como era debido y, entonces, había ocurrido lo de esa mañana. Se pensaría que era un tipo raro o, peor aún, una especie de depredador que había estado planeándolo todo para que sucediera desde el principio.

Después de desayunar, nos despedimos de Kaylee y nos preparamos para marcharnos. Le

dirigí una sonrisa incómoda a Trish, pero no le dije nada más mientras salía por la puerta. No acababa de decidir si hacía lo correcto actuando así o si debería haber roto el hielo sobre lo sucedido sin más.

A medio camino de la conferencia para la paz, Harrison me preguntó:

—¿Habéis echado un polvo o qué?

Si hubiera estado bebiendo algo en ese momento, lo habría escupido todo por el respaldo del asiento de Archer.

—¿Qué? ¿Cómo? ¿De qué estás hablando?

Harrison se giró para mirarme a los ojos.

—Venga, hombre.

—Ha oído cómo salías corriendo de la habitación de Trish como un delantero con el camino despejado hacia la portería —dijo Archer—. Yo también te he oído. Seguramente Kaylee igual. Hiciste mucho ruido.

—No me gustan tus metáforas de fútbol sin sentido —refunfuñé.

—Es fútbol europeo, memo. Y deja de evitar el tema.

—¡Pues claro que no nos hemos acostado! No ha pasado nada. Vio que dormía en el sofá y se ofreció a que compartiéramos su cama. Fue totalmente inocente. Incluso puse una barrera de almohadas entre nosotros.

—Entonces por qué saliste corriendo de allí como...

—¿Como cualquier analogía estúpida de ingleses que vayas a usar? —Antes de que pudiera contestar con algo mordaz, continué—: Cuando nos despertamos, estábamos... como acurrucados. Sin querer.

Harrison soltó una carcajada fuerte y apartó la vista de mí.

—Me prometiste que esto no iba a pasar —empezó a regañarme Archer—. Esta situación es justo lo que me preocupaba y me aseguraste muy claramente que te comportarías.

—¡No ha pasado nada! Y, además, ¡esto es culpa tuya por roncar!

Me lanzó una mirada asesina por el retrovisor.

—Y es culpa tuya que tengamos que compartir cama. Tendríamos habitaciones de sobras si no te hubieras empeñado en contratar a esta mujer.

—Y ahora Kaylee está con nosotros, algo de lo que no veo que te quejes.

Con eso, se calló.

—Ya compartiré yo la cama con Trish —dijo Harrison.

Me volví hacia él.

—¿Desde cuándo te cae bien Trish?

Me miró con el ceño fruncido.

—¿Quién ha dicho nada de que me caiga bien?

—¿Podemos intentar evitar una situación incómoda todos, por favor? —exclamó Archer con exasperación—. Nos quedan al menos otras siete semanas juntos, tal vez más. Cuando hayamos acabado, ya podrás jugar a los abrazitos con la niñera todo lo que quieras.

—¡Que os digo que ha sido sin querer! —respondí apretando los dientes—. A mí también me incomoda todo esto. —Miré a Harrison—. ¿Puedo dormir contigo esta noche?

—¡Y una mierda! —masculló mientras entrábamos en el aparcamiento de la conferencia para la paz—. Tú, al sofá.

La mañana transcurrió como cualquier otra. Harrison y yo patrullamos una zona del perímetro mientras Archer nos cubría desde arriba. Ese día pusieron a muchos más agentes de seguridad en los tejados. Si el tipo de ayer volvía a intentar algo, tendría que encontrar otra forma de entrar en la conferencia.

Me costaba mantenerme concentrado durante horas y horas todos los días. Examinaba los rostros de todo tipo de transeúntes y mantenía informados a mis compañeros de equipo, pero no ocurría nada emocionante. Al final, hacia la hora de comer, volví a pensar en los acontecimientos de la mañana.

Ahora que había pasado suficiente tiempo, quería enviarle un mensaje a Trish. Prefería romper el hielo ahora, en vez de esperar a llegar a casa y decírselo cara a cara. Por mensaje costaba menos explicar las cosas. Así, podía aclararme las ideas sin meter la pata. Cuanto más lo pensaba, más me apremiaba hacerlo.

—Tengo que ir a mear —dije por la radio.

—Vale —respondió Archer. Al cambiar de canal, modificó el tono de voz—. Aquí Mathos Dos. Necesitamos cobertura extra en el sector nueve mientras uno de los nuestros de la calle se toma un breve descanso.

—Recibido, Mathos. Desplazando una unidad vecina para añadir algo de redundancia.

El Grand Hotel Oslo estaba a la manzana de adelante y, al otro lado de la calle, había un McDonald's. Decidí que el hotel tendría baños mejores y entré en él. Era un edificio antiguo, con una escalera grande curva que llevaba hasta un balcón en la segunda planta. Por el vestíbulo había decenas de hombres y mujeres vestidos de etiqueta; parecía una boda o algo así. Supuse que un cartel que decía «BADEROM» indicaría «baño» en noruego y, tras andar por ese pasillo, comprobé que había acertado.

—¡Toma ya! —murmuré para mis adentros mientras entraba en el cuarto.

Tenía que mear de verdad, pero antes quería quitarme de en medio lo del mensaje. Sin embargo, resultó ser mucho más difícil de lo que me había imaginado. Escribí, y borré, al menos una docena de mensajes antes de decidirme por algo sencillo.

Yo: Oye, ¿todo bien entre nosotros? ¿Se ha puesto rara la cosa?

Kettlebells: ¿Qué quieres decir? ¿Por qué no iba a estar bien?

Me quedé mirando el mensaje con la boca abierta. ¿Qué quería decir con lo de que qué quería decir yo? ¡Era imposible que no supiera a qué me refería! ¿Acaso quería que dijera directamente lo que había pasado esa mañana?

Mi cerebro supuso lo peor de inmediato: «quiere una confesión que conste por escrito de lo ocurrido». Iba a demandarnos o algo parecido. ¡Pues, joder, sí que la había cagado esa vez, aunque en realidad no hubiera pasado nada y se tratara de un malentendido!

Antes de poder seguir dándole vueltas al asunto hasta el infinito, oí un sonido que provenía

de uno de los cubículos. No fue un sonido cualquiera: fue un clic. Dejé de preocuparme todo lo demás porque conocía muy bien ese ruido: era el que hacía alguien que cargaba el tambor de una pistola.

Me agaché despacio. Los cubículos de los baños europeos no tenían los huecos estúpidos bajo las puertas que tienen los de Estados Unidos, así que no podía ver nada. Me erguí sin hacer ruido. ¿Sería alguien de la boda? ¿U otro tipo de seguridad para la conferencia para la paz? No, eso no podía ser. Ningún agente de seguridad cargaría su arma en un puto cuarto de baño.

Me lavé las manos en el lavabo y salí del servicio. En el pasillo había un grupo de damas de honor que se reían mientras miraban un vídeo en el teléfono de alguien. Habría preferido que no estuvieran allí, pero no las podía echar sin levantar sospechas.

Me apoyé en la pared y fingí mirar mi teléfono mientras me esforzaba en escuchar cualquier sonido que proviniese del baño. Pasaron dos minutos. Luego otro más. El tipo se estaba tomando su tiempo. ¿Debía declararlo como persona sospechosa por la radio? Empecé a cuestionarme lo que había oído. Había estado seguro en su momento, pero luego comencé a dudar.

Entonces, la puerta se abrió y un hombre con uniforme de cocinero salió del baño. Giró a la derecha y se alejó de mí, yendo hacia el vestíbulo. Llevaba una insignia de la conferencia para la paz en la cadera y, debajo del delantal, distinguí un bulto que sin duda era la pistola. Empecé a seguirlo.

—Disculpe, señor. —Le mostré mi acreditación como seguridad—. Me gustaría hacerle unas preguntas...

En cuanto me vio la cara, echó a correr. Yo me había preparado para esa reacción, así que lo pillé en cuestión de segundos. Se estaba metiendo la mano en el delantal cuando lo abordé por detrás, lo que hizo que las damas de honor salieran gritando al vestíbulo.

Cuando sacó la mano de debajo de la tela, sujetaba una pistola. «Una Tokarev de 25 mm» anotó una parte insignificante de mi cerebro mientras con mis instintos activos le agarraba la muñeca y se la retorció hasta que oí un chasquido. Soltó un grito y dejó caer el arma, que yo aparté de una patada antes de arrodillarme sobre su espalda. Desde que había echado a correr habrían pasado unos cuatro segundos.

—*¡Transnistria tilhører Russland!* —gritó. Sonaba a noruego hablado con un acento ruso marcado—. *¡Død for NATO!*

Le até las muñecas con bridas e ignoré los gritos y las miradas de los invitados a la boda.

—Comandante, aquí Mathos Uno. Necesito ayuda en el Hotel Grand Oslo. He pillado a alguien.

12



Trish

—¿Trish? —me dijo Lisa por el teléfono. Parecía confusa—. ¿Qué hora es?

—¡Mierda! Me había olvidado de la diferencia horaria —respondí—. Lo siento. Aquí ya es por la tarde. Puedo volver a llamarte más tarde si quieres.

—No, puf —oí que refunfuñaba mi mejor amiga—. No pasa nada. Ya estoy despierta ahora. ¿Va todo bien?

Hice una pausa para mirar a Kaylee de reojo. Jugaba con un libro para colorear en el suelo y tenía los lápices de colores esparcidos a su alrededor como si fueran basura.

—Ha pasado algo. Con Jordy.

—¿Quién?

—Moreno —respondí—. Su nombre de verdad es Jordy.

—¿Has dicho Oreo? —chilló de repente Kaylee con entusiasmo—. ¿Vamos a hacer galletas?

«Maldita sea».

—Quizás luego. No sé si tenemos todos los ingredientes.

—¡Bien! —exclamó, tras lo cual volvió a colorear.

—Muchas gracias —le dije a Lisa mientras me iba a la cocina, donde podía tener una conversación privada sin quitarle ojo a la niña—. Ahora voy a tener que hacerle galletas tipo Oreo.

—¡Qué más da! —exclamó Lisa, que sonaba despejada del todo—. ¿Qué era lo de Jordy? ¿Qué ha pasado?

Le hice un resumen rápido de lo ocurrido en el dormitorio y, a continuación, del mensaje que Jordy me había enviado.

—¿Y él no te ha respondido? —Lisa soltó un suspiro—. Esa es mala señal.

Solté un gemido.

—Eso es lo que me temía. ¡Pero no fue mi intención acurrucarme con él!

—¿Qué te pareció? —me preguntó.

—Maravilloso. Es corpulento, fuerte y cálido. Solo duró un minuto, pero mientras estaba acurrucada contra él, me sentí... No sé, segura.

—Eso es genial y todo lo que quieras, pero no es a lo que me refería. Te preguntaba que qué te pareció, en plan, si estaba bien dotado ahí abajo. ¿La tiene grande?

—¡Lisa! —exclamé entre dientes—. Te cuento que tengo un problemón y vas y te centras

en lo que no toca.

—No sé por qué el hecho de que tengas un problemón significa que no puedo enterarme de los detalles jugosos —refunfuñó.

—No hay detalles jugosos que contar. No pasó nada. —Hice una pausa—. Pero la tiene grande.

—¡Lo sabía! —respondió casi gritando.

—No en plan tan enorme que resulte obsceno —añadí—, pero es grande. Creo. Cuesta saberlo porque llevaba ropa interior.

—¿Y qué hay de mi chico? —preguntó—. ¿Has llegado a ver a Rubio en ropa interior?

—Lisa...

—Seguro que lleva un bóxer con la bandera del Reino Unido —dijo con anhelo—. O quizás un slip.

—Si no vas a ayudarme, te voy a colgar.

—¡Vale! ¡Como quieras! ¡Jo, chica, es que la despiertas a una a unas horas intempestivas y ni siquiera dejas que se divierta con imágenes mentales succulentas! —Oí el pitido de un microondas al otro lado de la línea. Se estaría recalentando el café—. Yo te aconsejaría que hicieras como si nada.

—¿Se te ha olvidado con quien hablas? No sé cómo hacer como si nada, Lisa.

—Finge que no es para tanto —respondió—. Actúa con normalidad. Sonríele.

—¡Si le sonrío, se pensará que lo acurruqué queriendo!

Lisa soltó una carcajada.

—He dicho que le sonrías, no que le eches un polvo con la mirada. ¡Mira que se te da mal esto!

—¡Pues sí, es lo que intento decirte!

—La cosa solo se pondrá rara si tú te pones rara —me respondió—. Seguro que no te contestó al mensaje porque estaría ocupado matando gente o lo que fuera.

—No está matando gente. Solo son los de seguridad para... —Me callé de inmediato—. No se me permite decir nada. Vas a meterme en problemas.

—Eres una sosa. Pero espero que me lo cuentes todo cuando vuelvas. Porque al final sí que volverás a Wilmington, ¿verdad?

—¡Claro que sí! —respondí—. Ya echo de menos mi hogar. Viajar al extranjero es divertido, pero no es lo mismo.

—¿Al menos tienen pizza dondequiera que estés? ¿Sabes qué? Mejor no respondas. Por muchas ganas que tenga de oírlo, no quiero meterte en problemas. Pero cuídate, ¿vale?

Después de colgar el teléfono, volví a jugar con Kaylee. Que hiciera como si nada. No sabía si lo lograría. Ya me ponía hecha un manojo de nervios con los chicos en el mejor de los casos, así que ni hablar de en esas circunstancias, que estaban lo más lejos posible de considerarse normales. No tenía ni idea de qué iba a pasar cuando los hombres llegaran a casa.

Sin embargo, bajo la vergüenza, había otra emoción contra la que luchaba: el deseo. Se me había quedado grabada en la mente la sensación de tener al cuerpo de Jordy junto al mío. Cuando

cerraba los ojos, lo veía tumbado debajo de mí, con los potentes músculos marcándosele en la piel bronceada.

—¿Juegas a algún otro juego, aparte de Minecraft? —le pregunté a Kaylee para distraerme.

Aquello acabó siendo una conversación de una hora sobre el resto de los juegos a los que jugaba con el ordenador. Le apasionaban todos y se explayó con discursos largos sobre las mejores estrategias y las peores que se podían usar para cada juego. Durante un rato, consiguió distraerme de lo de su padre.

Me gustaba mucho cuidar de una niña de su edad. En mi trabajo anterior, los niños habían tenido tres y cinco años. En comparación con ellos, Kaylee casi se cuidaba sola. Y, aunque fuera una tontería, me divertía jugando a Minecraft con ella. Mi ordenador portátil apenas podía con el juego, pero conseguía unirme a ella en su mundo y la ayudaba a construir cosas. Me fascinaba ver cómo su creatividad iba floreciendo mientras construía un castillito en una montaña hecho de bloques de piedra pixelados.

Los chicos no llegaron a casa a la hora habitual, así que metí uno de los platos precocinados en el horno. Tampoco habían llegado a casa para cuando la cena estuvo lista una hora más tarde. Le dije a Kaylee que el trabajo los tendría ocupados y que no teníamos por qué preocuparnos, pero yo misma noté que me ponía cada vez más nerviosa, sobre todo teniendo en cuenta la manera en que Jordy había dejado de responderme por mensaje de sopetón.

Le leí un cuento sobre dinosaurios a Kaylee y le di un beso de buenas noches. Luego, bajé las escaleras y me serví una copa de vino, el cual no me sirvió de mucho para calmar los nervios. Tampoco lo logré con una segunda copa.

Cuando oí que la puerta del garaje se abría, casi salté de la silla de alivio. Me obligué a volver a sentarme y a parecer relajada mientras entraban en el apartamento.

—Perdona por llegar tarde —dijo Archer—. Ha sido un día de mucho ajetreo.

—¿Ajetreo? No parece algo bueno —dije.

—Solo han pasado cosas buenas —respondió Archer—. Mucho papeleo y reuniones informativas.

—Jordy ha atrapado a un terrorista —soltó Harrison sin rodeos.

—¿Qué?

Jordy entró en la habitación con una sonrisa enorme.

—Exagera.

—Eso es lo que ha pasado, literalmente —dijo Archer—. Dejaremos que te lo explique él. Ahora, yo necesito comer, ducharme e irme a la cama, en cualquier orden.

—He dejado sobras en el horno para que no se enfriasen. Kaylee se fue a la cama hace una hora, así que estará dormida.

Jordy subió a ducharse mientras los otros dos tomaban la cena. Harrison comió como un perro que no supiera cuando iba a volver a encontrarse con comida. Yo estaba en ascuas y quería preguntarles sobre lo ocurrido ese día, pero se notaba que ambos estaban demasiado agotados para charlar. Cuando hice una rápida búsqueda por internet sobre la conferencia para la paz, no encontré nada que mencionara terroristas.

Se fueron a la cama justo cuando Jordy bajaba a la cocina. Se había puesto unos pantalones de chándal grises de la marca Vuori y una camiseta azul marino con cuello de pico. Aún tenía el

pelo húmedo y las mejillas enrojecidas por la ducha.

—Vale, me he portado bien los últimos treinta minutos —le dije mientras le pasaba un plato de comida—, ¡pero voy a explotar si alguien no me cuenta lo que ha pasado hoy!

Miró el plato.

—Eres la niñera de Kaylee, no nuestra asistenta. No tienes que servirme la cena.

—¡Deja de discutir conmigo y cuéntame qué ha pasado! ¿Has pillado a un terrorista?

Le rugió el estómago y se sentó sin protestar.

—Estaba en el baño de un hotel cuando oí que alguien cargaba una pistola. Esperé a que saliera del cuarto y lo detuve. Ha resultado que era un terrorista ruso con convicciones muy fuertes sobre Transnistria.

—¿Dónde está Transnistria?

—Ni puta idea —respondió con la boca llena de comida—. Cerca de Moldavia, creo. Archer lo sabría. —Me señaló con el tenedor—. Te estaba escribiendo cuando pasó. Por eso dejé de responderte tan de repente. Te habrás preocupado.

—No le di muchas vueltas —respondí—. Perdona por haberte distraído hoy.

Tragó saliva y me dedicó una sonrisa galante.

—¿Estás de broma? Solo entré en el baño porque te estaba escribiendo. ¡Si he pillado a ese tipo es gracias a ti!

Noté que se me encendían las mejillas.

—Yo no iría tan lejos. Tú fuiste quién envió un mensaje primero. Solo ha sido coincidencia.

Jordy se encogió de hombros y siguió comiendo. Yo bebí más vino. Se hizo el silencio, y cuanto más se prolongaba, más tensión se acumulaba en el ambiente. Al final, se terminó el plato y dejó el tenedor sobre él. Se reclinó en la silla y dijo:

—Te debo una disculpa.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Anoche me metí en la cama tarde mientras dormías y con la pastilla que te había dado no ibas a despertarte durante un buen rato. Pensarás que soy un depredador o algo.

—Solo era melatonina —empecé a decir, pero levantó una mano para detenerme.

—Quiero que te sientas segura. Quiero que confíes en mí. Y en los otros, claro. Anoche traicioné esa confianza. O, bueno, supongo que fue esta mañana. En todo caso, quería que supieras que no volverá a pasar.

Solté una carcajada de incredulidad.

—Jordy, tú no has hecho nada malo. Solo estabas ahí tumbado y fui yo quien cruzó la barrera de las almohadas y se acurrucó contra ti. Lo cual, por cierto, fue sin querer, lo prometo. No sabía qué hacía. Pero, en todo caso, si alguien debe una disculpa soy yo a ti.

Él se rio entre dientes.

—Me he pasado todo el día de los nervios por esto pensando que te habías enfadado conmigo.

—¡Yo igual!

—Somos un par de primos, ¿no? —preguntó.

—Muy primos.

Jordy me dedicó otra sonrisa y se me derretió el corazón.

—¿Qué te parece esto? Lo dejamos en un empate y fingimos que no ha pasado nada. ¿Trato hecho?

Me tendió la mano sobre la mesa.

—Trato hecho.

Su palma era lo bastante grande como para envolver la mía por completo y me hizo cosquillas en la piel con los callos.

—Estoy que ya ni me agunto —dijo mientras se ponía en pie y se estiraba—. No sé si ibas a quedarte despierta hasta tarde, pero yo iré tirando ya para el sofá para dormir, si no te importa llevarte la copa de vino arriba.

—¡No! —se me escapó. Jordy parpadeó sorprendido. La pasión de mi voz me sorprendió incluso a mí—. Ambos somos adultos, Jordy. Podemos compartir la cama. Pondré una almohada más grande entre los dos y me aseguraré de quedarme en mi lado. Si quieres.

Frunció el ceño mientras se lo pensaba. Me di cuenta de que me moría de ganas de que aceptara la oferta. Y no solo porque no quería que mi presencia fuera un inconveniente para él.

«Quiero que duerma a mi lado».

—La cama es cómoda —admitió a regañadientes—. Mucho más que el sofá. Mientras no te importe, me parece bien compartirla.

—¡A mí también!

—Pero, para el próximo contrato —dijo—, me aseguraré de que tengamos más camas. Para que esto no vuelva a ocurrir.

—Por supuesto —respondí—, esto es solo temporal.

13



Trish

Mientras me lavaba los dientes y me preparaba para ir a la cama, empecé a sentirme extraña. Quizá fueran las tres copas de vino que me había tomado o el par de horas que había pasado preocupada por los chicos cuando habían tardado en volver a casa o tal vez el hecho de estar al otro lado del mundo, lejos de la única ciudad que había conocido jamás, y no saber qué hacer conmigo misma. «No es nada de eso», pensé. «Es porque estoy a punto de compartir la cama con Moreno, mi fichaje del gimnasio. Otra vez».

Cuando entré en la habitación, me encontré con que Jordy ya se había metido en la cama. Había puesto una de las almohadas grandes para el cuerpo y había dividido la cama en dos lados iguales. Aunque estaba bajo las sábanas, aún llevaba la camiseta.

—Bueno, buenas noches —dije mientras me metía en la cama y apagaba la luz.

—Buenas noches, Trish —respondió.

Me quedé mirando el techo y oyendo cómo Jordy respiraba durante un buen rato. Era hiperconsciente de cada ruidito que hacía, de todos y cada uno de mis movimientos en la cama. Me asustaba molestarlo si hacía demasiado ruido, como los ronquidos de Archer. Quería evitar ser una molestia para ese hombre a toda costa, aunque parezca una bobada.

Al cabo de unos minutos, oí que se quitaba la camisa y la tiraba al suelo, tras lo cual volvió a quedarse muy quieto. Agucé el oído para detectar cualquier ruido. Una tubería de agua se movió en la pared. Carraspeé alto. El edredón se tensó cuando él se dio la vuelta.

—Aquí hay demasiado silencio —susurró—. Casi puedo oír los latidos de mi corazón. Echo de menos el sonido del océano.

—¡Y que lo digas! —respondí—. Aquí no hay ruido de fondo. Me preguntaba por qué se me hacía tan extraño.

—Es mejor que estar en el centro de una ciudad. —Al murmurar se le ponía la voz más grave—. Hace unos años, nos quedamos en el centro de Praga. De noche, todo eran bocinas de coches y ruidos de los peatones. Harrison puede dormir con cualquier cosa, pero a Archer y a mí nos costó lo nuestro en esa misión. —Negó con la cabeza—. Y, entonces, todo se fue a la mierda. Fue lo más cerca que hemos estado de morir jamás. Y el capullo al que teníamos que atrapar, Anton Novak, se escapó.

—¿Qué pasó?

Se le quedó la mirada perdida.

—Ehh. No me apetece hablar de ello, si te parece bien.

—Sí, claro, por supuesto. —Lo miré en la oscuridad y contemplé el contorno de su rostro frente a la ventana que tenía detrás—. ¿Puedo preguntarte otra cosa?

—Claro. ¿Se trata sobre la madre de Kaylee?

—En realidad, no. Iba a preguntarte si hiciste que Harrison se disculpara conmigo ayer.

Dio un resoplido:

—Harrison fue un cabrón contigo. Eso me tocó los huevos y le eché la bronca después, pero no, no le obligué a que se disculpara. Tiene de blando lo que una bola de bolos, pero a veces se da cuenta cuando la caga.

—Eso está bien —dije—. Me sorprendió que lo hiciera, pero aprecié el gesto, tanto si le obligaste a hacerlo tú como si no.

—No, eso le salió solito.

Nos quedamos en silencio unos minutos.

—¿Puedo preguntarte otra cosa? —le dije.

—Suéltalo.

—Es sobre la madre de Kaylee.

A Jordy se le escapó una risita.

—Sabía que le estabas dando vueltas.

—No iba a preguntártelo, pero es que has sacado el tema. ¿Dónde está su madre? Sé que os llama a todos «papi», pero ¿cuál de vosotros es su padre biológico?

—Ninguno, en realidad.

Di un respingo.

—¿En serio?

—En 2014, a Harrison y a mí nos destinaron a las afueras de Sebastopol. Es una gran ciudad portuaria en la península de Crimea. Estados Unidos, Gran Bretaña y Ucrania estaban realizando ejercicios de entrenamiento juntos. No era nada oficial, la mayoría era trabajo clandestino para no alterar a ciertas potencias de la región. Estábamos en medio de un entrenamiento cuando Rusia decidió invadirla.

—Oh no.

—Sí. Un «oh, no» como una catedral. Las invasiones son, por decirlo en términos técnicos, desastres muy jodidos. Durante las primeras cuatro horas, nadie sabía qué pasaba. Nos juntaron con una unidad ucraniana a la que habían movilizado para proteger el puerto. Si alguien de la OTAN entraba en combate directo contra tropas rusas, se crearía un incidente internacional, así que tuvimos que separarnos rápidamente y seguir nuestro propio camino al caer la noche. Cuando intentamos llegar a nuestro punto de extracción, la ciudad se había sumido en el caos. La red eléctrica no funcionaba. Llovían misiles por todas partes. Arrasaban con manzanas enteras, sin dejar nada más que escombros. Y pasábamos por una de esas cuando oímos que una bebé lloraba dentro de una tienda. Chillaba a todo pulmón. Era un sonido horrible. Me calaba en los huesos. Harrison y yo entramos corriendo y encontramos a la criaturita sola en una cesta. La mitad de la tienda ya se había derrumbado y parecía que el resto lo iba a hacer pronto, así que Harrison recogió a la bebé y se la llevó consigo hasta la zona de extracción.

»Llegamos allí —continuó— y resultó que había un helicóptero de las RAF: las fuerzas aéreas del Reino Unido. Éramos los últimos en subir. Y el comandante de la unidad era un capullo pijo que nos dijo que dejáramos a la bebé en tierra.

Me tapé la boca con la mano.

—¡Madre mía!

Jordy soltó una risita.

—A Harrison eso no le gustó nada. Se sacó el arma de la funda y amenazó con matar al comandante allí mismo. Se produjo un gran enfrentamiento y ninguno de los dos se echaba atrás. Los misiles estallaban en la ciudad mientras hablábamos, explosiones tan potentes que hacían que me dolieran los dientes, incluso a kilómetros de distancia. Al final, el piloto del helicóptero se dio la vuelta y le dijo al comandante que no despegaría a menos que la bebé estuviera a bordo. El comandante cedió y nos marchamos volando a una base en Rumanía.

—¿Y esa bebé era Kaylee? ¿Qué pasó después?

—La bebé era Kaylee, sí —dijo—. Cuando el helicóptero aterrizó, el comandante hizo que los PM, la policía militar, nos detuviera a los tres. A mí, a Harrison y al piloto. Se suponía que las fuerzas de la OTAN no estaban en Crimea en ese momento, así que a Harrison y a mí nos dieron el alta médica falsa. Así, lo mantuvimos todo en secreto. Y, para que todo cuadrara, también se las ingeniaron para crear un certificado de nacimiento falso para ella. No sé muy bien cómo fue la cosa, pero soy su padre adoptivo sobre el papel. Harrison y yo volvimos a Wilmington, nos mudamos juntos y, durante un tiempo, nos centramos en criar a Kaylee mientras pensábamos en qué haríamos.

Solté una risita.

—Debió de ser toda una experiencia.

—¡No lo sabes tú bien! —Se rio conmigo—. La hermana de Harrison vino de visita y nos enseñó a criarla. Al cabo de unos meses, le pillamos el tranquilo. Y, un día, recibimos una llamada del piloto del helicóptero de la RAF que le había plantado cara al comandante. Era un tipo llamado Archibald Caspian. También le habían dado de baja por todo el asunto y quería visitarnos para ver a la niñita por la que había arruinado su carrera militar. Se suponía que solo iba a quedarse un día, pero no pudo irse. Se enamoró de la niñita, como Harrison y yo. Entonces, nos habló de una oportunidad con la Empresa Mathos, trabajando como mercenarios. Nos apuntamos esa misma semana, y el resto es historia.

—Para serte sincera —dije—, cuando me preguntaba cómo sería la historia de Kaylee, ¡ni en un millón de años habría adivinado todo eso! Creía que uno de vosotros sería el padre y que la madre se habría desentendido del asunto.

No podía verle en la oscuridad, pero supe que esbozaba una sonrisa por el deje de su voz.

—Sí, es una situación complicada, pero han pasado ocho años desde entonces y soy más feliz de lo que jamás me imaginé que sería. No lo cambiaría por nada del mundo. Aunque yo sea el que tiene el nombre en su certificado de nacimiento, Harrison y Archer son tan padres de ella como yo. Todos por igual. Somos una familia pequeña y extraña de mercenarios.

Se quedó en silencio y pensé en lo tierno que era todo aquello. Eran la familia menos convencional de la que había oído hablar en la vida, pero me alegraba mucho de que hubieran encontrado la manera de hacer que funcionara.

—Es cierto que nos cuesta llevar una vida normal —añadió Jordy—. Tener una hija hace que sea difícil salir con mujeres. O, al menos, más difícil. Muchas no quieren tener nada con un hombre que ya haya tenido una hija, por no hablar de las complicaciones de añadir a otros dos hombres a la mezcla. Hace unos años, Archer salió con una mujer que estaba perdidamente

enamorada de él, pero a la que no le gustaba la idea de que tuviera una hija en común con nosotros. Al final, Archer nos eligió a nosotros antes que a ella, pero le dolió durante mucho tiempo. —La cama se movió al negar con la cabeza—. Pero Kaylee evita que se nos suban los humos a la cabeza. Casi nunca elegimos misiones peligrosas por ella. Da una sensación distinta saber que, si algo malo sucediera, dejaríamos a una hija sola. Es duro porque los trabajos mejor pagados siempre son los más peligrosos, por eso vamos a hacer estos tres contratos seguidamente. Así, nos llenaremos las cuentas del banco para varios años y eso nos dará un respiro para ser más selectivos con las misiones. Quizás incluso nos dé la oportunidad de dejarlo del todo. —Dejó escapar un suspiro hondo—. ¡Menudo monólogo te acabo de soltar! Lo siento.

—No, no te disculpes. Yo soy la que te ha preguntado y me gusta saber cómo has llegado hasta aquí.

Se hizo el silencio. Eché un vistazo en la oscuridad: apenas vislumbraba la silueta de Jordy, que estaba tumbado boca arriba con un brazo detrás de la cabeza.

Ya me sentía atraída por Jordy antes, eso no hace falta ni decirlo, pero, sabiendo todo eso, cómo había arriesgado su vida y su carrera militar para salvar a una niñita indefensa, a la que ahora estaba criando... Me superó. La parte troglodita de mi cerebro me gritaba que me abalanzara sobre él antes de que alguien más lo hiciera. Que rodara por la cama e hiciera que el sueño de anoche se convirtiera en realidad.

En vez de eso, me quedé mirando al techo y dudé de mí misma. Me costaba dar el primer paso, sobre todo porque ya lo había hecho en el gimnasio y me había rechazado. Vale que lo había hecho por una buena razón, pero aun así hacía que me costara intentar nada.

—Oye, ¿Trish? —me susurró.

—Dime.

—¿Puedo preguntarte algo?

—Faltaría más, después de que yo te haya preguntado sobre lo de Kaylee —respondí.

No dijo nada durante un buen rato. Otra tubería de agua se movió en la pared. Contuve la respiración y me puse a pensar en qué me preguntaría.

—¿Te puedo dar un beso?

**Trish**

Me llevó unos segundos asimilar lo que había dicho.

—¿Un beso?

Jordy se giró para mirarme.

—Sí. Me apetece mucho besarte. Y, después de todo lo que ha pasado hoy en el trabajo, me la sudan las consecuencias.

Abrí la boca para responder, pero no me salieron las palabras. Mi cuerpo me fallaba cuando debería haber gritado «¡sí, sí que quiero que me beses, hombretón forzado!». En vez de eso, asentí con la cabeza y con eso debió de captar la idea porque quitó la barrera de almohadas y se me acercó más. Me puse de lado para mirarle y hubo contacto entre nuestras pieles: los dedos de los pies se entremezclaron y los brazos se rozaron.

Jordy pegó los labios contra los míos con una atracción magnética. Frente con frente, nariz con nariz, nos besamos bajo la calidez de las sábanas. Él empezó a recorrerme un brazo con la mano, tanteándome la tez bajo las yemas de sus dedos, y acabó rodeándome la nuca para estrecharme contra él. Tenía unos labios enloquecedores y adictivos, más dulces que el mejor vino del mundo, y pronto me vi embriagada por el sabor de Jordy. Bajo la oscuridad, movía la boca contra la mía con avidez, la misma con la que había fantaseado durante meses en el gimnasio y que por fin reclamaba como mía.

Cuando por fin nos despegamos el uno del otro, jadeamos con fuerza. Teníamos los rostros a escasos centímetros y sus ojos color avellana escrutaban los míos. No se me ocurría qué decir, qué palabras resultarían adecuadas tras nuestro primer beso y lo único que me venía en mente era: «Dame más».

Debió de ver lo que quería en mi mirada porque me empujó hacia atrás, se colocó encima de mí y reanudó el beso con ganas. Se me avivaron los sentidos mientras él moldeaba su cuerpo contra el mío, firme y caliente y todo cuanto siempre había imaginado en un hombre. Mientras me devoraba a besos, me elevé con deseo, abrí las piernas y arqueé la espalda, anhelante por percibir su peso a través de mis pantalones de pijama. Tenía el pene tieso como un palo ardiente contra mi vientre que me resultaba imposible ignorar incluso a través de la tela de su ropa interior, una señal de que estaba excitado por mí.

Se abrió paso en mi boca con la lengua y la conquistó y reclamó entera. Gemí suavemente y él respondió con un rugido de placer gutural tan profundo que transmitió la vibración de su lengua a la mía. Mi cuerpo ardía de deseo y nos contagiábamos el placer con cada beso apasionado. En sus brazos sentía calidez, seguridad e intimidad al otro lado del mundo de mi hogar.

Jordy despegó los labios de los míos y dijo entre jadeos:

—Ya no puedo más, Trish.

Me sostuvo la mirada durante un breve instante y, entonces, me quitó la camiseta. Se deshizo de mis pantalones de pijama y noté el aire fresco en la piel antes de que volviera a cubrirme con su cuerpo caliente. Metí la mano entre los dos para quitarle los calzoncillos, porque yo ya estaba totalmente desnuda y él no, algo a lo que había que poner remedio lo antes posible. Llevaba un bóxer opresivo y detestable que odiaba con toda mi alma. Sin embargo, antes de que pudiera quitárselo, empezó a deslizarse hacia abajo por la cama, dejando un rastro de besos por mi cuello a su paso.

—¡Ohh! —gemí mientras me acariciaba uno de los pezones con la boca y me pasaba la lengua por él, mandándome nuevas vibraciones electrizantes por todo el cuerpo.

Entonces, bajó aún más mientras me exploraba con sus manos potentes por el camino y clavaba los dedos en mi piel con fervor. Noté su aliento cálido en mi sexo, lo que hizo que me estremeciera y cerrara las piernas de manera instintiva, pero él se abrió paso entre mis muslos.

En cuanto me rozó el clítoris con la lengua, todo mi cuerpo se rindió ante él. En mi cerebro se dispararon terminaciones nerviosas que ni siquiera sabía que tenía. Tuve que cerrar los ojos cuando empezó a comerme el coño con más y más ganas, devorándome como si se hubiera estado muriendo del apetito que tenía de mí.

Por una vez en mi vida, pude dejar de pensar en lo que hacíamos y dejé que pasara sin más. Me sentía a salvo en sus brazos, segura y muy bien cuidada. Jordy deslizó la lengua arriba y abajo por mi entrada empapada, alrededor de mi clítoris y de nuevo hacia abajo. Me rodeó los muslos con sus brazos potentes mientras apretaba la cara contra mi sexo y yo moví las caderas hacia él con cada caricia de su lengua. Y, cuando noté que me acercaba al clímax, en lugar de desvanecerse como solía ocurrir, me embargó antes de que fuera consciente de ello. El orgasmo me llevó hacia un abismo de puro éxtasis, arqueé la espalda con fuerza y enrollé las piernas alrededor de la cabeza de Jordy mientras me mordía el labio para no despertar al resto del apartamento.

Jordy fue subiendo con besos hasta llegar a mi cuello mientras yo me recuperaba. Me corría el sudor por las sienes y me costaba recobrar el aliento.

—Se... te da... muy bien esto —logré decir.

Él me sonrió con picardía.

—De donde yo vengo, un hombre siempre cuida de una mujer antes de que le toque a él.

—Hablando de eso... —Metí la mano entre los dos y le apreté la erección a través de los calzoncillos. Le palpitó con mi roce y soltó un suave suspiro que me agitó el pelo.

—¿Trish? —dijo con un aliento—. No tenemos por qué hacerlo.

Di un respingo.

—¿Por qué demonios no íbamos a hacerlo? Yo me tomo la píldora, si es eso lo que te preocupa.

Frunció el entrecejo, lo que acentuó las líneas de expresión alrededor de sus ojos color avellana.

—Me gustas mucho, Trish. No quiero arruinar la posibilidad de que haya algo entre nosotros haciendo demasiadas cosas, demasiado rápido.

Respondí con un gemido.

—¿Te has pensado esa frase a la perfección para que tenga incluso más ganas de ti?

—Lo digo en serio. Me he precipitado otras veces. Quiero asegurarme de no volver a cometer ese error.

—Y yo te digo en serio que si no me la metes ahora mismo, voy a gritar —le respondí.

Sonrió.

—Entonces, espero poder hacer que grites por otra razón.

Jordy se quitó la ropa interior y me besó con ternura. Noté mi sabor en sus labios, sobre todo cuando el beso se intensificó y pegó su cuerpo al mío. Volví a meter la mano entre los dos y encontré su verga, caliente, dura y suave. La masturbé con delicadeza mientras guiaba su miembro entre mis labios con un movimiento de vaivén, empapándola con mis fluidos. A pesar de lo que le había dicho sobre que me penetrase de inmediato, disfrutaba provocándolo. Notaba la tensión de su cuerpo sobre el mío, la expectación de estar dentro de mí. Por mucho que me muriera de ganas de que me embistiera, la espera me estaba excitando aún más.

—No creo que pueda soportar mucho más de esto —me gimí al oído.

—Pues no esperes más —le respondí con un susurro—. Haz lo que quieras conmigo. —Le miré a través de las pestañas—. ¿Cómo te apetece?

Jordy sonrió.

—Así es como me apetece —me dijo mientras me tumbaba de lado.

Solté un chillido cuando me la metió por detrás. Yo estaba empapada y él se deslizó sin problemas, encajando su erección entre mis paredes internas. Abrí la mandíbula ahogando un grito de éxtasis mientras disfrutaba de cómo nos uníamos por fin y nuestros dos cuerpos se fusionaban.

—¡Dios! —gimió Jordy en mi nuca—. Es mejor de lo que jamás habría imaginado.

Todavía de lado, giré la cabeza para poder besarle. Le metí la lengua en la boca y, cuando él empezó a mover la suya en círculos contra la mía, se la chupé entre los labios como si le diera una minimamada.

Él respondió aumentando el ritmo y embistiéndome con más fuerza. Su línea de vello abdominal me hacía cosquillas en las nalgas mientras me la ensartaba entre la humedad, gruesa y entera. El ángulo me provocaba sensaciones intensas, pero justo las que yo necesitaba. Al poco rato, empecé a arquear la espalda y a pegar el culo contra él, encontrándome con su envite a medio camino.

—Trish.

En sus labios, mi nombre me sonaba a gloria y a condena.

—Sí —gemí—. Más fuerte. Fóllame. Así. ¡Más fuerte! ¡No pares!

Y no lo hizo. Aceleró y aceleró hasta que me estuvo clavando los dedos en la cadera y entonces soltó un grito de éxtasis y me la metió lo más hondo posible, corriéndose dentro de mí, llenándome con su calor.

Volví a girar la cabeza y lo besé mientras se corría, de modo que la pasión de nuestros labios fue disminuyendo al ritmo de los chorros de su verga palpitante. Nos desplomamos sobre las almohadas, demasiado agotados para movernos.

Disfruté de la sensación de tener su miembro dentro de mí, que se deshinchaba despacio

mientras se lo apretaba en mi interior. No quería que saliese.

—Lo habías planeado para que pasara, ¿a que sí? —le pregunté.

Noté que vibrara al reírse en silencio gracias a que seguíamos con las pieles conectadas.

—Yo solo quería dormir bien en una cama cómoda. Te lo juro.

Cerramos los ojos y disfrutamos durante un rato de aquel momento de paz y tranquilidad.

Normalmente, no me atrevería a tomarle el pelo a alguien en la cama, ya que nunca se sabe cómo reaccionará un chico, pero me daba la sensación de que podía ser yo misma con Jordy y ese momento requería bromas desenfadadas.

—Dime pues —le murmuré—, ¿he sido buenísima en la cama o es que solo sueles durar unos minutos?

Su reacción estupefacta hizo que me echara a reír a carcajadas.

—Esta broma no tiene gracia —respondió.

Le dirigí una mirada desafiante.

—¿Quién dice que estoy bromeando?

Él me sonrió con picardía.

—Entonces supongo que tendremos que repetirlo.

—¿A qué esperas?

Solté un chillido mientras volvía a colocarse encima de mí.

15



Trish

Me gustó tener un baño privado en mi habitación mientras me aseaba. Tener que caminar por el pasillo habría sido muy incómodo si me hubiera encontrado con Harrison o Archer. Claro que no tendrían forma de saber lo que Jordy y yo habíamos hecho, pero aun así me preguntaba si lo deducirían.

Salí y se lo dejé a Jordy, quien me dio un apretón suave y juguetón en el trasero al pasar. Intenté devolverle el apretón con una de sus nalgas esculturales, pero se apartó de un salto y me dedicó una sonrisita victoriosa antes de cerrar la puerta. Cuando salió al cabo de un minuto, se detuvo al borde de la cama.

—¿Qué es esto?

—¿El qué? —le pregunté con expresión de inocencia. Estaba magnífico desnudo, con el torso en forma de V, los hombros anchos y la piel morena, por no hablar del precioso pene que le colgaba de entre las piernas, aún semiduro después de nuestra diversión.

Señaló la cama.

—Has vuelto a poner la barrera de almohadas.

—Ya me he divertido, así que no quiero nada más contigo —bromeé mientras me daba la vuelta—. Te pido que respetes mis límites mientras duermo. Buenas noches.

Jordy soltó una palabrota y se metió en la cama, tras lo cual tiró la almohada al otro lado de la habitación.

—No te saldrás con la tuya tan fácilmente —dijo mientras me rodeaba el cuerpo con un brazo para acurrucarme en la posición de la cucharita.

Me estrechó contra su pecho y yo me recosté contra él y suspiré de felicidad.

—No me puedo creer que acabemos de hacerlo —dije—. Dos veces.

—Yo tampoco —me respondió al oído—, pero me alegro de que así haya sido.

—¿Ha sido la emoción del día de hoy lo que te ha hecho querer besarme?

Dio un resoplido:

—Llevo queriendo besarte desde hace mucho tiempo.

—¿Cuánto tiempo?

—Desde la primera vez que te vi en el gimnasio —admitió—. Fue semanas antes de que habláramos junto a las pesas rusas. Hacías una serie de *press* militares de pie con una barra y tenías la cara contraída por la concentración y los labios fruncidos como si hicieras un puchero. Intenté no portarme como un baboso porque sé que a las mujeres no les gusta que las repasen con la mirada en el gimnasio, pero a partir de ese momento no dejé de pensar en ti.

—¿Y por qué nunca me pediste salir?

—Como ya te he dicho, a las mujeres no les gusta que las repasen con la mirada en el gimnasio —respondió—. Intentaba respetar eso. Y cuando me invitaste a salir... —Dejó escapar un gemido tan sexual como los de unos minutos antes—. La confianza es sexi. A los hombres nunca los invitan a salir primero, así que cuando ocurre, es cojonudo.

—Me alegro de que pienses así. Tuve que echarle mucho valor para pedirle salir a alguien como tú.

—¿A alguien como yo?

—¡A un macizorro, obvio!

A Jordy se le escapó una risita.

—Ya estoy en la cama, Trish. No hace falta que me digas piropos.

Me giré y salí de entre sus brazos para mirarle.

—¿Piropos? ¡No te hagas el loco conmigo! ¡Estás más cuadrado que un sugus! Mírate. —Le pasé una uña por el pecho—. Tienes unos pectorales de impresión y una tableta de chocolate. Y, encima, tienes músculos aquí, entre los dos. ¡Ni siquiera sabía que los hombres tenían de estos ahí! Tuve que reunir todo mi valor para invitarte a salir.

A Jordy le brillaron los ojos marrones en la oscuridad.

—¿Ah, sí? ¿Y tú qué?

—¿Yo qué? Soy normalita, como mucho.

Me recorrió la cadera con la palma de la mano.

—En el gimnasio hay muchas mujeres atractivas. Hay un grupo de chicas de CrossFit que viene a hacer cinta entre otros ejercicios. Y el equipo de voleibol de la universidad de Wilmington levanta pesas los martes y los jueves.

—¡Qué manera más rara de halagar a la chica con la que acabas de acostarte! —le advertí.

—Lo que intento decir —se apresuró a continuar— es que hay un montón de bombones con los que deleitarse la vista en el gimnasio, pero, a pesar de eso, tú eras quien siempre atraías mi mirada como si brillases por encima de todo. Puedo admirar un cuerpo bonito y, luego, ignorarlo, pero contigo... Me costaba mucho no mirarte todo el tiempo que levantaba las pesas. Si yo estoy macizo, tú eres despanpanante.

Me alegré de que la oscuridad ocultara mi sonrojo.

—Para ser despanpanante suelen hacer falta unas tetas más grandes.

Él soltó una carcajada.

—Me encantan tus tetas. —Como si tuviera que demostrarlo, me tomó una con una mano y se inclinó para plantarme un beso húmedo en el escote—. Cabe en mi mano a la perfección. Si fueran más grandes, sería exagerado.

Se me escapó una risita.

—Ojalá mi yo de catorce años pudiera oírte decir eso. ¡Tenía tantos complejos sobre mis pechos entonces!

—Seguro que estabas buena entonces. A mí me habrías gustado. —Jordy dejó de sonreír y añadió—: Quiero decir, no es que me gusten las niñas de catorce años, ¡eso sería horrible! Me

refería a que si yo fuera adolescente y tú fueras adolescente...

Le besé para que se callara.

—Eres muy cuco cuando te entra la vergüenza.

Volví a girarme para que me volviese a acurrucar en la posición de la cucharita y él cumplió con su papel de inmediato. Me gustaba notar la suave presión de su pene contra mi trasero.

—Ahora tenemos que averiguar qué vamos a hacer —me susurró.

—Creo que deberíamos dormir primero. Luego, despertarnos y desayunar.

—Me refiero a qué hacer sobre nosotros.

—¿Por qué tendríamos que hacer algo? —le pregunté.

—Bueno... La cosa es esta: Archer insistió en que no debería pasar nada entre nosotros mientras estuviéramos de viaje. Así que, al acostarnos esta noche, como que he roto la promesa que le hice.

Solté un gruñido.

—¿Así que Archer se va a enfadar conmigo por haberte seducido con mis encantos de mujer? Estupendo.

—Tú tranquila, que todos me culparán a mí. En todo caso, él asumirá que fui yo quien te conquistó con mi... ¿cómo lo llamaste? ¿*macizura*?

—Creo que esa palabra no existe —respondí mientras me reía—, pero sí, te he llamado «macizo». Y en cuanto a lo de qué hacer... No creo que podamos ocultárselo. Se me da fatal ocultarle cosas a la gente. Me pongo nerviosa y empiezo a sudar.

—Me lo temía.

—Digámosle la verdad —insistí—. Lo hemos hecho. Ambos queríamos. Aquí todos somos adultos. Podemos mantener el profesionalismo, pase lo que pase.

—¿Así que si te dijera que ya me he hartado de ti —me susurró al oído— y que no quiero volver a acostarme contigo, te parecería bien y seguirías cuidando de Kaylee hasta que termináramos los contratos?

—Pues claro —respondí—, pero no es el caso, ¿verdad?

—Para nada.

Me acurruqué contra él.

—¡Uf, gracias a Dios! Porque yo sí que quiero repetirlo.

*

—¿Pero es que acaso se puede ser más tonto? —gruñó Archer.

Estábamos sentados alrededor de la mesa de la cocina tomando el desayuno. Kaylee seguía dormida y ya tocaba que fuera a despertarla, pero no iba a hacerlo hasta que hubiéramos terminado la conversación.

—¡Vaya, no te cortes! —murmuró Jordy.

—Si no me cortase, haría llorar a nuestra hija. —Tiró el resto de su tostada al plato con repulsión—. Te había pedido una sola cosa. Una condición para todo esto de la niñera. Y no has cumplido ni esa promesa.

—Es tanto culpa mía como suya —le expliqué—. Quizá incluso más mía. Fui yo quien le propuso que compartiésemos la cama.

Archer desvió su gélida mirada azul hacia mí.

—Esto no es nada nuevo. No es la primera vez que Jordy hace algo así.

—¿Qué? —le pregunté—. ¿Te has acostado con otras niñeras de Kaylee?

—¡No! —balbuceó Jordy. Harrison se rio entre dientes mientras engullía cereales—. ¡Nunca he hecho esto antes! —protestó Jordy—. Archer se refiere a que me cuelgo de mujeres cada vez que tenemos un contrato, pero nunca me había pasado algo así.

Archer negó con la cabeza.

—Debería mandarlas de vuelta a los Estados Unidos. Es lo más seguro. Hemos intentado que esto funcionara, pero ahora toca volver al plan original.

—¡Actuaremos con profesionalismo! —insistí—. Mi máxima prioridad es cuidar de Kaylee. No dejaré que nada se interponga en el camino de mis responsabilidades. Te doy mi palabra.

Archer recogió su taza de té, vio que estaba vacía y la volvió a dejar en la mesa.

—Esto es una complicación y las complicaciones llevan a otros problemas que no podemos predecir. Lo más seguro es mandaros a ti y a Kaylee a casa.

—Lo que te cabrea es que se haya ligado a la chica que te gustaba antes que tú —anunció Harrison con la boca llena de cereales.

Los tres nos volvimos para mirar al hombre barbudo.

—Eso es... —dijo Archer—. Te has pasado de la raya. Y aunque eso fuera verdad, que no lo es, no cambiaría el hecho de que tener a Kaylee aquí es...

—No —lo interrumpió Harrison. Se bebió el resto de la leche directamente del bol y se limpió la boca con una manga. Cuando clavó los ojos en Archer, lo hizo con una mirada tan dura como el acero—. Kaylee se queda aquí.

Ninguno de los dos se movió durante varios segundos. Entonces, Harrison movió la silla con calma, se levantó y se dejó el cuenco en la cocina. «Ese es el tipo de hombre que consigue lo que quiere», pensé mientras oía sus fuertes pisadas. La actitud de macho alfa habría resultado de lo más sexi de no ser porque aún veía a Harrison como a un perro sin adiestrar que podría mordirme en cualquier momento.

—Supongo que está decidido —dijo Jordy con una sonrisa incómoda—. Hablando en serio, quiero repetir lo que Trish ya ha dicho: no dejaremos que esto cambie nada de la situación. Intentaremos mantener...

Dejó la frase a medias al ver que Archer se levantaba y abandonaba la mesa.

—Oye, sobre lo que ha dicho Harrison —empecé a decir, pero entonces oí pasos en las escaleras.

Kaylee bajaba a trompicones mientras se quitaba las legañas del ojo con un puño.

—¡Buenos días, angelito! —dijo Jordy—. Estábamos a punto de ir a despertarte.

—Estoy muy cansada —dijo.

—Es el *jet lag* —le explicó él—. A veces a la gente le lleva un tiempo acostumbrarse a dormir con un horario nuevo. Voy a hacerte unas tortitas para despertarte.

Ella se animó.

—¡Quiero ayudar! ¿Puedo remover la masa?

Jordy le hizo una mueca.

—No sé, remover la masa es un trabajo muy importante.

Mientras él la vigilaba, subí a darme una ducha. Pensé en lo que Harrison había dicho. ¿Archer también estaba un poco colado de mí? Eso no encajaba mucho. Siempre había sido educado en el gimnasio, pero nunca abierto y simpático, como Jordy. Volví abajo y ayudé a Kaylee con el desayuno. Cuando terminó, vi que Jordy se preparaba algo para picar solo en la cocina.

—Oye, una cosita —le susurré—: ¿Iba en serio Harrison con lo de Archer? ¿O solo era broma?

A Jordy se le escapó una risita.

—Más o menos. Los dos te teníamos echado el ojo en el gimnasio. Solíamos bromear sobre con cuál de los dos preferirías salir. A decir verdad, creía que él tendría ventaja, por lo del acento británico y todo eso. Eso fue hasta que tú me pediste salir a mí.

—Los acentos británicos tienen su puntillo —admití—. Mi amiga Lisa se va a quedar destrozada cuando se entere de esto. Lleva meses fantaseando con Rubio.

Jordy se echó hacia atrás.

—¿Rubio?

«Mierda».

—Era el apodo que le habíamos dado —respondí—. No le digas que te lo he dicho.

Me dedicó una sonrisita malvada.

—Yo no prometo nada.

Nos reunimos junto a la puerta del garaje para despedirnos mientras los hombres se marchaban a la conferencia para la paz. Uno por uno, le dijeron adiós a Kaylee. Luego, desaparecieron por el garaje.

Kaylee se fue corriendo escaleras arriba de inmediato a por su portátil para poder jugar a Minecraft. Yo me preguntaba qué iba a hacer para entretenerme cuando la puerta del garaje se abrió de nuevo y apareció Jordy.

—¿Te has olvidado algo? —le pregunté.

Él me tomó entre sus brazos y me dio un beso largo y apasionado, del tipo que suele llevar a algo más. Cuando por fin me soltó, me sentí algo mareada y supe que se me había quedado una sonrisa bobalicona en la cara.

—Si llamabais a Archer «Rubio» —preguntó Jordy—, entonces, ¿cuál era mi apodo?

—Moreno —respondí—.

—Debería haberlo adivinado. Me gusta. —Me guiñó un ojo—. Hasta luego, Kettlebells.

**Archer**

Tenía mucho aguante. No me avergonzaba con facilidad. Lo había desarrollado de joven, cuando estaba más gordito que los demás chicos del colegio y había tenido que soportar sus chistes y risitas. Casi nunca dejaba que un comentario me afectase.

Sin embargo, lo que Harrison dijo en el desayuno me descolocó. Solía guardarme lo que sentía para mis adentros sobre la mayoría de las cosas y no me gustó que lo expresaran sin pensar delante de los demás, sobre todo con Trish allí, a quien el comentario iba dirigido.

Jordy volvió al apartamento y regresó al garaje. Se subió al asiento del copiloto y dijo:

—Vale, vamos.

—¿Y el café? —le pregunté.

Jordy ladeó la cabeza como un pastor alemán confundido.

—¿Café?

—Es la excusa que has usado para volver dentro. Has dicho que ibas a prepararte un café para llevar, pero ahora fíjate que has vuelto sin café.

—Está claro que algo caliente y fuerte sí que quería —dijo Harrison desde el asiento trasero.

—Tú conduce y ya —contestó Jordy con una sonrisa.

Salimos del garaje y empezamos a dirigirnos hacia la conferencia para la paz.

—Dime, por favor, que no has hecho nada delante de nuestra hija —solté al final.

—¡Claro que no! —respondió—. Me aseguré de que estaba en otra habitación.

—Al menos tienes el sentido común suficiente para eso —murmuré—. No necesito que Kaylee se ponga a hacernos preguntas sobre esto. Ni siquiera sabría por dónde empezar.

Jordy puso los ojos en blanco.

—No es para tanto. Podemos decirle que papi tiene una amiguita especial.

—Que resulta que es su niñera —añadí—, quien ya representa una figura maternal en su vida. Eso complica las cosas.

—¡Ya te he dicho que en eso estamos de acuerdo! Por eso me aseguré de que estuviera en otra habitación. Relájate, hombre.

—Archie está de todo menos relajado desde que nos hemos subido al coche —dijo Harrison.

Le miré por el retrovisor.

—Es porque no me gusta lo que has dicho durante el desayuno.

—¿Qué ha dicho durante el desayuno? —preguntó Jordy.

—Que a mí también me gustaba Trish, lo cual es del todo mentira. —Harrison soltó una risotada y Jordy me miró con escepticismo—. Fue un cuelgue sin importancia —añadí a la defensiva—. Me parecía atractiva cuando la veíamos en el gimnasio. Ya está. Ahora ya no importa porque está con Jordy.

—Tampoco es que estén casados —respondió Harrison—. De momento, solo ha sido un rollo.

Jordy se dio la vuelta.

—¡Oye! A mí me parece más que un rollo.

—Ella no te pertenece —reiteró Harrison—. A menos que lo hagáis oficial. Y si vais a ocultarlo en público alrededor de Kaylee, entonces de oficial no tiene nada, tal como yo lo veo.

—Yo no voy a tirarle los tejos a nuestra niñera, ¿faltaría más!, sobre todo ahora que se está viendo con mi mejor amigo —dije—. Y seguro que Trish piensa lo mismo.

Harrison soltó un resoplido.

—Si se diese la situación contraria y a mí me tocara compartir el apartamento con tres animadoras de los Dallas Cowboys durante una temporada, me divertiría todo lo que pudiera. Ahí lo dejo.

Pensé en ello mientras llegábamos a la ciudad. Harrison tenía razón, pero pasaba por alto demasiados detalles de nuestra situación. Nosotros no éramos animadoras; éramos mercenarios. Claro que ya casi nunca aceptábamos contratos peligrosos, pero, aun así, seguíamos teniendo una vida dura. «Y nuestro segundo contrato es más arriesgado», pensé. «Y el tercero...».

El resto del contrato en Oslo transcurrió sin más incidentes, para mi gran alegría. Aparte de algunas falsas alarmas, no vimos nada sospechoso en la conferencia. Harrison se moría del aburrimiento, pero para mí fue justo lo que había deseado.

En el apartamento, Trish y Jordy mantuvieron su palabra. Fueron sumamente respetuosos y fingieron que no había nada entre ellos cuando estaban cerca de Kaylee. Trish se entregó de lleno a su trabajo como niñera de nuestra hija y Jordy no le soltó indirectas furtivas ni le lanzó ninguna miradita sexi ni la toqueteó cuando pensaba que nadie lo miraba. Por la noche, si hacían algo, eran lo bastante discretos como para que el resto no los oyéramos. En general, todo parecía normal.

Aun así, seguía teniéndole aversión a la situación. Durante unos días, supuse que sería porque estaba enfadado con Jordy por haber roto su promesa. Se le daba muy bien encontrar maneras de fastidiarme y esa vez se había superado. Aunque los dos se estuvieran portando bien, la situación dejaba mucho que desear.

Sin embargo, al cabo de un tiempo, me di cuenta de que lo que me molestaba no era solo que Jordy hubiera pensado con el pene. Lo que más me afectaba era mirar a Trish. «Estoy celoso».

Por mucho que odiara admitirlo, Harrison tenía razón. Al menos, en parte. Estaba celoso de que Jordy le hubiera tirado los tejos a Trish y yo no. Estaba celoso de que ella lo hubiera invitado a salir en el gimnasio en vez de a mí. Y cada vez que admiraba las curvas de Trish en sus vaqueros azules ajustados, me daban celos de que Jordy pudiera tocarle la piel suave que había debajo.

Además, iba más allá que eso. Trish cuidaba de nuestra hija con suma dedicación, como si fuera suya. Todas y cada una de sus acciones, palabras y gestos hacia la pequeña eran maternos y cariñosos. Le salía de natural y me tranquilizaba saber que Kaylee estaba en buenas manos.

Sin embargo, como cabía esperar, eso solo hacía que deseara a Trish todavía más porque cualquier mujer que me interesara no solo representaría una pareja para mí, sino también una figura maternal para mi hija. Al ver a Trish con Kaylee, ya se cumplían la mitad de los requisitos en mi mente. Podría decirse que era la parte más difícil. Como padre soltero, salir con mujeres era complicado, aunque en esa situación funcionaba. Sin embargo, Jordy se me había adelantado.

A medida que pasaban los días, me preguntaba si las cosas podrían haber sido diferentes. Si hubiera sido más atrevido y le hubiera pedido salir en el gimnasio, en vez de seguir mi plan de esperar hasta que volviéramos de nuestro largo viaje, ¿cómo habría sido mi vida en ese momento? ¿Sería feliz? Además, lo que lo complicaba aún más era que Trish fuera alegre y simpática conmigo todos los días, tanto como lo era con Jordy. «Eso ya no importa», pensé. «Toda oportunidad que tuviera se ha esfumado».

La conferencia para la paz terminó sin mucho espectáculo ni emoción. Nos reunimos con el jefe de seguridad para intercambiar información, firmamos varios documentos para terminar el contrato y nos fuimos a casa a hacer las maletas. Esa rutina al final de un contrato solía estar llena de alivio y emoción, pero esa vez no nos íbamos a casa, sino a la siguiente misión.

Estábamos registrándonos en el aeropuerto cuando recibí una notificación en mi teléfono diciendo que la transferencia bancaria de nuestro contrato se había hecho efectiva. Eso me levantó el ánimo, como siempre. «Unos cuantos más trabajos así y quizás podamos pensar en jubilarnos».

—*Istanbul* —dijo Trish cuando le entregué las tarjetas de embarque—. ¿*Not Constantinople*?

—*That's nobody's business but the Turks* —respondí para completar la letra de la canción. Jordy nos miró a cada uno con el ceño fruncido.

—¿A qué ha venido eso?

—Es una canción de hace tiempo de They Might Be Giants.

—¿De quiénes? —respondió—. ¿Eso es el nombre de un grupo?

Trish intercambió una mirada conmigo y se rio.

—Decidme, ¿qué hay en Estambul?

—Lo hablaremos cuando lleguemos a algún sitio privado —respondí.

—Ah, bueno, vale. Lo pillo. —Sin embargo, mientras esperábamos en la puerta, vi que Trish buscaba conferencia para la paz en Estambul en Google.

Embarcamos en el avión y nos sentamos en la sección de clase turista.

—¿Cómo que esta vez no nos dan butacas de lujo en primera clase? —preguntó Trish.

—No se tarda mucho en cruzar Europa —respondí—. Será como volar de Wilmington a Dallas.

—Me he acostumbrado a cierto lujo —respondió con un guiño.

«¡Ah, no hagas eso!», pensé. «Vas a hacer que se me salga el corazón del pecho». Ayudé a Kaylee con el cinturón de seguridad y evité mirar hacia donde estaba Trish.



Archer

El vuelo a Estambul fue rápido. Kaylee y yo pasamos la mayor parte del viaje jugando al ahorcado con un trozo de papel. No dejaba de sorprenderme lo lista que se había vuelto en el último año, sobre todo con la ortografía y la escritura. Seguramente eso fuese mi parte favorita de ser padre: verla crecer, cómo se convertía en un ser humano con ideas propias, inteligencia y opiniones. Ni me imaginaba cómo sería dentro de uno o dos años, por no hablar de cuando entrase en la adolescencia, algo en lo que no quería pensar lo más mínimo.

Aterrizamos en Estambul y pasamos el control de seguridad sin problemas. Nuestros pasaportes tenían una autorización especial para la mayoría de los países de la OTAN que nos permitía viajar sin muchas preguntas, algo que agradecí. Sin eso, bastaría con un agente de aduanas de mal humor y se nos arruinaría todo el contrato.

En el aeropuerto nos esperaba otro vehículo. Los cinco nos amontonamos dentro y conduje hasta la casa que alquilábamos en Maslak, un suburbio de la periferia norte de Estambul.

—Me he fijado en que no había cajas llenas de equipo dentro del vehículo, a diferencia de Oslo —dijo Trish.

—Para esta misión no necesitamos nada de eso —respondí.

—¡Ah, qué bien! Debe de ser menos peligrosa, ¿no? —Jordy y Harrison soltaron una carcajada y Trish los miró con el ceño fruncido—. ¿Qué me estoy perdiendo? —preguntó.

Miré por el retrovisor para asegurarme de que Kaylee llevaba puestos los auriculares antes de contestar.

—Estambul es nuestra base de operaciones porque tenemos un contrato falso aquí para usarlo como coartada. Para el de verdad tendremos que volar desde allí a... otro país. Y, luego, ayudar a enseñar a las fuerzas armadas locales de allí a cómo usar el armamento moderno de la OTAN. El equipo con el que las entrenaremos ya está allí.

—¡Qué ambiguo eres! —dijo Trish—. ¿A dónde iréis desde aquí? ¿Pasaréis por el mar Negro hasta Rusia?

—Para nada —le contesté al instante—. Nosotros no trabajamos con Rusia.

—Más bien al contrario, en realidad —añadió Jordy.

Trish se quedó en silencio unos instantes.

—¿Así que es Ucrania, entonces?

Ninguno le respondió. El único sonido que se oía eran los dedos de Kaylee tocando el iPad.

—Sí —le confirmó Harrison al final.

—¡Vaya! —contestó ella—. Eso tiene pinta de peligroso.

—Bueno, no estará mal —dijo Jordy—. Me gustan mucho este tipo de misiones en las que ayudamos a otras personas a protegerse. Es como ser profesor. Te hace sentir realizado, ¿sabes?

—¡Eso mientras no os ataquen! —dijo Trish.

—Estaremos muy lejos del frente —le expliqué—. No podemos decirte más que eso, pero no tienes de qué preocuparte.

Nos alojamos en una residencia privada en lo alto de una colina con vistas a Maslak, desde donde se divisaba Estambul al sur. Para entrar en la propiedad, había que abrir una verja eléctrica con una clave. Kaylee fue adentro corriendo en cuanto aparcamos.

—¡Es supergrande! —gritó desde una de las habitaciones lejanas—. ¡Hay cuartos para todos para dormir!

Trish y Jordy intercambiaron una sonrisa privada.

Como en el apartamento anterior, el frigorífico y el congelador estaban llenos de suficiente comida como para durarnos un mes entero. Nuestro contrato solo debería durar tres semanas, pero nos iría bien estar preparados por si acaso.

Al estar cansados tras el viaje, todos nos fuimos pronto a la cama. Yo me dormí enseguida y, cuando me desperté a la mañana siguiente, me di cuenta de que había soñado con Trish toda la noche. No recordaba nada en concreto, aparte del hecho de que no eran sueños eróticos, pero estaba seguro de que había aparecido en todos y cada uno de ellos.

—¡Buenos días! —me dijo contenta cuando me la encontré en la cocina.

—Buenos días —le contesté mientras buscaba el armario donde guardaban el té. Tenía una sonrisa tan radiante y auténtica que era imposible que no me alegrase la mañana.

Después de nuestra rutina matutina, los tres nos preparamos para ir al aeródromo.

—No me gustan mucho los helicópteros —dijo Trish mientras nos despedíamos—. He oído historias horribles sobre accidentes.

—No te preocupes, Archer es un profesional —le aseguró Jordy.

—Así es.

—Mandadme un mensaje cuando lleguéis, ¿vale? —insistió—. Para que sepa que no os ha pasado nada malo.

—¿Les puede pasar algo malo? —preguntó Kaylee mientras venía de su habitación.

—Claro que no, renacuaja —dijo Harrison mientras la estrechaba entre sus brazos—. Volveremos para cenar.

Empezó a cubrirla de besos mientras ella chillaba, se reía y se quejaba de que la rascaba con la barba.

—Por desgracia, no podemos enviarte un mensaje cuando lleguemos —le expliqué— porque, de hecho, recogeremos las tarjetas SIM en el aeródromo.

Trish se desanimó.

—Vale. Supongo que lo entiendo. —Bajó la voz para que Kaylee no la oyese—. Pero tened cuidado, ¿de acuerdo?

—Lo haremos.

Jordy le dio un abrazo y le dijo:

—Ah, por cierto. Os he preparado una sorpresa a ti y a Kaylee hoy. Cuando Mehmet llegue a la puerta esta mañana, déjalo entrar. Puedes confiar en él.

—¡Ah, vale!

Trish le dio otro abrazo. Luego, tras una breve pausa, me estrechó a mí también. Su cuerpo era cálido y suave y encajaba en mis brazos tan perfectamente que me costó bastante esfuerzo soltarla. Miró a Harrison, que le devolvió la mirada desafiante, y luego le dijo adiós con la mano.

Nos dirigimos al aeródromo con el coche en silencio, sacamos las tarjetas SIM de nuestros teléfonos y las guardamos en una taquilla, tras lo cual subimos a bordo de un helicóptero de transporte Sikorsky S-61R. Era el mismo modelo que se utilizaba principalmente en tareas de búsqueda y rescate en el Mediterráneo y el mar Negro, así que con suerte no levantaríamos sospechas. Además, era un modelo que había pilotado más de mil horas en total.

Mientras despegábamos y nos dirigíamos al norte, suspiré de felicidad. Me gustaba pilotar helicópteros. En las últimas misiones no lo habíamos necesitado y era como un músculo que me encantaba entrenar. Si alguna vez lográbamos dejar la vida mercenaria, quería hacer algo con lo que pudiese pilotar vehículos, aunque no sabía qué podría hacer. «Ya reflexionaré sobre ese problema más adelante. Por ahora, tengo que concentrarme en el presente».

Nos detuvimos en Constanza, en Rumanía, para repostar antes de continuar de camino a Ucrania. Al entrar en su espacio aéreo me entró un hormigueo de ansiedad. Nos habíamos metido en una zona de guerra activa. Claro que estábamos muy lejos del frente donde se libraba el combate, pero, eso no le quitaba el peligro. Además, me recordaba a la última vez que habíamos estado por esa parte del mundo, en 2014, cuando habíamos huido a toda prisa de Crimea mientras Rusia la invadía.

Un grupo de oficiales ucranianos nos esperaba en el aeródromo. Tras una breve presentación, se llevaron a Harrison y Jordy hacia el resto de la base. Yo no me uní a ellos; mi trabajo consistía en estar preparado para partir en cualquier momento, así que volví al helicóptero y me organicé.

Entonces, Trish me volvió a la cabeza de inmediato. Quería poder enviarle un mensaje además de para decirle que habíamos llegado a salvo, porque también me apetecía hablar con ella.

«A lo mejor sí que puedo escribirle», pensé mientras examinaba el equipo de a bordo.

18



Trish

Los chicos llevaban fuera media hora cuando oí un zumbido en el interfono de la puerta principal. Pulsé el botón que me pareció el correcto y dije:

—Esto, ¿hola?

—Soy Mehmet —respondió un hombre—. Estoy en su puerta.

—¡Ah! ¡Vale! Ahora mismo le abro.

Mehmet aparcó en la entrada con un coche negro. Tenía unos cincuenta o sesenta años y llevaba ropa informal. Me hizo una pequeña reverencia mientras nos presentábamos.

—El señor Jordan les ha organizado una visita privada a Estambul a usted y Kaylee —dijo con algo de acento turco y una sonrisa cálida y acogedora—. Durará unas tres horas.

Ayudé a Kaylee a vestirse y luego subimos a la parte trasera del coche. Mientras nos adentrábamos en la ciudad, Mehmet nos contó la historia de Estambul a grandes rasgos, desde la sede del Imperio Romano de Oriente, pasando por el Imperio Otomano, hasta la modernidad.

Cuando aparcó el coche y salimos, me intimidó estar en una ciudad nueva, ¡sobre todo una tan diferente a nivel cultural de cualquier sitio que había visitado hasta entonces! Era muy consciente de que era una estadounidense que había tenido una vida muy protegida sin experiencia del mundo. Sin embargo, tras andar unos diez minutos por una plaza, me sentí completamente segura. Paseamos por mercadillos y entramos en tiendas. Luego, nos dirigimos a Santa Sofía, donde Mehmet nos dio una visita privada de la mezquita. A Kaylee le pareció genial que tuviéramos que quitarnos los zapatos antes de entrar en algunas zonas.

La única excepción a lo anterior se dio cuando volvíamos caminando por una plaza pública hasta donde teníamos aparcado el coche. Se me erizó el vello de la nuca y tuve la clara impresión de que me observaban. Me di la vuelta enseguida y me pareció ver a alguien que me miraba fijamente desde un callejón lejano, pero entonces parpadeé y, para cuando el flujo de peatones de la plaza se redujo, la silueta hubo desaparecido. «Me estoy emparanoiando», pensé. «¿Quién seguiría a una niñera de Carolina del Norte?».

Mehmet nos enseñó más la ciudad en coche y, luego, volvimos a casa. Kaylee le hizo muchas preguntas sobre el país. Al parecer, había estado aprendiendo sobre las capitales del mundo en la escuela y tenía curiosidad por saber por qué Ankara era la capital de Turquía en vez de Estambul. Mehmet fue paciente y le respondió a las preguntas con amabilidad mejor de lo que yo podría haberlo hecho.

Después de despedirnos y volver a casa, dejé a Kaylee en la cama para que durmiera la siesta. Mientras cerraba la puerta de su habitación, el teléfono me vibró en el bolsillo. Era un mensaje de un número desconocido.

DESCONOCIDO: Hemos llegado sanos y salvos. No tienes de qué preocuparte.

Yo: ¿Jordy?

DESCONOCIDO: Soy Archer, en realidad.

Yo: ¿No se suponía que no podíais enviarme mensajes?

DESCONOCIDO: He encontrado una manera de utilizar la wifi de nuestro vehículo como un punto de acceso con una VPN para ocultar la ubicación. Por la misma razón, te pido que no menciones ninguna ubicación específica en el chat, para estar seguros.

Me acomodé en el sofá y fruncí el ceño mientras miraba la pantalla.

Yo: Esto parece una prueba para asegurarme de que no revele lo que hacéis. ¿Cómo sé que eres tú de verdad?

Archer: Esto solo lo sabría el verdadero yo: Jordy y yo solíamos referirnos a ti como Kettlebells. Y tú nos apodabas Rubio y Moreno.

Yo: ¡Por Dios! ¡Le dije a Jordy que no te dijera eso!

Archer: Deberías haberlo negado. Ahora nunca dejaré que lo olvides. ;-)

Archer: ¿Qué tal la visita a la ciudad?

Yo: ¡Muy divertida! Al principio estaba nerviosa, pero Mehmet me ha hecho sentir cómoda. Me tomé una taza de café turco hace cuatro horas y sigo a tope por la cafeína.

Archer: ¿Se ha portado bien Kaylee?

Yo: ¡Casi todo el tiempo! Tuvo un pequeño berrinche cuando no le dejé que probara el café.

Archer: Deberías haberle dado un sorbito. Eso la habría hecho cambiar de opinión muy rápido.

Yo: ¿Y tener que vigilar a una niña potenciada con cafeína durante el resto de la visita? ¡No, gracias!

Archer no me respondió durante un rato y me pregunté si nuestra conversación habría terminado. Al fin y al cabo, estaría ocupado. Sin embargo, acabó contestando.

Archer: Me alegro mucho de que estés aquí, Trish. Cuando nos ponemos en situación de peligro, por pequeño que sea el riesgo, nos hace echar de menos a nuestra hija aún más. Me reconforta saber que voy a volver a verla esta noche. Lo siento si te di la impresión de que no quería que vinieras al viaje. Sí que quería, pero no sabía si sería lo mejor para Kaylee.

Yo: No hace falta que te disculpes. Jordy parece muy cabezón.

Archer: Esa es la mayor verdad que se haya dicho en toda la historia.

Yo: Vale, pero en serio, ¿por qué me mandas mensajes? ¿No deberías estar haciendo... cosas? Perdona, casi pongo por escrito más de lo que debería.

Archer: Bien hecho por darte cuenta. Y no, básicamente me paso el día mirándome el ombligo. Debería haberme traído un libro.

Yo: Puedes prestarte el Kindle si quieres. ¡Tengo todos los libros de *Crepúsculo*!

Archer: Por Dios, ¿te leíste esa bobada?

Yo: ¡Ey! ¡A veces a una solo le apetece fantasear con que un vampiro y un hombre lobo luchan por su amor!

Archer: Nunca he entendido las historias llenas de dramas por triángulos amorosos.

Yo: Eres un hombre. De ser tú, seguramente yo tampoco las soportaría.

Archer: No, me refiero a que no entiendo por qué hay tanto drama al respecto. Si a una mujer le cuesta elegir, ¿por qué no sale con los dos y ya?

Yo: ¡Ja! Como si eso fuera una opción.

Archer: ¿Y por qué no?

Yo: Bueno, porque a cualquier mujer que lo hiciera la tildarían de pendón.

Archer: El poliamor se ha hecho bastante más popular estos últimos años. La sociedad ya no juzga tanto como antes.

Yo: Lo del poliamor suena a excusa para acostarse con cualquiera. O solo para personas con miedo al compromiso. Dudo que alguien lo haya hecho en la vida real y le haya salido bien.

Archer dejó de responder tras eso, lo que me dejó con una sensación extraña. Era como si le hubiera tocado una fibra sensible, pero no entendía por qué. Archer no parecía el tipo de persona que se ofendería fácilmente por *Crepúsculo*, justamente. Así pues, lo atribuí a que se habría concentrado en el trabajo que estaban haciendo, fuera lo que fuese.

Los chicos llegaron a casa esa noche hacia las siete, justo cuando estaba sacando la cena del horno. Kaylee gritó de felicidad y abrazó a sus tres padres en la otra habitación. Todos asomaron la cabeza por la cocina de camino al salón.

—La cena está lista para cuando queráis —les dije.

Los chicos subieron a ducharse, pero antes de irse Jordy entró corriendo en la cocina y me dio un beso rápido sin que Kaylee lo viera. Archer nos miraba desde el pasillo y esbozó una sonrisita al verlo.

Cuando bajaron al cabo de diez minutos, Harrison no estaba con ellos.

—Se ha ido directo a la cama —me explicó Jordy mientras nos sentábamos a la mesa.

—¿No quiere cenar? —le pregunté.

Archer tomó la cuchara de servir.

—Confío en lo que Harrison decida a la hora de satisfacer sus necesidades básicas. No te preocupes, no se morirá de hambre.

—Papi dice que es como un oso —anunció Kaylee alegremente—. ¡A veces necesita hibernar cuando está muy cansado!

—Ha sido un día largo —me dijo Jordy.

Comimos mientras Kaylee explicaba lo mucho que nos habíamos divertido durante la visita por Estambul.

—¿Y te has sentido segura todo el tiempo? —preguntó Archer.

Asentí con la cabeza.

—Mucho. Y no solo porque Mehmet nos haya acompañado por todos lados. Aunque sí que ha habido un momento en el que me pareció que me observaban. Serán paranoias mías.

—Si yo fuera de aquí, también te miraría —dijo Jordy mientras me guiñaba el ojo en secreto por encima de la cabeza de Kaylee.

Después de cenar, los chicos se pusieron a jugar con Kaylee, así que me acomodé en el sofá con el Kindle. Archer miró mi lector de libros digitales y puso los ojos en blanco. Le devolví la mirada fulminándolo con ella; ni siquiera estaba leyendo *Crepúsculo* en ese momento.

Un poco más tarde, Kaylee se me acercó y tiró de mi manga.

—¿Quieres jugar al Dutch Blitz con nosotros?

—¿Qué es eso? —le pregunté.

—Ahora te lo enseño. ¡Es superdivertido!

Me reuní con los tres en la mesa de la cocina, que habían despejado para dejar sitio a una baraja de cartas especial. Kaylee me explicó cómo se jugaba con la ayuda de sus dos padres. Era como una mezcla entre el Uno y el Solitario, donde el objetivo era apilar cartas para ganar puntos, salvo que se hacía deprisa y con todos a la vez, lo que lo hacía un poco caótico.

Jordy y Archer jugaron despacio por Kaylee y yo imité su velocidad. El juego era sencillo y divertido, con rondas de apenas unos minutos. Tras unas cuantas, noté que mi naturaleza competitiva entraba en acción y tuve que recordarme que debía ir más despacio para darle una oportunidad a Kaylee.

En una de las últimas rondas, tomé una de mis cartas —un seis rojo— y la coloqué deprisa encima de un cinco rojo en el centro de la mesa. Archer intentó hacer lo mismo, pero fue medio segundo más lento que yo y acabó colocando su seis rojo encima del mío. Intercambiamos una mirada y nos reímos, pero dejó la mano sobre la mía unos segundos más de lo esperado antes de retirarla.

«Ya basta», me dije. «Da lo mismo que le gustara en el gimnasio. Me he acostado con Jordy, así que yo ya he elegido». Sin embargo, me vino a la cabeza lo que Archer había dicho sobre el triángulo amoroso de *Crepúsculo* y me pregunté si con eso habría querido insinuar algo.

19



Trish

Metimos a Kaylee en la cama y bajamos a jugar una partida de Dutch Blitz entre adultos. El ritmo era mucho más rápido con los tres solos y pronto me di cuenta de que Archer era muy competitivo.

—Odia perder —me susurró Jordy lo bastante alto como para que le oyera su amigo británico—. ¡Se pone de un mal humor!

—Yo no me pongo de ningún humor —respondió Archer de manera cortante mientras barajaba sus cartas entre ronda y ronda.

—Hablando de eso —dije—, cuando nos estábamos escribiendo hoy, de repente paraste. No habrá sido por nada que haya dicho yo, ¿no?

Jordy se irguió en la silla.

—¿Os habéis estado escribiendo? ¡Pero si nos obligaste a dejar las tarjetas SIM!

—Me conecté usando una wifi y una VPN —le respondió Archer.

—¿Lo ves? —me dijo—. ¡Las reglas solo nos las aplica a nosotros y no a sí mismo!

—No entiendo por qué te quejas. Harrison y tú os habéis pasado todo el día enseñándoles cosas a los ucranianos. No habríais tenido tiempo para enviar mensajes.

—¡Hemos tenido descansos! —se quejó Jordy.

Archer negó con la cabeza y se volvió hacia mí.

—Tú no has hecho nada, es solo que no me apetecía hablar más del tema por mensaje.

—¿Hablar de qué? —preguntó Jordy.

—Le comenté que estaba leyendo *Crepúsculo* y me dijo que todos los problemas de Bella se habrían resuelto si se hubiera metido en una relación poliamorosa con Edward y Jacob.

Jordy giró la cabeza hacia Archer.

—¿Te sabes los nombres de todos los personajes de *Crepúsculo*?

—¡No, qué va! —respondió a la defensiva.

—No dijo sus nombres, pero sugirió que el poliamor habría sido una solución, pero yo dije que no.

—Ah. —Jordy hizo una mueca—. Seguramente le afectara por lo de su familia.

Miré a Archer.

—¿Tu familia?

Terminó de barajar las cartas y colocó la baraja sobre la mesa con cuidado, girándola un milímetro para que quedara alineada con la veta de la madera.

—Mis padres son poliamorosos.

—Son hippies de la vieja escuela —añadió Jordy.

—Son una familia de lo más normal, aunque poco convencional —replicó Archer con irritación—. Siguen todos juntos, que es más de lo que se puede decir de tus padres, Jordy.

Jordy levantó las palmas de las manos y dijo:

—¿Lo ves? Le afecta el tema.

Volví a pensar en lo que le había escrito en el mensaje.

—¡No pretendía insultar a tu familia! ¿Me cuentas más sobre ellos?

—No hace falta que hablemos del asunto —respondió Archer.

—¡Oh, venga! Cuéntame. Quiero saberlo. Como ya te he dicho hoy, nunca he conocido a nadie que sea poliamoroso de verdad. Soy una ignorante en ese tema. ¿Cuántos padres tienes?

Archer le dio un largo trago a su vaso de agua antes de contestar.

—Siete.

Intenté ocultar mi sorpresa, pero no lo conseguí.

—¡¿Siete?!

Jordy alcanzó un cuaderno y un bolígrafo del extremo de la mesa y empezó a escribir algo.

—Tengo dos padres biológicos, obvio —explicó Archer—. Mi padre, Pierce, y mi madre, Cornelia. Ambos mantienen una trijea con Camilla.

—¿Trieja?

—Eso significa que los tres mantienen relaciones sentimentales entre sí. Mi madre es bisexual.

—Pensaba que habías dicho que tenías siete padres.

Jordy se rio entre dientes mientras garabateaba en el papel.

Archer asintió.

—Esos son, más o menos, los tres principales. Estaban todos juntos cuando yo nací. Cuando yo era muy pequeño, Pierce empezó a salir con una pareja bisexual: Priscilla y Kate. Esas son mis otras dos madres. Están casadas entre ellas.

—Vale, espera —le interrumpí—. Esas mujeres están casadas ¿y al mismo tiempo salen con tu padre Pierce?

—Así es.

—¿Pero por qué salen solo con Pierce? ¿Por qué no también con tu madre, Cornelia, si es bisexual?

Me miró extrañado.

—Porque a mi madre no le gustan.

—Pero a Pierce sí.

—Sí.

Jordy se echó a reír aún más.

—No lo entiendo —dije.

—Que Cornelia sea bisexual no significa automáticamente que tenga que querer meterse en una relación romántica con Kate y Priscilla. Eso es como suponer que a ti te interesaría Mehmet, el guía turístico, porque ambos sois heterosexuales.

Parpadeé.

—¡Ah! Ya lo pillo.

Harrison entró en la habitación con unos pantalones de chándal grises y una camiseta de tirantes negra. Abrió la nevera, sacó el guiso de pollo entero que había preparado para la cena y empezó a hincarle el diente con la cuchara de servir.

—Archer le está explicando a Trish como es su familia —dijo Jordy.

Harrison soltó una carcajada y regresó a su habitación con el guiso.

—Volviendo al tema, esos son solo cinco de mis padres —continuó Archer—. Cuando yo aún llevaba pañales, Cornelia empezó a salir con el camarero del *pub* local, Ambrose.

—¿Ambrose se acuesta con otra gente, a parte de tu madre?

—No, esa es su única relación.

—Vale —respondí.

—Y, por último, está Héctor. Camilla y él tienen una relación de naturaleza sexual, pero no romántica.

—¿Como amigos con derecho a roce?

—Básicamente, sí.

—Si es solo un rollete, ¿por qué lo incluyes en tu unidad familiar?

Archer se encogió de hombros.

—Llevan viéndose al menos veinte años. Siguen siendo muy buenos amigos y a todo el mundo le cae bien Héctor. Es un experto jugando al *whist*. Pasa las vacaciones con nosotros desde que tengo uso de razón.

—El *whist* es un juego de naipes al que juegan todos —explicó Jordy.

Negué con la cabeza confundida.

—Me cuesta imaginarme todo esto.

—Ayuda cuando lo ves dibujado.

Jordy me pasó su trozo de papel, en el que había esbozado una representación de los siete puntos conectados con líneas, como una constelación. Había un reloj de arena, con Pierce en el medio. El triángulo a la izquierda del reloj de arena eran Priscilla y Kate conectadas a Pierce, mientras que el triángulo derecho lo vinculaba a Cornelia y Camilla. Otra línea iba de Cornelia hasta un punto llamado Ambrose, y otra similar, de Camilla a Héctor para mostrar como este encajaba en la ecuación.

—Vale, ya empiezo a comprenderlo —dije.

—Parece una molécula, por eso la gente de esa comunidad lo llama polícula —dijo Archer.

—¿Por qué no dices que tienes dos padres liberales y ya?— pregunté.

—Porque no tengo dos padres liberales —respondió con paciencia—. Camilla vivió en la misma casa que nosotros desde que nació. A los cuatro años, cuando nos mudamos de Londres a

Stratford, Priscilla y Kate vinieron a vivir con nosotros. Me criaron por igual entre todos. Y, a medida que fui creciendo, Ambrose y Héctor empezaron a pasar más y más vacaciones con nosotros hasta que, con el tiempo, también se convirtieron en familia. Aunque con ambos me llevo más como si fueran mis tíos en vez de mis padres directos.

—Su situación fue lo que hizo que nos sintiéramos cómodos para criar a Kaylee juntos —añadió Jordy—. Tras oír hablar de ellos, y de conocerlos en Navidad hace siete años, no nos pareció tan extraño criar a una hija entre los tres.

—A lo mejor me afectó demasiado tu mensaje —admitió Archer— cuando me dijiste que el poliamor solo era una excusa para que la gente se acostara con cualquiera. Puede que sea el caso de algunas personas, pero, en el mío, me he pasado toda la vida rodeado del amor de mis padres y madres. De todos y todas. Me considero afortunado por ello.

Extendí el brazo encima de la mesa y le toqué la mano.

—Eso es estupendo, de veras. Cualquiera tendría suerte de tener lo que tú tienes. Siento haber juzgado tan deprisa. ¿Te incomoda tener que pensar en todos los arreglos sexuales de tus padres?

—Sí —contestó con humor socarrón—, sobre todo cuando tengo que explicárselo con todo lujo de detalles a otra persona.

Hice una mueca de vergüenza.

—¡Uf, me lo imagino! Ni siquiera me gusta pensar en lo que hacen mis padres entre ellos, así que mucho menos con un montón de otras personas que... Ya, voy a parar ahora mismo antes de que me dé repelús.

Archer ajustó la baraja sobre la mesa.

—A lo que iba es que por eso me cuesta tomarme en serio *Crepúsculo* y otras novelas románticas en las que a una chica le cuesta elegir con quién estar. ¡Hay una solución fácil si se está dispuesto a dejar de lado los celos! Volviendo al Dutch Blitz, ¿os apetece otra partida? Jordy y yo vamos ganando, pero estamos empatados.

Jugamos otra partida, que ganó Archer, y luego nos fuimos a la cama. Nuestra casa tenía dos alas separadas en extremos opuestos de la sala de estar, y a Jordy y a mí nos habían tocado estratégicamente habitaciones en el mismo lado, lejos de todos los demás. Gracias a eso, podíamos permitirnos hacer un poco de ruido, un lujo que no tardamos en aprovechar.

En cuanto llegamos a su habitación, Jordy me empotró contra la pared y me besó como si le fuera la vida en ello. Me derretí ante su roce posesivo e imperativo. Me dio la vuelta y me besó la nuca mientras me metía los dedos en la parte delantera del pijama para hacer presión en mi clítoris con rudeza. Gemí mientras se frotaba contra mi culo e iba acelerando los movimientos con la mano. Mientras me bajaba los pantalones y yo hacía lo mismo con los suyos, noté las ganas que me tenía, sobre todo por la forma en que se llevó el pene hacia mi sexo despacio desde atrás y me penetró con una embestida febril, llegando lo más hondo posible.

Quién sabe cómo, logré reprimir un grito de placer mientras gozaba de cómo me llenaba y más gritos de éxtasis cuando me tomó contra la pared, con su cálida respiración en mi oído y los gemidos retumbantes casi vibrándole en la garganta. Me puso una mano en la espalda y me inclinó mientras me follaba duro y con rapidez, embistiéndome con tanta fuerza que al poco tiempo empecé a jadear y estremecerme con un orgasmo intenso y extático que hizo que me temblaran las rodillas. Y, cuando apreté mis músculos internos contra su miembro, noté que

estallaba dentro de mí. Me agarró la cintura fuertemente con ambas manos y soltó un ruido tan intenso que pareció casi doloroso.

Mientras me aseaba y me acurrucaba en la cama junto a él, pensé en la química que teníamos juntos. Normalmente, me sentía incómoda con un chico después de acostarme con él por primera vez, antes de que nos sintiéramos lo bastante cómodos como para bajar la guardia y ser como somos. Sin embargo, Jordy y yo habíamos congeniado con mucha facilidad. De forma natural. «Me pregunto si él pensará lo mismo».

—Llevo todo el día pensando en esto —me susurró mientras nos acurrucábamos.

—Yo también —respondí—. Bueno, quizás no todo el día. Mientras recorríamos Estambul no lo he tenido en mente, pero, en cuanto llegamos a casa, empecé a fantasear contigo.

—Me ha gustado lo que has dicho.

—¿Cuándo?

—Justo ahora. Cuando nos acostábamos. Me has dicho «fóllame, mercenario mío».

—Ah. —Me giré para mirarle—. Yo... la verdad es que no me he dado cuenta de que lo decía en voz alta.

—Lo has dicho mientras llegabas, creo —dijo Jordy—. Por eso me he corrido tan deprisa. Eso y el verte esas nalgas magníficas rebotando contra mí.

Sonreí y lo acurruqué más fuerte.

—Me alegro de que te haya gustado. No suelo...

—¿Qué? —me preguntó.

—Suele llevarme un tiempo sentirme lo bastante cómoda con un chico.

Jordy me miró con el ceño fruncido.

—¿Lo bastante cómoda para hacer esa posición? ¿El estilo perrito?

Parecía que no pudiera creérselo.

—¡Es una tontería, lo sé! Pero normalmente no quiero hacerla hasta que llevo un tiempo con alguien.

Noté que Jordy se tensaba.

—Ahí va, mierda. No quería que te sintieras incómoda ni presionarte para que...

—¡No, no, no! —me apresuré a corregirle mientras me erguía en la cama para mirarle—. Ha estado genial. Eso es lo que intento decirte, que suele llevarme un tiempo sentirme lo bastante cómoda con alguien para eso, pero contigo...

—¿Resulta natural? —terminó la frase por mí.

—¡Sí!

—¿Como si nos conociéramos desde hace mucho más que unas semanas?

—¡Exacto! —respondí—. ¿Tú te sientes igual?

Se pasó un brazo por detrás de la cabeza, lo que hizo que su bíceps se le flexionara para mi deleite.

—Me daba miedo decírtelo porque no quería asustarte, pero sí.

Le rocé los labios con los míos y me recosté contra su pecho.

—Nunca pensé que pasaría esto cuando te pedí salir en el gimnasio. Volar por todo el mundo, practicar sexo en ciudades exóticas, como Noruega y Turquía...

—¿Qué creías que pasaría? —preguntó.

—No lo sé. ¿Que nos tomáramos un café?

Su risa vibró en mi pecho.

—Por la mañana prepararé el café. —Se estiró—. Por cierto, creo que deberíamos dormir en nuestras propias habitaciones.

Me estremecí.

—Ah.

—Solo por si acaso Kaylee se despertase antes que nosotros o en mitad de la noche.

—Ya veo.

—No quiero que se haga una idea equivocada —explicó—. Archer tenía razón en eso. Y prometimos ocultarle esta relación, al menos por ahora y ya he roto algunas promesas que le hice a Archer, así que quiero asegurarme de mantener esta. ¿Te parece bien?

—¡Sí, claro, sin problemas! —respondí—. Ahora me marchó.

Me tomó del brazo y volvió a acercarme a él.

—Dame cinco minutos más acurrucados. No quiero soltarte todavía.

Deslizó la mano por mi espalda y me dio una palmadita saludable en el trasero. «Relación», pensé mientras cerraba los ojos y disfrutaba de estar contra su cuerpo. «Me gusta cómo suena».

20



Jordy

Entrenar a los ucranianos era un trabajo gratificante, pero también agotador. Nos levantábamos temprano, volábamos a través del mar Negro, nos pasábamos todo el día enseñando sobre armamento y, luego, volábamos de vuelta a casa. Aunque estábamos a salvo y lejos del frente donde se libraba la guerra en curso con Rusia, aún corríamos el riesgo de que un barco ruso confundiera nuestro helicóptero con un enemigo combatiente e intentara derribarnos con un misil. Durante los vuelos me tensaba y no me relajaba hasta que aterrizábamos en el aeródromo de las afueras de Estambul.

Sin embargo, cuando llegábamos a casa, ver a Kaylee lo compensaba todo. Tenerla cerca era un recordatorio diario de por qué nos esforzábamos al máximo. Sabía que iría hasta el fin del mundo si con eso le diese una vida mejor. Y me alegraba de no tener que esperar meses para volver a verla, como habría ocurrido si la hubiéramos enviado a un campamento de verano, lo que habíamos planeado en un principio. Volver a casa con ella me reconfortaba de una forma que nunca habría entendido antes de ser padre.

Y, luego, estaba Trish. Cuando Kaylee se iba a la cama, Trish y yo nos divertíamos a solas. Se convirtió en nuestra rutina de noche, pero lo que hacíamos juntos no tenía nada de rutinario. Éramos como adolescentes cachondos deseosos de probar todas las posturas posibles. Una noche, Trish se puso de rodillas en el dormitorio y me hizo una mamada rápida y con avidez. Me la chupó como si le fuera la vida en ello y me corrí en cuestión de minutos. Sin embargo, no me soltó, sino que mantuvo los labios alrededor de mi pene y me miró a través de las pestañas mientras me corría, deleitándose con mi placer. Y cuando se hubo tragado hasta la última gota, me empujó encima de la cama y me cabalgó como si fuera su juguete sexual personal. Ni necesité tiempo para recuperarme: me ponía tanto que se me quedó duro como el acero dentro de ella y volví a correrme entre el segundo y el tercer orgasmo de Trish.

Al día siguiente, mientras estábamos en Ucrania, nos avisaron de que había más tráfico aéreo de lo habitual en nuestra ruta de vuelo de vuelta a casa, así que decidimos no arriesgarnos y pasar la noche en la base ucraniana. A los de allí les encantó que nos quedáramos y sacaron una caja de vodka al estilo ucraniano para beber. Tomamos chupitos con ellos, compartimos un estofado de ternera que sabía mucho a pimentón y cantamos marchas ucranianas hasta bien entrada la noche.

Al final, nos fuimos a descansar en las literas de nuestro cuartel. Harrison se puso a roncar en cuanto dejó caer la cabeza en la almohada. Sin embargo, en la litera contigua a la mía, veía el rostro iluminado de Archer gracias al resplandor de su teléfono móvil.

—¿Haces el Wordle? —le pregunté.

—Ya lo he hecho esta mañana. He adivinado la palabra al tercer intento.

—¿Entonces qué haces?

—Hablo con Trish para decirle que estamos bien.

—Últimamente le mandas muchos mensajes —le dije.

Él se encogió de hombros.

—Me ha estado enviando fotos de Kaylee.

Me pasó el teléfono y vi que el mensaje más reciente contenía un selfi de Trish y Kaylee leyendo un cuento en la cama. Sonreí al ver a nuestra hija, pero me quedé mirando a Trish un rato. Subí por la conversación para buscar más fotos y vi que habían intercambiado muchísimos mensajes. Antes de que fisgoneara demasiado, le devolví el teléfono.

—Me alegro de que hayas entrado en razón —dije—. Me refiero a con lo de que se quedaran con nosotros.

—Es bastante agradable —respondió Archer, que ya había empezado a mover los pulgares mientras respondía al mensaje—. Trish es una mujer maravillosa. Entiendo que te hayas prendado de ella en este viaje, en vez de esperar a que llegáramos a casa.

Lo miré con el ceño fruncido. Archer odiaba admitir que se equivocaba, sobre todo en situaciones en las que podía actuar con superioridad. Que se amansara era algo extraño. «Me alegro de que empiece a tomarle cariño a Trish», pensé mientras me daba la vuelta en la litera.

Al día siguiente, trabajamos con las tropas y volvimos a casa a primera hora de la tarde. Kaylee se alegró muchísimo al vernos y me dio un abrazo más fuerte de lo habitual cuando entramos por la puerta.

—¿Cuánto más durará este contrato? —me preguntó Trish mientras cenábamos temprano.

—¿Te estás hartando de Turquía? —le respondió Harrison.

—No, me estoy divirtiendo mucho aquí —le contestó Trish—. Ayer volvimos a ir a los mercados y compramos delicias turcas. ¿Sabías que son gominolas?

—¡Me encantan! —chilló Kaylee—. ¡Hemos comprado un montón para comer entre todos!

—Llevamos ocho días aquí y es probable que nos quedemos otros diez —explicó Archer—. Quizás quince. Depende de lo rápido que aprendan a usar el nuevo equipo que llegará pronto. —Hizo una mueca—. Lo siento, pero no puedo darte nada más concreto.

—No pasa nada, ¡ningún problema! —respondió Trish mientras hacía un gesto con el tenedor—. Era más que nada por si lo sabíais. Kaylee y yo seguiremos divirtiéndonos el tiempo que haga falta, ¿a qué sí?

Nuestra hija tenía la boca llena, así que asintió con la cabeza.

Después de cenar, Harrison se llevó a Kaylee a su habitación para jugar con las piezas de K'nex que habíamos traído con nosotros. Trish, Archer y yo pasamos el rato juntos en el salón. No había nada bueno en la tele, así que dejamos puesto un episodio de Los Soprano con un doblaje bastante malo al turco. A Archer se le ocurrió un juego en el que teníamos que beber cada vez que la voz doblada utilizaba un acento italoamericano pésimo.

Para cuando el episodio terminó, todos acabamos bastante piripis.

—Me lo estoy pasando demasiado bien como para irme a la cama ahora —dijo Trish—. ¿Queréis jugar a otro juego?

—Yo ya voy tan fino que no podré con juegos como el Dutch Blitz —dijo Archer con su

acento inglés.

Trish frunció el ceño.

—¿Fino?

—Lo que este *hooligan* del críquet quiere decir es que va borracho —le expliqué.

—El críquet es un juego de gente civilizada superior a cualquier otra cosa que haya ideado la humanidad —repuso Archer.

—¿Y otro juego de beber? —sugirió Trish, tras lo cual estiró la pierna sobre el sofá—. ¿Como Verdad o Trago?

—¿Te refieres a Verdad o Reto? —le pregunté.

—No, Verdad o Trago —insistió—. O respondes a la pregunta o bebes. Así, te emborrachas más deprisa. Era un juego de beber muy popular cuando estaba en la universidad.

—Me alisté justo al terminar el instituto —le recordé.

—¡Ay, es verdad! Bueno, los militares tienen fama de aguantar mucho la bebida, ¿no?

Archer soltó una carcajada.

—En eso tiene razón.

—Yo ya voy bien cocido —dije— y Archer ya va «fino», para usar su expresión cutre.

Trish esbozó una sonrisa pícaro que despertó algo en mi interior.

—Entonces tendréis que responder a muchas preguntas. Empiezo yo: ¿cuándo perdisteis la virginidad?

Archer se aclaró la garganta.

—Cuando tenía quince años, en el instituto. Mary Kane y yo nos dimos el lote después de un partido de fútbol. Como sus padres habían salido, fuimos a su casa. Perdí la virginidad en su sofá.

—Quince, impresionante. Seguro que era atractiva —dijo Trish.

—Nada más lejos de eso —respondió Archer—. No quiero parecer cruel, pero tenía lo que Jordy llamaría un «cuerpo de tentación, cara de arrepentimiento».

Trish frunció el ceño, así que le expliqué:

—Es decir, que está potente, pero le falla la cara.

—Ahh.

—Aunque, en aquel entonces, yo estaba algo regordete —aclaró Archer—, antes de que las Fuerzas Armadas de la Corona me pusieran tieso.

—¿Verdad que a la corona tenéis un rey ahora? —dijo Trish mientras levantaba un dedo.

Archer hizo una mueca de dolor.

—Todavía no me he hecho a la idea.

—Creía que Carlos no le gustaba a nadie —comenté. No sabía mucho del tema aparte de lo que a veces veía por internet—. ¿No podrían saltarse a Carlos e ir directamente a Guillermo? Ese sí que le cae bien a todo el mundo, ¿no?

—Carlos podría abdicar, pero no lo hará nunca —dijo Archer—. Llevaba toda la vida esperando a que Isabel le dejara el trono por fin. —Suspiró—. Diana habría sido una reina

consorte estupenda. Camila... Ya me estoy andando por las ramas. Te toca responder a la pregunta, Jordy.

—¡Eso! —dijo Trish—. Te toca: ¿cuándo perdiste la virginidad?

Hice una pausa teatral antes de contestar.

—En el campo de entrenamiento. Había tres mujeres en nuestra unidad y yo le gustaba a una. Un día, nos escabullimos al cuartel durante las tareas y lo hicimos. Se llamaba Vanessa.

Me recreé con el sonido de su nombre en mi lengua. Incluso trece años después me provocaba un cosquilleo en el alma.

—¿En el campo de entrenamiento? —dijo Trish—. ¿Fuiste virgen hasta los dieciocho?

—No me juzgues —respondí con un tono defensivo exagerado—. Era tímido entonces.

—No te puedo imaginar tímido —murmuró Archer.

—¡Yo tampoco! —añadió Trish—. Entonces, ¿qué pasó con Vanessa?

—Nada, Era solo sexo. Lo hicimos un par de veces y al poco tiempo se fue con otro chico de nuestra unidad. Tenía mucho donde elegir entre tantos los chicos. —Me apresuré a levantar la mano—. No lo digo para criticar. No se lo reprocho en absoluto. Si yo hubiera sido ella, me habría portado como un pendón de cuidado.

—Ya me imagino —dijo Trish—. Estar rodeada de un montón de militares con cuerpos esculturales todo el tiempo...

Dejó la frase a medias y se le enrojecieron las mejillas. Durante unos segundos no lo entendí, pero luego me di cuenta de que Trish estaba en esa misma situación, al estar rodeada de Archer, Harrison y yo en todo momento.

—¿Y tú? —le pregunté para reavivar el ambiente.

Trish movió un dedo de un lado a otro.

—Así no es cómo funciona el juego. Ahora te toca preguntar algo a ti, pero algo nuevo. No se permite repetir.

Solté un suspiro teatral.

—Vale, déjame pensar. ¿Qué es lo más bochornoso que os ha pasado en la vida?

Se sonrojó aún más y dudó antes de contestar. Estaba claro que no porque intentase pensar en algo a lo que responder, así que empecé a preguntarme si habría tocado alguna fibra sensible.

—Me hice pis encima cuando estaba en la escuela primaria —dijo al final—. En la clase de la señora Wall. Estábamos practicando con la letra cursiva y no me dejó ir al baño cuando se lo pedí. Me aguanté y me aguanté, pero al final me levanté e intenté salir corriendo del aula, pero para entonces ya era demasiado tarde.

—¡Uf! —dije.

¿Decía la verdad o nos ocultaba algo aún peor?

—La mía es del instituto otra vez —respondió Archer—. Llamé «mamá» a la profesora por accidente. Delante de toda la clase. Me dejó marcado para siempre.

Seguimos jugando y nos reímos de nuestras respuestas. Archer se puso creativo y preguntó por cuánto dinero nos tiraríamos a una piscina de aguas residuales: yo dije cien mil dólares y Trish, diez millones. Hubo preguntas sobre la comida que menos nos gustaba y con qué famoso

nos acostaríamos cada uno.

—Vale, ahí va una más difícil —dije—: ¿cuánto duró vuestra relación más larga?

—Dieciocho meses, con Lexi Parker —respondió Archer—. Salí con ella cuando servía en el ejército. Nos distanciamos. —Se encogió de hombros como si fueran cosas de la vida.

Nos volvimos hacia Trish, quien se llevó la cerveza a los labios y empezó a beber.

—¡Oh, venga ya! —exclamé—. No bebas para evitar la pregunta. Cuéntanos.

Bajó el vaso y se lo quedó mirando como si pudiera escapar a través de su contenido.

—Fue con mi ex, Daniel.

—Daniel, un nombre típico para capullos —dije.

—¡Oye, que dos de mis mejores amigos de la infancia se llamaban Daniel!

—Lo dicho. —Me volví hacia Trish—. ¿Cuánto tiempo estuvisteis juntos?

Se sentó con las rodillas tan abrazadas que casi le llegaban a la barbilla.

—Nos conocimos en la universidad de Wilmington. Salimos durante dos años. Era una relación seria. Creía que acabaríamos casándonos. Entonces, la familia para la que trabajaba como niñera se mudó al otro lado del país y me pidieron que fuera con ellos. Me lo planteé y Daniel se puso furioso. Se portaba como si pensara que lo estaba abandonando, aunque le pedí que viniera conmigo. Montó un gran pollo diciendo que no quería mudarse de la costa este, aunque el muy cretino era conductor de Uber y no tenía ningún otro motivo para quedarse, así que rechacé el trabajo. —Trish respiró hondo—. Y, entonces, al cabo de un mes, rompió conmigo. Se mudó a Denver para estar con una chica que había conocido por internet.

—¡Joderrrrr! —exclamé.

Ella hizo una mueca.

—Eso me dolió. Todo lo que había dicho de que yo iba a abandonarlo no había sido más que su mecanismo de proyección. Muchas de las cosas de las que se quejó en nuestra relación resultaron ser proyecciones, según descubrí después. Por eso ya tenía pasaporte. Daniel siempre decía que quería viajar a Europa conmigo. Nunca lo hicimos. Era de mucha palabrería, pero nunca hacía nada.

—¡Vaya, menudo capullo! —dijo Archer en acento británico.

—¡Sí, qué capullo! —repetí con énfasis mientras intentaba transmitir toda la empatía posible al mirar a Trish—. Lo siento mucho. Es una putada.

Ella se encogió de hombros.

—Ya lo he superado. O, al menos, ya casi.

—¿Al menos era bueno en la cama? —preguntó Archer—. Tenía que serlo si estuvisteis juntos tanto tiempo.

—Eso es lo más frustrante de todo: ¡ni siquiera lo era! Era un mojigato total. Dos años juntos y nunca le gustó estar desnudo a mi alrededor. Siempre lo hacíamos con las luces apagadas, bajo las sábanas. Muy vainilla. —Se mordió el labio—. Durante nuestra relación, tuve, como máximo, unos cuatro o cinco orgasmos de verdad.

Me miró y le sonreí. Ya había tenido esa cantidad conmigo en la semana que llevábamos acostándonos y estaba seguro de que no fingía.

Trish se sacudió y añadió:

—Vale, ya basta de cosas deprimentes. Ahí va una pregunta picante: ¿cuál es vuestra fantasía sexual favorita?

—¡Ah, esta es buena! —exclamé—. Tú primero, amigo.

Archer se apresuró a llevarse la bebida a los labios y dio un trago largo.

—¡Oh, venga ya! —dijo Trish—. Yo os acabo de contar lo de mi ex.

Archer negó con la cabeza.

—No. No es el momento.

Ella se inclinó hacia él.

—Si no nos la cuentas, será que tiene mucho morbo.

—Me temo que no —respondió, tras lo cual me señaló.

Me quedé mirando mi copa y decidí que tenía más valor que Archer.

—Siempre he querido hacer un trío.

Trish asintió con admiración.

—Un trío, muy bien. Bastante normal. Creo que todo hombre ha fantaseado con estar con dos mujeres alguna vez.

Me reí entre dientes y negué con la cabeza.

—No, ese tipo de trío no. Aunque también me pondría a mil. Quiero decir que siempre he querido compartir una mujer con otro hombre.

—Oh.

Trish volvió a sonrojarse.

—Nunca lo he hecho —continué—. Debería haberlo probado con Vanessa en el campamento de entrenamiento. Le iba el sexo atrevido, así que habría sido mi mejor oportunidad para explorarlo. —Me encogí de hombros—. No sé qué es lo que me excita de la idea. Que yo y otro hombre compartamos a una mujer, pasándonosla entre nosotros, que sea objeto de nuestra devoción. Me pone mucho, ya ves.

—Lo entiendo —dijo Trish—. Es sexi. Qué pena que perdieses tu oportunidad.

Archer se terminó el resto de la cerveza y la dejó sobre la mesita.

—Yo no le veo ningún problema. Aquí estamos tres. —Sonrió—. Podemos convertir esa fantasía en realidad cuando queráis.

21



Trish

Me estaba divirtiendo mucho bebiendo y conociendo más a Archer y a Jordy, sobre todo los detalles picantes sobre perder la virginidad y las fantasías eróticas. Me ayudaba a entender mucho sobre ellos, sobre todo de Jordy, con quien ya me había acostado, pero del que aún sabía muy poco. A pesar de algunas de las respuestas más serias (como mi historia con Daniel), había sido un juego superficial y desenfadado... hasta que Archer habló.

No estaba borracho del todo, pero sí achispado, lo bastante como para soltarse más y aún decir las cosas en serio. Los tres nos miramos sin saber qué decir.

Al final, Jordy rompió el silencio:

—Ja, ja, qué gracioso, haciendo bromas con mi fantasía sexual.

—Ya, claro, bromas. —Archer me guiñó un ojo y se recostó en la silla.

Yo no estaba borracha, pero sí lo bastante achispada como para pensar en ello. Un trío. Nunca me lo había planteado hasta entonces. Era algo que pasaba en el porno o en las películas cutres, no en la vida real. Y a las chicas que lo hacían las marginaban y las llamaban cosas horribles. Recordaba a algunas chicas concretas sobre las que habían corrido rumores en la universidad. No quería que la gente pensara en mí de ese modo.

Sin embargo, ya no estábamos en la universidad. No había decenas de estudiantes que fueran a reírse de mí y llamarme zorra si se enteraban. Allí, en una casa privada en Turquía, había un espacio seguro para experimentar, con dos chicos a los que había estado conociendo cada vez mejor en las últimas semanas. Dos chicos en los que confiaba.

Dos chicos a los que les gustaba.

Dos chicos que estaban de toma pan y moja.

Me di cuenta de que Archer me estaba sonriendo. Tenía un atractivo juvenil, con el cabello dorado perfecto y un magnetismo intenso que atraía mi mirada hacia él cada vez que entraba en la habitación, por no hablar del acento inglés tan sexi que brotaba de sus labios cada vez que hablaba. Aunque no habíamos hecho nada juntos, nos habíamos estado enviando mensajes toda la semana mientras él estaba en el trabajo. Me sentía más unida a él que cuando no era más que un chico del gimnasio al que habíamos apodado Rubio.

Jordy también me miraba con un brillo curioso en los ojos. «¿Se lo está planteando en serio?». Eso me excitó aún más. Si ambos estaban interesados...

Me mordí el labio.

—No sé.

Jordy dejó la cerveza en el suelo y se me acercó en el sofá.

—No voy a presionarte para que hagas algo que no tienes claro, pero te voy a besar porque

con esa carita que pones me sería imposible no hacerlo.

Se inclinó hacia mí y acepté sus labios como si fuera cualquier otro beso. En la mayoría de los sentidos, lo era, pero sabía bien que Archer me observaba desde la silla a mi izquierda. Miré hacia él y nuestros ojos se encontraron por un breve instante. Un mundo de pasión y posibilidades pasó entre nosotros y volví a sumergirme en el beso de Jordy con más ganas.

Con la mirada de Archer clavada en mí, me dio la sensación de que me acariciaba mientras me besaba con Jordy, lo que me puso cachonda de una manera nueva, excitante e inesperada. No sabía que tenía un lado exhibicionista y la idea de besar a alguien, o hacer más que eso, mientras otros me miraban me aterrorizaba. Pero eso era diferente. Me estimulaba muchos de los sentidos.

Jordy se apartó y dijo con un aliento:

—No tenemos que hacer nada con lo que no te sientas cómoda.

Le rodeé el rostro con las dos manos y le di un beso más intenso. Él aceptó mi lengua con avidez y dejó escapar un suave gemido gutural. Entonces me aparté de él.

—Pero no me siento cómoda haciendo esto aquí, por si entrara Kaylee. Vayamos a tu habitación.

—Ya, te entiendo.

Jordy se levantó y me tomó de la mano. Casi habíamos salido de la habitación cuando me giré para mirar a Archer.

—¿No te vienes?

Se levantó y se pasó una mano por el pelo.

—Aún no, pero espero que pronto sí.

Jordy soltó una carcajada.

—¡Menuda cursilada! Incluso viniendo de ti.

Archer lo miró con el ceño fruncido.

—Bueno, si no quieres que te ayude a cumplir tu fantasía...

—¡No! —soltamos Jordy y yo al mismo tiempo, tras lo cual nos miramos y nos echamos a reír.

El pasillo que llevaba hasta nuestra ala de la casa se me hizo más largo de lo habitual. Solo caminamos durante veinte segundos, más o menos, pero tuve tiempo de sobra para pensar en lo que estaba haciendo. Y para rajarme.

«No quiero echarme atrás», me di cuenta de que pensaba. «Quiero hacerlo o, al menos, intentarlo». Era liberador pensar en algo así, sobre todo después de los dos años que mi ex se había pasado poniendo los ojos en blanco ante cualquier sugerencia no puritana. Al entrar en el dormitorio con Jordy y Archer, me dio la sensación de estar rebelándome contra Daniel y todo lo que había tenido que soportar de él. Era como recuperar el tiempo perdido. Eso me aterraba y notaba que se me aceleraba el pulso, pero también estaba más excitada que nunca en la vida.

Jordy me llevó a su dormitorio. Archer le siguió y cerró la puerta tras nosotros. Lo último que vi fue a Archer que se sentaba en una silla junto a la cama y, luego, a Jordy que me besaba con incluso más pasión que antes. Nos dejamos caer sobre el colchón y me perdí en sus labios suaves y su cuerpo firme. Su mano se abrió paso entre mis piernas y me frotó a través del

pijama.

—¿Estás bien ahí? —preguntó Jordy.

Nos paramos para mirar al rubio inglés.

—Me gusta mirar. Es como porno personalizado para mí.

—Pídenos lo que quieras —le dije, sorprendiéndome a mí misma con mi atrevimiento—. Se me da bien seguir instrucciones.

Archer esbozó una sonrisita.

—Parece que mi amigo es el único que ha empezado con las caricias. ¿Por qué no le sacas el pene de los pantalones y empiezas a tocárselo?

Le obedecí, desatándole los cordones de los pantalones de chándal a Jordy y bajándoselos hasta dejar su firme miembro al descubierto. A continuación, le pasé las uñas por la parte inferior de la erección, ante lo cual contuvo la respiración. El pene le reaccionó con deseo mientras lo provocaba hasta que al final lo rodeé con los dedos y empecé a masturbarle a buen ritmo. Él soltó un suspiro hondo y volvió a centrarse en frotarme a través del pijama. En cuestión de minutos, me retorció bajo sus caricias.

—Tienes una cara preciosa —dijo Archer de repente—. Y una boca bonita. Creo que sería incluso más bonita si tuviese una verga dentro.

Ansiosa por obedecerlo, tumbé a Jordy y me puse en cuclillas sobre él. Cuando me acerqué a su pene, me llegó el calor que irradiaba y dejé que él notase mi aliento sobre la piel. Gimió cuando empecé a lamerle la parte inferior, desde la base hasta la punta.

—No he dicho que se la lamieras —dijo Archer—. He dicho que quería ver una verga en tu boca.

Estar en la cama con un hombre mientras otro daba órdenes me ponía cachondísima. Se encendió un interruptor en mi cerebro que se moría por hacer lo que le decían. Sin dudarlo, agarré la erección de Jordy y la rodeé con los labios, tras lo cual la devoré lo más hondo posible sin atragantarme.

—Bien hecho —susurró Archer desde su silla.

Mientras se la chupaba a Jordy, veía a Archer por el rabillo del ojo. Separó las piernas en la silla y se acomodó con cuidado. Tenía los ojos muy abiertos y me devoraba con la mirada. Me excitó aún más mientras me concentraba en mi tarea con Jordy.

—Ya basta de eso —dijo Archer—. ¿Quieres que te monte, Jordy?

—¡Joder, eso me encantaría! —respondió él.

—Genial, pues quítate la ropa y ponte a horcajadas sobre él, Trish.

Lo ordenó deprisa y de manera cortante, como si más me valiera hacer lo que me decía. Sentí un hormigueo de excitación en el vientre mientras me quitaba los pantalones y la camiseta que llevaba puesta. Me quedé de pie al borde de la cama y me recreé con los dos pares de ojos que recorrían mi cuerpo totalmente desnudo. Percibí el largo suspiro que Archer dejó escapar al verme por primera vez. Despacio, me puse de rodillas sobre la cama, con una pierna a cada lado del cuerpo de Jordy. Entonces, cuando estuve justo encima de él, estiré el brazo y le guie el pene firme como una roca entre mis labios.

—No he dicho que le provocaras —dijo Archer—. He dicho que lo montes. Ahora.

Me ensarté su verga y me la metí entera con un movimiento largo. Descargas de un placer electrizante me recorrieron el cuerpo, un goce que vi reflejado en los gemidos y jadeos de Jordy. Quería deleitarme en la sensación, retenerlo dentro de mí para memorizarla, pero estaba dejando que Archer me controlase y sus instrucciones eran claras.

Empecé a montar a Jordy, subiendo y bajando despacio. Al saber que nos miraban haciendo el amor, arqueé la espalda y me eché el pelo hacia atrás. Me incliné para besar a Jordy, tras lo cual le pasé las manos por el pecho escultural mientras aceleraba.

El alcohol me había animado lo bastante como para soltarme, pero seguía siendo plenamente consciente de todo lo que ocurría. Era la combinación perfecta.

—¿Te gusta el espectáculo? —le pregunté a Archer.

—Muchísimo.

—Entonces, ¿por qué no te masturbas?

Archer se desabrochó los pantalones.

—Una pregunta excelente.

Se sacó la verga de los pantalones, que era larga y gruesa y se la sujetó con el puño. Entonces, empezó a masturbarse despacio. «Yo soy la razón de que se esté tocando», pensé. «Lo hemos excitado Jordy y yo. Ambos gimen por mí».

Dejé de pensar y me dejé llevar por los movimientos. Fui subiendo y bajando, empalándome con la erección de Jordy mientras miraba a Archer, que ahora se masturbaba más deprisa. Era picante, algo que nunca habría hecho en Wilmington, y me encantaba cada erótico segundo de ello.

—¿Por qué no te nos unes? —mencionó Jordy como si nada.

Ralentiqué mis movimientos y volví a mirar a Archer. Quería hacerlo. Lo notaba. Pero dudaba.

—¿Está la preciosa Trish preparada para eso?

«Sí, por favor, quiero estar lista», pensé mientras se lo suplicaba con la mirada. «Toma lo que quieres, tómame».

Sin embargo, lo único que logré decir fue:

—No lo sé.

—Mejor ve despacio —dijo Jordy—. ¿Por qué no la besas por la nuca?

Archer se levantó y se quitó la camiseta, con lo que le quedó al descubierto un tapiz de músculos esculturales.

—Creí que era yo quien daba las órdenes.

—Yo no ordeno nada —dijo Jordy mientras me apretaba la cintura—. Solo sugiero cosas.

Jordy se deslizó por la cama conmigo encima hasta que los pies le tocaron el suelo. Ahora lo montaba justo en el borde. Me estremecí con expectación mientras Archer caminaba alrededor de la cama tan despacio que era agonizante. Durante un rato, se quedó detrás de mí sin hacer nada. Casi notaba su presencia detrás de mí, alto, delgado y desnudo.

En cuanto sus labios rozaron mi omóplato, una oleada de sorpresa me recorrió el cuerpo. Se me tensaron todos y cada uno de los músculos cuando me agarró por los hombros con delicadeza. Entonces, me relajé. Volví a montar a Jordy mientras Archer me besaba la espalda

con suavidad, enfriando zonas pequeñas de mi piel desnuda. Me provocaba. Estaba allí, tan cerca de mí, pero apenas hacía nada. Me incliné hacia atrás mientras me daba la vuelta encima de Jordy, prácticamente rogándole a Archer que hiciera más, pero él seguía vacilante.

Me giré para mirarle. Solo le veía el pelo rubio mientras me besaba la nuca y me acariciaba la columna con la lengua. El corazón me latía con fuerza en el pecho. ¡Estaba tan cerca de lo que quería! Entonces, cuando no me bastaba y ya no podía más, le agarré el pelo dorado con el puño y acerqué sus labios a los míos.

Eso sorprendió a Archer, pero se recuperó deprisa cuando le metí la lengua en la boca con fuerza. Un gemido maravilloso emanó de su garganta y me agarró por la nuca para estrecharme contra él mientras me devolvía el beso con intensidad. Entonces, empezó a inclinarse más hacia mí, a rodearme con los brazos y a apretarme un pecho con la mano. Movimos las lenguas en un baile húmedo mientras nos entregábamos a lo que ambos deseábamos.

—¡Joder, cómo me pone esto! —exclamó Jordy.

Me separé de los labios de Archer y me volví hacia él.

—¿Te parece que cumplimos bien con tu fantasía?

—Eso es quedarse corto.

Jordy me agarró del pelo y me tiró hacia abajo para besarme con brusquedad. Su beso era tan sensual como el de Archer, pero diferente a su manera, y el contraste entre los dos encendió un fuego de placer entre mis piernas. Empecé a montar a Jordy con más fuerza, persiguiendo la llama del éxtasis que ardía en mi interior.

Archer se apoyó en mí, presionando todo su pecho contra mi espalda, piel desnuda sobre piel desnuda. Restregó su pene contra una de mis nalgas, esperando su turno con avidez. Me gruñó al oído con su acento inglés:

—Bien hecho, móntalo así. Eso le gusta. Sigue así, no pares.

—Si sigue así, me voy a correr —dijo Jordy entre dientes.

A Archer le retumbó el pecho contra mí al reírse.

—No sé cómo no has terminado ya.

—Lo sabrás cuando la pruebes. —Jordy me agarró la cintura con ambas manos y apartó las caderas hasta que salió de dentro de mí—. Creo que ya es hora de que te toque a ti. ¿No crees, Trish?

No me fiaba de mi voz, así que asentí con la cabeza vigorosamente. Archer me mordisqueó la parte posterior de la oreja y, luego, deslizó una mano por una de mis nalgas hasta encontrar mi sexo empapado. Me frotó la entrada con tres dedos probándola, recreándose en mi humedad. Entonces noté la punta de su verga. En mi interior se encendieron nuevos fuegos de pasión ante la mera idea de que me llenara, reemplazando a Jordy. Sin embargo, frotó la cabeza de su miembro arriba y abajo para calentarme.

Cuando yo ya no podía más, empujé el trasero hacia atrás y me ensarté la mitad de su pene. Los dos gemimos a la vez. Me clavó los dedos en las caderas con deseo.

—Creía que era yo quien mandaba —se burló.

—Lo siento —murmuré en el pecho de Jordy—. No podía esperar más.

Percibí la sonrisa de Archer en su voz cuando respondió:

—Creo que necesitas que te den una lección.

Entonces, me agarró de las caderas y me embistió con tanta fuerza que me vi impulsada hacia delante y terminé sobre el pecho de Jordy. Luego, tiró de mí hacia atrás de manera posesiva y volvió a penetrarme, esa vez sujetándome para que no me moviera mientras me la metía y la piel de mi culo chocaba con su ombligo con cada envite.

Solté un grito de éxtasis mientras me lo hacía, duro y rápido después de haberme observado durante tanto tiempo. Durante el sexo, me asaltó un momento de claridad y me di cuenta de que me encontraba entre dos hombres despampanantes, Rubio y Moreno, que me compartían de una manera que jamás había imaginado. Al ser consciente de eso, solté un grito de felicidad renovada que resonaba con una libertad sexual que no había sabido que se podía alcanzar.

—Estoy a punto —dije con un aliento mientras me metía la mano entre las piernas para frotarme el clítoris—. Sigue así, no pares.

Pero, entonces, Archer paró.

—Creo que aún no estamos listos para dejar que te corras, ¿verdad?

—Es verdad —coincidió Jordy—. Aún no se lo ha ganado.

Solté un gemido con un dejo de frustración. Ambos rieron.

—Te toca a ti.

Archer me empujó hacia delante hasta que volví a estar a horcajadas de su compañero. Jordy me la metió sin vacilar. Suspiré al sentirme llenada de nuevo, pero esa vez mantuve las caderas inmóviles mientras Jordy me penetraba. Archer me agarró el trasero con ambas manos y me dio una cachetada juguetona que resonó en la habitación. «Ahí va, eso me ha gustado», pensé.

Archer debió de fijarse en mis gemidos, porque me dio otra cachetada en la otra nalga, esta vez un poco más fuerte. El dolor era leve, pero era vivo y fresco de un modo nuevo y erótico que me excitó. Noté que volvía a acercarme al orgasmo, esa vez más desesperado, como si estuviera en la recta final de un maratón.

Sin embargo, justo cuando estaba a punto de llegar, cuando se me cerraron los ojos y notaba que el calor empezaba a embargarme como un amanecer, Jordy se detuvo bruscamente.

—Ahí va otra vez, justo a punto.

—La provocaré un poco, entonces.

Archer me levantó del pene de Jordy y volvió a llenarme por detrás, esta vez solo con la punta. Me metió y sacó la cabeza, apenas llenándome lo más mínimo. Intenté empujar con el trasero hacia atrás, para que me penetrase más, pero Jordy me sujetó con fuerza.

—Ya te avisaremos de cuando te puedes correr, cielo —me gruñó Archer al oído.

Había algo liberador en no tener el control, en entregarme a esos dos hombres que me compartían. Me dejé llevar y me embargó la vulnerabilidad de ser total y completamente suya.

Archer me folló durante un rato y, luego, Jordy lo reemplazó. Cada vez que estaba a punto de llegar, se detenían y cambiaban, con lo que mi orgasmo retrocedía un poco. Al poco, la presión fue creciendo dentro de mí cada vez más hasta que superó la que había sentido cuando me había corrido con Jordy por primera vez.

Cedí. Acepté que era suya para el placer y que no tenía ningún control sobre lo que pasaría a continuación. Fue una sensación liberadora. Me elevó a mayores cotas de placer mientras

Archer me embestía desde detrás. Les supliqué y gemí mientras se turnaban para follarme entre ambos, haciendo lo que quisieran conmigo.

Entonces, cuando le volvió a tocar a Jordy, noté algo en él: la forma en que se le aceleró la respiración y abrió los ojos de par en par, la manera en que me agarró por la cintura con las manos con tanta fuerza que casi dolía. Y, luego, abrió la boca y gimió, y aceleró el ritmo de sus envites, así que me di cuenta de que estaba a punto de correrse.

—Trish —jadeó, con los ojos llenos de sorpresa y éxtasis—. ¡Oh, Trish!

Noté que explotaba dentro de mí como lo había hecho antes y esta vez no se apartó de mí. Mi orgasmo fue como una supernova entre mis piernas, una liberación de la tensión que se había ido acumulando durante horas. Arquee la espalda y solté un grito de éxtasis insonoro al tiempo que todo se volvía blanco a mi alrededor y todo sonido se desvanecía bajo la vorágine abrumadora de puro goce.

Archer tiró de mí hacia atrás lo suficiente para que Jordy saliera de mi interior y me la metió desde detrás una última vez. Sus envites también fueron más apremiantes mientras se dejaba llevar penetrándome con desenfreno. Jordy, que seguía corriéndose con largos hilos blancos que aterrizaban en mi vientre y mis pechos, fue al encuentro de mis labios con los suyos y absorbió mi placer. Archer gimió y me agarró del hombro mientras se corría a su vez dentro de mí, a chorros, y le vibraba la verga al tiempo que yo se la apretaba con mis paredes internas, ávida por gozar de hasta la última gota durante ese momento en el que a los tres nos embargaba el éxtasis juntos.

**Archer**

No pensaba que fuera a pasar de verdad. Cuando había sugerido que convirtiésemos la fantasía de Jordy en realidad, lo dije casi totalmente en broma. No me imaginé que fuera a aceptar, por no hablar de la opinión de Trish al respecto.

Sin embargo, una vez que estuvimos en el dormitorio juntos, con la puerta cerrada y el pestillo echado, todo encajó. Me senté en la silla y les di órdenes, lo que, para mi sorpresa, me excitó muchísimo. Trish me obedeció con entusiasmo, lo que me daba más confianza a mí, lo cual, a su vez, hacía que ella lo disfrutara aún más, un bucle de retroalimentación sexual que intensificaba todo lo que hacíamos.

Tomar a Trish desde detrás y metérsela entera mientras notaba cómo sus nalgas perfectas y redondas rebotaban contra mí al cubrirme con avidez cada centímetro del pene... Había sido un milagro que no hubiera acabado antes. Si Jordy y yo no nos la hubiéramos pasado a turnos, no habría durado más de uno o dos minutos.

Después, nos tumbamos juntos en la cama: Jordy a un lado, yo al otro y Trish estirada entre los dos. Bajo la suave luz de la lámpara de la mesilla parecía una diosa, con una pierna doblada a la altura de la rodilla y el brazo que se pasaba perezosamente sobre los pechos. Mientras acurrucaba mi pierna contra la de Trish, me sentí increíblemente cerca de ella. Como si todo lo que había pasado fuera algo más que solo sexo.

«Lo que siento no es más que la satisfacción postorgásmica», me dije. «Cualquiera se sentiría así después del polvo que hemos echado».

—Bueno —dijo Trish—, ¿entonces hemos cumplido tu fantasía?

—¡Ya te digo! —respondió Jordy—. Ha sido mejor de lo que jamás había imaginado.

Trish se giró de lado para acurrucarse contra él, con lo que quedó un hueco entre nosotros.

—A mí también me ha puesto un montón.

—Así que te ha gustado que dos hombres atractivos hicieran lo que quisieran contigo, ¿eh? —le preguntó Jordy—. ¡Qué sorpresa!

—Un hombre atractivo y Jordy —bromeé.

Trish giró la cabeza para mirarme.

—Hablando de dos hombres guapos, ¿te vas a quedar parado o me vas a acurrucar haciendo la cucharita? ¡Tengo frío!

Rodé hacia ella y me amoldé a su cuerpo: mi pene contra su trasero desnudo y su espalda contra mi pecho. Era como cuando habíamos hecho el amor, pero mucho más sensual. Enterré el rostro en su pelo y respiré hondo. Su aroma era tan embriagador como el alcohol que nos había llevado a esa situación.

—Nunca me había imaginado siquiera que haría algo así —dijo Trish.

—¿Quieres decir con nosotros dos? —preguntó Jordy.

Trish negó con la cabeza.

—Quiero decir nunca. Con nadie. Crecí en un suburbio pequeño a las afueras de Wilmington que no era muy progresista. Al tipo de chicas que hacían eso les asignaban cierta reputación.

—¿Ni siquiera habías fantaseado con ello antes? —le pregunté—. Creía que todas las mujeres se lo planteaban alguna vez al menos.

—No todos crecimos en familias poliamorosas con positivismo sexual —respondió—. Puede que tú estés acostumbrado a que tus padres tengan sexo en grupo, ¡pero yo no!

Solté un gruñido.

—Y así, sin más, se me han quitado las ganas de todo.

Trish soltó una risita.

—Lo siento.

—No lo sientas —dijo Jordy—. Su madre está bastante buena y Priscilla y Kate, también. Te mentiría si te dijera que nunca me he imaginado...

—¡Ya vale! —le interrumpí—. A menos que quieras que vomite sobre vosotros dos.

—En cualquier caso, lo de esta noche me ha puesto mucho —dijo Jordy—. Todos somos adultos. Tres personas pueden practicar sexo juntas sin que sea para tanto.

—Mmm, solo sexo —respondió Trish mientras se acurrucaba más cerca de él.

Mientras le abrazaba el cuerpo, pensé en ese concepto. «Solo sexo». ¿Se podía practicar sexo sin que se convirtiera en algo más? ¿Era posible tener una conexión sexual tan intensa y no desarrollar sentimientos por la otra persona? Ya le tenía cariño a Trish y me di cuenta de que no quería que eso se quedara en una aventura de una noche. Quería repetirlo.

«Espero que ella quiera lo mismo».

—Deberíamos volver a nuestras camas individuales —dije.

Sin embargo, antes de que pudiera levantarme, Trish me agarró.

—No, no te vayas todavía. Abrazame más. Cinco minutos más.

Jordy sonrió al otro lado.

—No disgustes a la pobre chica, quédate un rato.

No necesité que intentaran convencerme mucho para volver a abrazar a Trish. Apoyé la cabeza en su pelo, dejé que su aroma me llenara las fosas nasales y cerré los ojos.

«¡TOC TOC TOC!».

Abrí los ojos de golpe. ¿Era un sueño o mi imaginación? Me había quedado dormido. Miré el reloj y me estremecí. Llevábamos dos horas durmiendo. Era medianoche.

«¡TOC TOC TOC!».

—¿Papi? —Hubo un traqueteo en la puerta—. Papi, he tenido una pesadilla.

Jordy y Trish se irguieron de un salto en la cama.

—¿Qué hacemos? —le susurró ella.

—¡Eh, dame un segundo, angelito! —gritó Jordy.

Hubo otro traqueteo con el pomo de la puerta.

—Papi...

Jordy se apresuró a ponerse algo de ropa, pero no hubo tiempo para Trish y yo. Salí de la cama y miré a mi alrededor. El baño de Jordy estaba en el pasillo.

—El armario —susurré mientras tomaba a Trish de la mano y la llevaba hasta allí.

En vez de una puerta, había una cortina divisoria en una barra. La corrí y me estremecí. No había mucho espacio. Me apretujé dentro y metí a Trish conmigo. Corrimos la cortina y contuvimos la respiración.

Jordy abrió la puerta.

—Ay, angelito, ¿has tenido una pesadilla?

—Sí, papi —murmuró mi hija—. ¿Qué estás haciendo?

—¿A qué te refieres? —respondió Jordy.

—Tenías la luz encendida.

—Me olvidé de apagarla.

Trish se me arrimó en el armario, lo que hizo que mi pene flácido acabase entre sus nalgas y empezara a empinarse.

—¿Dónde está papi Archie? —preguntó Kaylee—. ¿Y Trish?

Hubo una pausa larga e importante.

—¿Qué quieres decir?

—Papi Archie no estaba en su habitación. Fui allí primero. Luego busqué a Trish. ¡No están!

A pesar de la situación tan peligrosa, se me estaba empinando deprisa contra el trasero de Trish. Ella se giró, me miró a los ojos en la oscuridad y me dirigió una mirada que decía «¿En serio?».

—¡No puedo evitarlo! —dije con un aliento apenas lo bastante alto para que me oyera—. En todo caso, es culpa tuya por ser sexi.

Me sonrió.

—Vamos, te llevaré a la cama, angelito —dijo Jordy— y me quedaré contigo hasta que te duermas. Te lo prometo.

—¿Pero dónde está papi? ¿Y dónde ha ido Trish?

—¡Habrán salido a tomar un paseo! ¡Sí! Eso es justo lo que han ido a hacer. Un paseo. A veces no pueden dormir, igual que tú.

—Ah —dijo Kaylee—, vale.

Los escuchamos mientras salían de la habitación y caminaban por el pasillo. Solo entonces, exhalamos y salimos del armario.

—En mal momento ha venido —dije mientras recogía la ropa—. Nos ha pillado con el culo al aire, que se suele decir.

Trish se puso la ropa interior.

—Me gustas con el culo al aire. No sé cómo te vas a poner los pantalones con ese impedimento.

Desvió la mirada hacia mi erección.

—¡No me lo estás poniendo nada fácil! —protesté.

—¿Ah, sí? ¿Entonces te estoy poniendo?

La fulminé con la mirada y conseguí ponerme los pantalones, forzando el pene por una pernera. Para entonces, Trish ya estaba del todo vestida.

—Ahora en serio, ha sido muy divertido.

Se acercó lo suficiente para que su delicioso aroma volviera a envolverme y me miró a través de sus largas pestañas. Se puso de puntillas y me rozó los labios con los suyos. Me incliné hacia ella, deseando que el beso durara más, pero entonces se apartó.

—Dulces sueños.

Esbozó una última sonrisa y desapareció por la puerta. Me llevó un buen rato recomponerme antes de seguirla.

*

A pesar de la excitación que habíamos compartido en el dormitorio de Jordy, a la mañana siguiente todos fingimos que no había pasado nada. Me preparé una taza de té mientras los demás tomaban café. Nos duchamos. Y, cuando llegó la hora de irnos, todos nos despedimos de Kaylee y, de una manera menos efusiva, de Trish.

Jordy encontró una excusa para quedarse atrás y tener un momento privado con nuestra niñera. Con eso me dieron unos celos suaves. Yo también quería darle un beso secreto a Trish, pero no había forma de hacerlo sin que resultara incómodo.

«Además, no sé qué opina Jordy de todo esto», pensé. «Siente algo fuerte por Trish. ¿Se pondría celoso si yo intentara darle un beso de despedida a ella? ¿Es eso menos extraño que practicar sexo con ella?». No sabía cómo iba a funcionar nada de eso.

Nos dirigimos al aeródromo y subimos al helicóptero. Estábamos a medio camino de cruzar el mar Negro hacia nuestra primera parada en Constanza, Rumanía, cuando Harrison nos habló por los auriculares.

—Anoche os divertisteis mucho —dijo a modo de afirmación, no pregunta.

Mantuve la mirada al frente y dije:

—Claro que sí. Vimos Los Soprano y lo convertimos en un juego de beber.

Harrison soltó una risotada

—Ya, claro. Si queréis fingir que no pasó nada, no os lo impediré.

Giré la cabeza para mirar a Jordy, cuyos ojos estaban tan abiertos como los míos.

—¿A qué te refieres?

Harrison volvió a reírse disimuladamente.

—Me importa tres cojones lo que hagáis con la niñera. Adelante, mojad el churro. Hacedlo todas las noches si queréis, que a mí me trae sin cuidado siempre y que Kaylee no sufra. No

volváis a joderla cerca de ella otra vez.

—¿Nos oíste? —le preguntó Jordy.

—Me levanté a mear y oí que la llevabas de vuelta a la cama —respondió Harrison—. Entonces, vi que Archer se escabullía hacia su dormitorio mientras intentaba ocultar una erección del tamaño de Tennessee.

Jordy se rio.

—Nos has pillado, chico.

Me embargó una oleada de vergüenza intensa. La semana anterior había criticado a Jordy por su falta de juicio con Trish, por descuidarse y no ser capaz de aguantarse las ganas. Sin embargo, había pasado a estar en ese lado de la situación, pensando con el pene y que casi me viera Kaylee.

—Como he dicho, haced lo que queráis —reiteró Harrison—. Divertíos tanto como os apetezca. A mí me resbala con quién empecéis a salir.

—Es solo sexo —se apresuró a decir Jordy—. No sé si acabará siendo nada cuando volvamos a casa, a Wilmington. Ni siquiera sé si quiero que se convierta en algo de verdad. Ahora mismo, es solo sexo, y eso a mí me basta.

—Solo sexo —repitió Harrison, inexpresivo—. Ya.

Percibí que dudaba en su tono de voz. A pesar de todos sus defectos, Harrison sabía analizar a la gente, ignorar todo el teatro y ver las situaciones con ojos claros. «Solo sexo». Me pasé el resto del vuelo preguntándome si tendría razón.

**Trish**

A la mañana siguiente, después de que los chicos se marcharan a su misión, me paseé por el apartamento como si estuviera en una nube. Le preparé el desayuno a Kaylee y salí a correr en la cinta durante media hora mientras ella jugaba con el portátil. Normalmente odiaba hacer ejercicio, pero ese día me pareció fácil. Todo en el mundo era fácil, sencillo y maravilloso.

«Anoche hice un trío». El acto en sí había sido increíble. Que me hubieran compartido dos hombres de toma pan y moja, dos hombres que pensaban que yo también era despampanante, había sido escandaloso, sudoroso y muy divertido. Sin embargo, el nivel de intimidad que habíamos compartido lo convertía en algo incluso más satisfactorio que el sexo a secas. Me gustaba Jordy y me gustaba Archer. Me había pasado las dos primeras misiones, primero en Noruega y luego en Turquía, conociéndolos mejor. Ambos tenían madera de novios, como diría Lisa.

Mierda. ¡Lisa! Me había acostado con Rubio. ¡No me lo perdonaría nunca! Vale que Archer no le pertenecía, pero aun así sentí que la había traicionado. Éramos mejores amigas y se suponía que nuestra amistad venía antes que cualquier pene. «Ya me encargaré de ese problema luego. Ahora, lo que me apetece es alegrarme de lo de anoche».

Kaylee y yo pasamos el día leyendo uno de sus libros ilustrados, que le enseñaba todos los países de Europa.

—Este es Noruega, donde estuvimos la semana pasada —le dije mientras se lo señalaba en el mapa.

—¿Dónde está Turquía? —dijo mientras se reía.

—Turquía no está aquí —le expliqué—. Técnicamente, forma parte de Asia. Asia Menor, creo. Pero aquí se ve su contorno un poquitín, justo al lado de Grecia. —Señalé el borde del mapa, donde se atisbaba un trocito de Turquía.

Kaylee trazó una línea entre los dos países situados en extremos opuestos de la página.

—¿Hemos viajado desde aquí hasta aquí?! ¡Guaaaau!

—¡El viaje de Estados Unidos a Noruega fue incluso más largo! Tengo que encontrar un globo terráqueo para enseñártelo. Así te harás una idea de verdad de lo lejos que hemos llegado.

—¿Adónde iremos luego?

—No lo sé —respondí—. Tus papis nos lo dirán cuando llegue el momento. Por ahora, ¡es una sorpresa!

—Me gustan las sorpresas. ¿Tú tienes una mamá?

El cambio de tema me pilló desprevenida.

—¿Qué?

—¿Tienes una mamá? —repitió despacio como si yo fuera demasiado tonta para entenderla.

—¡Sí que tengo mamá! Vive en Carolina del Norte con mi papá. Y tengo dos hermanitas pequeñas.

—Yo me alegro de ser hija única —dijo mientras pasaba la página del libro—. Tengo a mis papis para mí solita. Y me gusta tener tres papis. Es mejor que tener solo un papá y una mamá.

Se me derritió el corazón.

—Eres una niña muy afortunada, ¿lo sabías? Tus papis te quieren mucho.

—¿Y tú quieres a mis papis?

—¡Ah! Yo... A mí me gustan tus papis. Como amigos.

Ella asintió.

—Vale. ¿Qué país es este?

Respiré aliviada al ver que el interrogatorio había terminado.

—Eso es Italia. De ahí vienen la pasta y la pizza. Seguro que te gusta la pizza.

—¡Me encanta la pizza!

Cuando terminamos el libro, me vibró el teléfono. Era la hora en la que Archer y yo empezábamos a mandarnos mensajes cada día. Kaylee y yo jugábamos al Minecraft, así que paré para mirar el móvil.

Archer: Hemos llegado a salvo.

Yo: ¡Bien! Gracias por avisarme.

—Trish... —se quejó Kaylee—. ¡No me estás ayudando a recoger madera! Necesitamos madera para convertirla en palos, para que podamos hacer más antorchas y explorar más las cuevas.

—¡Lo siento! Recógela sin mí. Tengo que tomarme un descanso rapidito.

Archer: ¿Qué están haciendo las dos chicas de la casa en este hermoso día?

Yo: Jugar a Minecraft.

Archer: Espera. A ver si lo he entendido bien. Alquilamos una finca entera con una hectárea de jardines ¿y estáis las dos sentadas dentro jugando a videojuegos?

Archer: Y sí, sé muy bien que parece que hable como un viejo malhumorado en vez del alegre joven de 32 años que soy.

Yo: ¡Salimos a dar un paseo por la mañana! He hecho que Kaylee me acompañe al menos media hora cada día.

Archer: ¿No queréis ir a la ciudad?

Yo: Fuimos hace un par de días. Ya he comprado todos los recuerdos para mi familia. Volveré al mercado dentro de otros dos para comprar más pan fresco.

Yo: Además, tuve una extraña sensación la última vez que estuvimos allí. Me pareció que

me observaban otra vez.

Archer: Es una pena que a las mujeres las miren tanto en esta parte del mundo. No quiero obligarte a ponerte en una situación en lo que no te sientas cómoda.

Iba a responder que no, que no era ese tipo de mirada. Cuando estaba en el mercado, me daba la sensación de que me observaba alguien concreto. Alguien que iba allí a espiarme. Ya me había pasado dos veces y, aunque no tenía pruebas de ello, no podía librarme de esa sensación. Sin embargo, no quería preocupar a Archer, así que cambié de tema.

Yo: Hablando de ponerme en situaciones nuevas, anoche me divertí MUCHO.

Archer: Vaya, ¿te divertiste MUCHO? ¿Con mayúsculas?

Yo: Sí. Así sabes que lo digo en serio.

Archer: Yo también disfruté mucho. Jordy y yo hablamos de ello cuando aterrizamos. Nos encantaría repetirlo. Si te interesa, claro. Entenderíamos perfectamente que te hubiera gustado hacerlo una vez y no quisieras repetirlo. Eso es lo que opino yo del curri. En casa, a todo el mundo le encanta el curri. Yo lo probé una vez y me gustó, pero no es que me muera por volver a tomar comida india.

Al leer su mensaje, me sentí aliviada. También me reí porque notaba la inseguridad en lo que me había escrito, asegurándome con mil palabras que no pasaba nada si no quería volver a hacerlo.

Yo: Primero, la comida india es increíble. Podría comer pan *naan* con mantequilla tres veces al día durante el resto de mi vida tranquilamente y pienso juzgarte por no opinar lo mismo. Segundo, ¡claro que quiero repetir! Y a la próxima tendremos más cuidado con Kaylee y no nos quedaremos dormidos de inmediato.

Archer: Vale, le diré a Jordy lo que piensas de esto. Sé que le aliviará oírlo.

Archer: Al fin y al cabo, es solo sexo. No tiene por qué llevar carga emocional.

Archer: Solo somos tres adultos divirtiéndonos juntos. Y, cuando deje de parecernos divertido, podemos dejarlo.

Leí su aluvión de mensajes tres veces. «Es solo sexo». Así que eso le parecía a él. Vale que así era como yo lo había visto cuando había accedido a hacerlo la noche anterior, pero al día siguiente mi perspectiva había cambiado. Archer no era un tipo al que me tiraba sin más, al igual que tampoco lo era Jordy. No sabía qué éramos ni si podría salir con ellos cuando terminaran los contratos y volviéramos a casa, pero me parecía algo más que solo sexo.

«¿No quieren más que eso? Y, más importante aún, ¿qué quiero yo?». Dudé una y otra vez antes de responder con lo que esperaba que pareciese un tono frío.

Yo: Sí, claro. Sin carga emocional. Sigamos haciéndolo mientras nos divirtamos. ¡Nos vemos esta noche!

La conversación me dejó con un sabor agrio en la boca el resto de la tarde, que desapareció en cuanto los chicos llegaron a casa esa noche. Estaban felices y llenos de energía, lo que hizo que Kaylee se entusiasmara como la niña que era. Costaba no contagiarse de su alegría. Su llegada era más trascendental que la de tres hombres que volvieran de trabajar en una oficina. Se ponían en peligro a diario, por lo que su regreso a casa debería haberse celebrado siempre.

Esa noche, Jordy y Archer me llevaron a mi habitación sin decir palabra. Esa vez no necesitábamos alcohol para desinhibirnos, ya que a todos nos podía la expectación. Archer empezó primero, tumbándose en la cama y dándome un beso intenso. Se deslizó hacia el vértice de entre mis piernas y enterró el rostro en mi sexo para devorarme hasta que empecé a arquear la espalda y gritar. Jordy se unió a nosotros en la cama deprisa y se arrodilló junto a mi cara para amortiguar mis gritos de placer con su pene mientras Archer seguía lamiéndome. Mi segundo orgasmo fue más rápido e intenso, y grité tan fuerte como pude con la verga de Jordy en la boca.

Entonces, cuando yo era un charco de placer que apenas alcanzaba a moverse, empezaron a penetrarme por turnos mientras el otro miraba. Fueron alternándose como en la primera noche. Sin embargo, esa vez, cuando ambos estaban a punto de llegar al clímax, decidieron hacer una especie de torre Eiffel (un término que aprendí después). Archer se sentó a horcajadas sobre mi cara en la cama y se corrió en mi garganta al tiempo que Jordy estallaba entre mis piernas. Fue pura gloria.

La semana transcurrió así. Era una rutina maravillosa: me despedía de los chicos por la mañana, pasaba todo el día con su hija, cenábamos juntos por la noche y, cuando el sol se ponía, nos dejábamos llevar por los impulsos instintivos de nuestros cuerpos. A la tercera noche, dejé de parecerme escandaloso. Después de una semana entera de tríos eróticos, empecé a preguntarme por qué la gente se acostaba con solo una persona a la vez.

Sospechaba que Harrison lo sabía, ya que sonreía cada vez que le decía que me iba a la cama. Una noche, cuando Kaylee ya estaba dormida, me dijo algo parecido a: «No quiero ser el único sujetavelas, así que me voy a la cama». Sin embargo, no lo dijo con grosería y no hizo que me sintiera como si estuviera haciendo algo por lo que había que ridiculizarme. Nos dio el espacio que necesitábamos para divertirnos sin más.

A esas alturas, llevábamos dos semanas en Estambul y empezábamos la última. Desayunamos los cuatro juntos y, luego, llegó la hora de despedirnos de los chicos. Kaylee salió corriendo por el pasillo para ir a buscar su libro de pegatinas porque quería darles una especial a cada uno de sus padres para que les trajera suerte. Cuando desapareció de nuestro campo de visión, Jordy me rodeó con los brazos y me dio un beso muy largo y apasionado que me dejó sin aliento.

—¿Papi?

Nos estremecimos y nos apartamos como si nos hubieran pillado haciendo algo que no debíamos, lo que, en cierto modo, era verdad. Kaylee estaba de pie en el salón con una expresión confundida. Yo me quedé muy quieta mientras intentaba pensar en una excusa.

—Eh, angelito... Creía que ibas a buscar el libro de pegatinas —dijo Jordy.

Kaylee señaló el cuaderno.

—Acabo de acordarme de que lo dejé en el sofá. —Frunció el ceño aún más—. ¿Qué estabais haciendo Trish y tú?

Nos miramos el uno al otro. A los dos se nos trabó la lengua a raíz de cómo la acabábamos de utilizar.

—Así se despiden los adultos en algunos países —se apresuró a decir Archer. Asintió y miró a todos los demás en la habitación—. Jordy y Trish se estaban despidiendo antes de irse.

A Kaylee se le arrugó la carita mientras pensaba en ello.

—¿Y todos los adultos hacen esto? Trish se ha despedido de mucha gente en el mercado, pero nunca les da besos.

—Solo se hace entre adultos que ya se conocen —dije—. Nunca con desconocidos.

—¿Entonces por qué no besas a mis otros papis?

Intercambié una mirada con Jordy y vi qué estaba pensando: «mierda, nos ha pillado». Archer parecía igual de incómodo, pero Harrison se tapaba la boca con una mano mientras se esforzaba en no reírse.

—Estaba a punto de hacerlo. —Me acerqué a Archer y le di un beso rápido en los labios. Fue totalmente inocente, pero me volvieron a la cabeza imágenes de la noche anterior de cuando nos besamos en un contexto muy distinto—. Adiós, Archer.

—Adiós, Trish —respondió con formalidad.

Entonces, me volví hacia Harrison. No quería besarle, pero Kaylee seguía allí de pie con paciencia, esperando para asegurarse de que le decíamos la verdad. Harrison, con ese aspecto de oso enorme que tenía, arqueó una ceja roja y esbozó una sonrisita. Se estaba divirtiendo mucho con la situación a nuestra costa. No podía reprochárselo. «Será mejor que acabemos de una vez».

—¡Que vaya bien el viaje! —le dije.

Harrison estaba de pie inmóvil. Al estar tan cerca de él, me pareció que la cicatriz de debajo del ojo se le resaltaba más de lo habitual. Di un paso adelante y acerqué mis labios a los suyos. Solo sería un pico rápido. No era para tanto. Sin embargo, cuando me disponía a dárselo me rodeó con los brazos y lo convirtió en un beso propiamente dicho. El aliento le olía a menta cuando pegó los labios a los míos con mucha más fuerza de lo que me había imaginado.

Y, a pesar de todo (su aspecto tosco, actitud de pocos amigos y la barba que me hizo cosquillas en la barbilla), me gustó. No pareció inocente ni fingido para el beneficio de Kaylee. Cerré los ojos y, por unos instantes, me sentí como si estuviéramos a solas.

Al final, me soltó. Di un paso hacia atrás por instinto. El corazón me palpitaba con fuerza en la sien y estaba jadeando. Harrison seguía con la sonrisita de superioridad como si eso formase parte de la broma. «Solo estoy así porque ya me había excitado al besar a Archer y Jordy», me dije. «Nada más».

—Ya está, corazón —dijo Archer—. Ya nos hemos despedido todos. ¿Me das mi pegatina para la buena suerte?

—¿Por qué no os dais un beso de despedida entre vosotros? —preguntó Kaylee de repente—. Sois mis papis, no desconocidos. Así que también deberíais daros un beso.

Por una fracción de segundo, la mirada de Harrison fue presa del miedo, lo que me hizo sonreír. Entonces, Jordy dijo:

—No hace falta que nos despidamos porque nos vamos juntos.

—¡Ah! —Kaylee asintió—. Es verdad. Tomad las pegatinas.

El alivio de Harrison fue patente mientras aceptaba una pegatina y se la pegaba en la camiseta. Archer y Jordy hicieron lo mismo. Luego, se despidieron de Kaylee con un abrazo y se fueron.

Me lamí los labios. Aún tenían un ligero sabor a menta.

**Trish**

Me quedé pensando en el beso toda la mañana. Estaba confusa. No me gustaba Harrison ni me sentía atraída por él. Tenía una barba demasiado larga y desaliñada. Apenas me dirigía la palabra cuando estaba en casa. Y andaba por ahí con aire peligroso, como un lobo siempre al acecho. «Quizás sea eso lo que me gusta», pensé. «Que sea peligroso».

Me quité la idea de la cabeza y volví a nuestra rutina habitual. Jordy, Archer y yo nos acostamos cada noche de esa semana en todas las posiciones y combinaciones posibles. Me inclinaban sobre la cama y me penetraban mientras le hacía una mamada al otro. Montaba a uno de ellos mientras el otro me acariciaba por detrás y se turnaban como lo habían hecho la primera noche. Una vez, después de haber tenido ya dos orgasmos, me hicieron ponerme de rodillas y masturbarlos hasta que se hubieron corrido encima de mis pechos.

Nunca había practicado tanto sexo tan a menudo. En mis relaciones anteriores, lo solíamos hacer una vez a la semana o dos, como mucho. Sin embargo, esas semanas iba pasando de un hombre al otro todas las noches y no parecía que fuera a cansarme de ello pronto. Me seguían excitando tanto como cuando habíamos empezado.

Con el tiempo, nuestra estancia en Estambul llegó a su fin. Los chicos se marcharon una mañana para el último día de su contrato; volverían esa noche, la cual pasaríamos allí por última vez, y luego nos marcharíamos en avión a dónde fuese que nos llevara su próximo encargo.

Archer insistió en que habían contratado un servicio de limpieza que lo dejaría todo como nuevo cuando nos hubiéramos ido, pero yo me pasé el día arreglando la casa. Recogí todos los juguetes de Kaylee, desmonté las estructuras de K'nex que habíamos construido y limpié todo rastro de nuestra presencia en ese lugar.

Archer me envió su mensaje habitual para avisarme de que habían llegado bien, lo que coincidió con la siesta de Kaylee.

Archer: Sanos y salvos.

Yo: ¡Bien! Temía que fuera a pasar algo malo el último día.

Archer: ¡Ey, no lo gafes! Todavía no hemos terminado aquí.

Yo: Mierda. Lo siento. ¡*Des-gafe!* ¿Cómo deshago el gafe?

Archer: Creo que con una foto sexi bastará.

Yo: ¿Y eso cancelará el gafe?

Archer: No, pero me alegraría el día.

Yo: ¿Y qué me darás tú a cambio?

Hubo una larga pausa entre los mensajes. Me pregunté si Archer estaba esperando a que le enviara algo. Entonces respondió no con palabras, sino con una imagen.

Me envió una foto de su pene, largo y duro como una roca, que asomaba por la cremallera de sus pantalones de camuflaje. Era tan grande que hacía que la mano que lo agarraba pareciese pequeña.

Yo: AY

Yo: MADRE MÍA

Archer: Eso es lo que te doy a cambio. Ahora te toca cumplir tu parte del trato.

Yo: No recuerdo haber aceptado ningún trato.

Yo: Y creo que acabas de enviarme una fotopolla no solicitada. Como chica inocente de Wilmington, Carolina del Norte, me sorprende y horroriza este comportamiento.

Archer: Se lo haré saber al jefe de Recursos Humanos de la Empresa Mathos.

Archer: Aunque en realidad no tenemos un departamento para eso. Porque somos un grupo de mercenarios.

Archer: Estoy sentado aquí en la cabina sin nada que hacer durante seis horas. ¿En serio me dejarás esperando así?

Hice una pausa para asegurarme de que solo oía silencio viniendo de la habitación de Kaylee y, entonces, me fui a la mía y cerré la puerta. Me quité los vaqueros y me cambié las bragas por unas de encaje rojo. Me las aparté, me coloqué los dedos delante del vello y saqué una foto.

Yo: Ahí la tienes. Pero solo porque eres tan bueno.

Yo: [foto]

Archer: ¿La has enviado? Me sale un mensaje de error.

Yo: Sí

Archer: Dice que el mensaje no se ha podido descargar

Archer: Ah, será esta mierda de VPN que estoy usando.

Yo: Ay, no. Qué pena me das.

Yo: Sobre todo porque era una buena foto.

Archer: Debes de ser la mujer más cruel que he conocido en la vida. Y eso que he estado en Glasgow.

Yo: ¿Y qué me vas a hacer?

Archer: Mmm... Creo que Jordy y yo desahogaremos nuestra frustración sexual contigo esta noche.

Yo: ¿Ah, sí?

Archer: Sí.

Yo: Dime qué me vas a hacer.

Archer: Oh, creo que vas a tener que esperar para averiguarlo.

Yo: ¿Alguna pista?

Archer: No.

YO: VENGA YA.

Yo: Me estoy muriendo de ganas.

Archer: Ay, no. Qué pena me das.

Archer: ¿Has visto lo que he hecho? He copiado exactamente lo que me has dicho antes. No es tan divertido cuando eres tú quien recibe ese mensaje, ¿eh?

Yo: Acabo de recordar que esta noche me viene la regla. Justo cuando llegaréis a casa. Lo siento.

Archer: Tengo que irme. Hay un problema.

Yo: ¿En serio? ¿Va todo bien?

Me pregunté si me estaría tomando el pelo, pero pasó una hora sin que me respondiera y luego, otra. Busqué en internet noticias sobre Ucrania, pero no había resultados que incluyeran a estadounidenses.

Sentí un alivio inmenso cuando oí que se abría la puerta principal y que aparcaban el coche en la entrada de casa a última hora de la tarde. Salí corriendo y vi que los tres estaban en el coche. Kaylee me siguió, tan entusiasmada como yo, pero por un motivo totalmente distinto.

—Me teníais preocupada —dije cuando Archer salió del coche—. Pensaba que... —Dejé la frase a medias cuando Jordy empezó a levantarse despacio del asiento trasero. Cojeaba y tenía una expresión dolorida.

—Hemos tenido un problema —repitió Archer.

—¿Estás bien? —le pregunté.

Jordy hizo una mueca de dolor.

—No.

—Estábamos enseñando a los locales a utilizar los MANPADS nuevos —dijo Harrison con una risa— y un novato llamado Vlad no lo ha sujetado lo bastante bien. El retroceso hizo que el MANPAD saliera volando hacia Jordy. Le dio justo en la ver... —Dejó la frase a medias cuando vio a Kaylee—. Le dio en las pelotas.

—¡Pelotas! —chilló Kaylee mientras se lanzaba sobre Jordy para abrazarlo.

El hombretón emitió un gruñido al menos dos octavas más alto de lo normal.

—Démosle algo de espacio a papi Jordy, corazón —dijo Archer mientras apartaba a su hija.

Entramos en la casa y fui a por una bolsa de hielo para Jordy. Él se la metió en los pantalones y se tumbó en el sofá.

—¡Lo siento mucho! —le dije mientras los demás estaban en la cocina—. ¿Te duele mucho?

—Sé que se supone que dar a luz es desgarrador, pero creo que esto casi lo supera. —Jordy

hizo una mueca—. Es broma, no quiero trivializar. Sé que dar a luz duele más, pero, ahora mismo, no me lo parece.

—Lo sé, no pasa nada —le dije mientras le quitaba el pelo de los ojos—. Pobrecito. ¿Quieres que te traiga algo?

Me miró con aflicción.

—¿Queda algo de helado?

—¿Para comer o para ponértelo en tus partes? —le pregunté.

—Eso —respondió.

—Te quedarás sin hambre para cenar —le respondió Archer—. Vamos a salir a la ciudad a comer. Una última comida antes de volar. Suponiendo que puedas andar.

—Lo intentaré. —Jordy se levantó y gimió—. No me habían hecho tanto daño desde Praga.

Archer hizo una mueca.

—No hables de eso.

«Praga», pensé. «¿Qué les pasó allí? ¿Y por qué nunca hablan de ello?».

—Me sabe mal que te hayas lesionado —le dije a Jordy—. Me había hecho ilusiones sobre lo mucho que íbamos a divertirnos esta noche.

Archer esbozó una sonrisita.

—Su boca todavía funciona.

—¡Ah! Buena observación. —Me llevé la mano a la barbilla—. Me pregunto qué podrías hacer con la boca.

Jordy hizo una mueca de dolor.

—Cualquier cosa que me excite me dolerá lo que no está escrito. Y te garantizo que hacerte cosas con la boca me excitaría.

—¡Qué pena! —exclamé.

Jordy nos señaló a Archer y a mí.

—Eso no significa que vosotros no podáis divertirlos solos.

Parpadeé.

—¿En serio?

—Claro, si te parece bien pasar al sexo entre dos —respondió—. Seguramente te aburras como una ostra después de que los dos te hayamos tratado como una reina cada noche.

—¿Estás seguro? —le preguntó Archer.

—Sí. ¿Por qué no iba a estarlo?

—Supuse que te pondrías celoso —dije.

Jordy se ajustó la bolsa de hielo en los pantalones y suspiró.

—No soy posesivo. Además, no es como si te lo fueras a montar con un capullo cualquiera. Es Archer.

—Muy bonito —dijo el inglés.

—No me siento amenazado por ti lo más mínimo —continuó Jordy—. Sé que soy mucho

mejor en la cama que tú. Además, tengo la polla más grande que tú.

—Lo que tú tienes es una actitud de gilipollas —respondió Archer.

—No sé yo si la tienes más grande —añadí—. Si eso, quizás unos milímetros más larga. Casi nada.

—¡Aun así, cuenta! —Jordy cerró el puño y se crispó porque el movimiento le había provocado más dolor.

Fuimos al centro de la ciudad en coche, a un restaurante que estaba frente al estrecho de los Dardanelos, lleno de barcos de pesca que iluminaban con farolillos cuando el sol empezaba a ponerse. Nos dieron una mesa en la segunda planta, con una ventana que daba a una calle llena de peatones que iban y venían del mercado. Kaylee se atrevió a probar cosas nuevas con la comida que compartimos y decidió que le encantaba el hummus.

Mientras comíamos, no dejé de mirar a Archer. Sonreía y seguía con la conversación, pero actuaba de una manera distinta. Era como si intentara no mirar hacia mí. ¿Le incomodaba lo que le había dicho Jordy?

Harrison apartó la silla y se levantó.

—Voy al baño —dijo antes de irse deprisa.

Archer y Jordy intercambiaron una larga mirada cómplice.

—¿Qué? —les pregunté—.

—Nada —respondió Archer fríamente—. Todo va perfectamente bien.

Jordy, que estaba sentado a mi lado, se inclinó para susurrarme al oído.

—A Harrison le ha alarmado algo. Ha ido a comprobarlo ahora.

Miré por la ventana. ¿Estábamos en peligro? No lo creía ya que, de lo contrario, no seguiríamos sentados en la mesa, sino que nos estarían evacuando de vuelta al coche, como siempre hacían los militares en las películas. Escudriñé todas las caras que pasaron por la calle. Tenía una buena vista desde nuestra mesa en la segunda planta. Todo parecía normal.

Algo se movió detrás de un puesto de pan y se me erizaron los pelos de la nuca. De repente, tuve la clara impresión de que alguien me había estado observando. Observándonos a todos. Era la misma sensación que había tenido cuando estaba en el mercado.

De repente, Harrison apareció en la calle. Se paseó por allí tranquilamente, como si estuviera matando el tiempo. Le echó un vistazo a los productos que vendían los de los puestos. Desapareció de mi campo de visión y volvió a la mesa al cabo de unos minutos.

—¿Y bien? —preguntó Archer.

Harrison se encogió de hombros.

—Falsa alarma.

«¿En serio?», pensé. «¿Me estará emparanoando?». Terminamos de cenar y nos fuimos a casa. Después de que Kaylee se fuera a la cama, los chicos empezaron a hacer las maletas. Yo me fui a mi habitación a hacer lo mismo. Al cabo de un rato, alguien llamó a mi puerta. Cuando la abrí, vi a Archer allí de pie.

—Pasa —dije.

Un cosquilleo de nervios me recorrió el cuerpo. No estaba segura de por qué estaba nerviosa, ya que Archer y yo llevábamos más de una semana acostándonos. No era algo nuevo.

«Que lo hagamos los dos solos es algo nuevo. Es la primera vez que Jordy no está aquí también».

Archer se apoyó en el marco de la puerta y se cruzó de brazos.

—¿Así que mis mensajes te han puesto caliente?

Asentí con la cabeza.

—Sobre todo la foto. No me puedo creer que me enviaras una fotopolla desde un helicóptero.

Se echó el pelo rubio hacia atrás y sonrió.

—Tengo que admitir que no lo había hecho nunca antes. Espero que te haya gustado.

—¡Mucho! Pero ojalá se te hubiera descargado mi foto.

—Ojalá. —Me repasó con la mirada—. Quizás podamos ponerle remedio a eso ahora.

Me mordí el labio y me senté en el borde de la cama. Recordé lo que Archer me había enviado por mensaje unas horas antes: que iba a desahogar su frustración sexual conmigo. Esa idea hizo que me estremeciera de expectación. Me encantaba la forma en que ambos me utilizaban y me excitaba ver cómo Archer se abriría conmigo a solas.

«Tómame», le dije con los ojos. «Soy tuya para que hagas lo que quieras conmigo».

Archer mantuvo la distancia durante un rato. Se desabrochó la camisa de vestir despacio y sacó los brazos por las mangas. Se quitó el cinturón y lo dejó caer al suelo. Sin embargo, antes de quitarse los pantalones, por fin dio un paso hacia mí. Contuve la respiración mientras lo tenía allí delante. Entrelazó los dedos con mi cabello y me acercó la cabeza hacia la suya.

Su beso fue suave y húmedo. Era como si fuera la primera vez que los dos descubriáramos cómo debían unirse nuestros labios. Me quitó la camiseta por encima de la cabeza y bajó hasta estar a la altura de mis pechos desnudos. Suspiré cuando tomó un pezón entre los dientes y lo mordisqueó con sumo cuidado. Hizo la presión justa para que me ardieran los nervios de placer, pero no tanto como para hacerme daño.

Entonces, volvió a besarme en los labios, esta vez con más pasión, mientras nos deshacíamos de los pantalones. Colocó su cuerpo sobre el mío y me besó con más intensidad, metiéndome la lengua en la boca a la fuerza. Me conquistaba y me reclamaba. Allí, en el dormitorio, los dos solos, sentí que me había reclamado. Sentí que yo era suya y él era mío, y eso era lo único que importaba.

Se restregó contra mi monte con el pene, de arriba abajo, antes de apartarlo lo suficiente como para metérmelo. Llegados a ese punto, yo ya estaba empapada y lo acepté sin problemas. Le rodeé el cuerpo con las piernas e hice que me penetrara más a fondo, centímetro a centímetro, lentamente mientras nos besábamos. Esa noche no teníamos prisa. Jordy no iba a ocupar el lugar de Archer y hacérmelo. Estábamos los dos solos.

Y, cuando por fin me llenó por completo, con cada centímetro empalmado enterrado en mi interior, soltó un largo gemido de satisfacción y me rodeó con los brazos. Era como si quisiera que su cuerpo estuviera en contacto con el mío tanto como fuera posible: piernas, brazos y pechos. Durante unos segundos, me cubrió con su peso, una presión varonil maravillosa que hizo que me sintiera segura.

Se quedó dentro de mí durante un largo rato, sin moverse, regodeándose en la sensación. Y, cuando por fin empezó a follarme, lo hizo despacio y con cuidado. Apenas movía las caderas contra las mías. «Esto no es follar», pensé mientras movía la lengua junto a la mía. Era

totalmente distinto a lo que habíamos estado haciendo hasta ahora. «Esto es hacer el amor».

A pesar de ir despacio, fue muy intenso. Debajo de la superficie, había ansia, un deseo creciente que me transmitía con sus labios. Se hacía más fuerte con cada segundo, con cada gota de sudor que se formaba en nuestros cuerpos desnudos.

Hicimos el amor así durante segundos, minutos u horas; cuesta saber cuánto tiempo. Entonces, Archer se echó hacia atrás, se levantó tirando de mí con él y se reacomodó en la cama. Estaba sentado, conmigo en su regazo y mis piernas a su alrededor. Lo besé con más pasión mientras me restregaba contra él y él movía las caderas al ritmo de mis giros. Entonces, apartó los labios de los míos, me agarró por la nuca y me miró fijamente a los ojos. En ese momento, me parecieron de un tono azul más intenso que de costumbre.

Abrazados y mirándonos a los ojos con deseo, los dos hicimos el amor hasta bien entrada la noche.

**Trish**

Mucho después de que los dos hubiéramos llegado al clímax, y después de que Archer me hubiera dado el último beso y se hubiera marchado a su habitación, me quedé despierta en la cama pensando en lo que había pasado.

Antes de esa noche, todo lo que habíamos hecho juntos había sido sexo. Jordy y yo habíamos pasado algunas noches de pasión a solas antes de empezar a incluir a Archer en nuestras noches de placer, pero desde entonces todo había sido muy físico. Tríos salvajes, sudorosos e intensos que hacían que me sintiera sexi todos los días. Los tres utilizábamos nuestros cuerpos para descargarnos. Nos desahogábamos en los otros tras el estrés de su misión.

Sin embargo, esa noche había sido más que algo físico. Cuando Archer me había agarrado con fuerza y había apretado su frente contra la mía mientras acabábamos juntos, había sentido mucho más que solo liberación sexual. Me sentí cerca de él. Intimamos de una forma que había ido más allá del sexo instintivo. Esa noche, me pareció que Archer me daba una parte de su alma. Sonaba a bobada, pero no se me ocurría una forma mejor de describirlo.

Al darme cuenta de eso, me sentí mal por Jordy. ¿Dónde nos dejaba eso a él y a mí? Ambos nos gustábamos cuando habíamos empezado a tontear en Oslo. La inclusión de Archer fue para cumplir una fantasía sexual. ¿Qué diría si le dijera que ahora sentía algo por Archer?

«Siento algo por Archer». Oír ese pensamiento dentro de mi cabeza me hizo estar más segura de ello, lo que, claro, me dejó incluso más confundida que antes.

Esa noche apenas conseguí dormir algo. Eso me fastidió bastante porque a la mañana siguiente me desperté temprano para tomar nuestro próximo vuelo. Me tomé dos tazas del café turco muy cargado y me pasé el trayecto en coche casi dando saltitos en el asiento.

—Ha llegado la hora de la gran revelación —dijo Archer cuando llegamos al aeropuerto.

Se sacó del bolsillo varios billetes impresos y los repartió de manera teatral. Mientras lo hacía, me sonrió un segundo más de lo normal cuando nos rozamos las manos.

Miré el código del aeropuerto en el billete.

—GYD. ¿Aeropuerto Internacional Heydar Aliyev?

—Bakú —dijo Jordy. Ya no necesitaba llevar una bolsa de hielo en sus partes, pero seguía caminando despacio mientras llevaba a Kaylee de la mano por el aeropuerto—. La capital de Azerbaiyán.

—Una mierda de país —refunfuñó Harrison.

—Ya te lo explicaremos todo cuando lleguemos —me dijo Archer mientras me miraba un buen rato.

Cuando hubimos subido al avión, pagué para tener conexión wifi a bordo y, así, buscar

información sobre el país. Azerbaiyán era una antigua nación soviética situada al este de Turquía y en la frontera norte con Irán. Era un país rico en petróleo y su capital, Bakú, estaba enclavada junto al mar Caspio.

Negué con la cabeza con asombro. El mar Báltico, luego el mar Negro y ahora el mar Caspio. Había visitado muchas masas de agua sobre las que antes solo había leído. «Y en orden alfabético, además», pensé con una risita. Lo siguiente sería el río Danubio o el Golfo de algo.

El vuelo duró menos de tres horas, pero me dio una sensación más siniestra que los anteriores. Continuábamos el trayecto hacia el este, lo que nos alejaba aún más de nuestro país. Noruega y Turquía eran países que conocía, pero Azerbaiyán me resultaba del todo desconocido. ¿De veras era una mierda de país como había dicho Harrison? ¿Cómo tratarían allí a las mujeres? Me sorprendí mirando por la ventanilla del avión y temiendo el tramo final de mi estancia lejos de casa.

Sin embargo, cuando aterrizamos y entramos en la ciudad, todas mis preocupaciones se desvanecieron. Aunque Bakú estaba en Asia Central, se parecía mucho a Oslo y Estambul. Los edificios eran antiguos y de piedra gris pizarra. Había un centro moderno lleno de gente y rascacielos. Archer señaló tres edificios cubiertos de cristal azul que se llamaban las Flame Towers.

Esta vez nos alojamos en un hotel del centro, a una manzana del agua. El vestíbulo era antiguo, pero lo habían construido con opulencia, con los suelos de mármol blanco y los techos abovedados y decorados. El botones nos condujo a la última planta, donde se encontraba nuestra suite de estilo ático. Cuando entramos, solté un grito ahogado; era una habitación enorme y diáfana con cristalerías de pared a pared que nos daban una vista panorámica del mar Caspio. «Es más grande que mi casa de Wilmington. Y esto es solo el salón».

Harrison se acercó de inmediato a una maleta que estaba entre el sofá y la pared. Era de cuero italiano marrón, confeccionada con esmero. Iba a preguntar si le pertenecería a quienquiera que se hubiera alojado allí antes, pero entonces él abrió la cremallera y metió la mano dentro. Al sacarla, llevaba una pistola, que abrió de prisa y comprobó con movimientos expertos.

—Está todo aquí —dijo—. Nada de alto calibre.

—Porque son para que las usemos solo como último recurso —le sermonéó Archer—. Si tenemos que usarlas, significaría que la misión se ha jodido.

Harrison gruñó, cerró la cremallera de la bolsa y se la llevó.

Había un tablero de ajedrez sobre una mesa de pedestal en el pasillo, con piezas de vidrio esmerilado. Alcé el peón delante del rey, notando su peso, y lo moví instintivamente dos casillas hacia delante. Hacía mucho tiempo que no jugaba una partida. Tal vez podría enseñarle a Kaylee a cómo se jugaba al ajedrez, si no lo sabía.

—No hay cocina —dijo Jordy. Caminaba por la suite mientras pasaba un aparato electrónico pequeño por las paredes. Supuse que se aseguraba de que no había dispositivos de escucha—. Pero hay una mininevera y alguien nos ha dejado un montón de bolsas de la compra en la mesa junto a la barra.

Archer dejó su bolsa al suelo y asintió.

—Le pedí al conserje que nos trajera algunos alimentos básicos: pan, mantequilla, mantequilla de cacahuete, queso, leche... Podemos usarlos para los almuerzos. El resto de las comidas nos las entregarán desde el restaurante del hotel de abajo.

—¡Me encanta el servicio de habitaciones! —chilló Kaylee.

—¿Cuándo te han traído a ti cosas del servicio de habitaciones? —le pregunté.

—Una vez nos quedamos en un hotel en Valley. ¡Me trajeron helado!

—Raleigh, no Valley —aclaró Archer, tras lo cual se volvió hacia mí—. Cuando pidas las comidas, que las dejen delante de la puerta. Nunca les dejes entrar. Si insisten, diles que te preocupa mucho la COVID.

—Entendido.

Harrison volvió a por su bolsa de herramientas, pero no se la llevó. Sacó algo de dentro y se fue al cuarto de baño del pasillo. Dejé la puerta abierta y oí que el agua corría del grifo.

—¿Corazón, por qué no te vas a tu habitación a dejar las cosas mientras los adultos hablan? —dijo Archer.

Kaylee no necesitó más persuasión y salió corriendo. Archer esperó a que se cerrara la puerta para sacar una carpeta de papel manila de la bandolera del portátil. La colocó sobre la mesita y la abrió, ante lo cual apareció una foto en blanco y negro del rostro de un hombre calvo con barba fina.

—Este es Aldi Kadyrovic. Es el líder no oficial de la República de Chechenia dentro de Rusia. Mientras el jefe oficial de Chechenia se sienta detrás de un escritorio a firmar papeles, Kadyrovic sale y hace todo el trabajo sucio.

—Puto animal —gruñó Harrison desde el baño, desde donde aún corría el agua. ¿Qué hacía allí? ¿Se lavaba las manos?

—Kadyrovic depende directamente de Vladimir Putin. Envía patrullas de reclutamiento por las ciudades chechenas que obligan a los hombres a alistarse para luchar en la guerra de Ucrania. Cuando ellos se niegan, los tortura, al igual que a sus familias. A veces los tortura incluso cuando aceptan. Disfruta haciéndolo, el capullo sádico. En Moscú, tiene cierta reputación. Lo llaman el perro rabioso de Putin. Kadyrovic es un hombre perverso.

Jordy asintió.

—He leído el informe completo. Ya estoy más que convencido.

—Solo tenemos planeado quedarnos una semana —continuó Archer, sobre todo para informarme a mí—. Tardaremos unos días en establecernos y consolidar la tapadera. Según la información que tenemos, Kadyrovic visitará Bakú esta semana. Cuando lo haga, actuaremos y lo atraparemos.

—Esta misión es mucho más peligrosa que las otras dos —dije—. No haréis de seguridad ni enseñaréis a otras personas a usar armas. ¡Vais a secuestrar a un hombre! —Archer y Jordy intercambiaron una mirada—. ¿Qué?

—No hemos venido aquí a secuestrarlo —dijo Jordy despacio.

—Entonces, ¿qué haréis? ¿Sentaros con él? ¿Negociar? Me cuesta creer que vayáis a negociar con alguien a quien comparáis con un perro rabioso.

Ambos me miraron inexpresivamente. No los entendía... hasta que sí lo capté.

—No...

—Solo te estamos contando los detalles de nuestra misión por amabilidad —dijo Archer—. Este es el trabajo que aceptamos y nos van a pagar bastante bien por ello.

—¡Vais a matarlo! —exclamé—. ¡Vais a asesinar a un hombre!

—Un hombre malo —dijo Jordy—. El tipo está como un puto cencerro, Trish.

—¿Y qué? Éticamente hablando...

Archer me dio una palmadita en la pierna.

—No tienes que preocuparte por la ética porque tú no participas en esto.

Me empezaba a dar la sensación de que hacía demasiado calor en la habitación.

—¡No directamente! Pero estoy cuidando de vuestra hija, lo que os deja tiempo para hacer esto. ¡Soy vuestra cómplice o algo así!

—Queríamos decírtelo para que supieras el riesgo que correremos —explicó Jordy—. Así lo entenderás si volvemos a casa de mal humor o si estamos muy tensos. ¿Te ayudaría si fingiéramos que estamos aquí con un contrato básico de seguridad? —Me sonrió—. Podemos empezar de nuevo e inventarnos una historia para ti.

Ignoré su broma.

—¿Quién ha mandado el asesinato? ¿Los Estados Unidos? ¿Otro país?

—Será la OTAN —dijo Harrison desde el baño.

Archer negó con la cabeza.

—No podríamos decírtelo aunque quisiéramos. Es un cliente confidencial. A saber quién será. Pero, a fin de cuentas, no importa.

—¡Claro que importa! —Les escudriñé las expresiones. Tenían que estar gastándome una broma. No podía ser verdad—. ¡Estáis hablando de matar a alguien! El contexto es lo único que separa esto de, por ejemplo, un crimen de guerra.

—¿Quieres contexto? —Harrison salió del baño y me lo tuve que mirar dos veces. Le quedaban restos de crema de afeitar en el rostro, pero, por lo demás, tenía las mejillas rasuradas del todo. Ya no tenía barba, con lo que le quedaba al descubierto una mandíbula escultural y una barbilla marcada. «Vaya», pensé. «Está... impresionante». Me señaló con la navaja de afeitar—. El contexto es que este cabrón es lo peor. Es el perrito faldero de Putin. Estamos aquí para eliminarlo y vamos a hacerlo con un prejuicio extremo. ¿Tienes algún problema con eso? Pues vuélvete para Wilmington.

Harrison se marchó a zancadas al cuarto de baño mientras negaba con la cabeza molesto.

—Nuestro amigo lo ha expresado con dureza, pero tiene razón —dijo Archer con suavidad—. Esta es la misión. Va a pasar. Si no quieres tomar parte en ella, podemos organizar algo para que tú y Kaylee volváis a casa.

—¿Por qué no lo arrestáis en vez de eso? —les propuse—. Si ese tipo es tan malo, llevadlo a las Naciones Unidas. O a La Haya o dondequiera que esté el tribunal internacional ese. Haced algo.

Jordy me puso una mano en la rodilla.

—Trish...

—Siento que no pudiéramos contarte lo de la misión antes —dijo Archer con calma—, pero así es como debe ser. ¿Aceptas o quieres irte?

Me miraban con dureza. Para ellos, ¡eso era normal! Más peligrosa que la mayoría de las demás misiones, pero una parte completamente normal de su trabajo. A ninguno de los dos les

iba a convencer nada de lo que les dijera.

—Vale.

Me levanté y llevé mi maleta a la habitación con Kaylee, tras lo cual cerré la puerta.

**Harrison**

Oí que la niñera se iba furiosa a la otra habitación. Pues vale. Si quería ponerse así, a mí me la sudaba.

Me limpié los últimos restos de crema de afeitar con el dorso de la mano y me examiné en el espejo. Parecía más joven. También me sentía más joven, lo cual era una gilipollez por solo haberme afeitado la puta barba. No había cambiado nada más en mí en los últimos cinco minutos. Si algo tan pequeño podía cambiar mi actitud, entonces debía de estar pendiendo de un maldito hilo.

«Lo odio». No es que le tuviera apego a la barba. Era áspera y me daba demasiado calor en esa época del año, pero me sentía como un pijo, uno de esos niños ricos del instituto que conducían el BMW de sus padres y a los que se les regalaba todo en la vida. Me rugí a mí mismo. «Es solo para este trabajo. Luego me la volveré a dejar».

Cuando volví al salón, Jordy y Archer discutían en voz baja. No lo mostraban con su comportamiento, pero yo los conocía bien. Llevaba ocho años con ellos, incluso más con Jordy. Compartíamos una hija, joder, por mucho que pareciese una locura. Así que, cuando se peleaban, me daba cuenta. No oí lo que decían exactamente, pero me lo imaginé.

—Ha sido una gilipollez decírselo. El que esté argumentando eso, ese es quien tiene razón.

Jordy asintió triunfante. Archer se volvió hacia mí molesto.

—Yo me alegro de habérselo dicho.

—¿Aunque haya entrado en pánico así? —respondió Jordy.

—Justo por eso —dijo Archer de manera enfática—. Si lo que hacemos le supone un problema, prefiero enterarme ahora. Cuando aún podemos enviarlas a Kaylee y a ella a casa.

Jordy apretó los dientes.

—No quiero mandar a Trish a casa. Quiero que se quede. Creía que opinarías lo mismo, pero ya veo que no.

—Pues claro que quiero que Trish se quede —contestó Archer conteniéndose con cada palabra—, pero ocultarle la verdad para eso habría sido un error. La pusimos al corriente de las dos primeras misiones. Si de repente no le contáramos de qué iba esta, habría sospechado. Habría supuesto lo peor.

—Kaylee.

Ambos hombres se giraron para mirarme.

—¿Eh? —preguntó Jordy.

—Kaylee —repetí—. Queréis que Kaylee sea quien se quede, seguro que eso era lo que

queríais decir.

—Sí, por supuesto —respondió Archer—. Eso es claramente lo que queríamos decir.

«Manda huevos», pensé.

—Ya es demasiado tarde —continuó Archer—. La suerte está echada, por así decirlo. ¿Por qué no hablamos de los preparativos?

—Ya era hora —murmuré.

—Lo primero es lo primero: me alegro de no tener que recordarte que te afeites para la misión.

—Mejor hacerlo cuanto antes —respondí.

Jordy se inclinó y me tocó la mejilla rasurada.

—Suave como la piel de un bebé. Pareces un hombre nuevo.

Le agarré la muñeca antes de que pudiera apartarla.

—Tócame otra vez y vas a tener que comer con la mano izquierda el resto de la misión.

—Todo está listo con la compañía de helicópteros —nos interrumpió Archer como un padre reprobador. Esperó a que lo soltara antes de continuar—. Jordy y yo pasaremos todos los días dando visitas guiadas por la ciudad a los turistas. Kadyrovic ya nos ha pedido una visita privada de la ciudad, en particular una vista aérea del circuito de Fórmula Uno, pero de momento no ha reservado un día concreto con nosotros. Supongo que llegará en el último minuto y esperará que lo dejemos todo para servirle, lo que, por supuesto, haremos.

—¿Por qué estamos seguros de que elegirá nuestra empresa? —le pregunté—. ¿Y si cambia de opinión?

—Porque le hemos prometido a Kadyrovic, que es un gran aficionado a las carreras, un encuentro personal con Daniel Ricciardo.

Jordy se irguió en la silla.

—¿¡Ricciardo trabajará con nosotros!? ¿El piloto?

—No. Daniel Ricciardo, el famoso piloto de Fórmula Uno, no estará con nosotros en esta misión —dijo Archer secamente—. Solo es el cebo para Kadyrovic.

—¡Oh! —Jordy se dejó caer en el sofá de nuevo.

—Vale —dije despacio—. ¿Y qué pasa cuando ese pedazo de mierda ruso aparezca y no podamos darle la oportunidad de lamerle el culo al famoso? ¿Es entonces cuando lo eliminaremos?

Pensándolo mejor, era la trampa perfecta. Llevaríamos a Kadyrovic a una habitación privada donde se supondría que le esperaba Ricciardo. Le diríamos a sus guardaespaldas, suponiendo que tuviese a un séquito de ellos, que no podían entrar. Entonces, estranguláramos al capullo con las cuerdas del piano y escaparíamos antes de que sus gorilas se dieran cuenta de que algo iba mal.

—Ahí no es cuando lo eliminaremos. —Archer carraspeó—. Los detalles de la misión han cambiado.

Di un respingo.

—¿Cambiado cómo?

—Los parámetros de la misión nunca cambian tras aceptar el contrato —dijo Jordy.

—Es poco ortodoxo y le comuniqué esa preocupación al administrador del contrato en la sede central de Mathos en Frankfurt —respondió Archer—. Al parecer, hicieron una excepción en este caso. Ahora hay que hacer que la muerte de Kadyrovic parezca un accidente.

—Mierda —dije en voz baja.

—¿Por qué? ¿Qué más da si es un accidente? —preguntó Jordy—. Putin va por ahí dando té de polonio a todos los desertores rusos sin repercusiones, ¿pero nosotros tenemos que andarnos con cuidado con este trabajo?

—A nosotros eso no nos concierne. Lo que dicta el contrato tal y como está ahora es lo dicho. Y nos pagarán muy pero que muy bien por el trabajo. Sigamos con el plan, por favor.

—Un accidente. —Probé la palabra en mi boca. Sabía amarga—. ¿Qué, le tiramos un piano encima cuando se pasee por la ciudad? ¿Le atamos los putos cordones de los zapatos para que tropiece en las escaleras?

—El cambio en nuestro plan es bastante sencillo —respondió Archer con un amago de una sonrisa, igual que cuando estaba satisfecho consigo mismo—. Ciertamente sencillo. ¿Alguna hipótesis?

—No me apetece andarme con juegucitos —dije.

—Os daré una pista: tiene que ver con el negocio que dirigiremos temporalmente para la misión.

—He dicho que no quiero andarme con juegucitos.

—¡Mirad esto! —nos interrumpió Jordy de repente mientras nos mostraba la pantalla de su teléfono—. ¡Daniel Ricciardo está en Bakú justo estos días! ¡Menuda casualidad!

—Pues claro que está en Bakú —respondió Archer secamente—. Por eso nuestra tapadera funciona tan bien.

Jordy se guardó el teléfono.

—Oh.

—Dinos ya el plan de los cojones —dije.

Archer suspiró hondo.

—Le daré una visita guiada por la ciudad y, luego, estrellaré el helicóptero.

Jordy soltó un grito ahogado.

—Pero... pero morirás.

—No moriré, porque saltaré antes de que se estrelle —respondió—. Con un paracaídas, por si no te quedaba claro.

Gruñí.

—De puta madre.

—¿Y yo qué? —preguntó Jordy—. Nunca he saltado de nada antes. Nada que estuviera en el aire, al menos. Una vez salté del coche de un amigo por una apuesta.

—No me sorprende —dije. Jordy me dirigió una sonrisa.

—Hay una cadena de montañas al oeste de la ciudad. Allí es por donde pilotaré antes de iniciar el accidente. Así nadie me verá saltar en paracaídas en el último momento. —Archer se

volvió para mirar a Jordy—. Un paracaídas es un dispositivo que te permite caer sin morir.

—Sé lo que es un paracaídas.

—Últimamente cada vez parece que andes muy despistado, así que quería asegurarme.

—¡No ando despistado! Atrapé al terrorista de Oslo, ¿recordáis?

—¿Y desde entonces?

Jordy se quedó en silencio.

—Has estado distraído —le sermoneó Archer—. Antes nunca hubieras dejado que un novato sostuviera un MANPAD y te diese con el retroceso, igual que con lo de la descarga accidental del arma dos días antes de eso. Tienes suerte de que nadie saliera herido.

—Tú eres quien se pasa todo el día enviándole mensajitos a Trish —replicó él.

Me recosté en la silla. «Ahora viene lo bueno».

—Yo no he dicho nada de Trish —respondió Archer—. Solo te he dicho que has estado distraído, lo cual es un hecho innegable.

—Tú preocúpate de lo tuyo —murmuró Jordy.

—Así que empiezas a bajar en picado para estrellar el helicóptero y saltas en el último momento —dije—. Tu plan tiene un problema.

Archer me miró con apatía.

—¿Y se puede saber cuál es?

—El helicóptero se estrella. —Bajé la mano en picado para imitar el acto destructivo—. Llegan los bomberos o quien cojones usen en Azerbaiyán para ese tipo de cosas. Ellos encuentran a Kadyrovic, a sus guardaespaldas y... a nadie más.

—¡Eh, sí! —exclamó Jordy—. ¡Se preguntarán adónde fue a parar el cuerpo del piloto! Eso despertará muchas alarmas y no se creerán que fue un accidente.

—Ya he previsto esa situación y la he tenido en cuenta —respondió Archer sin más.

Jordy y yo intercambiamos una mirada.

—Dinos más —le dije.

—Habrá a un cuarto cuerpo, el del supuesto piloto, a bordo —respondió el británico rubio.

Me reí entre dientes.

—Joder. Qué sangre más fría. Glacial.

Jordy nos miró a uno y al otro.

—No lo entiendo.

—Un cuerpo —dije—, pero no el de Archer.

Jordy abrió los ojos de par en par.

—¿Vamos a matar a alguien?

—¿Qué? Claro que no —le espetó Archer—. Joder, compañero, desde lo de Trish estás más atontado que nunca. He comprado un cuerpo en la morgue de Bakú. Sin preguntas. Lo meterán en el compartimento de carga trasero del helicóptero durante el vuelo.

—¿Cómo se supone que iba a deducir eso sin ningún contexto? —argumentó Jordy.

—Deducir. ¡Qué palabro! —respondí.

Jordy me sacó el dedo medio y se volvió hacia Archer.

—Has dicho que no sabemos qué día Kadyrovic reservará la visita a la ciudad.

Archer asintió.

—Correcto.

—¿Qué pasará cuando se presente de sopetón? —preguntó Jordy—. ¿Le pediremos que se siente en la sala de espera mientras llevamos a un muerto de noventa kilos al helipuerto? ¿No levantaríamos algunas sospechas?

—Tienes toda la razón, las levantaríamos. Por eso, el cadáver estará en el helicóptero en todas las visitas que hagamos, a partir de mañana. Y para responder a tu siguiente pregunta, estará en una bolsa de hielo seco para mantenerlo... fresco.

Jordy se estremeció.

—No soporto los cadáveres.

—Pues qué pena —dijo Archer— porque serás tú quien se encargue del cuerpo falso tanto antes como después de la misión.

Jordy se quedó boquiabierto.

—¿Qué?

Solté una carcajada.

—Como en *Este muerto está muy vivo*.

Volvió a sacarme el dedo medio.

—¿Por qué me toca a mí encargarme del cadáver? ¿Por qué no puedes hacerlo tú?

—Porque voy a pilotar el helicóptero y hacer las visitas guiadas —respondió Archer—. Haré todo el trabajo de verdad.

—¡Lo de ir arrastrando un cadáver por ahí sí que es un trabajo de verdad! —gritó Jordy.

La puerta de uno de los dormitorios se abrió y Trish asomó la cabeza.

—¿Os importaría bajar la voz? A menos que queráis explicarle a vuestra hija de ocho años por qué habláis de cadáveres.

—Lo siento —dijo Jordy mientras levantaba un pulgar.

Ella puso los ojos en blanco, me miró y volvió a cerrar la puerta. «¿Qué ha sido esa expresión que me ha puesto?», me pregunté. «No me había mirado así desde que empezó a cuidar de Kaylee».

Algo se removió en mi interior. Fruncí el ceño. Trish no era de mal ver. Vale, eso era quedarse corto. Estaba para comérsela. Y, después de pasarme las últimas tres semanas pensando en todo el sexo que había estado teniendo con Jordy, y luego con Archer, me sorprendí imaginándome cómo de buena sería en la cama. «Es la niñera de Kaylee», me recordé. «A diferencia de los otros dos, donde tengo la olla, no meto la polla».

—Cadáveres, accidentes de helicóptero, bla, bla —dije para distraerme de la medio erección que empezaba a crecerme en los pantalones—. Hay una cosa que no me has dicho y que no figuraba en el informe. ¿Qué voy a hacer yo en todo esto?

—Puedes ocuparte del cadáver —dijo Jordy.

—Tu trabajo —dijo Archer—, consiste en vigilar a Kadyrovic cuando llegue a la ciudad.

Síguelo. Avísanos si se dirige al aeródromo para que, al menos, tengamos algún tipo de aviso previo. Y cuando todo esté hecho y él sea un montón de carne rusa humeante, me ayudarás a evacuar la zona. Me he tomado la libertad de alquilar un vehículo todoterreno para facilitar la tarea.

—Hecho —dije—. ¿Y qué hago antes de que Kadyrovic llegue a Bakú?

—Lo que quieras —respondió.

Parpadeé.

—¿Así que voy a quedarme rascándome los huevos hasta entonces?

—Te lo cambio —dijo Jordy.

Esa vez, fui yo quien le sacó el dedo medio. Archer puso los ojos en blanco ante nuestras discusiones.

—Recibirás información de nuestra inteligencia a cada hora sobre los movimientos de Kadyrovic en Chechenia. Te necesito listo para desplazarte en cuanto llegue.

—Es un trabajo de cagados sin huevos —dije.

—Los bomberos hacen lo mismo —dijo Jordy con una sonrisa—. ¿Estás diciendo que los bomberos son unos cagados sin huevos?

—Sí. A los bomberos les faltan un buen par de huevos en comparación con lo que hacemos nosotros.

—Joder, macho. Quítate el sombrero ante nuestros servicios de emergencia —dijo Jordy.

Me volví hacia él.

—Las casas incendiadas no te disparan.

—Eso son la misión y el plan a grandes rasgos —dijo Archer en voz alta. Me miró a los ojos y luego, a Jordy para transmitir la importancia de sus palabras siguientes—. Ya está, caballeros. Este es el último contrato de este viaje de trabajo como mercenarios. Si tenemos éxito aquí en Bakú, podremos relajarnos todo el año que viene y pensar qué queremos hacer en el futuro. Este contrato determinará el resto de nuestras vidas profesionales y personales. Si tenéis alguna pregunta, os pediré que os vayáis a freír espárragos. Y, luego, cuando os hayáis marchado de verdad, volved y preguntadme lo que necesitéis saber. Jordy, tú y yo nos vamos mañana a las siete, así que prepárate. Y sonríe, vas a trabajar en la recepción de la oficina de turismo.

Jordy esbozó una sonrisa.

—Está bien, me gusta la gente. —Su sonrisa se desvaneció—. La gente que no son psicópatas rusos.

Para cenar, pedimos comida del servicio de habitaciones. Mi filete estaba demasiado hecho, pero me lo fui comiendo y me tragué cada bocado. Por lo que a mí respectaba, era combustible. Que tuviera buen sabor solo era un extra. De postre, Kaylee pidió un bufé de helados y chilló de alegría cuando le dijimos que podía echarse todo el sirope de chocolate que quisiera en el bol. «Mataría por mi niña», pensé mientras la miraba. «Ya fuera a otra persona o a mí mismo. Lo haría sin pensármelo dos veces».

A la mañana siguiente, Jordy y Archer se levantaron temprano y se marcharon al aeródromo, donde harían las visitas guiadas de la ciudad. Yo también me levanté porque no sabía qué otra cosa hacer. Trish se despidió de ellos con un beso. Mientras lo hacía, me resultó imposible apartar la mirada. Los tres estaban construyendo algo, contra todo pronóstico. No

sabía qué era ni hasta dónde llegaba, pero era algo.

Eso hizo que me sintiera excluido. Era como si no formara parte de su equipo. No pude besar a Trish porque no me iba, lo cual solo echaba más leña al fuego. Era un instinto estúpido y me odiaba por sentirme así, pero eso no impedía que me embargasen esas emociones.

«Tiene un tipazo que da dentera», me dije. «Solo es eso. Cualquier hombre querría montárselo con ella». Sin embargo, cuando los chicos se marcharon y nos preparamos para relajarnos en el ático todo el día, me pregunté si habría algo más.



Harrison

Me pasé casi todo el primer día sentado en el ático del hotel. Actualicé el correo electrónico unas treinta veces por minuto. Me duché, desayuné y volví a ducharme porque no sabía qué más hacer.

No me gustaba no tener nada que hacer. Me daba la sensación de no estar en control, ya fuera de la misión o de mi vida. Lo que hubiera dicho un psicólogo. Más que nada, me aburría. Y no soportaba aburrirme.

Trish y Kaylee estaban sentadas en la mesa del comedor jugando juntas al Minecraft. Sabía que era el juego favorito de mi hija y, aunque la había visto jugar antes, nunca me había unido a ella para eso. Ese día, como no tenía nada más que hacer, me senté en una silla y la vi jugar un rato.

—Este es un cofre especial —me explicó—. Es donde almacenamos todo el oro. Y el diamante.

—¿El diamante es especial? —le pregunté.

—¡Pues claro que sí, papi! Es diamante. Es lo más difícil de encontrar en el juego.

—¡Ah, vaya! —respondí.

Trish se quitó los auriculares y me miró.

—¿Qué papel tienes en... la misión? —me preguntó. Iba a decir «asesinato», pero se había contenido.

—Sentarme. Esperar —dije por encima de Kaylee—. No sé cuándo tendré algo que hacer.

—Me sorprende que no estés aprovechando el bar tan variado —dijo—. Hay un montón de buen whisky dentro. Tienen un Yamazaki de cincuenta años. No sé mucho de whisky, pero lo he buscado en Google ¡y cuesta unos mil dólares por chupito!

—Qué bien.

—Archer ha dicho que está todo incluido, así que puedes tomar un poco, si quieres.

Ladeé la cabeza mientras miraba a la mujer.

—¿Por qué iba a querer tomar un poco?

Parpadeó deprisa.

—No sé, parece que te guste beber. Espera, ¡no quería decir eso! O sea, parece que sepas apreciar una buena botella de whisky. Eso suena mejor, no es que quisiera llamarte alcohólico. —Sonrió con vergüenza.

«¿A qué viene esta chica?».

—No sé cuándo me van a necesitar, pero tengo que estar listo en cualquier momento —

respondí—. Nada de alcohol para mí.

—¡Ah! Qué pena.

—¡El whisky es asqueroso! —dijo Kaylee con su voz aguda.

—¿Cómo sabes a qué sabe el whisky? —le preguntó Trish.

—Porque papi me dio un poco. ¡Es asqueroso!

Trish me miró con los ojos muy abiertos.

—¿Le diste whisky a tu hija de ocho años?

—Creo que entonces tenía seis —respondí.

—¡Estás haciendo que parezca aún peor!

—Le di un poco para probar. Un sorbito de nada. Y le repugnó. Ahora no quiere tener nada que ver con el alcohol de ningún tipo.

Trish se me quedó mirando unos segundos.

—Muy astuto.

—Sé cómo ser padre. A veces.

Trish asintió y volvió a ponerse los auriculares. Sin embargo, me di cuenta de que se limitaba a mirar la pantalla del portátil sin participar mucho en el juego. Al cabo de unos minutos, se quitó los auriculares y se volvió de nuevo hacia mí.

—Me gustas sin barba. —El comentario me pilló totalmente desprevenido. Solo pude contestarle con un gruñido—. La barba no te hace ningún favor —dijo—. Te tapa la mandíbula cuadrada. Y te da un aspecto sucio. Estás mucho mejor así. ¿Verdad, Kaylee?

—¡Sí! —dijo ella—. La barba de papi me hace cosquillas.

—A mí me gusta mi barba —respondí de manera tajante. ¿Por qué le importaba cómo llevase la barba?—. He tenido que afeitármela para la misión porque Archer dice que sobresaldré demasiado en la ciudad con ella. En cuanto hayamos acabado aquí, me la volveré a dejar.

—¡Ah! Vale. —Trish dudó y luego añadió—: Esta misión es peligrosa, ¿no?

—Cruzar la calle es peligroso.

—Ya sabes a lo que me refiero. Corréis mucho riesgo. Uno mucho más grande que trabajando como agentes de seguridad para la conferencia para la paz y enseñándoles a unos ucranianos a cómo usar lanzacohetes.

—Ya hemos aceptado misiones peligrosas antes —respondí con cuidado.

—¿Como Praga?

Intenté disimular mi sorpresa, pero seguramente no lo logré. No se me daba bien ocultar mis emociones, a diferencia de Archer o Jordy.

—¿Qué sabes de Praga?

Se inclinó hacia delante, con lo que le quedó algo de escote a la vista.

—No mucho. Nadie me quiere contar nada.

Me esforcé en que no se me desviara la mirada hacia abajo. No tenía una región del pecho muy generosa, pero lo que había era de buenas proporciones.

—Por una buena razón.

—¿Qué pasó? —Me dedicó una sonrisa sexi—. Vamos, Estás aquí sentado, en casa, aburrido. —Puso las manos sobre los auriculares de Kaylee para que no oyera lo que dijo a continuación—: Yo también me aburro. Y me gusta escucharos hablar de lo que hacéis. Incluso sobre las misiones con las que no estoy de acuerdo. ¿Qué pasó en Praga?

Quería decírselo. Me di cuenta de que quería hacer cualquier cosa para hacerla feliz. Me sonreía y se inclinaba hacia delante de tal forma que me dejaba su escote a la vista y seguro que sabía qué hacía. ¡Y, maldita sea, funcionaba! Me sorprendí inclinándome hacia ella y abriendo la boca para responder.

Me contuve. Justo a tiempo. «Si dejo que Trish me afecte así, no soy mejor que Jordy o Archer».

—Lo que pasa es que no deberías meter las narices dónde no te llaman, joder —le contesté.

Ella retrocedió.

—Oye...

—Estás aquí para hacer un trabajo. Para cuidar a nuestra hija. Tienes suerte de que te hayamos contado algo de nuestras misiones, por no hablar del pasado. Ya es hora de que aceptes tu papel y te ocupes de lo tuyo. No formas parte de esta familia. Tú estás fuera. —Agité la mano alrededor de la mesa—. Todo esto, con nosotros tres, Kaylee y tú, solo es temporal. Acabará cuando la misión termine y todos volvamos a casa. Ya viene siendo hora de que lo recuerdes.

Trish se estremeció como si la hubieran golpeado y, durante unos segundos, me sentí culpable por lo que había dicho. Había sido demasiado duro. Siempre era demasiado duro con la gente que no pertenecía a la familia. No era fácil bajar la guardia. Pero luego deseché esa culpa tan fácilmente como pañuelo de papel. No le debía nada a esa mujer. Solo era la niñera.

Antes de que empezara a discutir, me levanté y me fui a mi habitación. No intenté detenerme, aunque no sé por qué esperaba que lo hiciera. Abrí el portátil y consulté mi correo electrónico, como si fuera diferente del que tenía en el teléfono. Seguía sin haber noticias de Kadyrovic. Según lo último que sabíamos, estaba en Volgogrado para algún tipo de reunión estratégica.

Mientras le daba al botón de actualizar el navegador, me sentí molesto. Sobre todo con Trish por entrometerse, pero también conmigo mismo. No sabía por qué me afectaba así. Normalmente, se me daba bien apartar a la gente sin que me sacara de quicio. Debería haber podido mantener las distancias con ella, como con cualquier otra persona con quien me había cruzado en la vida. Sobre todo, como con cualquier otra mujer.

«Hace demasiado tiempo de lo de Karina», pensé. «He olvidado cómo es que me traicionen».

Sin embargo, mientras oía las risas de Trish y Kaylee en la otra habitación, me asaltó el deseo de querer acercarme a ella. Abrirme, aunque fuera solo un poco. Romper un pedazo de mi alma y compartirlo con ella para ver si lo aceptaba. «Todo esto es temporal», me recordé. «Y, aunque, no lo fuera, no puedo abrirme. Solo me llevaría al sufrimiento».

Le di a actualizar el navegador por enésima vez y solté una palabrota dedicada a Archer por obligarme a quedarme en casa.

**Trish**

—Papi acaba de decir una palabrota.

Miré por el pasillo hacia la puerta del dormitorio que Harrison había cerrado de golpe.

—Es verdad.

—A veces dice palabrotas —dijo—. Intenta no hacerlo cuando estoy cerca, igual que todos los papis. Pero Harrison tiene una voz muy fuerte y a veces lo oigo.

Me reí entre dientes.

—Sí que tiene una voz fuerte, ¿no?

—¡Por eso le quiero! —dijo feliz—. ¿Has conseguido más hierro? Tenemos que mejorar las herramientas.

—Ay, lo siento —dije mientras volvía a centrarme en mi ordenador. Kaylee se tomaba el Minecraft muy en serio.

Mientras volvía a ponerme con en el juego, pensé en lo que Harrison me había dicho. «Tú estás fuera. Esto es temporal».

Superficialmente, sabía que era cierto. Era en lo que había intentado no pensar desde que nos habíamos ido de Wilmington. Sin embargo, que me lo dijera tan directamente, como si contara los días que faltaban para que me fuera, me dolió de una manera que me sorprendió. Desde que había empezado a trabajar de niñera para Kaylee, Harrison había dejado muy claro que yo no le caía bien o que no estaba de acuerdo con que yo estuviera allí. Por lo tanto, sus comentarios no fueron del todo inesperados.

Aun así, en cuanto dijo eso, tuve que esforzarme por contener las lágrimas. «¿Por qué me importa tanto lo que él piense? No estoy con él del mismo modo que con Archer y Jordy».

El trabajo estaba a punto de terminar. Estábamos en la tercera misión de un total de tres. Y, cuando terminaran, dejaría de ser su niñera. Vale que iban a ser muy generosos y me darían varios meses de paga extra, pero tendría que volver a buscar un empleo nuevo. La idea me deprimía y no solo porque significara que volvería a empezar de cero. Me entristecía dejar a Kaylee y a los chicos.

Me pregunté qué pasaría cuando todo acabara. ¿Seguiría saliendo con Jordy o con Archer? ¿O con los dos? Aunque ellos quisieran, no estaba segura de que fuese a ser una decisión acertada. En mi perfil de niñera, decía que estaría dispuesta a mudarme por el trabajo adecuado. Me podían enviar a cualquier parte. Quedarme en Wilmington para salir con uno de ellos, o con los dos, limitaría mis oportunidades. No quería volver a priorizar una relación por encima de mi profesión.

«Relación», pensé burlándome de la palabra. «Ahora mismo, ni siquiera sé si eso es lo que

tenemos. Nos acostamos, que está muy bien, pero luego nos pasamos el resto del tiempo fingiendo que no hay nada entre nosotros».

Lo que tenía con Jordy y Archer, fuera lo que fuera, hacía que sintiera un gran cariño por ellos. Incluso por Harrison, a pesar de todos sus defectos. Miré en dirección a su habitación, donde la puerta estaba cerrada. Sin la barba, tenía una mandíbula fuerte y cuadrada. Parecía que tuviese una piel suave y clara, salvo por la cicatriz que le cruzaba el rostro por debajo del ojo, que ahora le sobresalía más. Y, sin la barba desaliñada, su pelo castaño rojizo tenía un aspecto más limpio y ordenado. Me recordaba a alguien famoso, aunque no acababa de caer en quién.

Kaylee y yo llamamos al conserje para pedir que nos trajeran el desayuno, a pesar de ser algo tarde. Como Archer me había indicado, le dije que dejara la comida fuera porque nos preocupaba la COVID. Cuando la comida llegó, eché un vistazo por la mirilla y esperé a que el repartidor se hubiera ido hasta el final del pasillo antes de abrir la puerta. Mientras me llevaba el carrito hacia dentro, me saludó desde el otro extremo del pasillo.

—¡Que aproveche, señora! —dijo con un acento exótico.

Acompañó sus palabras con una reverencia antes de desaparecer en el ascensor. «Qué hombre más simpático», pensé. Era un detallito, pero aquella interacción hizo que me sintiera más a gusto allí.

Ya nos habíamos comido la mitad de los gofres cuando Harrison por fin salió de su cuarto. Caminó despacio y un poco encorvado, lo que me recordó a un oso que acabara de salir de hibernar. Se sentó en la silla junto a Kaylee y se aclaró la garganta.

—Siento lo de antes —gruñó.

—¿El qué? —preguntó Kaylee.

—He pedido los estribos. Y he dicho una palabrota.

—No pasa nada —respondió ella—. No me importa que digas palabras malas. A veces, me enfado cuando estoy jugando a mi juego y se me acerca un Creeper.

Harrison me miró un segundo. Tenía los ojos como esmeraldas brillantes, que eran aún más impresionantes gracias al rostro bien afeitado.

—No se lo digas a papi Archer, ¿vale?

Kaylee soltó una risita.

—¿Por qué no? ¿Te meterías en problemas?

—Puede.

—Prometo que no se lo diré —dijo Kaylee—, pero tienes que disculparte con Trish.

Volvió a fijar sus ojazos verdes en mí.

—Eso iba a hacer. Siento haber perdido los estribos, Trish.

—No tienes por qué disculparte —respondí secamente.

—¿Volvemos a ser todos amigos? —preguntó Kaylee.

—Nunca hemos dejado de serlo —le dije.

Ella asintió con la cabeza de manera enfática.

—Bien.

Harrison sonrió. Tenía una sonrisa encantadora ahora que podía verle los labios.

—¿Te has terminado los gofres? ¿Por qué no te vas a jugar para que Trish y yo podamos hablar a solas?

Ella se metió un último bocado en la boca y salió corriendo. Harrison la miró mientras se iba. Nos quedamos los dos solos. Él se acomodó en la silla y yo fui muy consciente de lo cerca que estaba de mí. Tenía un aura peligrosa, pero rebosaba un nuevo tipo de energía. Me daba la sensación de que, si nos rozábamos con los codos, pasaría una corriente electrizante entre ambos. Era casi sexual, aunque sabía que no podía serlo.

—Sobre Praga... —empezó a decir.

Me apresuré a negar con la cabeza.

—No debería haberte preguntado por ello. Estaba...

Él levantó una mano para detenerme.

—Fue hace unos años. Nuestro contrato consistía en reunir pruebas sobre un individuo, Anton Novak, y detenerlo y transportarlo a Alemania para que lo juzgaran. No me mires así: era un mal tipo. Un traficante sexual. Un pedazo de mierda despreciable. Pasamos tres semanas allí, siguiendo a ese tipo, anotando sus movimientos e informando a superiores. A Novak le gustaba un club de stripteas. Iba allí todos los días para el almuerzo y, luego, volvía por la noche. Debido a eso, también nos convertimos en visitantes habituales. Y mientras esto sucedía... empecé a verme con alguien.

—¡Harrison! —dije con una pizca de burla—. ¿Te enamoraste de una stripper?

Se echó hacia atrás.

—¿Qué? Joder, no. Tengo cierto criterio.

—Ah, perdona.

—Fue la gerente del club de stripteas de quien me enamoré —explicó—. Karina.

Le salió el nombre de la lengua, cargado de connotaciones. Mantuvo el rostro impassible, tanto como de costumbre, pero me di cuenta de que no era una conversación fácil para él.

—Karina y yo tuvimos un rollo. Era solo sexo. Nada más. —Lo dijo enfáticamente, como si se lo estuviera discutiendo—. Hasta que se convirtió en algo más. Se convirtió en un amorío en toda regla. El peor error que he cometido en la vida. —Negó con la cabeza—. No me puedo creer lo estúpido que fui.

—¿Dejaste que afectara a la misión?

—Peor —respondió—. Karina trabajaba para el tipo al que perseguíamos. Me estaba engañando. Y no me di cuenta. Cuando por fin reunimos suficientes pruebas y llegó el momento de secuestrar a Novak y llevarlo a Alemania, Karina me tendió una trampa. Me drogó. Tengo una alta tolerancia, así que no me dejó tan fuera de juego como ella esperaba, pero casi funcionó. —Se tocó la cicatriz de la cara—. Karina se escapó y yo me quedé con esto de propina.

—¿Y el objetivo? ¿Anton Novak?

—Él también se escapó —dijo con pesar—. Detuvimos a sus dos hermanos, pero no a Novak en sí. Él era el que importaba de verdad. Es el mayor fracaso de nuestra vida profesional. Lo peor es que Novak sigue ahí fuera, en alguna parte, pero nadie sabe dónde y eso es porque no hicimos nuestro trabajo. Jordy aún se siente mal por todo el asunto porque él también andaba distraído por una chica con la que se escribía en Estados Unidos. Pero mi error fue lo que nos jodió de verdad. Casi morimos. Peor aún, casi perdimos nuestra posición en la Empresa Mathos.

Los tres tuvimos un momento parecido a una revelación y juramos que no volveríamos a repetirlo.

»¿Y qué va y hace Jordy? —Extendió las manos—. Te trae para que cuides de Kaylee. Y luego los dos empezáis a jugar al teto, de tú te agachas y yo te la meto, por la noche cuando creéis que todos dormimos. —La metáfora era tan basta que se me escapó la risa—. Y entonces va y se os une Archer. Archer, el tipo cuyo mejor punto a favor es que suele ser sensato. Mira, no te juzgo. Sois adultos y todos consentís, así que haced lo que os venga en gana. Yo me dejaría llevar si se diese la situación contraria y a mí me tocase compartir el apartamento con tres animadoras de los Dallas Cowboys, pero...

—Pero preferirías que yo no estuviera aquí —le interrumpí, terminando la frase por él—. Lo entiendo.

Harrison negó con la cabeza.

—No. Ya no. Me alegro de que estés aquí. Haría cualquier cosa por Kaylee. Y me refiero a cualquier cosa. Mataría por mi hija. Moriría por ella. Y, tras veros juntas, me da la impresión de que tú también harías lo que fuera por ella. Con eso ya me caes bien. Pero tenerte aquí y ver lo que estás haciendo con Archer y Jordy... —Se encogió de hombros—. Me trae malos recuerdos. Eso es todo. Así que lo siento por haberme portado como un capullo.

Respiró hondo y suspiró. Parecía que la conversación le había llevado mucho esfuerzo. Pensándolo bien, nunca le había oído hablar tanto. Me habría dicho más en esos cinco minutos que en las últimas cinco semanas.

—Yo también lo siento —dije—. Todo eso es horrible. No me extraña que no te abras mucho.

Me acerqué y le puse una mano en el brazo. Intentaba confortarlo. Tenía la piel cálida y el bíceps tras ella tan duro como el suelo de mármol del ático. Durante un breve segundo, sentí como si una corriente electrizante pasara entre los dos. Entonces, miró la mano que había posado en su brazo y se apartó de repente.

—No me estoy abriendo. Solo te estoy diciendo lo que querías saber. Te he contado el contexto. —Golpeó la mesa con un dedo grueso—. Esta misión es peligrosa. Me da mala espina. Así que diviértete con mis compañeros, haced lo que queráis, pero no te entremetas en el encargo. Cuando las cosas se pongan peliagudas, tienes que apartarte y dejar que hagamos nuestro trabajo sin convertirte en un lastre. ¿Entendido?

Me clavó la mirada esmeralda con intensidad. Esperaba mi respuesta. Asentí con la cabeza.

—Lo intentaré.

—Bien.

Ladeé la cabeza.

—¿Estás seguro de que se trata de eso? ¿De que no me entremeta en vuestro trabajo?

Harrison parpadeó despacio.

—¿De qué otra cosa podría tratarse?

—¿No será que te sientes excluido? —No sabía por qué se lo preguntaba, pero era demasiado tarde para cambiar de opinión, así que seguí—. ¿Seguro que no estás... celoso?

Soltó una carcajada para demostrar lo ridícula que era esa idea.

—No. No estoy celoso. —Me miró un segundo con los ojos chispeantes—. A diferencia de a ellos dos, a mí no me gusta compartir.

Harrison se levantó bruscamente y volvió a su habitación, con lo que me quedé sentada en la mesa sola con mi gofre a medio comer.



Trish

Esa noche, durante la cena, Jordy y Archer nos entretuvieron con historias sobre su día fingiendo dirigir una empresa de turismo en helicóptero en Bakú. Habían llevado a cabo tres vuelos diferentes, en uno de los cuales se había subido una celebridad rusa de TikTok de la que ninguno habíamos oído hablar, pero que, al parecer, tenía más de diez millones de seguidores. Jordy se quejó de lo difícil que era encargarse de la recepción porque la clientela tenía le hacía muchas preguntas sobre la ciudad que él no sabía responder.

—Sabrías qué responderles si te hubieras dedicado a leer el informe que elaboré a conciencia para que te prepararas —le contestó Archer con sequedad.

—¡Tenía sesenta páginas! —se quejó Jordy mientras miraba a quienes estábamos en la mesa en busca de compasión—. ¿Por qué escribiste tanto?

—Porque un guía turístico tiene que saber toda esa información. —Archer negó con la cabeza—. Por suerte, solo te encargas de la recepción y soy yo el que pilota el helicóptero y da la visita guiada de verdad. Y yo sí que me he leído el informe.

—No parece que estéis fingiendo dirigir una empresa de visitas guiadas en helicóptero —dije—, ¡es como si dirigierais una de verdad!

—Debo admitir que es bastante divertido —dijo Archer—. Una pena que no sea en una ciudad más interesante.

—¿Qué tal ha ido con el... —Harrison se interrumpió mientras miraba a Kaylee— helado de palito?

Jordy parpadeó.

—¿El helado de palito?

—Sí. O sea, el grande que tenéis que guardar en el helicóptero. Para los invitados potenciales.

—Ah. —Jordy abrió los ojos de par en par—. ¡Ahh! Ha sido asqueroso. He tenido los ojos cerrados todo el tiempo.

—Por eso casi vuelca la camilla —murmuró Archer—. ¡Menudo profesional!

—¿Por qué es asqueroso el helado de palito? —preguntó Kaylee.

—Tenía sabor a uva —respondió Harrison.

La niña hizo una mueca.

—¡Puaj!

—¡Eh, que a mí me gusta la uva! —dije.

Kaylee me sacó la lengua.

—¡Qué asco!

—¿Qué os pasa con las uvas? —Los miré a todos en la mesa—. Es un sabor de lo más normal.

Jordy soltó una risita mientras comía.

El ático tenía tres dormitorios en un pasillo y dos en el otro. Kaylee y yo teníamos los dos dormitorios cerca el uno del otro, por si necesitaba algo en mitad de la noche, pero las paredes no eran muy gruesas, así que los chicos y yo nos metimos en uno de los dormitorios del otro lado del apartamento.

La primera noche, Jordy decidió no acompañarnos porque aún le dolían sus partes del accidente. Archer y yo disfrutamos de pasar algo de tiempo los dos solos y, como la última vez, nos metimos en la cama y nos envolvimos el uno al otro mientras hacíamos el amor. Contemplé su hermoso rostro mientras me penetraba lo bastante fuerte como para impeler mi cuerpo sobre la cama. Estar con él era tan maravilloso como con Jordy, pero completamente distinto de una forma que no podía comprender. Le rodeé el rostro con las manos, apreté mis músculos internos en torno a su miembro lo más posible y gocé con ver su placer mientras se corría dentro de mí.

A la noche siguiente, Jordy seguía receloso sobre el estado de sus partes, pero lo convencí con algunas miraditas sensuales y movimientos sugerentes. Cuando nos fuimos a su dormitorio, lo traté con sumo cuidado mientras le pasaba las uñas por el miembro y se lo acariciaba con ternura. No debió de dolerle porque, cuando por fin los dos empezaron a penetrarme por turnos, cambiándose cada dos minutos o así como solíamos hacer, Jordy no se contuvo en absoluto. Tenía el pene grueso, duro y ávido por tomarme, como siempre.

—Sabía que podríamos convencerte de que volvieras a unirme a la diversión —dije mientras los tres nos acurrucábamos en la cama después. Era una cama doble, así que teníamos que estar muy apretujados para caber.

—Utilizaste un argumento muy persuasivo —susurró Jordy.

—¿Qué argumento? —preguntó Archer—. Lo que yo vi es que Trish te guiñaba un ojo y te rozaba el muslo después de cenar.

—Con eso ya basta —dijo Jordy alegremente—. Soy un hombre sencillo.

—Supuse que te habrían dado celos —dije— al saber que Archer y yo nos divertíamos sin ti.

—Eso me tentó —respondió Jordy—, pero no me han dado celos.

—¿En serio?

Negó con la cabeza, con lo que me frotó el brazo con su pelo castaño.

—Por raro que parezca, no. Archer y yo tenemos una buena amistad. Durante los últimos ocho años, lo hemos compartido casi todo. ¿Por qué no compartir a una mujer también?

—Sigue sin gustarme la idea de compartir el baño contigo en casa —dijo Archer a mi otro lado—. Solo hay un lavabo y dejas tus productos para el pelo por toda la superficie.

—Hay que esforzarse mucho para tener este aspecto divino. —Jordy levantó la cabeza y meneó el cabello, como una supermodelo en un anuncio de champú—. Pero no, no tengo nada de celos. Mientras sea yo el que te guste más, claro.

Hice una mueca.

—¡Ah! Bueno, en realidad, ahora que lo mencionas...

Archer se rio a carcajadas. Jordy puso carita de cachorrito triste, aunque sabía que era una broma.

—Me alegro de que esta sea la última misión —dije. No era una manera muy elocuente de cambiar de tema, pero hacía tiempo que quería preguntarles por eso y no había habido un momento mejor—. ¿Sabéis qué vais a hacer cuando haya terminado?

—Volveremos a Wilmington —respondió Jordy—. Descansaremos, quizás aceptemos algunos contratos fáciles. Tendremos el lujo de ser selectivos después de cómo nos pagarán por este viaje.

—Me gustaría tomarme unas vacaciones de verdad —contestó Archer con tono pensativo—. Viajar a algún sitio por diversión, no por trabajo. Tal vez una isla, como las Azores.

—Eso sería genial. He oído hablar bien de Ibiza.

Archer se apoyó sobre un codo.

—Querrás decir Eivissa.

Jordy soltó un resoplido.

—No, amigo, la isla de la que hablo se pronuncia con una «z». Está en el Mediterráneo. Creía que la conocerías.

—La conozco —respondió Archer secamente—. La visitamos cuando yo era niño. Y su nombre oficial es Eivissa.

—Ya claro. —Jordy puso los ojos en blanco—. Como si me la fueras a colar con eso.

—No es broma, de veras que ese es su nombre oficial.

—Yaaa, lo que tú digas.

Mientras los dos discutían, suspiré. Me había referido a qué pasaría con nosotros cuando terminara la misión. A nosotros, incluida yo. Pero estaba claro que no era algo en lo que pensarán. «¿Y eso es bueno o malo?».

**Trish**

Bakú era una ciudad interesante. Allí se mezclaban la arquitectura y cultura tradicionales con una creciente industria de alta tecnología. Mientras Kaylee y yo caminábamos hacia el mercado, me pregunté si la mayoría de las ciudades antiguas serían así. Estambul tenía un aspecto totalmente distinto y Oslo era más moderna en general.

Visitar el mercado fue más que nada una excusa para salir y estirar las piernas. No teníamos que comprar muchos alimentos, ya que el servicio de habitaciones del hotel nos servía las mejores comidas que había probado en la vida. Tenían un menú extenso y muy variado, y todo estaba exquisito. Puede que esa fuera solo mi opinión, como alguien que venía de un pueblo sin haber visto mucho mundo antes, pero eso no le quitaba mérito.

Todos los días nos servía la comida el mismo botones simpática. Tenía unos treinta años, el pelo oscuro, algunas pecas y una sonrisa perpetua que parecía de lo más sincera. Siempre dejaba el carro con la comida frente a la puerta y se apresuraba a alejarse por el vestíbulo para dejarme el mayor espacio posible. Después de la tercera entrega, empezó a incluir una pequeña toallita desinfectante en el carrito.

—¡Si les preocupan los recipientes, usen las toallitas para limpiarlos antes de comer! —gritó por el pasillo—. ¡Queremos priorizar su seguridad!

Kaylee empezó a venir conmigo a recoger la comida porque le gustaba sentirse útil. El botones siempre la saludaba y a veces le ponía caras divertidas, así que Kaylee empezó a reírse cada vez que lo veía.

Mientras tanto, yo mantuve las distancias con Harrison. Desde que se había abierto conmigo, lo que claramente había hecho, dijera lo que dijera, parecía haberse puesto a la defensiva, más de lo habitual. Lo habría aceptado como parte de su forma de ser, pero contrastaba mucho con la manera tan cariñosa en que se comportaba con su hija. Cuando no estaba revisando los informes de inteligencia que le enviaban cada hora, se pasaba el día jugando con Kaylee. Tumbaba su cuerpo musculoso en el suelo y jugaba al K'nex con ella. La escuchaba hablar de todos los entresijos de su mundo de Minecraft con paciencia, incluidas explicaciones sobre cómo había que luchar contra las arañas. A su lado, era un grandullón afable, algo que me enternece y hacía que lo mirase con otros ojos.

Un día, yo estaba sacando toallas del armario del pasillo cuando él salió del cuarto de baño. Acababa de ducharse y solo llevaba una toalla alrededor de la cintura. Tenía la piel empapada de gotas de humedad y tuve que esforzarme por no quedarme mirándolo. «No es tan esbelto como los otros dos, pero sin duda es más grande», pensé. «Más potente».

Me di cuenta de que le cortaba el paso en el pasillo, así que me aparté deprisa y me disculpé con un balbuceo. Harrison me dedicó una sonrisita de superioridad y dijo:

—Es tu turno.

—Yo ya me he duchado esta mañana —le respondí.

Él soltó otra risa y se fue hacia su habitación, con lo que me dejó confusa sobre qué habría querido decir con eso.

Me llevó un día entero caer en ello. Caminaba por el pasillo después de acostar a Kaylee para la siesta cuando noté algo raro en el tablero de ajedrez. Yo había movido uno de los peones blancos... ¡y me encontré con que un peón negro había avanzado dos casillas! «No será esto a lo que se refería Harrison», pensé. «¿O sí?».

Moví otra pieza y me relajé en el sofá para leer un libro. Harrison salió de su habitación, se preparó un bocadillo en la cocina y volvió a desaparecer. Sin embargo, durante unos segundos, pareció que se detenía. En cuanto oí que cerraba la puerta, me levanté de un salto y fui de puntillas al pasillo. Un caballo negro había pasado a la tercera fila.

Nos pasamos el resto del día jugando así. Harrison iba a la cocina a por un tentempié, una bebida o a llamar por teléfono y, cada vez que pasaba, movía una pieza. Al final, me harté de tanto juegucito y puse el tablero de ajedrez sobre la mesa de centro del salón.

La siguiente vez que Harrison salió de su cueva, oí que se paraba en el pasillo. Al cabo de unos segundos, su enorme figura apareció delante de mí. Le devolví la mirada con una ceja arqueada.

Se sirvió un vaso de agua, colocó el puf al otro lado de la mesa y se sentó en él. Hizo su siguiente jugada y yo respondí con mi alfil. Harrison fue moviendo sus peones hacia adelante y yo contraataqué enrocando mi rey. No era una partida de ajedrez rápido, pero tampoco íbamos despacio. Planeaba sus movimientos con cuidado y de manera metódica. Al cabo de diez minutos, me di cuenta de que estaba en problemas. Cinco minutos después, dejó a mi rey atrapado en una esquina sin escapatoria.

—Bien jugado —dije mientras tumbaba mi rey en señal de derrota—. No creí que te gustara jugar al ajedrez.

—¿Por qué no? —preguntó.

Me encogí de hombros.

—No sé, eres más bien... —Me callé cuando me miró fijamente—. Bueno, no va con tu personalidad.

—O quizás no sabes cómo es mi personalidad porque has presupuesto cosas sobre mí —respondió mientras se levantaba.

Me quedé pensando en eso el resto del día. Por fuera, Harrison era bastante unidimensional: un soldado tosco y aguerrido que se enfurecía deprisa y se sentía cómodo con la violencia. Sin embargo, nunca me había parado a conocerlo de verdad, como lo había hecho con Jordy y Archer. En parte se debía a que había sido hostil conmigo desde el momento en que lo había conocido y, en parte, era culpa mía por no haber intentado llegar hasta él.

Me sorprendí aún más al día siguiente, cuando bajé a correr en la cinta del gimnasio del hotel. Al volver de allí, me encontré a Harrison y Kaylee sentados en el suelo del salón. Harrison tenía las piernas abiertas en V y su hija estaba sentada en medio mientras él le recogía el pelo rubio con maña en una única trenza espesa.

—¡Le estás haciendo una trenza a Kaylee! —exclamé.

Ambos me miraron sorprendidos.

—¿Por qué te sorprende eso? —dijo.

—Papi siempre me hace la trenza —explicó Kaylee—. Le sale mejor que a mis otros papis.

De repente recordé que Kaylee llevaba una trenza cuando la había conocido un mes antes, en su casa de Wilmington. Dijo que se la había hecho su padre, pero entonces había supuesto que se refería a Archer o a Jordy. Ni en un millón de años habría pensado en Harrison.

Cuando dejé de presuponer cosas sobre ese hombre, me empezó a parecer muy sexi, para mi asombro. Sin la barba, me atraía mucho. Sí, era algo de lo más superficial. No debería haber dejado que un pequeño cambio físico hiciera que pensara en él de una forma diferente, pero no podía evitarlo. Era como si hubieran quitado una caja de arena sucia de una casa preciosa. Le daba un aire totalmente distinto.

«Me pregunto cómo sería besarlo», pensé. «Comparado con cuando me besó con la barba».

Al hacer un esfuerzo, empecé a fijarme en más cosas de Harrison. Le gustaban las rutinas. Todas las noches, se servía un vaso grande de leche y se comía un paquete de galletas Oreo él solito. Por las mañanas, iba al gimnasio del hotel y hacía ejercicio durante dos horas. Y, a la hora de la comida, siempre tomaba lo mismo: dos sándwiches de mantequilla de cacahuete, untados a más no poder.

Solía comer después que Kaylee y yo, así que empecé a prepararle los bocadillos. El primer día salió de su habitación, miró el plato, y se hizo su propio almuerzo. Al día siguiente, cuando empezó a hacer lo mismo, me levanté y le planté cara.

—Una cosa es ser testaruda y otra cosa es desperdiciar la comida. Le estás dando un mal ejemplo a Kaylee.

Me daba miedo que fuera a enfadarse con el comentario, pero pareció que lo entendía. Se llevó el plato de sándwiches a su habitación y, a partir de entonces, aceptó mi ofrenda a diario. Lo consideré una victoria.

Además, jugábamos al ajedrez todos los días. Una única partida por la tarde, cuando Kaylee se echaba la siesta. La segunda vez me ganó, pero estuvo muy reñida. A la tercera gané yo después de que él cometiera un error y perdiera su dama antes de tiempo. La cuarta partida terminó en tablas.

Quería ir a por la revancha, pero al día siguiente Harrison iba de un lado para otro por su habitación. Cuando por fin salió a la sala de estar, se había vestido para salir: llevaba pantalones de camuflaje, una sudadera gris con capucha y gafas de sol.

—Me ha llegado información —dijo mientras tomaba uno de los sándwiches que le había preparado y le daba un mordisco enorme—. El objetivo está en Bakú. Me tengo que ir.

—¿Qué es ese objetivo? —le preguntó Kaylee mientras salía de su habitación.

—El objetivo de una cámara, la lente —respondió sin vacilar—. Me han dado trabajo en una tienda de fotografía. Espero poder volver para la hora de la cena.

—¡Vale! —Kaylee lo rodeó con los brazos y Harrison la levantó y le dio una vuelta. Ella chilló feliz hasta que él volvió a dejarla en el suelo.

—Hazle caso a Trish con todo —le ordenó y se dio la vuelta para marcharse.

—¡Espera! —gritó Kaylee—. ¡No le has dado un beso de despedida a Trish!

Harrison titubeó en la puerta.

—No necesitamos darnos un beso de despedida.

—Pero me dijiste que Trish y tú sois amigos. Y los amigos adultos se dan un beso de despedida. ¿Habéis dejado de ser amigos?

Harrison y yo intercambiamos una mirada. Nos había atrapado la lógica impecable de la niña de ocho años. Si nos negábamos, solo tendría más preguntas, sobre todo teniendo en cuenta lo que Archer, Jordy y yo hacíamos de puertas adentro.

—Adiós, Trish —me dijo Harrison, tras lo cual se inclinó para darme un beso.

Fue rápido. Un roce de sus labios contra los míos. Nos rozamos la nariz durante un breve instante. Fue suave e inocente.

Sin embargo, en ese momento nos recorrió una descarga electrizante a ambos. Se me empezó a acelerar el corazón y se me entrecortó la respiración. A Harrison le brillaron los ojos unos segundos y, luego, se dio la vuelta y salió por la puerta. Tras eso, me quedé inmóvil durante un buen rato. Algo se había encendido en mi interior.

«Eso responde a la pregunta sobre el beso», pensé mientras volvía hacia la sala de estar. «Es mucho, muchísimo mejor sin barba».

31



Trish

No pude dejar de pensar en el beso durante el resto del día. No debería haber sido tan sensual ni debería haberme excitado tanto. Pero así fue, y me puso, y no tenía remedio.

Harrison volvió esa noche y se mostró reservado sobre lo que había hecho ese día. Jordy, Archer y él se sentaron y hablaron en voz baja cuando llegaron. Estaba claro que aún no habían asesinado a su objetivo. Empecé a preguntarme cuándo ocurriría y cuánto tiempo esperarían para ello.

El único momento en que no pensé en el beso fue cuando me acosté con mis otros dos hombres aquella noche. Jordy me inclinó sobre la cama y me tomó desde detrás al tiempo que Archer se sentaba en el borde del colchón y me guiaba la cabeza hacia su pene. Esa noche no variamos la postura, ya que a los tres nos encantaban las sensaciones y alcanzamos el orgasmo deprisa uno tras otro.

Sin embargo, en cuanto terminó, empecé a preguntarme cómo sería Harrison en la cama. ¿Me sorprendería tratándome con ternura o sería un empotrador? La idea de que me lo hiciera a lo bruto me produjo un escalofrío sexi y esa noche mis sueños estuvieron llenos de fantasías nuevas que implicaban a una persona más.

Al día siguiente, Harrison se marchó por la mañana con los otros dos. El beso fue un poco más largo que el primero y con menos de teatro. Al tercer día, Harrison se quedó en el ático hasta la hora del almuerzo, momento en el que se marchó para ir a espiar al objetivo. Esta vez, Kaylee solo nos miró de reojo desde la sala de estar mientras nos despedíamos.

Harrison me rodeó la mejilla con una mano y apretó sus labios contra los míos, ante lo cual yo cerré los ojos y me dejé llevar por él. Mucho después de que se fuera, me sentí como si no pesara nada, como si flotara por el hotel sobre nubes. No cabía duda de que había algo entre nosotros. Algo intenso. Incluso la forma en que me miraba había cambiado.

Sin embargo, me sentía mal por la situación. Ya me veía con dos hombres, y eso ya iba a acarrear preguntas y complicaciones por qué pasaría cuando todos volviéramos a casa. ¿Y me había dado por pensar en un tercero? Me sentía egoísta, como una niña rica con la que había ido al colegio cuyo padre le compró un establo y un poni, pero luego ella insistió en que quería otro caballo más. Después de preparar a Kaylee para que echara la siesta, me entraron ganas de tener a alguien con quien hablar de todo eso.

Entonces, caí en la cuenta de que sí que tenía a alguien con quien hablar.

—¡Trish! —dijo Lisa cuando respondió al teléfono—. ¡Ya era hora de que me llamaras!

—No es demasiado temprano por donde estás, ¿no? —pregunté.

—Estoy sentada en el balcón, tomándome mi café de la mañana —respondió—. Este es el momento perfecto para llamar. ¿Qué tal están Rubio y Moreno?

—Jordy y Archer, que tienen nombre, están bien.

—Ah, seguro que están bien. ¡Bien buenorros! ¿Seguís divirtiándoos en la cama?

Me reí entre dientes.

—¡Si yo te contara! ¿Te acuerdas de aquella chica que conocimos en el primer año de universidad, la que se acostó con un montón de chicos de nuestra planta? Creo que la juzgamos demasiado. Créeme, Lisa, los tríos son divertidísimos.

Hubo una larga pausa al teléfono. Empecé a preguntarme si la llamada se habría desconectado.

—¿Te estás montando tríos? —me preguntó Lisa en voz baja—. ¿Con Rubio y Moreno?

Solté un grito ahogado.

—¡Ahí va! ¿Aún no te lo había dicho?

—¡No, no me lo habías dicho! —respondió ella casi a gritos al teléfono—. Mierda. Acabo de gritar tan fuerte que he asustado al gato del vecino. Casi se cae por el balcón. Pero no, ¡no me lo habías dicho! ¿Cuándo ocurrió? ¡Cuéntamelo todo!

Me remonté unas semanas y le expliqué todo desde el principio: que jugamos a Verdad o Trago y que así había sido como nos habíamos enterado de que la fantasía favorita de Jordy era hacer un trío con una mujer y otro hombre. Lo que se suponía que iba a ser una única noche de diversión se había convertido en algo habitual, como el postre al final de cada día del viaje. Y, entonces, le conté que Archer y yo también nos habíamos acostado los dos solos.

—Lo siento mucho —dije al final—. Sé que le tenías el ojo echado a Rubio. O sea, Archer. Pero, al parecer, yo le gustaba a él. Y, ahora... ¡Ah, ni siquiera puedo decirlo! Soy una amiga horrible, ¿no?

—Eso quedará apuntado para la historia —respondió Lisa—, pero, por suerte para ti, no me disgusta.

—¿En serio? ¿No te disgusta?

—Puede que ayude el hecho de que he empezado a salir con alguien —dijo como si nada.

—¡Qué! ¿Con quién sales? ¿Vais en serio?

—Con Brent, del trabajo. El bombón que se sienta junto a la impresora. Aún no es nada serio, pero podría serlo. Vale, ¡ya basta de hablar de mí! ¡Cuéntamelo todo de tus aventuras!

—Bueno, tristemente no puedo decirte dónde estamos —empecé a decir.

Lisa exhaló con impaciencia.

—No me importa en qué país estés. ¡Me refiero a tus aventuras sexis!

Miré hacia la habitación de Kaylee, pero bajé la voz de todos modos.

—Los tres lo hacemos casi todas las noches...

Me pasé unos minutos dándole suficientes detalles para satisfacer su curiosidad. Entonces, mencioné que Archer había crecido en una familia grande y poco convencional de gente poliamorosa.

—No me extraña que le parezca bien compartirte con Moreno. Me pregunto si a Brent le pondrá algo de sexo poco convencional. Hasta ahora ha sido un poco reservado en la cama, pero me da que se está conteniendo. Cuando volváis, si te pones enferma a mí no me importará

tomarte el relevo. ¡Ah, o si estás muy cansada! Seguro que te dejan agotada.

—Cuando volvamos... En realidad esa es una de las cosas que me preocupan —le expliqué—. Luego te cuento más de eso. Ahora mismo, tengo un asunto más urgente. Está empezando a gustarme el tercer chico de su grupo. Harrison.

—Creía que era... ¿Cómo lo dijiste? Un greñudo que siempre está de morros.

—Sí, bueno, y lo era —respondí—, pero se ha afeitado la barba y, ahora, no sé...

—¿Has cambiado de opinión por completo porque ya no tiene barba? ¡Vaya, y luego dices que la superficial soy yo!

—¡Ya lo sé! —exclamé—. ¡Es una tontería! Pero ahora tiene la cara suave y me recuerda a un Damian Lewis aún más sexi y se está empezando a abrir conmigo. Por dentro es un buenazo. Juega al ajedrez. Y, el otro día, le pillé haciéndole una trenza a Kaylee.

—¡Qué cuco! —exclamó Lisa con arrullo—. Me encanta cuando un hombre es cariñoso con su hija, que deje la masculinidad tóxica de lado para jugar a las muñequitas con ella.

—¿Y qué hago? —le pregunté.

—¿No es obvio? —dijo Lisa—. Tienes a dos machotes de impresión en los que concentrarte. No te cargues la dinámica añadiendo un tercero. Por tentador que sea.

Oí un ruido que provenía del pasillo y la puerta de Kaylee crujió al abrirse.

—Tienes razón —suspiré—. Disfrutaré de lo que tengo. Tengo que irme, Kaylee se acaba de despertar de la siesta.

—¡Será mejor que me traigas un montón de souvenirs! —dijo Lisa—. Lo de que te perdone por montártelo con Rubio dependerá de lo buenos que sean mis regalos.

—¿Es un soborno? —dije.

—No es un soborno —bromeó—. ¡Es amistad!

Ayudé a Kaylee a vestirse y le pregunté si quería ir al mercado para ayudarme a comprar recuerdos para mis amistades y mi familia. Al instante, todo rastro de sueño desapareció y Kaylee estuvo brincando de entusiasmo. Mientras cruzábamos el vestíbulo, Kaylee señaló el mostrador de la recepción. El botones simpático estaba allí, enseñándole a otro cliente algo en un mapa de la ciudad. Nos vio y enseguida le hizo una mueca a Kaylee antes de volverse hacia el hombre al que estaba atendiendo.

El mercado de Bakú estaba a unos pocos minutos a pie del hotel. Era una plaza abierta con puestos cubiertos donde los comerciantes vendían sus artículos. La mitad del lugar estaba lleno de tenderetes de alimentos mientras que en la otra mitad se ofrecían recuerdos para turistas. Llevé a Kaylee de la mano en esa última dirección mientras pensaba en lo que Lisa me había dicho.

En el fondo, sabía que era ridículo estar pensando en un tercer chico cuando ya tenía a dos en la cabeza. De hecho, no solo en la cabeza, sino también en el cuerpo. Tenía algo con ellos muy activamente, casi cada noche. Debería haberme centrado en averiguar cuál de ellos me gustaba más, una tarea imposible en ese momento, en vez de pensar en un tercer hombre.

Aun así, no podía dejar de pensar en Harrison. Su energía silenciosa y mortal. El roce de sus labios con los míos. La actitud protectora con que trataba a su hija, un rasgo que despertaba mi instinto maternal y hacía que tomara nota de ello.

Me preguntaba qué hacer al respecto cuando una mano me agarró del brazo y me obligó a

girarme. Un hombre de dientes amarillos y rostro delgado me gruñó.

—Te tengo.



Harrison

El viento me revolvía el pelo mientras recorría Bakú en moto, zigzagueando entre el tráfico por las calles estrechas. Bastaría con que un conductor descuidado no me viera para que me estrellara contra el suelo o acabara como una mancha roja en el parabrisas de alguien, pero yo no pensaba en eso. Tenía una misión con objetivos muy claros. Podía permitirme el lujo de concentrarme en una sola cosa.

«Dos manzanas más», pensé mientras me situaba en el mapa de mi cabeza. «Si la información es correcta».

Llegué al cruce que buscaba y giré a la derecha. Allí, frente a mí, vi lo que buscaba. Un Mercedes-Benz negro. Era el mismo coche en el que habían llevado a Kadyrovic por la ciudad desde que había llegado. Dejé de pisar tanto el acelerador y me coloqué entre el tráfico como cualquier otro ciudadano de Bakú.

Seguí al coche de Kadyrovic durante otro kilómetro y medio antes de que el conductor parase el vehículo para dejarle salir. Paré en un bordillo como si nada, dejé la moto apoyada en la pared de un supermercado y lo seguí a pie. Me saqué una gorra de béisbol desteñida del bolsillo y me la puse, asegurándome de cubrirme bien los ojos. No parecía un azerbaiyano más, pero pasaba lo bastante desapercibido.

A Kadyrovic lo acompañaba un guardaespaldas mientras paseaba por un gran mercadillo abierto. Negué con la cabeza con aversión. Este tipo era uno de los perritos falderos de Putin, un criminal de guerra en todo menos en el nombre, y tenía los cojones de pasearse por ahí como un turista. Era un engreído. Arrogante, incluso. Se creía intocable.

Saqué la cámara, hice unas cuantas fotos del entorno y me mantuve a distancia mientras Kadyrovic iba de puesto en puesto. Compró un kebab a un vendedor y se lo fue comiendo a mordiscos mientras disfrutaba del lugar. El guardaespaldas no miraba a su alrededor para nada; apenas hacía su trabajo. En el primer día que nuestro objetivo había llegado a la ciudad, había supuesto que eso sería porque había otros hombres repartidos por el lugar que lo vigilaban para cubrirle las espaldas a Kadyrovic. No podía ser que su guardaespaldas personal tuviera una actitud tan despreocupada a menos que estuviera allí como vigilancia extra.

Pero no, no había ningún otro agente de seguridad con ellos. Lo había comprobado tras espiarlo durante varios días. Estaba solo con el guardaespaldas y un mar de gente corriente.

Volví a pensar en lo fácil que sería eliminarlo allí mismo, en ese preciso instante. Podría sacarme la pistola del bolsillo de la chaqueta, acercarme a ellos y acabar con sus vidas con un chasquido de los dedos. Ni siquiera me costaría mucho esfuerzo.

Sin embargo, Archer había sido muy claro sobre la misión: tenía que parecer un accidente. Ese era un requisito de quien nos había contratado. Sin no lo cumplíamos, no nos pagarían. Aun

así, eso no me impedía fantasear con ello.

Me había pasado la mayor parte de mi tiempo en el Ejército tocándome los huevos. Eso no lo enseñan en los anuncios de reclutamiento. Te pasas el día sin hacer nada, luego vas al entrenamiento una vez al mes, y entonces vuelves a no hacer nada. Y los momentos emocionantes, cuando los había, pasaban tan rápido que uno se los perdía si parpadeaba.

Me gustaba trabajar para un grupo de mercenarios como la Empresa Mathos porque elegíamos nuestras misiones. Éramos soldados de fortuna, contratistas militares. Pero, aun así, había un montón de tiempo en el que no hacíamos nada. Incluso en ese momento, mientras seguía en silencio a nuestro objetivo por un mercado, en realidad no hacía nada. Me daba envidia que Archer fuera el que acabara quitando a ese tipo de en medio.

Durante diez minutos, Kadyrovic fue un turista checheno ideal. Les sonreía a los vendedores. Regateó con un hombre antes de comprarle un sombrero, que le dio a su guardaespaldas y le obligó a que se lo pusiera. El agente de seguridad no se mostró muy contento, pero con eso no consiguió más que hacer que Kadyrovic se riera. Era un día muy aburrido y sin incidentes.

Entonces, Kadyrovic se giró y se metió por un callejón donde lo perdí de vista. Me apresuré a recorrer el mercado para verlo mejor, justo a tiempo de atisbar a mi objetivo, que entraba en una tienda de alfombras. El guardaespaldas se apostó delante y el tendero cambió el letrero de la puerta a «CERRADO». «¿Qué hace en una tienda de alfombras?», pensé. «¿Por eso ha venido a la ciudad?».

Pasaron dos minutos. Luego tres. Estaba apoyado en un puesto que vendía empanadas de carne picada y el vendedor empezó a quejarse de que estuviera allí. Me metí la mano en el bolsillo, saqué un puñado de monedas sin mirar y se las tiré por el mostrador sin apartar los ojos de la tienda de alfombras. De repente, al vendedor le encantó que estuviera allí e intentó darme uno de sus productos, pero con lanzarle una mirada, se fue directo al otro extremo del puesto sin decir ni una palabra más.

¿Qué hacía Kadyrovic allí dentro? Seguro que en la tienda pasaba algo importante. Por el rabillo del ojo, capté un movimiento que me llamó la atención y eché un vistazo. Trish caminaba por el mercado con mi hija de la mano.

No me esperaba verlas tan repentinamente. Trish miraba los souvenirs de un puesto y se los describía a Kaylee, que se ponía de puntillas para intentar verlos. Mi primera reacción fue entrar en pánico. Si me veían, a lo mejor me revelarían ante el objetivo. Me bajé la gorra hasta cubrirme los ojos.

Lo segundo en que pensé fue en lo hermosa que estaba Trish. Para una mujer que nunca había salido de Carolina del Norte antes, se la veía totalmente cómoda paseando por un mercado de Bakú. Últimamente pensaba mucho en ella. Siempre había sabido que era atractiva, pero ahora me parecía sexi. El cabello dorado se movía a su alrededor como un aura cuando negaba con la cabeza para rechazar lo que fuera que le ofrecía el vendedor del puesto. Llevaba unos vaqueros muy ceñidos que resaltaban sus piernas largas y aquel trasero en forma de manzana en el que me moría de ganas de clavar los dedos. Era superior a mí. En los besos que nos habíamos dado, aunque fuera por obligación, había habido una chispa innegable. No podía dejar de mirarla.

Negué con la cabeza y volví a centrarme en la tienda de alfombras. Necesitaba echar un polvo, solo era eso. Llevaba tres o cuatro meses a dos velas. No me gustaba pagar por sexo, pero

a lo mejor tendría que hacer una excepción en esa ciudad si la misión se alargaba.

«Yo lo que quiero no es a una *escort* cualquiera», pensé mientras la miraba un poco más. Gruñí en voz baja, lo que hizo que mi amigo vendedor diera un salto. Tenía que concentrarme en mi trabajo. Algo se movía en la tienda de alfombras, justo detrás de las ventanas. Por fin podía ver el interior del establecimiento. Levanté la cámara para mirar a través de la lente telescópica y vi que Kadyrovic le estaba entregando algo al tendero. Saqué unas cuantas fotos y bajé el brazo con la cámara. Lo que estuviera pasando dentro de esa tienda...

Por el rabillo del ojo, percibí otro movimiento que hizo que me girara. Allí estaba Trish, de pie en la entrada de un callejón, pero algo iba mal. Un hombre la agarraba por el brazo. Intentó deshacerse de él, pero la apretó con más fuerza. A su lado, Kaylee dio un paso atrás con cautela.

Ni siquiera me lo pensé. Solté la cámara y salí corriendo a toda velocidad. Di zancadas sobre el pavimento con las botas mientras corría como si la vida me fuera en ello hacia Trish y mi hija, quienes estaban en peligro. Me abrí paso chocando con grupos de turistas y esquivé los puestos de vendedores. Todo a mi alrededor dejó de importarme mientras me concentraba en alcanzarlas lo antes posible.

Cuando llegué al callejón, el hombre arrastraba a Trish con una mano sobre la boca. Ella se resistía con todas sus fuerzas, tan peleona como era, pateando y forcejeando, pero era inútil contra el hombre, que era más fuerte que ella. Kaylee seguía retrocediendo, paralizada por el miedo, sin que su cerebro de ocho años llegara a comprender lo que estaba pasando.

Contemplé todo aquello mientras avanzaba sin ralentizar. El asaltante me vio en el último momento y le golpeé con el hombro a toda velocidad. Todos salimos volando, Trish incluida. Me choqué de cabeza contra el asaltante y, durante unos segundos, todo a mi alrededor se volvió blanco. Una luz brillante pasó por delante de mis ojos y parpadéé deprisa para intentar recuperar la vista.

Volví a distinguir formas y el contorno básico del callejón. El asaltante había vuelto a agarrar a Trish, intentando rodearla por la cintura. Le sacó del bolsillo un fajo de billetes coloridos de manat azerbaiyano y se marchó entre tropiezos para escapar del callejón y mezclarse con la multitud. Unos cuantos billetes perdidos salieron ondeando en el viento tras él.

Iba a perseguirle, pero entonces Kaylee se me aferró a la pierna y gimoteó mi nombre. Con gran acopio de contención, dejé de centrarme en el atacante y me volví hacia las dos chicas que me importaban de verdad.



Trish

Soñé que volaba o, quizás, que flotaba. En todo caso, estaba en las nubes, con la tierra muy por debajo de mí. Los pájaros volaban a mi alrededor, bajando en picado y subiendo de manera juguetona. Notar el viento en mi pelo me hacía sentir viva. Me hacía sentir libre.

Cuando abrí los ojos, me di cuenta de que no estaba volando. Me llevaba unos brazos fuertes. Levanté la vista y vi a Harrison, que caminaba arduamente y con una mirada decidida.

—¿Que...? —murmuré.

—¡Trish! —chilló Kaylee a mi lado—. Papi dijo que solo estabas durmiendo, pero sé que mentía porque no quiere decirme la verdad. ¿Estás bien?

Poco a poco, me fueron volviendo los recuerdos. Estábamos en el mercado. Le había dicho que no a un vendedor que insistía en que necesitaba una de sus bufandas tejidas. Entonces, un hombre me había agarrado del brazo, me había arrastrado a un callejón y me había tapado la boca antes de que pudiera gritar para pedir ayuda. A continuación, algo había chocado con nosotros y yo había caído al suelo.

—Harrison —dije encontrando con una voz que se me avivaba más con cada segundo—. Déjame en el suelo.

—No —respondió sin mirarme.

—Estoy bien. Déjame en el suelo. No tienes que llevarme en brazos.

Él gruñó y siguió caminando.

—¿Qué es eso de...? ¡Dios mío! ¡Harrison, estás sangrando!

—Él dice que solo es un pequeño corte —me informó Kaylee—. Que ha tenido peores. Eso es lo que dice.

—Déjame en el suelo —repetí.

—Ya casi hemos llegado —respondió.

Intenté resistirme y salir de sus brazos, pero fue inútil. Era mil veces más fuerte que yo. Habría tenido más suerte intentando doblar barras de hierro.

En una cosa tenía razón: llegamos al hotel al cabo de un minuto. Solo entonces me bajó al suelo con cuidado. Sin embargo, mientras entrábamos me rodeó la cintura con un brazo para estabilizarme. Cuando empecé a andar, le agradecí que me ofreciera algo en que apoyarme. Con el brazo que le quedó libre, Harrison tomó a Kaylee de la mano.

El botones simpático seguía detrás del mostrador de recepción y abrió los ojos de par en par cuando nos vio. Le dirigí una sonrisa débil para que supiera que estábamos bien, pero pareció más preocupado que aliviado.

Cuando llegamos al ascensor, dije:

—El hombre que me ha atracado...

—No —me interrumpió Harrison—. Silencio. No hables aún.

Llegamos a la última planta y entramos el ático. Harrison se llevó un dedo a los labios, nos indicó que nos quedáramos quietas y, luego, recorrió las habitaciones en silencio. Cuando volvió, tomó el dispositivo de escaneo electrónico que Jordy había utilizado el primer día y volvió a recorrer la suite entera del hotel. Cuando se hubo quedado satisfecho, nos llevó al sofá.

—Todo en orden —dijo—. Cuéntame todo lo que ha pasado.

—No me acuerdo muy bien —admití—, pero sí que recuerdo que estábamos en el mercado, buscando souvenirs para comprarle a mi amiga Lisa. Entonces, un hombre me agarró del brazo y me dijo: «Te tengo». Me tapó la boca y me arrastró hasta el callejón. Después, todo se volvió negro a mi alrededor.

—Eso es lo que pasó —coincidió Kaylee mientras asentía con la cabeza. Tenía los ojitos muy abiertos y parecía darse cuenta de lo importante que era todo aquello—. Yo lo vi todo. Todo se volvió negro porque papi se le echó encima. Entonces el hombre malo te metió la mano en el bolsillo, robó un montón de dinero y huyó.

—Sí que era un hombre malo —dijo Harrison mientras le acariciaba la mejilla a Kaylee con ternura con el pulgar. Le dedicó una sonrisa llena de todo el amor del mundo—. A veces los hombres malos hacen cosas malas. Por eso debes tener cuidado, pero no tengas miedo porque tus papis siempre estarán ahí para protegerte. Siempre.

—Lo sé. —Le abrazó y le dio un beso en la mejilla—. Siempre me siento segura con vosotros, papi.

—Necesito hablar con Trish en privado. ¿Puedes irte a jugar en tu habitación?

Kaylee asintió y se levantó del sofá de un salto. Titubeó unos segundos y, luego, me dio un abrazo fuerte.

—No pasa nada, Trish. Mi papi te protegerá.

Me obligué a sonreír.

—Lo sé.

Vimos cómo Kaylee se iba a su habitación. Harrison no habló hasta que la pequeña hubo cerrado la puerta.

—Mírame a los ojos. —Usó los pulgares para abrirme los párpados del todo y me miró fijamente—. Mira a tu izquierda. Ahora a la derecha. Ahora hacia arriba. Hacia abajo. —Con cuidado, me echó el pelo a un lado por encima de la oreja—. Te has dado un golpe contra el suelo. Tienes un moretón pequeño, pero nada grave, nada de conmoción cerebral.

—¿Y tú? —pregunté mientras señalaba la sangre que le corría por la sien.

—Estoy bien. Joder. Temía que esto pasara —gruñó enfadado.

—No sabía que pasaría esto —dije a la defensiva—. Archer dijo que podíamos visitar la ciudad.

Al instante, movió la mano para detenerme.

—No estoy enfadado contigo. Estoy enfadado con Jordy por traeros a ti y a Kaylee. Sabía que os podrían atacar. Los hombres de Kadyrovic deben haber notado que lo seguía. ¡Joder!

—Kadyrovic. —Negué con la cabeza. Seguía algo mareada—. No creo que hayan sido ellos. Ese hombre intentaba atracarme. ¿No ha dicho Kaylee que se llevó mi dinero?

—O tal vez intentaba hacerse con la llave del hotel. No la tienes en el bolsillo. Tengo que hablar con el gerente para que cambie la cerradura.

—¿Crees... crees que Kadyrovic envió a ese hombre para que me asaltara solo para hacerse con la llave de nuestra habitación?

—No sé qué creer. ¡Joder! —Harrison se levantó y empezó a dar vueltas por la sala—. Joder. También he perdido la cámara. Tengo que encontrarla y borrar la tarjeta de la memoria. Joder, hay demasiadas pruebas allí. He puesto la misión entera a riesgo. Joder, lo he jodido todo.

—Has dicho «joder» mucho —dije—. Y no en el buen sentido.

Mi broma no tuvo ningún efecto en él.

—Dijiste que alguien te espiaba en Estambul. ¿Llegaste a ver a la persona? ¿Era el mismo hombre?

—Yo... no lo sé. Puede que me lo estuviera imaginando. Aunque ahora voy a emparanoiarme un montón. Kaylee, también. Pobrecita, es demasiado pequeña como para presenciar algo así.

—Kaylee es más fuerte de lo que cualquier criatura de ocho años debería ser —me espetó Harrison—. Tenemos que evacuar el país. Irnos a casa ahora mismo.

—¿Irnos a casa? ¿Y la misión?

—¡Que se joda la misión! —soltó—. La vida de Kaylee ha corrido peligro. Y también la tuya. Nunca deberíamos haber hecho esto. —Mientras hablaba, negaba con la cabeza—. No sé por qué dejé que Jordy me convenciera. Archer a veces es un pusilánime de cojones, pero yo debería haberlo sabido. Debería...

Lo interrumpí con un beso.

No lo había planeado. No fue premeditado. Sin embargo, vi lo angustiado que estaba, y yo estaba pensando en cómo me había salvado del atraco o de algo peor, y, en ese momento, me salió besarle.

Con todos los otros besos que nos habíamos dado, sus labios se habían avivado al encontrarse con los míos. En ese momento, se electrizaron más que nunca. Pero el beso solo duró unos segundos, como un destello de placer. Luego me apartó con fuerza con la palma de la mano.

—¡No! —me espetó—. Las distracciones son la razón por la que estamos en este lío.

—Sé que has pensado en ello —le susurré.

—Pues claro que sí. ¡Ese es el puto problema, joder!

Harrison se alzó sobre mí, lleno de rabia, deseo y miedo. Casi notaba el calor que irradiaba su cuerpo. Emanaba emociones, más de las que había visto jamás. Me dejó sin aliento de una forma que no entendía. «Me alegro de que este hombre esté de mi lado».

—Tengo que hacer unas llamadas —dijo Harrison, tras lo cual se fue a su habitación.

Me sentía sucia, así que me duché. El agua caliente me ayudó, pero solo un poco. Había perdido algo que no se podía reemplazar: mi inocencia.

«Ojalá estuviera de vuelta en Carolina del Norte». De repente, el mundo no parecía un

lugar tan emocionante.

Además, me podía la culpabilidad por haber besado a Harrison. Kaylee había estado en peligro ¿y mi reacción había sido pensar en amoríos? Eso demostraba que tenía las prioridades hechas un lío. Harrison tenía razón: yo era una distracción.

Por la noche, Jordy y Archer volvieron al hotel. Al instante, quedó claro que no sabían lo que había pasado, pero se enteraron en cuanto Kaylee los abrazó y empezó a balbucear.

—Fuimos al mercado y Trish quería comprar recuerdos, pero entonces un hombre la agarró y le quitó el dinero, pero papi se le echó encima y nos salvó.

Harrison salió de su cuarto y les explicó la situación con más detalle. Jordy soltó una palabrota. Archer negó con la cabeza, se sacó el teléfono del bolsillo y contestó a una llamada.

—¿Estás bien? —me preguntó Jordy.

Asentí con la cabeza.

—Creo que sí. Algo afectada. Podría haber sido peor.

Se sentó en el sofá y me abrazó. En cuestión de segundos, toda mi ansiedad y mi miedo desaparecieron. En sus brazos, me sentía segura. No quería que me soltase nunca.

—Abandoné mi puesto para salvarlas —dijo Harrison—. Se me cayó la cámara. He hecho algunas llamadas, pero nadie la ha encontrado. Se la habrá quedado un niño o algo así.

—Compraremos otra cámara. —Jordy me frotó la pierna de manera reconfortante—. Lo único que importa es que todos estéis bien.

—No, eso no es lo único que importa —argumentó Harrison—. En esa cámara hay fotos de Kadyrovic. Si alguien las ve, se acabó nuestra tapadera. ¡Qué cojones! Quizás ya nos hayan descubierto.

—¡Papi, las palabrotas! —dijo Kaylee.

A Harrison se le hinchó el pecho mientras respiraba hondo.

—Cordones, he dicho «cordones». —Se volvió hacia Jordy—. No creo que haya sido un atraco al azar. Creo que era alguien que intentaba conseguir la tarjeta de acceso de nuestra habitación. Le he pedido al gerente desactivara el número de identificación de esa tarjeta. Será mejor que las cambiemos todas.

—¿Quién querría entrar en nuestra habitación? —preguntó Jordy.

—¡Kadyrovic! —respondió Harrison como si fuera una pregunta tonta—. Nos habrán pillado.

—¿Qué otras razones tienes para creer eso? —dijo Jordy.

—No necesito ninguna otra prueba. Es obvio, joder.

—Los atracos al azar ocurren a todas horas, sobre todo a quienes parecen turistas vulnerables. —Jordy me miró—. Sin ánimo de ofender.

—Esto no ha sido un pu... —Harrison se detuvo—. Esto no ha sido un puñetero atraco aleatorio. Dame la razón, Archer. Tú eres el precavido.

Archer acababa de colgar el teléfono. Se volvió hacia nosotros con una mirada decidida.

—Nada de esto importa porque acabo de recibir una llamada: Kadyrovic quiere hacer la visita guiada de la ciudad en nuestro helicóptero mañana. —Asintió—. Ha llegado la hora.

**Jordy**

En cuanto supe lo que había pasado, algo cambió en mi interior. Me puse en modo protector, asegurándome de que Kaylee estaba bien y también Trish. A ambas las había afectado el incidente que quizás fuera un atraco, pero, por lo demás, parecía que estaban bien.

Entonces, empecé a pensar en lo que quería hacerle al tipo que la había atacado. Habría grabaciones de seguridad para las tiendas del mercado, así que podría revisarlas todas hasta que viera al hombre. La policía de Bakú tenía fama de corrupta, por lo que con unos cuantos sobornos propicios conseguiríamos las demás cintas de seguridad de la ciudad. Podríamos localizar a ese tipo. Lo encontraríamos. Entonces, le daría una paliza que lo dejaría casi muerto.

Me sorprendió lo protector que me sentía con Trish. Siempre había sido así con Kaylee, claro. Nada se comparaba con lo que un padre sentía por su hijita. Pero Trish la seguía de cerca, aunque solo la conocía desde hacía apenas un mes. «Tenemos algo especial», pensé mientras la confortaba en el sofá. «Y es más que solo físico».

¿Qué haríamos cuando volviésemos a los Estados Unidos? Era un problema del que tendríamos que encargarnos más adelante. Lo anoté para mi archivador mental. En ese momento tocaba centrarnos en la misión. Sin más distracciones.

—¡Qué más da la misión! —dijo Harrison—. Deberíamos marcharnos de la ciudad. Esta noche.

Archer dio un respingo.

—Después de todo esto, ¿quieres hacer las maletas e irte a casa?

—Sí. Esto parece una trampa.

Archer se rio. Yo me reí con él.

—¡Es demasiada casualidad! —insistió Harrison—. Hemos estado esperando a que este imbécil checheno reserve una visita ¿y resulta que lo hace apenas unas horas después de que ataquen a Trish y a Kaylee? Es demasiada coincidencia.

—A veces una coincidencia no es más que eso —dijo Archer—. Yo no creo que ambos sucesos estén relacionados.

—Si Kadyrovic supiera que pasa algo —dije—, ¿no se asustaría? ¿Por qué iba a meterse de lleno en la trampa?

Harrison apretó los dientes.

—No lo sé, pero no me gusta. Todo esto me da mala espina. Lo noto en las tripas.

—Mañana tomaremos más precauciones de lo planeado —dijo Archer—. Me llevaré un arma conmigo en el helicóptero. Contrataremos a alguien para que escolte a las chicas al aeropuerto.

«Las chicas». No sabía por qué, pero me gustaba cómo sonaba eso. Nuestra pequeña familia de mercenarios.

—Y, si vemos algo sospechoso mañana —continuó Archer—, lo cancelaremos todo. Pero, hasta entonces, seguiremos adelante con el plan. Hay demasiado dinero en juego. No queríamos abandonar el contrato y dañar nuestra posición con la Empresa Mathos.

Fue eso último lo que caló en Harrison. Si nos retirábamos de un contrato tan tarde, le daríamos mala imagen a toda la empresa. Nos podrían excluir de futuros contratos o, peor aún, dejar de trabajar con nosotros.

—Esto no me gusta —repitió Harrison.

—A mí no me gustan muchas cosas de mi trabajo —coincidió Archer—, pero sigo haciéndolo. Concéntrate en la extracción de mañana. —Le dio una palmada en el hombro al grandullón—. Todo saldrá bien, Harrison. Te lo prometo.

Él respondió con un gruñido de desaprobación.

Para cenar, pedimos comida del servicio de habitaciones. Harrison y yo la recogimos en la puerta; el botones que la había entregado estaba de pie al final del pasillo, junto a los ascensores, y nos saludó educadamente con la mano e hizo una reverencia. Cuando volvimos a entrar, Harrison quitó las tapas de las bandejas y olfateó la comida con desconfianza. Sin embargo, después de probar algunos bocados, se relajó.

Kaylee no se inmutó ante el incidente del mercado. Parecía que lo viese como un juego y dijo que quería tener un arco y una flecha como su personaje de Minecraft.

—Se me da muy bien disparar a las arañas —explicó con confianza—. Los Creepers me cuestan un poquito.

—A lo mejor consigues uno por Navidad —le dije. Archer me lanzó una mirada reprobadora—. Eh, por Navidad de 2029 —me apresuré en añadir—. Cuando seas adolescente.

Después de cenar, los tres nos retiramos al despacho del ático para repasar el plan del día siguiente por última vez. Archer llevaría a Kadyrovic en helicóptero. Yo me quedaría en tierra, como en cualquier otra visita guiada. Cerraría la oficina para la hora de comer, pero en realidad me dirigiría al aeropuerto.

—Los llevaré a una altitud segura, luego bloquearé el plato cíclico inclinado hacia adelante —explicó Archer—. Entonces, sacaré el paracaídas de debajo de mi asiento y saltaré de la cabina. El helicóptero se estrellará en veinte o treinta segundos. Harrison, tú me estarás esperando cerca de la zona del accidente para evacuar me a mí con el paracaídas. Después iremos directos al aeropuerto y nos tomaremos unas pintas para celebrarlo en Bucarest antes de tomar el vuelo de vuelta a Estados Unidos. Muy fácil.

—Si todo sale según lo planeado —murmuró Harrison.

Esa noche, el ambiente estuvo cargado de la preocupación y seriedad de todos. Era como si nadie supiera qué hacer consigo mismo. Cuando Kaylee se fue a dormir, Trish nos dijo que seguía en *shock* y que se iría a la cama temprano. Capté lo que quería decir entre líneas: no le apetecía nada de sexo esa noche.

Me sentí un poco decepcionado, pero lo entendía. Yo también tenía los nervios a flor de piel. Siempre me costaba relajarme la noche antes de llevar a cabo una misión muy importante.

Sin embargo, después de lavarme los dientes, no quería meterme en mi cama, así que me

dirigí al otro pasillo, llamé con delicadeza a la puerta de Trish y entré en su cuarto. Ella estaba sentada en la cama, jugueteando con el teléfono.

—Hola —dije.

Me sonrió como pidiendo disculpas.

—Lo siento, pero esta noche no me apetece. ¿Te parece bien?

—Desde luego, no pasa nada —dije mientras cerraba la puerta detrás de mí—. No he venido aquí para eso.

Me miró con el ceño fruncido.

—Entonces, ¿a qué has venido?

Sin decir palabra, me metí bajo las sábanas junto a ella. Me la acerqué hasta que la tuve apoyada en mi pecho y le acaricié la espalda.

—A veces a uno le apetecen arrumacos —le dije.

Ella se rio.

—¡Los arrumacos siempre son bienvenidos! Siempre y cuando no te quites el pijama. No intentes tentarme.

—Trato hecho.

Trish se aferró a mí y yo me recreé en esa sensación. Pensaría que había ido allí a confortarla, pero en realidad era todo lo contrario. Su presencia me tranquilizaba. Me ayudaba a dejar de preocuparme por el plan del día siguiente.

—¿Te preocupa lo de mañana? —me preguntó en voz baja.

Solté un resoplido.

—Me tienes calado. Estar contigo me ayuda. —Le recorrí la nuca con las yemas de los dedos—. Cuando estoy contigo, me da la sensación de que no hay nada en el mundo por lo que tenga que preocuparme.

Exhaló con felicidad y se aferró un poco más a mí. «Sí: aunque no hubiéramos descartado el sexo, seguiría prefiriendo acurrucarla. Esto es mucho mejor que hacer el amor».

—¿Puedo pedirte algo? —le dije.

—Ay, ay —respondió ella—. ¿Qué pasa?

—No es nada malo. Solo un pequeño favor.

—Dime.

Me pasé la mano por el cuello y me quité las placas de identificación del Ejército. Le tomé una de las manos entre las mías y le dejé caer el collar.

—¿Me guardas esto? Hasta que nos reunamos en el aeropuerto.

Se quedó mirando las placas que tenía en la mano.

—Por supuesto, las guardaré muy bien.

Cuando se las pasó por encima de la cabeza y se metió las placas dentro de la camiseta del pijama, noté que me relajaba. Me había preocupado que no fuese a aceptar. Aunque solo fuera por un día, me parecía un gran compromiso. Era como darle a alguien la llave de mi apartamento.

«Más bien la llave de mi corazón». Me reí ante la metáfora boba.

Trish me miró con esos ojos grandes.

—¿Por qué te ríes?

Quería contarle el chiste tonto, pero no quería darle mucha importancia.

—Por nada.

Antes de que le diera tiempo a replicar, alguien llamó a la puerta con delicadeza. Ambos nos tensamos, temiendo que fuera Kaylee, pero cuando la puerta se abrió fue Archer quien apareció.

—No he venido a por sexo, te lo prometo. Quería... —Parpadeó al verme—. Venía a confortarte.

—No necesito que me confortes —bromeé—, pero seguro que a Trish le gustaría aprovechar el calor adicional de otro hombre.

Trish se rio de la broma, al igual que Archer. Se acercó al otro lado de la cama y Trish se giró para acurrucarse contra él. Me di la vuelta con ella, abrazándola en posición de la cucharita.

—A mí también me vendría bien un poco de tranquilidad —reveló Archer.

—¿En serio? ¿Aún te pones nervioso antes de las misiones? —le preguntó Trish.

—Normalmente no, pero hace tiempo que no estrello un helicóptero. Y esta será la primera vez que lo haga a propósito.

—¿No es muy fácil estrellar un helicóptero? —dijo ella.

—Sí, lo es. Tienes toda la razón. Lo difícil es estrellarlo y escapar con vida.

—Ah, claro. Esa parte es importante.

Archer me dirigió una mirada y, luego, volvió a centrarse en Trish.

—En realidad hay otro motivo por el que he venido a tu cuarto. Si algo sale mal mañana, no puede haber ninguna prueba de que somos mercenarios estadounidenses o británicos. Mañana me quitaré todo el material que me identifique, pero me gustaría que guardaras mis placas de identificación...

Puse los ojos en blanco.

—¡Ah, venga ya!

—No quería darle mucha importancia —respondió Archer mientras me fulminaba con la mirada—. Solo quiero que alguien las guarde para que estén a buen recaudo. Confío más en Trish que en meterlas en la maleta sin más.

Trish se rio.

—Esto es mucha presión.

Archer la miró con el ceño fruncido.

—Lo siento, no te lo habría pedido si hubiera pensado...

—No, no es eso. —Se metió la mano dentro de la camiseta y sacó mis placas—. Me rio por esto.

Archer miró las placas y luego, a mí.

—¡Ah, venga ya!

—¿Qué? ¡Yo he venido antes!

—Solo porque yo tuve la decencia de asegurarme de que nuestra hija estaba dormida antes de colarme en la cama de su niñera —repuso.

—Kaylee se fue a dormir hace una hora. Lo que te enfada es que haya ganado yo.

—¡Puedo llevar las dos! —insistió Trish. Le quitó las placas de la mano y se las colgó del cuello—. ¿A los dos os parece bien que nos acostemos al mismo tiempo, pero se os hace raro que lleve las dos placas de identificación mientras no estáis? Es absurdo.

Archer y yo intercambiamos otra mirada.

—En eso tiene razón.

—A mí me parece bien si a ti también —dije—. Siempre que no se toquen.

—Exacto, sin tocar.

Trish puso una expresión curiosa.

—¿Y qué si se tocan? No es como si... —Se interrumpió—. ¡Ah, ya lo pilló! Ja, ja.

Se recolocó las placas bajo la camiseta y volvió a acurrucarse entre nosotros. Me amoldé a su cuerpo y suspiré feliz.

—¿Os distraigo? —preguntó.

—Sí —dije.

—Bastante —coincidió Archer.

—¿En serio?

—Sí, pero nos distraes en el buen sentido.

—¿Así que no me he entremetido en la misión?

—¿Qué? Claro que no —respondí.

—Para nada —dijo Archer.

—Vale. Bien. —Hizo una pausa—. No quisiera distraeros en el mal sentido.

—No te preocupes por eso —le respondí mientras le besaba la nuca—. Solo nos queda un día más aquí. Luego se acabó. Todos nos iremos a casa.

Lo dije para tranquilizarla, pero tuve la clara impresión de que eso solo hizo que Trish se tensara más.

**Jordy**

Con la cabeza hundida en el sedoso pelo rubio de Trish, me quedé dormido casi de inmediato. Me sumí en un sueño más profundo de lo que lo había hecho en mucho tiempo. De hecho, la última vez que había dormido tan bien había sido cuando Trish y yo habíamos pasado la noche juntos por primera vez, cuando nos habíamos despertado acurrucados por accidente. Me apretujé más contra Trish y la rodeé con un brazo mientras evitaba a Archer en el otro lado.

Entonces fue cuando me di cuenta de que alguien más estaba acurrucado detrás de mí. Me giré despacio para descubrir quién era y me encontré con la mirada de grandes ojos marrones de Kaylee, que estaba del todo despierta.

—¿Qué haces aquí, angelito?

—Tuve una pesadilla sobre el hombre malo —me susurró.

—¡Oh!

—¿Estáis con Trish por lo mismo? —preguntó—. ¿Porque ella también tuvo una pesadilla sobre él?

—Eh... sí. Por eso mismo estamos aquí.

Archer debió oír algo de la conversación, porque se incorporó en la cama de un bote.

—¡Corazón! ¡Buenos días! Esto, ¡hemos hecho una fiesta de pijamas!

Trish se movió entre nosotros.

—Sería más divertido si no lleváramos... —Se le quedó la frase a medias cuando le tapé la boca con una mano.

—Dale los buenos días a Kaylee —le dije—. Tuvo una pesadilla. Le he dicho que tú también tuviste una y que por eso te estábamos confortando.

—¡Ah! ¡Sí! ¡Una pesadilla!

Kaylee se estiró y salió de la cama rodando.

—¡Tengo hambre!

Nos separamos y nos preparamos para la mañana. Yo me duché, me afeité y preparé la maleta. Cuando fui a la sala de estar, Archer ya estaba listo y le explicaba el plan a Trish.

—...llegará a las once para llevarle al aeropuerto. La recepción comprobará sus credenciales y lo enviará arriba.

—De acuerdo —dijo Trish.

—Después de lo de ayer, no vamos a correr ningún riesgo —continuó Archer—. Espera a que venga hasta la puerta. Os acompañará desde que salgáis de la suite.

—Entendido —dijo Trish.

Harrison asintió desde un lado. Eso lo había exigido él, pero, incluso con esas precauciones, no parecía contento con todo el plan.

Luego, nos despedimos de Kaylee. La abracé con fuerza y le dije que la volvería a ver en el aeropuerto y le traería una sorpresa especial. Harrison la levantó y le dio una vuelta por la habitación, con lo que la trenza rubia se movió con ella mientras chillaba. Archer le dio un beso y le dijo que cuidara bien de Trish.

—¡La niñera es ella! —respondió Kaylee—. Es ella quien tiene que cuidar de mí.

—Ay, es verdad —dijo Archer mientras se daba una palmada en la frente—. Lo siento mucho. A veces se me olvidan estas cosas.

Entonces, me despedí de Trish con un beso y le di un largo abrazo. Oí cómo le tintineaban las placas de identificación encima de los pechos. Archer hizo lo mismo y le acarició la mejilla durante unos segundos con ternura antes de separarse.

—No le has dado un beso de despedida a Trish —le dijo Kaylee a Harrison.

El grandullón nos miró a todos con el ceño fruncido y negó con la cabeza.

—Ya basta de juegos. Tenemos que irnos.

Le seguimos hasta el pasillo.

—No tenías que ser tan grosero —le dije.

Siguió andando sin pararse.

—A la mierda el tacto. Terminemos el trabajo y vayámonos a casa.

No hablamos mientras bajábamos en ascensor. Sabía que era inútil discutir con Harrison. Para ser sincero, sabía que habíamos tenido suerte de que hubiera aceptado seguir con el plan original.

Mientras caminábamos por el vestíbulo, noté que el personal del hotel nos miraba. Estábamos acostumbrados a eso, ya que, como tres estadounidenses musculosos y corpulentos, sabía que llamábamos la atención comparados con los huéspedes normales del hotel. Sin embargo, hubo un hombre en concreto, un botones detrás del mostrador de recepción, que se nos quedó mirando más de lo normal. Cuando me volví hacia él, esbozó una sonrisa de inmediato, pero le desapareció en cuanto pensó que no lo miraba. Eso me alarmó. «¿Me lo estoy imaginando o hay algo raro en ese tipo?».

—Aquí es donde nos separamos —le dijo Archer a Harrison cuando hubimos salido—. Nos vemos en la zona de extracción.

Nos estrechó las manos.

—Buena suerte.

Tras eso, salimos en direcciones distintas.

Archer y yo permanecemos en silencio mientras nos dirigíamos a la oficina de visitas en helicóptero. Antes de que llegáramos, era un negocio en decadencia. Había muchos lugares en el mundo donde los viajes en helicóptero eran muy cotizados, pero Bakú no se encontraba entre ellos. La Empresa Mathos, a través de la cual nos contrataron, la había comprado como empresa fantasma para canalizar el dinero. Les resultaría útil para esta misión, ya que, cuando se produjera el accidente, cobrarían la póliza de seguros. Todos saldrían ganando.

En cuanto llegamos, me quité el trabajo sucio de en medio. Me dirigí al congelador de tamaño industrial para sacar el cadáver. Estaba envuelto en plástico, que se derretiría en el accidente, pero, aun así, se me revolvió el estómago mientras lo colocaba en una camilla y lo llevaba hasta el helicóptero, que se encontraba dentro de un garaje con plaza para un solo vehículo.

—Alucino con que haya tenido que hacer esto todos los días —murmuré—. Y eso que al final no ha servido para nada, ya que nos han acabado avisando con antelación.

—Deja de quejarte —le dijo Archer mientras repasaba su lista de comprobaciones previas al vuelo—. La situación es idónea. Estamos más preparados.

—No me quejo. Solo te lo comentaba.

—Pues coméntatelo a ti mismo. Intento concentrarme.

Volví a la oficina y me ocupé de todas las cositas de las que tenía que encargarme para esa empresa de turismo en helicóptero falsa como si fuera un día cualquiera. Pero no lo era. No dejaba de pensar en lo mucho que se diferenciaría ese día de uno normal. Ese día íbamos a matar a un hombre.

Yo ya había matado antes. No era nuevo para mí. Pero, en todas esas ocasiones, yo le había disparado a alguien que me disparaba a mí. Me había parecido justo o, al menos, instinto de supervivencia. Pero en ese caso...

—Todo irá bien —dijo Archer, que debió de haber percibido cómo me sentía.

—Sé que se lo merece —respondí—, pero aun así me cuesta hacerme a la idea.

—Míralo de este modo: es como sacrificar a un perro con la rabia —dijo Archer.

Le miré boquiabierto.

—Eso no hace que me sienta mejor, ¡hombre! De hecho, me lo pones aún peor. ¡No es culpa de los perros que hayan pillado la rabia!

Suspiró y me puso una mano en el hombro.

—Será rápido. Tú ni siquiera estarás allí. Piensa en todas las vidas que salvamos al eliminarlo. Mejor aún, deja de pensar en ello.

Eso era imposible. Mientras me sentaba detrás del escritorio y miraba el calendario del ordenador con la lista de visitas guiadas de ese día, lo único en que pensaba era en lo que estábamos a punto de hacer.

A la hora exacta en que debía llegar, un Mercedes negro se paró delante de la oficina. Aparcó horizontalmente sobre tres plazas para vehículos y dos guardaespaldas con capucha salieron de él y abrieron la puerta trasera. Llevaban las capuchas puestas, con lo que les quedaba el rostro oculto.

Sin embargo, el hombre que apareció de la parte trasera no se molestó en esconderse. Aldi Kadyrovic era un hombre con una nariz aguileña y de ojos pequeños y brillantes. Tenía el pelo oscuro tan grasiento que parecía que estuviera mojado. Además, tenía una mueca de desprecio permanente mientras miraba nuestro edificio, como si todo fuera una broma para él.

Si me lo hubiera encontrado en la calle sin saber quién era, habría adivinado que tenía un corazón malvado. Me relajé un poco. Así sería más fácil. Me obligué a sonreír cuando su guardaespaldas abrió la puerta principal.

—Bienvenidos a Visitas en Helicóptero de Élite por Bakú —dije. Haber trabajado allí toda

la semana me había ayudado a perfeccionar mi tono—. Llega usted justo a tiempo, Sr. Kadyrovic. Les ruego que tomen asiento mientras preparamos la documentación que deberán firmar. ¿Les apetece un vaso de agua? ¿O un café?

Él echó un vistazo por la oficina.

—¿Dónde está Daniel Ricciardo? —preguntó con una voz áspera y de acento marcado. «Es la voz de un loco».

Sonreí como para disculparme.

—Me temo que se unirá a nosotros después de la visita guiada, pero confíe en mí, la espera valdrá la pena. El señor Ricciardo está deseando conocerle. Es muy selectivo con a quiénes acepta en los encuentros personales.

Kadyrovic no aceptó mi oferta de sentarse, sino que se quedó de pie con los brazos cruzados. Uno de sus guardaespaldas atendió todo el papeleo en su lugar. El otro guardaespaldas se quedó en un rincón, mirándome fijamente. Llevaba la capucha puesta, así que no lo veía bien, pero me daba la impresión de que me clavaba los ojos como cuchillos. «Con razón sospecha algo», pensé. «Hoy mataremos a su jefe».

Archer salió de la trastienda y se presentó. Le estrechó la mano a Kadyrovic, pero ninguno de los guardaespaldas hizo ademán de aceptar el gesto. El ambiente era tenso. Forzado.

—Estamos listos para despegar cuando quieran —dijo Archer—. Acabo de sacar el helicóptero hasta la plataforma. Si son tan amables de seguirme...

—Anton también vendrá —dijo Kadyrovic mientras señalaba al guardaespaldas que me había estado mirando—. Vasili se quedará a esperarnos.

Archer me dirigió una mirada. Eso no formaba parte del plan. Kadyrovic había pedido expresamente hacer la visita solo, sin guardias.

«No importa», me comunicó Archer con los ojos. «Esto no cambia nada».

—Muy bien —respondió con una sonrisa encantadora—. Hay sitio de sobras. Vamos. Hoy hace un día precioso para volar.

El otro guardaespaldas y yo salimos del edificio y los miramos subirse al helicóptero. Los rotores giraron y el helicóptero se elevó hacia el cielo. Esperamos hasta que dejamos de verlo antes de volver a entrar en la oficina.

Miré al otro guardia. Él ocupó uno de los asientos de la sala y se quedó mirando al frente. Eso tampoco formaba parte del plan. Pensábamos que los esperaría en el coche, pero, a fin de cuentas, eso tampoco importaba. Cuando me tomara el descanso para el falso almuerzo, podía quedarse dentro o irse a su coche. No importaba.

«Esperemos que funcione».

**Trish**

A Kaylee le gustaba hacer el equipaje. Para ella era un juego, como el Tetris, meterlo todo en su maletita rosa. La miraba con el ceño fruncido y toda la seriedad de la que es capaz una niña de ocho años y reorganizaba algunas de sus cosas.

Yo estaba hecha un lío de emociones extrañas mientras hacía mi maleta. Me daba la sensación de que apenas había pasado un día desde que la había hecho para embarcarme en esa aventura que iba a durar un mes. Entonces estaba nerviosa, pero, sobre todo, emocionada. No tenía ni idea de lo que me esperaba.

Ni en un millón de años me habría imaginado cómo habrían acabado saliendo las cosas.

Doblaba la ropa llevada por los nervios. Aún me sentía algo vulnerada tras el ataque en el mercado. Me entristecía la idea de marcharme. Además, me embargaba una incertidumbre muy personal sobre lo que ocurriría a continuación. Veía el futuro como una gran mancha negra totalmente incierta e impredecible.

Al parecer, no era la única que se lo preguntaba.

—¿Qué es lo primero que quieres hacer cuando lleguemos a casa? —me preguntó Kaylee mientras cerraba la cremallera de su maleta.

—¿A qué te refieres?

—Podríamos jugar a un videojuego nuevo —dijo— o con el K'nex. Solo nos llevamos una caja de piezas, así que cuando lleguemos a casa podemos usar las demás y construir algo enorme. O podríamos jugar a otra cosa, si quieres.

Le dirigí una sonrisa a la niña inocente.

—No sé qué pasará. Puede que yo me vaya a casa. O sea, a mi casa.

—Pero luego volverás, ¿no?

—Puede.

Se giró hacia mí y empezó a hablar muy deprisa.

—«Puede» es lo que dicen mis papis cuando van a decir «no», pero no quieren decirlo. ¿Por qué no vendrás a jugar conmigo? No tienen que ser juegos nuevos. Podemos seguir con Minecraft. Tenemos que terminarlo. Casi tenemos diamantes suficientes para hacer una armadura completa ¡y luego podremos usar un portal de Nether para ir al Inframundo!

—Tienes razón, ¡qué boba he sido! —dije—. ¡Pues claro que tenemos que terminar el juego de Minecraft! Luego ya pensaremos en qué hacer.

Kaylee asintió con la cabeza, como si esa debiera haber sido la respuesta desde el principio. Sonreí con tristeza. «Ojalá fuera tan sencillo».

A las once en punto, sonó el teléfono del ático.

—Disculpe, ¿Sra. Caspian?

«Sra. Caspian». Habrían supuesto que yo era la esposa de Archer. Esa idea me provocó un montón de sentimientos nuevos y confusos.

—Soy Trish, dígame.

—Sí, hola. Soy el gerente de abajo. Su chófer ha llegado para llevarla al aeropuerto. He comprobado sus credenciales y todo parece estar en orden.

—Perfecto —respondí—. Haga que suba, por favor.

—Enseguida, señora.

Colgué y me volví hacia Kaylee.

—Nuestro chófer ha llegado. ¿Estás lista para que nos vayamos?

Miró a su alrededor y empezó a señalar varios objetos.

—Maleta. Mochila. Tableta. ¡Sí, lo tengo todo!

—¿Quieres algo de comer antes de que nos vayamos? Puedo hacerte un sándwich rápido. Creo que nos quedan unas bolsas de patatas fritas...

—Esperaré hasta el aeropuerto —respondió—. Papi Jordy dijo que tendría una sorpresa para mí allí. ¡Espero que sea un helado!

Llamaron a la puerta. Para mayor seguridad, eché un vistazo por la mirilla. El hombre que estaba fuera coincidía con la descripción que Archer me había dado y llevaba una placa en el pecho con el logotipo de tres anillos que lo debía identificar. Además, lo más importante era que no era el hombre que me había atracado. Eso debería haberlo dado por sentado, pero quería asegurarme de ello de todos modos. Todo parecía correcto, así que abrí la puerta.

—Hola, soy Trish y ella es Kaylee.

El hombre sonrió y cruzó el umbral de la puerta.

—Me han hablado mucho de usted, señora. He venido a escoltarla.

Me dio un golpe tan rápido que no me di cuenta de qué pasaba. Primero me dio en la mejilla y vi un montón de estrellas. Pareció que el suelo se elevaba y me daba un golpe en un lado de la cabeza, que logré amortiguar lo bastante con los brazos para mantenerme consciente.

—¿Que...?

—Pero no vamos al aeropuerto —dijo mientras se sacaba una pistola de la funda que llevaba bajo la chaqueta del traje. Me miraba con frialdad e indiferencia.

—Kaylee...

Intenté levantarme, pero todo me daba vueltas. Por mucho que parpadeara, no podía hacer que la habitación se quedara quieta. Kaylee estaba en peligro. Eso era lo más importante. Intenté decirle que corriera, pero ella estaba allí de pie, con carita de confusión.

—¿Por qué le has hecho daño a Trish? —preguntó.

El hombre la tomó de la mano y se volvió hacia mí.

—Esto es por Praga. Por los hermanos de Anton. Asegúrate de que sepan por qué.

Levantó el arma hacia Kaylee e intenté gritar, pero no me salió ningún sonido; mi garganta no funcionaba como debía. Ni siquiera podía levantarme. Estaba paralizada de impotencia, la

peor sensación del mundo, incluso peor que cómo me había sentido el día anterior en el mercado cuando el atracador me había agarrado del brazo. Kaylee también estaba paralizada y miraba la pistola con ojitos inocentes, ojitos que no reconocían lo que era. Lo que ocurría era demasiado horrible como para mirar, así que cerré los párpados para no tener que verlo. «Por favor, no», recé. «Por favor, no dejes que esto ocurra».

El disparo desgarrador sonó muy fuerte. Tanto que el ruido de a continuación quedó amortiguado, como si alguien me hubiera llenado los tímpanos de algodón. Abrí los ojos, no porque quisiera mirar, sino porque me preguntaba si mis plegarias habrían sido escuchadas. Si se trataba de una broma cruel.

El atacante y Kaylee seguían de pie donde los había visto por última vez. El hombre bajó el arma. Parecía tan confundido como Kaylee. Era extraño. Momentos antes, había parecido que estuviese en control de todo. ¿A qué le había disparado?

Una mancha roja empezó a extenderse sobre el blanco crujiente de su camisa de vestir, apenas visible bajo la chaqueta del traje. Se la miró, tocó la zona roja y se quedó mirándose la yema del dedo como si no se lo creyera. La pistola cayó sobre el suelo y el hombre se desplomó sobre ella. La puerta del ático casi se cerró automáticamente, pero quedó bloqueada por su cuerpo.

Se oyeron unos pasos pesados que venían del pasillo y, entonces, Harrison apareció en la puerta. Le dio una patada y oí cómo el arma se deslizaba por el suelo de mármol lejos. Envolvió a Kaylee con los brazos con fuerza, le dijo algo y se arrodilló ante mí.

—¿Qué ha hecho? —me preguntó—. ¿Dónde te duele?

—Me ha dado un golpe en la cara. Un puñetazo —conseguí decir. Mi voz sonaba más fuerte con cada segundo que pasaba—. ¿Qué haces aquí?

—Esto me daba mala espina —me explicó mientras me levantaba del suelo, tras lo cual me colocó en el sofá con delicadeza—, así que confié en mi instinto. Di media vuelta y volví. Menos mal. Si hubiera llegado unos segundos después...

Le rodeé una mejilla suave con la mano.

—Has llegado justo a tiempo. Nos has salvado. Dos veces en dos días.

—Papi, ¿qué es Praga? —preguntó Kaylee.

Harrison giró la cabeza.

—¿Dónde has oído eso?

Señaló al hombre en el suelo.

—Él lo dijo. Y algo sobre hermanos.

Harrison se volvió hacia él con una mirada mortal.

—Cielo, vete a tu habitación. Necesito algo de intimidad.

En cuanto se hubo marchado, Harrison giró al agresor con el pie para que quedara boca arriba. Entonces, le pisó la herida de bala que tenía en el pecho. El hombre gritó.

—Tu plan ha fracasado, capullo —le gruñó Harrison—. Si me dices por qué has venido, puede que te deje vivir. Pero será mejor que me lo digas rápido. Estás perdiendo mucha sangre.

—¿Fracasado? —El hombre se rio—. Nuestro plan no ha fracasado. ¿Una compañía de helicópteros falsa? ¿De veras creías que funcionaría?

Harrison me miró. Por primera vez desde que le conocí, vi que tenía miedo.

—¡Nosotros somos quienes os han contratado! —exclamó el hombre mientras escupía sangre sobre su pecho al hablar—. ¡Habéis caído de lleno en nuestra trampa!

En seguida me di cuenta de lo que quería decir. «Oh, no. ¡Archer y Jordy!». Su risa agonizante resonó en la habitación.



Archer

Intenté actuar con naturalidad mientras pilotaba el helicóptero y comenzaba mis tareas habituales de la visita guiada. Señalé el parque Deniz Kenari Milli, que era precioso visto desde el cielo. Vimos el bulevar de Bakú, que adquiriría una belleza especial cuando lo iluminaban por la noche. Las tres Flame Towers, la famosa plaza de la fuente, el Templo del Fuego Ateshgah... Pasamos por encima del parque Dagustu, donde había un monumento a los caídos dedicado a los asesinados por el ejército soviético en 1990, aunque me abstuve de mencionar esa parte.

Tenía mucha práctica haciendo la visita guiada. Al fin y al cabo, en parte por eso habíamos llegado antes. Sin embargo, bajo mi alegre exterior, estaba más tenso que en toda mi vida. ¿Cómo no iba a estarlo, con el diablo checheno sentado justo detrás de mí?

No habló mucho durante la visita. Gruñó como respuesta a lo que le dije, pero no hizo ningún comentario. Cuando sobrevolamos el casco antiguo, en los pequeños televisores de los respaldos de los asientos se mostró una superposición que indicaba por dónde pasaba el circuito de Fórmula Uno. Para mi sorpresa, no pareció que a ninguno de los dos les interesaba demasiado. «Pues claro. Han venido aquí a conocer a Daniel Ricciardo. Seguramente la visita guiada solo les parezca algo pesado».

Me sentí mal por el guardaespaldas. No era más que un daño colateral en todo esto. Me consolé suponiendo que sería igual de cruel que Kadyrovic, quizás incluso más. Puede que Kadyrovic fuera quien ordenara que torturasen a la gente, pero los guardaespaldas que lo acompañaban a todas partes serían los que cometían los actos. Me estremecí al pensar en lo que el encapuchado habría hecho bajo su mando.

—Nuestra visita termina pasando por el norte de la ciudad —dije por el auricular—. Querrán ver esto. Hay un antiguo cráter de meteorito que solo se puede ver estando a más de seiscientos metros de altura. Tras eso, volveremos a la oficina, donde Ricciardo les estará esperando.

—Bien —dijo Kadyrovic.

Empecé a pilotar hacia esa dirección. No había ningún cráter de meteorito visible desde el cielo, pero sí un bosque denso en el que podría aterrizar en paracaídas. Con un poco de suerte, cuando el helicóptero chocase contra el suelo, prendería fuego a algunos de los árboles y todo ardería algo más de tiempo, ofuscando lo que habíamos amañado allí. Repasé el plan mentalmente. Tardaríamos cinco minutos hasta llegar al lugar. Una cadena de montañas pequeña nos ocultaría a los ojos de la ciudad para que nadie viera cómo escapaba en el último momento. Atascaría la palanca de vuelo inclinada hacia adelante, con lo que entraríamos en un anillo turbillonario. A partir de allí, nada podría salvar el helicóptero, aunque alguno de los pasajeros fuera un piloto entrenado. En cuanto empezara, sacaría el paracaídas de debajo del asiento, me lo ataría al pecho y saltaría por la puerta. Era muy sencillo.

Sin embargo, mientras volábamos hacia el lugar, empecé a dudar de mí mismo. Pensé en cómo habían asaltado a Trish el día anterior. Pensé en cómo se había portado Kadyrovic desde que había llegado a la ciudad cuatro días antes. No había hecho gran cosa, según las notas de Harrison. Lo habían conducido por la ciudad varias veces al día. Había paseado por el mercado. Mis instintos me gritaban: «algo no encaja».

Me saqué el teléfono del bolsillo. Estaba apagado para asegurarme de que mi tarjeta SIM no rastreaba mis movimientos GPS durante el vuelo o la huida posterior, una precaución necesaria. Pulsé el botón para encenderlo, sin importarme de que pudiera enviarle mi ubicación a una torre de radio. No pasaba nada, lo podía volver a apagar si todo marchaba según lo previsto.

Sostuve el teléfono entre las piernas para que los pasajeros detrás de mí no lo vieran.

—Deberíamos poder ver el cráter en cosa de un minuto —dije por la radio.

El teléfono terminó de arrancar y apareció la pantalla de inicio.

Diez llamadas perdidas.

Quince mensajes de texto.

Abrí el primero:

Harrison: ES UNA TRAMPA. KADYROVIC LO SABE. HUYE.

Solo gracias a años de práctica fui capaz de mantener la calma por completo. Me guardé el teléfono entre las piernas y extendí la mano izquierda a un lado del asiento para buscar la pistola que guardaba por ahí. Tanteé con los dedos el plástico barato del asiento hasta que por fin encontré la pistolera.

Sin embargo, antes de que lograra alcanzarla, noté el frío metal del cañón de una pistola contra mi cuello.

—*Nyet* —dijo Kadyrovic a través del receptor de radio—. No tocar.

«¡*Joder!*».

—¿Hay algún problema, Sr. Kadyrovic? —le pregunté con una voz mucho más calmada de cómo me sentía.

—Llévanos de vuelta a la ciudad —me ordenó—. Despacio. Si intentas girar a toda velocidad y que salgamos disparados del helicóptero, uno de nosotros te disparará. Te aseguro que soy de gatillo fácil.

Hice lo que me decían y giré el helicóptero despacio.

—No entiendo qué está pasando, pero debe tratarse de un malentendido o un error.

El guardaespaldas encapuchado no había dicho ni una palabra hasta ese momento, pero entonces empezó a reírse.

—El único error aquí es lo que les hiciste a mis hermanos en Praga.

La voz me recordó algo en lo más profundo de mi cerebro. Se me hubieran erizado los pelos de la nuca de no ser por el arma que tenía apretada contra ella. Por el rabillo del ojo, vi que el guardaespaldas se quitaba la capucha. Incluso entonces, apenas reconocí al hombre. Le habrían hecho cirugía plástica en la cara. Sin embargo, habiendo oído la voz, me resultaba inconfundible.

—Anton Novak.

**Archer**

—Si intentas algo, mataremos a tu hija —dijo Anton Novak con una mueca de desprecio.

—La mataréis de todos modos —respondí.

Las palabras me dieron ganas de vomitar. «Kaylee. Por Dios. Kaylee no».

—¡Puede! —admitió Novak—. ¡O puede que no! ¡Ah, ja, ja!

Kadyrovic mantuvo la pistola apretada contra mi cuello durante todo el vuelo de vuelta a la oficina. El cerebro me iba a mil por hora. Estaba bastante seguro de que podría lanzar el helicóptero en picado antes de que Kadyrovic apretase el gatillo, pero, claro, en ese caso yo moriría en el proceso. Y sería el fin de Kaylee. No podía hacer eso. Tenía que seguir con vida.

Así pues, piloté el helicóptero de vuelta a Bakú sin oponer resistencia y aterricé en el helipuerto de nuestro edificio. Novak bajó primero y me apuntó con su arma, mientras Kadyrovic hacía lo mismo. Luego, me hicieron salir del helicóptero y caminar por la pista.

Como había temido, Jordy estaba de rodillas fuera de la oficina, con las manos atadas en la espalda. El otro guardaespaldas estaba a poca distancia de él apuntándole con una pistola. Jordy me dirigió una mirada de derrota.

—No es culpa tuya —le dije. Elegí mis palabras con cuidado, sabiendo que podrían ser las últimas—. No es culpa de nadie.

—¡Es culpa de los dos! —dijo Novak con una voz demente y cantarina. Parecía que estuviera drogado—. Vuestra suerte está echada desde lo que hicisteis en Praga. Mis hermanos se pudren en una prisión de Hamburgo por vuestra culpa.

—Cumplíamos un contrato —dije—. Nosotros no tomamos las decisiones. Culpa a la Unión Europea, no a nosotros.

—Los gobiernos grandes son imprecisos y sin rostro —dijo Novak—. Los culpo a ellos, pero también me gusta culparos a vosotros. Y a toda la Empresa Mathos. —Volvió a reírse, al borde de un ataque de locura—. ¡Qué gozo tan inmenso saber que he utilizado a vuestra propia empresa contra vosotros!

—¿A qué te refieres? —preguntó Jordy.

Kadyrovic se rio entre dientes.

—¡Estos americanos estúpidos! Demasiado arrogantes para ver lo que a los demás nos resulta obvio.

—El contrato para asesinarlo a él —dijo Novak mientras señalaba a Kadyrovic—. Fuimos nosotros quienes os contratamos. Pagamos a modo de depósito y todo. Ha valido la pena para traeros hasta aquí. Pedimos que se lo encargaran a vuestro equipo en concreto. ¡Y vinisteis tan rápido como pudisteis! ¡Como polillas a la luz! ¡Ah, ja, ja!

El guardaespaldas que se había quedado esperando con Jordy habló.

—Amir no nos ha informado de su situación. Sospecho que ha fracasado.

—Tus hombres no valen nada —le dijo Novak de manera mordaz.

—Mis hombres son muy competentes, se lo aseguro. —Kadyrovic sacó mi teléfono del bolsillo y me lo acercó a la cara para desbloquearlo—. Joder. El grandote ha impedido que nos hagamos con su hija y la niñera.

—Harrison Gray. —Novak dijo el nombre como si fuera una palabrota—. Él era a quien más quería aquí más. Dame eso. —Fue moviendo los dedos por la pantalla—. Tienen activada la ubicación compartida. Está en la carretera, a medio camino entre su hotel y este sitio.

Tocó la pantalla varias veces y se la acercó a la oreja.

—¿Qué haces? —le preguntó Kadyrovic.

Novak le hizo un gesto para que lo dejara en paz.

—¡Sr. Gray! ¿O debería llamarte Harrison? No, no, espera, deja que te ponga en el altavoz. Todos deberían disfrutar de esto.

Tocó la pantalla y extendió el teléfono. La voz de Harrison llegó sin casi interferencias.

—¡He dicho que quién cojones me llama!

Hablé lo más deprisa posible.

—Harrison, nos han capturado Anton Novak y...

Kadyrovic me dio un golpe en la nuca con la culata de la pistola. Me caí de rodillas con un gruñido.

—Lo que tu socio inglesito de mierda dice es verdad —añadió Novak al teléfono—. Los tenemos a él y al Sr. Mackey aquí. Nos encantaría que te unieras a la fiesta.

—Oh, allí estaré, eso no lo dudes —respondió Harrison—. Deberíamos haberte matado en Praga cuando tuvimos la oportunidad, en vez de intentar pillarte vivo.

—Lástima que estuvieras ocupado follándote a Karina —replicó Novak—. Temía que os hubierais vuelto más disciplinados desde entonces, pero veo que sois tan descuidados como siempre. Ven a la oficina. Solo. Si traes a alguien más, mataremos a tus compañeros. Y, luego, localizaremos a tu hija. —Dijo la última palabra despacio para prolongarla—. Pero si haces lo que te pedimos, la dejaremos en paz. Es a ti a quien queremos. —Se miró el reloj—. Nos vemos en diez minutos.

Lo último que oímos fue que Harrison gritaba una palabrota antes de que Novak colgara.

—¿Qué quieres de nosotros? —le preguntó Jordy.

—Va a matarnos —dijo débilmente.

Seguía de rodillas. Era inútil luchar. Al menos, en ese instante.

—¡Ah, no voy a mataros! —se burló Novak—. Tenemos planes mucho mejores para vosotros. Os voy a vender a Kadyrovic. Junto con todas las pruebas del contrato para asesinarlo. Él os llevará a los tres de vuelta a Moscú, donde os exhibirán en las televisiones por los crímenes que habéis cometido. Seréis un ejemplo del intervencionismo ilegal de la OTAN y los Estados Unidos.

—Nosotros no representamos a la OTAN ni a los Estados Unidos —dijo Jordy—. Somos

mercenarios que trabajan por cuenta propia. ¡Vamos, fuiste tú quien nos contrató para ir tras Kadyrovic!

—Eso no importa —respondió Kadyrovic con una sonrisa—. Conseguiremos la propaganda que deseamos.

—Y yo me convertiré en un hombre rico —dijo Novak—. Quizás lo bastante como para sacar a mis hermanos de la cárcel. Ya veremos. ¿Aldi? ¿Y mi dinero?

Kadyrovic frunció el ceño.

—Recibirás el dinero cuando el trabajo esté hecho.

Novak caminó hasta Jordy y le dio una patada en la espinilla.

—Ya te he entregado a dos tercios del equipo. Me mereceré al menos dos tercios del coste. Vamos. El dinero me hace feliz. Incluso más feliz que ver a estos dos de rodillas, suplicando por sus vidas.

Le miré con desprecio, pero no dije nada. No habíamos suplicado por nuestras vidas. Todavía no. Aún conservábamos la dignidad.

«Ay, Kaylee. ¡Lo siento tantísimo!»,

Kadyrovic suspiró y se sacó el teléfono del bolsillo.

—Como quieras. Iniciaré la transferencia... —Se calló de repente cuando le sonó el teléfono y lo contestó con el ceño fruncido—. ¿Da?

No lo tenía puesto en modo altavoz, pero el volumen era lo bastante alto como para que lo oyera.

—Dejad las armas al suelo.

Kadyrovic gruñó.

—¿Qué?

—Dejad las armas al suelo. Luego, colocaos en pie en el centro del helipuerto con las manos en alto. Hacedlo y viviréis todos.

—¿Quién es? —preguntó Novak.

«¿Quién será?», pensé. No reconocía la voz. Sonaba extranjera. Kadyrovic empezó a dar vueltas.

—No me gustan las amenazas.

—Este es el último aviso —le advirtió la voz.

—¡¿Quién es?! —repitió Novak, que chasqueó los dedos en el aire—. Aldi, ¿quién es? ¡Contéstame, joder!

—¿El perímetro es seguro? —preguntó Kadyrovic.

El guardaespaldas que estaba con Jordy se tensó.

—Lo era la última vez que lo comprobé hace veinte minutos.

Kadyrovic escudriñó la zona que nos rodeaba y yo hice lo mismo. Estábamos en una zona industrial de la ciudad, con almacenes grandes por todos lados. Sentí un hilo de esperanza.

—Escúchame, pedazo de mierda —dijo Kadyrovic.

Todo sucedió muy deprisa. Cuando la última palabra salió de sus labios, un rifle disparó a

lo lejos. Casi al instante, a Kadyrovic le estalló la pierna y saltó la sangre por todos lados. Cayó al suelo entre gritos. El otro guardaespaldas levantó la pistola mientras miraba a su alrededor. El rifle lejano volvió a actuar, y la bala le alcanzó en el pecho.

Novak fue rápido. Se lanzó al suelo cuando sonó otro disparo. Una bala silbó en el aire y se estrelló contra el suelo por allí cerca. La parte experta de mi cerebro me dijo que eso significaba que quien disparaba estaba en una posición elevada, seguramente en el tejado de uno de los almacenes cercanos. Novak se deslizó por el suelo y se me acercó, tras lo cual me rodeó el cuello con un brazo y me puso la pistola en la sien.

—¡Dispararé! —gritó—. Ríndete o lo mato.

El tópico que suele decirse cuando alguien está a punto de morir es que la vida le pasa por delante de los ojos. Eso no me ocurrió a mí, ni en ese momento ni en las otras dos ocasiones en las que había creído que iba a morir antes de esa. En vez de eso, se me relajó todo el cuerpo. Me embargó una sensación de calma abrumadora. Me sentí totalmente cómodo con mi destino, porque no tenía el control. Había cierta paz en ello, en entregarme por completo a lo que el universo me deparara. «Te quiero, Kaylee», pensé. Y, entonces, un segundo después, Trish se abrió paso en el primer plano de mi mente junto a mi hija.

Se oyó un disparo, pero no procedió del rifle de un almacén cercano. Vino de detrás de nosotros. Sentí un pinchazo en el omóplato, seguido de un dolor sordo inmediato que me dejó entumecido.

Novak me soltó el cuello y se desplomó en el suelo. Me volví para mirar, aunque sabía lo que vería. Jordy estaba de pie con la pistola del otro guardaespaldas y nos apuntaba con ella. Anton Novak, el hombre que se había escapado en Praga hacía tantos años, estaba tendido en el suelo como el mismísimo Jesucristo. Tenía uno de los ojos lleno de sangre, donde la bala había salido de su cerebro y me había dado a mí en la parte superior de la espalda.

Como si pensar en ello pudiera evocar el dolor, de repente noté que el omóplato me ardía. Solté un gruñido y caí hacia delante, apoyando el peso de mi cuerpo en el brazo izquierdo. Jordy se me acercó en un segundo y me rasgó la camiseta con el monograma de guía turístico para llegar a la herida.

—Buen tiro —dije con un gemido.

—¡Oye, que he hecho lo que he podido! —respondió—. Solo he tenido una fracción de segundo para decidir qué hacer.

—No. Lo decía. En broma —contesté apretando los dientes. Era como si me estuvieran mojando los nervios con zumo de limón—. Ha. Valido. La pena. ¿Qué pinta tiene?

—No es muy profundo. Creo que puedo ver la bala. Pero ha penetrado en el hueso. —Miró a su alrededor—. ¿Se puede saber quién nos ha salvado? ¿Ha sido Harrison?

—No —dije—. Era una voz diferente. Y no tenemos. Ninguna. Arma de alto calibre.

Jordy señaló hacia una dirección.

—Allí.

Al otro lado del descampado, lo que equivaldría al menos a un campo de fútbol de distancia, un hombre con un rifle colgado de la espalda bajaba por una escalera adosada a la pared de un almacén. Tiró el rifle al suelo, desenfundó una pistola y se acercó corriendo. Me resultaba vagamente familiar, pero no lograba caer en por qué.

—¡Tú! —dijo Jordy—. Trabajas en el hotel. Eres el botones de la recepción.

El hombre le ignoró y se inclinó para tomarle el pulso a Kadyrovic y, luego, al otro guardaespaldas. Se movía con cuidado y una precisión militar. No se molestó en comprobar el estado de Novak.

—El trabajo en el hotel es mi tapadera.

—Entonces, ¿quién...?

—Soy auditor de la Empresa Mathos. —Llevaba un botiquín en la mano y empezó a desenrollar una gasa—. El contrato que aceptasteis en Bakú hizo saltar algunas alarmas en la oficina central, así que me enviaron para controlar la situación. Para asegurarnos de que todo era legítimo.

—Es obvio que no —dije con una mueca de dolor mientras me frotaba la herida.

—Sabía que había algo que no encajaba contigo —dijo Jordy—. Por la forma en que nos has mirado esta mañana.

—He llamado a un equipo de limpieza —explicó el falso botones mientras me vendaba la herida—. Ellos se encargarán de este desastre. Ahora, vamos a llevarte a un hospital para que te limpien la herida.

Una moto todoterreno apareció por la esquina con un estruendo a lo lejos, atravesando el callejón entre dos almacenes como si el mundo estuviera ardiendo. Casi salió humo de las ruedas cuando Harrison derrapó y se detuvo delante de nosotros, tras lo cual bajó de la moto de un salto y la dejó caer al suelo mientras corría hacia mí.

—Estás vivo. —Miró la escena de un tirón—. Tú. Yo te conozco. Del hotel.

—Es un auditor de la Empresa Mathos. El contrato les pareció sospechoso, así que lo enviaron para que vigilara la situación. Menos mal.

Harrison se crispó:

—Sabía que nos estabas vigilando. Por eso he estado en alerta toda la semana.

El hombre suspiró.

—Tendré que hacerlo mejor a la próxima. En un mundo ideal, nunca sabrías que estoy aquí. —Se le iluminó la mirada—. ¿Están bien Trish y la niña? No me gustó tener que dejar mi puesto para venir aquí.

Harrison le dio una patadita al brazo de Kadyrovic con la punta de la bota.

—Uno de sus hombres vino al hotel. Se hizo pasar por el escolta al que contratasteis para que nos llevara al aeropuerto. Volví a la habitación y lo atrapé justo a tiempo.

—¿No estabas en la zona de extracción? —le pregunté—. ¿No tenías pensado estar allí?

Harrison hizo una pausa.

—No.

Jordy se rio a carcajadas.

—Esta es la única vez en que me alegro de que no siguieras el plan, cabronazo tozudo.

**Trish**

Me paseé de un lado para otro por el hotel toda la tarde. Miré el teléfono una y otra vez. Resistí la tentación de llamar a los chicos o enviarles un mensaje. Harrison me había dejado muy claro que debía haber silencio total entre nosotros y que cualquier contacto podría ponerlos en peligro.

Hablando de vidas en peligro, Kaylee y yo estábamos encerradas en la habitación del hotel, con las cortinas y los pestillos echados. Harrison había sacado una pistola de repuesto del maletín de cuero, la había colocado encima de una estantería, para que Kaylee no pudiera alcanzarla, y me había dicho que la usara en caso de necesidad. De vez en cuando, desviaba la mirada hacia donde estaba y me estremecía. Nunca había disparado un arma antes y esperaba que ese día no fuera mi primera vez.

A últimas horas de la tarde, oí el pitido de una tarjeta contra la cerradura, pero la puerta chocó con uno de los cerrojos. Me quedé paralizada mientras me preguntaba si debería hablar o quedarme en silencio.

—¿Por qué no funciona mi llave? —oí que decía Jordy.

—Le dije que cerrara la puerta con pestillo —respondió Harrison—. Somos nosotros, Trish, abre.

Me apresuré en quitar el cerrojo y abrí la puerta de par en par. Los chicos estaban ante mí con sonrisas cansadas. Harrison estaba delante, así que me lancé a sus brazos.

—¡He pasado tanto miedo! —susurré.

—Ya estamos aquí, ahora —dijo Jordy.

—No es eso, sois vosotros por quienes temía.

Pasé a abrazarlo a él, apretándolo tan fuerte que me dolían los brazos. Luego, lo aparté e hice lo mismo con Archer.

—Au —gruñó mientras se resistía a mi abrazo—. No tan fuerte. Estoy algo herido.

—¡Herido!

—Recibió un disparo en el omóplato —respondió un cuarto hombre que yo no había visto—. Ya nos hemos ocupado de ello, pero le dolerá un tiempo.

Me quedé mirando el hombre con la boca abierta. Era el botones simpático que nos había traído la comida todos los días. Tenía un porte totalmente distinto: llevaba el mismo uniforme del hotel, pero su actitud era diferente, más segura y al mando.

—No entiendo nada —dije.

—Ha sido nuestro ángel de la guarda en Bakú —dijo Jordy—. La Empresa Mathos lo envió

como refuerzo. Le debemos la vida.

El hombre se encogió de hombros y le entregó un montón de sobres a Jordy.

—La información de vuestro vuelo está toda aquí. Además de una bonificación por la misión. Consideradlo una disculpa de Mathos por no examinar bien el contrato.

—¿Bonificación? —dijo Jordy mientras abría el sobre—. ¿O sea que nos pagarán a pesar de todo?

—Novak y Kadyrovic pagaron por el contrato con un depósito —respondió—. Tenían que hacer que pareciera legítimo para atraeros hasta aquí. Ese dinero es vuestro. Felicidades. —Se agachó y se sacó un osito de peluche del bolsillo—. Esto es para ti, Kaylee.

La niña miró a sus papis para que le confirmaran que lo podía aceptar y, luego, tomó el osito.

—¿Tiene nombre?

—Se llama Patrick. Pat para abreviar. —Entonces, añadió con susurro—: Así es como me llamo yo también.

—¡Gracias, Patrick! —dijo Kaylee mientras se aferraba al osito pegado al pecho.

El botones se levantó, me dedicó una sonrisa breve y se dio la mano con los hombres. Luego, se fue y los demás nos quedamos solos.

—Tengo muchas dudas —dije despacio—, pero me alegro de que estéis todos bien.

—Nosotros nos alegramos de que vosotras estéis bien —dijo Archer mientras me rodeaba la mejilla con una mano y apoyaba su frente contra la mía—. Nunca fue nuestra intención ponerlos a ti ni a Kaylee en peligro.

—No estábamos en peligro —dijo Kaylee—. Harrison ha dicho que el hombre que vino aquí solo estaba jugando a los buenos y malos.

—Así es, todo era fingido —respondió Jordy rotundamente—. Todo era de mentira. ¿Ya has hecho la maleta y estás lista para irte?

—¡La había hecho, pero luego nos quedamos más tiempo! —respondió—. Saqué el portátil para poder jugar a Minecraft.

—Bueno, ve a buscar tus cosas. Nos iremos al aeropuerto en diez minutos.

Se fue corriendo a su habitación. Harrison se me acercó.

—Te debo una disculpa, Trish.

Di un respingo.

—¿Por qué?

—Te estaba culpando por estar aquí. Dije que eras una distracción. —Se frotó la mandíbula, como si echara de menos la barba—. Resulta que tu presencia nos acabó siendo de ayuda. Fuiste el aviso de que algo iba mal. Si no hubiera vuelto para ver cómo estabais, habría ido a la zona de extracción, donde los hombres de Kadyrovic esperaban para capturarme.

—Nos viniste como agua de mayo, por así decirlo —coincidió Archer.

Harrison me estrechó entre sus brazos y noté que me relajaba. Fue un abrazo fuerte, pero tierno. Delicado para alguien como él. Incluso entremezcló los dedos con mi pelo.

—Gracias —le susurré con la cabeza apoyada contra su gran pecho.

—Las cosas podrían haber acabado muy mal —dijo Jordy—. Hemos tenido suerte.

—Mucha suerte —coincidió Archer—. Creo que esta experiencia nos ha abierto los ojos. Puede que sea el momento de dejar este oficio.

—¿En serio? —pregunté.

—Ya hablaremos de eso cuando lleguemos a casa —lo interrumpió Harrison—. No deberíamos precipitarnos con las decisiones.

—He aquí Harrison Gray —dijo Jordy con tono nostálgico— advirtiéndonos de no precipitarnos con las decisiones. Si no te conociera, diría que has cambiado desde que dejamos Wilmington. —Harrison me miró y se encogió de hombros con incomodidad. Tras un suspiro de felicidad, Jordy continuó—: Pero lo importante es que nos vamos a casa. Me muero de ganas de volver a dormir en mi cama.

—Estoy deseando comer una pizza de Sal's —dijo Harrison.

—Te pasas casi dos meses fuera de casa ¿y la pizza es lo que más echas de menos? —le preguntó Archer.

—La pizza en general, no. La pizza de Sal's. —Se lamió los labios—. Joder, ahora tengo hambre.

—Yo echo de menos los batidos del Cook Out —añadió Jordy—. Hemos comido bien en este viaje, pero a veces a uno solo le apetece la comida rápida americana de toda la vida.

—Por eso estáis todos obesos —respondió Archer secamente.

—¡Eh, que yo no estoy obeso! —Jordy flexionó un brazo—. Todas mis calorías se van a estos bíceps.

—Me refería a los estadounidenses en general.

—Pues los británicos no coméis mucho mejor —replicó Harrison.

Sus bromas y risas no tuvieron ningún efecto en mí. Sentía un vacío en el estómago que crecía por momentos. En cuestión de segundos, empezaron a caerme las lágrimas.

—Kettlebells —dijo Jordy mientras me rodeaba con un brazo—. ¿Qué te pasa?

—No pretendía insultar a todos los americanos —se disculpó Archer—. En realidad, solo me estaba quedando con los memos de mis compañeros.

—No es eso —dije—. Es solo que volver a casa me provoca muchas emociones.

—No sabía que echaras tanto de menos California —dijo Jordy—. Dos meses son mucho tiempo.

—¡Es por vosotros! —se me escapó al final. Todos retrocedieron—. Ahora que el viaje ha terminado, mi trabajo de niñera también. Lo que significa que todo esto se acaba. Y voy a tener que buscar otro empleo.

Archer y Jordy se miraron.

—¿Eso es lo que te preocupa?

—¡Pues claro! ¿Cómo no me iba a preocupar? Este trabajo se acaba y tengo que despedirme de Kaylee y puede que tenga que aceptar un trabajo en otra ciudad y entonces... Entonces... —No me salían las palabras.

—En realidad hablamos de esto ayer —dijo Archer—. Íbamos a esperar hasta que

llegáramos a casa para comentártelo, pero supongo que ahora es un buen momento.

—Queremos que sigas siendo la niñera de Kaylee. —Jordy puso las manos en mis brazos y me sonrió—. Le haces mucho bien. Los tres pasamos mucho tiempo con ella y la hemos criado mejor de lo que la mayoría de la gente lo habría hecho en las mismas circunstancias, pero tú has sido capaz de conectar con ella de una forma que nosotros no. Quizás sea porque necesita la influencia de una figura femenina o porque te centras en ella por completo mientras que nosotros tenemos que compaginar criarla con nuestro trabajo de mercenarios.

—En cualquier caso, nos gustaría extender formalmente tu contrato a un año completo —dijo Archer—. Puede que más tiempo si quieres, pero empezáramos con un año.

No me había esperado eso para nada. Me habían dejado muy claro que solo necesitarían mis servicios para esas tres misiones. Era como haber suplicado un salvavidas mientras me ahogaba y que, en cambio, me dieran un yate.

—¿Seguro? —pregunté mientras miraba a Harrison—. ¿Y a ti no te importa?

—¿Importarme? —Soltó una carcajada—. ¡Joder, si la idea ha sido mía!

Parpadeé sorprendida. Eso me ayudó a calmarme, pero seguía habiendo otra cuestión pendiente, que no sabía cómo abordar.

—¿No te hace ilusión? —preguntó Jordy confuso—. Pensaba que te pondrías a saltar de la emoción.

—¿Y qué hay de nosotros? —pregunté de sopetón—. ¿Qué hay de tú y yo? ¿Y de Archer y yo? ¿Y de los tres? ¿Seguiremos juntos y veremos a dónde nos lleva esto? No sé qué queréis vosotros. ¡Por no saber, ni siquiera sé lo que quiero yo! Estoy hecha un lío, pero sé que me gustáis los dos y que no quiero que esto termine, pero si estas relaciones se interponen en la crianza de Kaylee o la incomodan...

Intercambiaron otra mirada y, entonces, reaccionaron de la única manera que no me había imaginado: se echaron a reír.

—¿Qué os hace tanta gracia? —les pregunté.

—Tú —respondió Jordy.

Sentí que se me volvían a llenar los ojos de lágrimas.

—No me había dado cuenta de que esto era una broma para vosotros.

—¡Claro que no! —aclaró Archer mientras me limpiaba una lágrima de la mejilla con el pulgar.

—¿Entonces por qué os seguís riendo?

—Porque eres una boba, por eso —respondió Jordy—. ¡Pues claro que queremos seguir juntos y ver a dónde nos lleva esto!

—¿En serio? —pregunté.

Archer asintió.

—A decir verdad, nunca me pareció que eso estuviera en duda. ¿Creías que íbamos a dejarte, sin más?

—No sé qué creía —dije mientras me secaba los ojos con el dorso de la mano. En ese momento, me sentí muy boba—. Era un interrogante enorme en el que no quería pensar.

Jordy me estrechó entre sus brazos y me miró fijamente a los ojos.

—Tenemos algo muy especial. Estoy seguro de ello y sé que tú también lo sientes.

Archer me puso una mano en la espalda.

—Estoy bastante seguro de que no es físico. O sea, no solo físico.

—Lo físico es sin duda una parte importante de esto —coincidió Jordy—, pero hay mucho más. Quiero ver a dónde nos lleva. Ambos queremos eso.

—Esperaba que así fuera aunque no aceptaras que te extendiésemos el contrato por un año —dijo Archer, que arqueó una ceja—. Porque piensas aceptar nuestra oferta, ¿no?

—¡Claro que sí! —Me lancé a sus brazos y lo abracé con fuerza.

—Cuidado con la fuerza, cariño —me recordó—. Por la herida de bala y eso.

—¡Lo siento!

Giré la cabeza hacia donde Harrison seguía de pie. Tenía una expresión indescifrable. Solté a Archer y carraspeé.

—Si vamos a continuar con esto, necesito ser completamente sincera contigo. Con todos vosotros. Creo... creo que Harrison también me gusta. Sí, sé que es de lo más ridículo que no me baste con dos hombres, pero no puedo negar la chispa que siento que hay entre nosotros. Si tú no sientes lo mismo, Harrison, lo entenderé perfectamente. Y si a vosotros dos no os parece bien esto, también lo entenderé. Pero tenía que decirlo para que hubiera total transparencia entre todos. No querría que hubiera secretos entre nosotros.

Hubo un largo momento de silencio mientras todos reflexionaban.

—¿Es porque se ha afeitado? —preguntó Jordy al final—. Te lo dije, colega. La barba no te favorece nada.

Harrison frunció el ceño y se tocó la mandíbula.

—Que te den.

—Que se afeitara la barba solo fue un pequeño aliciente —admití—. No sé por qué. ¿Os habéis enfadado?

—¿Por qué íbamos a enfadarnos? —preguntó Jordy—. Yo ya te comparto con Archer. Un hombre más no cambiaría mucho las cosas. Sobre todo siendo Harry.

Harrison respondió con un gruñido grave al oír el apodo.

—Yo me crié en una familia poliamorosa —me recordó Archer—. No tengo ningún reparo en que tengamos una relación con una estructura poco convencional, ya sea con tres de nosotros o cuatro.

Respiré aliviada. No había sabido cómo iría aquella conversación, pero ese era el mejor resultado posible. Hasta que Harrison habló.

—Ya te lo dije: no me gusta compartir. —Todos giramos la cabeza hacia él—. Todo esto es raro de cojones —continuó mientras nos señalaba a los tres—. Lo raro no me molesta. Mi primo se cambió de sexo hace unos años. Se me hace raro llamarlo «Brian» en vez de «Brandi», pero joder, es su vida, y me alegro de que sea él mismo. Eso es lo que pienso de la gente. Que hagan lo que les haga felices, siempre y cuando no hagan daño a nadie más.

»Eso mismo es lo que he pensado viéndoos a los tres. Es raro. Yo no crecí con una familia poliamorosa ni cosas de esas, así que me ha llevado algún tiempo entenderlo. Pero, aunque quiero que seáis felices, eso no significa de por sí que quiera unirme a lo vuestro. No sé si podría

verme compartiendo una mujer con otro hombre, así que mucho menos con dos. Tendría que pensármelo. Acostumbrarme. No tengo ni idea de si querré formar parte de algo así jamás.

—Lo entiendo perfectamente —dijo mientras sonreía—. Si no quieres explorar lo que hay entre nosotros, está bien.

—Yo no he dicho que no quisiera explorarlo —se apresuró a aclarar. De repente parecía tímido y se miró los dedos de los pies—. Solo digo que quizás necesite algo de tiempo. Eso es todo. Sí que me gustas un poco. Es decir, tienes cuerpazo y todo eso. Joder, no sé qué intento decir.

Lo abracé para que se callara y él me rodeó con los brazos. Jordy se unió un momento después, seguido de Archer. Los tres me abrazaron en un largo momento de alivio y victoria. Había sido una locura de viaje y, aunque estaba a punto de acabar, lo nuestro, no. Seguiríamos viéndonos y me entusiasmaba saber hasta dónde llegaríamos.

—Me volveré a dejar la barba —dijo Harrison con tozudez—. Sin ella, me parece que tengo la cara desnuda.

—Puedes hacer lo que quieras —le dije—. No quiero que cambies nada que sea importante para ti.

—Bien, porque no pienso hacerlo.

—Pues vale —respondí.

—Vale.

De repente recordé algo. Me metí la mano dentro de la camiseta y saqué dos placas de identificación.

—Las he tenido a salvo para vosotros.

Jordy me detuvo antes de que empezar a quitármela.

—¿Por qué no te quedas la mía? Durante un tiempo.

—Están en mejores manos contigo, de todos modos —coincidió Archer.

Me las volví a meter debajo de la camiseta. Que me confiaran sus placas me pareció un gran gesto, como si me pidieran que conociera a su familia. O que nos fuéramos a vivir juntos. Sin embargo, por alguna razón, no me dio la sensación de que fuéramos demasiado deprisa. Me pareció el momento adecuado. «Si me hace sentir bien, no lucharé contra ello», pensé. «Esa es una lección que he aprendido en este viaje».

De repente, otro par de brazos nos rodearon las piernas.

—¡Abrazo de grupo! Ya he hecho la maleta y estoy lista para irnos. ¿Por qué nos abrazamos todos? ¿Es porque somos muy buenos amigos?

—Somos más que amigos, corazón —dijo Archer, que me rozó la nariz con la suya para darme un beso esquimal—. Somos casi como una familia.

Epílogo



Trish

Un año después

Soñaba que estaba en un lejano viaje a Europa, en una ciudad en la que nunca había estado antes. Parecía París, pero era efímera, con ese aspecto difuso que tienen las cosas en los sueños. Además, nunca había estado en París, así que no sabía cómo sería de verdad.

Mi sueño se difuminó y abrí los ojos. Estaba tumbada de lado en la cama con Jordy y Archer. El rubio estaba frente a mí, con los ojos cerrados y roncando suavemente. Y Jordy... Restregué el trasero contra el hombre que me besaba el cuello con delicadeza.

—¡Vaya, hola, tú!

—Ya era hora de que despertaras —me susurró al oído—. Llevo cinco minutos estimulándote.

Iba a responderle que no estaba de humor para el sexo matutino, pero entonces me puso una mano en la cadera y la deslizó entre mis muslos. Los separé más para él, para que pudiera alcanzarme la entrepierna mejor mientras empezaba a frotarme el clítoris en grandes círculos. Me puse a exhalar sin parar.

Jordy se rio en voz baja.

—Sabía que podría convencerte.

—Eres. Bastante. Persuasivo —respondí con un aliento mientras empezaba a acariciarme más deprisa.

Apreté el trasero contra él y lo moví como un pequeño baile erótico. Deslizó los dedos hacia mi interior y los dobló, metiendo primero el dedo índice y, luego, el corazón. Hizo un gesto de «ven aquí» dentro de mi sexo y con ese movimiento también me rozó el clítoris con la base de la mano. Me mordí el labio e intenté no hacer ningún ruido, pero cuando me invadió un orgasmo con una exhalación, Jordy me tapó la boca con una mano para amortiguar mis sonidos.

Apenas estaba saliendo de mi éxtasis cuando me penetró con su erección. Un nuevo placer recorrió mi cuerpo, ante el que arqueé la espalda y me giré para besarle.

Archer seguía dormido, de algún modo, y me pareció que eso no podía ser. Metí la mano bajo las sábanas, encontré su bóxer ajustado y deslicé los dedos dentro. La tenía blanda, pero eso cambió rápidamente cuando empecé a masturbarlo mientras Jordy me embestía por detrás.

Archer abrió los ojos y su mirada zafiro se posó en mí.

—Este es mi despertador favorito —dijo mientras nos miraba a los dos.

—No dejes que vuelva a dormirse —me ordenó Jordy mientras me ponía una mano en la nuca.

Entonces, me empujó hacia adelante para agacharme hasta que la cabeza me quedó bajo las sábanas, cerca de la entrepierna de Archer. Le bajé los calzoncillos de un tirón y me metí su pene en la boca y empecé a pasarle la lengua por la punta tal y como a él le encantaba.

Ambos gimieron por encima del edredón, generando un dúo de placer masculino que era música para mis oídos. Jordy me agarró con fuerza de la cadera para ajustarme a él mientras me acometía con más fuerza y envites largos y desenfrenados llevados por el deseo. Archer se agarró la verga y se masturbó mientras me la metía en la boca y yo se la chupaba. Estar entre los dos, que me llenaban por los dos extremos, hizo que pronto empezara a gemir con los temblores de un orgasmo. La forma en la que ceñía las paredes de mi interior alrededor de la erección de Jordy hizo que él jadeara y se estremeciera dentro de mí, ante lo cual me llenó el coño hinchado con su semen. Mis gemidos amortiguados vibraron en el pene de Archer y, entonces, él también apretó los muslos y gritó para avisarme de que estaba a punto. Mantuve los labios apretados alrededor de su punta mientras estallaba en mi boca y todas y cada una de sus gotas saladas me llegaron al fondo de la garganta.

Después, besé a Archer, y luego me giré y acepté la lengua de Jordy en mi boca. Si le molestaba que hubiera tenido la polla del otro hombre allí unos segundos antes, no dio ninguna señal de ello. De hecho, me besó con incluso más pasión.

De repente, a Archer le sonó el teléfono que tenía en la mesita de noche. Soltó un gemido de otro tipo y se dio la vuelta para parar el ruido. Mientras lo hacía, le di una palmadita en las nalgas desnudas.

—Justo a tiempo para tu alarma de verdad. La has puesto temprano.

—Pensaba a levantarme pronto para ir a correr un poco esta mañana —dijo él mientras se ponía boca arriba y apoyando la cabeza sobre un brazo—, pero creo que tengo las piernas demasiado débiles en este momento.

—¿Que tienes las piernas débiles? —le respondió Jordy—. ¡Si no has hecho más que estarte ahí tumbado!

—Te aseguro que estaba tensando todos los músculos de mi cuerpo a fondo.

—Lo confirmo —corroboré con una sonrisa.

Nos acurrucamos en la cama y nos burlamos unos de otros durante unos minutos más antes de que Jordy se levantara al final. Me quedé abrazada al cuerpo desnudo de Archer hasta que Jordy volvió.

—Te toca —dijo—. ¡Levántate, dormilona!

Chillé cuando Jordy me agarró por la cintura y me levantó de la cama como si no pesara nada. Después de un año juntos, una de las cosas que más me gustaban de esa relación era que me podían levantar con facilidad. Era increíble lo fuertes que estaban, lo que despertaba la parte cavernícola de mi cerebro.

Un hombre: fuerte.

Dos hombres: más fuertes.

Lo fuerte es bueno.

Me reí para mis adentros.

—¿Por qué te ríes? —preguntó Jordy.

Le di un beso en la mejilla.

—Estaba pensando en que me siento como una cavernícola a la que arrastran dos trogloditas fuertes.

Archer incorporó en la cama.

—No me acaba de gustar cómo resumes nuestra relación.

—¡No me estaba quejando! —le dije—. ¿Tienes listo el contrato para que siga siendo vuestra niñera el próximo año? Te lo firmaré en cuanto me des los documentos.

Archer se encogió de hombros con indiferencia.

—Creo que todavía no nos hemos decidido sobre eso.

—Estamos considerando otras solicitudes —coincidió Jordy con seriedad fingida.

Les saqué la lengua y entré en el baño. Una vez terminada la diversión, me tocaba prepararme para el día. Archer y Jordy habían dejado la vida como mercenarios atrás y habían presentado su dimisión en la Empresa Mathos. Archer había encontrado trabajo como piloto de un helicóptero de evacuación médica para el hospital de Wilmington. A veces, también trabajaba por cuenta propia como piloto del helicóptero de tráfico local. Todos los días, se iba con una gran sonrisa en el rostro y volvía sin rastro del estrés de su antiguo trabajo.

Jordy se quedó para el desayuno y jugó con Kaylee hasta las diez, cuando empezaba su turno con Just Eat. Sí, así era: el mercenario corpulento y musculoso se ganaba la vida entregando comida a domicilio todo el día. Al principio, lo había hecho para ganar algo de dinero y mantenerse ocupado hasta que averiguara qué quería hacer de verdad, pero ya habían pasado meses y seguía haciendo lo mismo.

—¿Seguro que eres feliz así? —le pregunté mientras le daba un beso de despedida.

—¿Por qué no iba a serlo?

—No es un trabajo que llene. Just Eat no es exactamente el tipo de empleo con el que se suele soñar de pequeño.

Me miró con una ceja marrón arqueada.

—Cuando yo era pequeño, Just Eat no existía.

—Ya sabes a lo que me refiero.

Me dio un beso suave.

—Reparto comida a la gente hambrienta. A todo el mundo le gusta la comida. Con eso, me siento realizado. Mucho más que antes, cuando era mercenario.

—Mientras seas feliz.

Me acarició la mejilla.

—Más feliz de lo que jamás pensé que llegaría ser.

En mi relación anterior, me había sentido tan insegura que siempre dudaba de lo que me decía mi pareja. Si decía que era feliz, me preguntaba si en secreto sentiría lo contrario. Si me decía que me amaba, me pasaba el día pensando que solo me había dicho lo que yo quería oír. En cambio, con ellos no tenía ninguna inseguridad de ese tipo. Cuando Jordy decía que era más feliz de lo que jamás había pensado que llegaría a ser, sabía que me decía la pura verdad.

Después de que Jordy se fuera, Kaylee y yo nos pasamos dos horas jugando a Minecraft. Para entonces, habíamos construido un mundo enorme juntas y a ella siempre se le ocurrían cosas nuevas que crear. Ese día nos dedicamos a edificar una réplica del Coliseo romano. Era

mucho más difícil de lo que parecía y tuvimos que recurrir a Google Maps para ver un modelo en 3D del recinto real.

Hicimos una pausa para el almuerzo y, luego, nos preparamos para otra de nuestras rutinas nuevas: la hora de la lectura. A sus casi diez añitos, Kaylee tenía la edad perfecta para empezar a leer *Harry Potter y la piedra filosofal*. Era un buen proyecto de lectura para el verano y le ayudaba a reducir el tiempo que pasaba frente a la pantalla del ordenador, que ya era demasiado.

Cada día, nos pasábamos dos horas leyendo. Nuestro sistema consistía en sentarnos juntas en la habitación de Kaylee y leer cada una nuestro ejemplar del libro. Al final del capítulo, hacíamos una pausa y comentábamos todo lo que había pasado. Kaylee leía algo despacio, así que yo tenía que fingir que seguía leyendo mucho después de haber terminado el capítulo, pero ya empezaba a notar una gran mejora en su capacidad lectora desde que habíamos empezado. Además, asimilaba muy bien el contenido y aportaba sus propias reflexiones muy perspicaces.

Alrededor de las cuatro de la tarde, oí que la puerta principal se abría.

—¿Te han vuelto a reducir el horario? —grité desde la cocina, donde estaba mezclando algo de masa para una tanda de magdalenas.

El hombre que apareció en la puerta de la habitación no era Jordy. Ese tipo llenó el espacio con unos hombros más anchos y un aura silenciosa y peligrosa que lo rodeaba. Casi se me cayó el cuenco de la sorpresa.

—¡Harrison!

Él me sonrió con satisfacción.

—¡Ni que hubieras visto un fantasma!

Dejé el bol en la encimera y me lancé a sus brazos.

—Se suponía que no ibas a volver hasta mañana —murmuré con la cabeza contra su pecho.

Él me acarició el pelo con la palma de la mano.

—Hubo un cambio de planes.

Mi relación con Jordy y Archer me encantaba, pero la forma especial en la que Harrison me estrechaba entre sus brazos me hacía sentir más segura que en ningún otro sitio. Era como si tuviera un gran oso gruñón por novio.

A diferencia de los otros dos, él se había quedado en la Empresa Mathos. Al trabajar solo, tenía mucha más flexibilidad que antes para unirse a otros grupos en misiones por todo el mundo y para hacer encargos de reconocimiento en solitario de ser necesario. Le pagaban estupendamente y él insistía en que no quería hacer otro oficio. A mí me parecía bien, siempre y cuando evitara los trabajos peligrosos. Me prometió que no volvería a aceptar nada con mucho riesgo, como lo de Praga y Bakú.

Me aparté y le rodeé la mejilla con una mano.

—Creía que habías dicho que volverías a dejarte la barba mientras estabas fuera.

Se encogió de hombros.

—No llegué a hacerlo. Ya dejaré de afeitarme mañana.

Llevaba un año diciendo lo mismo, pero siempre se afeitaba a primera hora de la mañana nada más levantarse. Se había convertido en nuestra bromita privada.

Le di un beso y, por unos instantes, me olvidé de la lista de cosas pendientes que tenía que

hacer. La forma apasionada y ávida en que Harrison me besaba hacía que se me olvidara todo.

—¿Papi? —dijo Kaylee con una sorpresa que se convirtió en emoción—. ¡Papi!

Nos apartamos cuando ella se lanzó y lo abrazó a la altura de la cintura.

—¿Has crecido desde que me fui?

—¡Un centímetro! —dijo orgullosa.

—¡Vaya, un centímetro! Para Navidad serás más alta que yo.

Kaylee dejó de sonreír.

—Estábamos preparando unas magdalenas para cuando volvieras, pero aún no están listas.

Harrison mojó un dedo grueso en el cuenco y se lo lamió.

—Me gusta más la masa cruda.

—¡Papi! ¡Aún no están listas!

Él volvió a meter el dedo, pero esta vez se limpió la masa en la mejilla de Kaylee. Ella soltó un chillido e intentó darle una bofetada, pero él le agarró las muñecas con destreza y se las apartó.

—No es justo —se quejó—. ¡Eres demasiado fuerte!

—Tengo que ser grande y fuerte para proteger a mis chicas. —Me miró y sonrió—. Adivina dónde he estado esta vez.

—Mm. —Frunció el entrecejo—. Raleigh.

Harrison se rio.

—He ido mucho más lejos que Raleigh.

—¿Asheville?

—He salido del estado, cielo. Fuera del país. Te daré una pista. —Se metió la mano en la bolsa de herramientas y sacó un canguro de peluche—. Había muchos de estos donde he ido.

Kaylee abrió los ojos de par en par.

—¡Australia!

Él le dio el juguete.

—Vaya, bien adivinado. ¡Qué lista eres!

—Trish y yo hemos estado estudiando geografía todos los días. ¿Sabías que la Antártida es el séptimo continente? Aunque allí solo vive un puñado de gente.

—¡Guaaaau! —exclamó Harrison para mostrar su impresión de manera teatral—. No lo sabía.

Kaylee sonrió y, de repente, se puso triste.

—¿Qué te pasa? —le preguntó Harrison.

—No sabía que llegarías a casa un día antes. Maggie me ha invitado a pasar la noche en su casa.

—Puedes pasar la noche con Maggie. —Me miró—. Si a Trish le parece bien, claro.

—¡Pero te he echado de menos! —insistió—. Has estado fuera dos semanas. Y me siento mal...

—Te llevaré a casa de Maggie y te contaré todo mi viaje —dijo mientras la estrechaba y la levantaba entre sus brazos—. Mañana ya pasaremos todo el día juntos. ¿Qué te parece?

—¡Vale!

—Maggie es adorable —le expliqué—. La semana pasada hicieron una fiesta de pijamas aquí.

—¡Maggie tiene dos papis! —exclamó Kaylee—. Se puso muy celosa cuando le dije que yo tenía tres. —Frunció el ceño con expresión pensativa—. Pero creo que sus papis son diferentes. Se besan como tú besas a Trish.

Harrison y yo intercambiamos una mirada y nos echamos a reír.

—Tiene suerte de tener dos papis —dijo Harrison mientras Kaylee se preparaba para irse—. Algunos niños no tienen ningún papi.

Terminé de preparar las magdalenas mientras Harrison la llevaba a casa de su amiga. Acababan de quitarlas del horno cuando volvió.

—Justo a tiempo. Estarán listas en cuanto les ponga el glaseado.

Harrison se me acercó desde detrás.

—El glaseado no es lo que quiero lamer.

Solté una risita.

—Ese es el tipo de frase cursi que me esperaba de Jordy. Se te está pegando algo de él.

—Yo lo que quiero es pegarme a ti.

Me reí aún más.

—¡Eso es aún más cursi!

Me besó la nuca.

—Es por el efecto que tienes sobre mí.

Iba a decir algo más, pero me rendí ante el roce de sus labios sobre mi piel. Dos semanas no era mucho tiempo, pero sí el suficiente para que ansiara estar con él más que nada. Me apoyé contra él y dejé que me acariciara hasta que no pudo aguantar más. Me rodeó con los brazos y me llevó al dormitorio, el suyo, y me echó sobre la cama.

—Acabo de quitarte las sábanas esta mañana —dije—. Iba a poner unas limpias antes de que volvieras.

—No me importa —rugió con la boca pegada a la mía—. Ya no hay tiempo.

Suspiré mientras prácticamente me arrancaba la ropa y, luego, se deshacía de la suya. Me encantaba la forma en que Harrison me tomaba siempre, como si no pudiera respirar sin antes devorarme lo más rápido posible. Ya estaba empapada cuando deslizó su miembro entre mis piernas y me llenó con gran facilidad, una enlace que llevaba dos semanas preparándose. Hicimos el amor como animales sin intercambiar ni una palabra, sin necesidad de ellas. Fueron todos jadeos, gemidos y gruñidos frenéticos de dos personas que no querían nada más en este mundo excepto el uno al otro.

Cuando terminamos, acabamos jadeantes y tumbados boca arriba, demasiado exhaustos para movernos.

—Quiero que me tomes así siempre —dije con un aliento.

—Quiero que sepas que te quiero.

Me llevó unos segundos darme cuenta de lo que había dicho. No había sido una frase como cualquier otra, si no un «te quiero». La frase más simple y, sin embargo, más complicada que pueda decir alguien.

Me puse de lado para mirarle.

—Ya era hora.

Los ojos le brillaron como esmeraldas al parpadear.

—¿Cómo dices?

—Me preguntaba cuándo me lo ibas a decir. —Me incliné hacia él y le rocé los labios con los míos—. Yo también te quiero, Harrison Gray.

Entremezcló los dedos en mi pelo y apoyó mi frente contra la suya.

—¿Cuánto tiempo llevas esperando para decirlo?

—Oh, al menos tres o cuatro meses.

Dio un respingo.

—¿Y te lo tenías callado?

—¡No quería asustarte! —le contesté.

Harrison se incorporó en la cama y echó los hombros hacia delante.

—¿Por qué creías que me asustaría?

—Porque eres la persona que más reprime lo que siente de todos quienes haya conocido jamás. —Me enderecé y le besé el pecho desnudo—. Lo cual forma parte de lo que me encanta de ti.

—Cuesta decirle eso a alguien —explicó—. Sobre todo cuando no sabes si te corresponderán.

—¡Exacto! Por eso esperé hasta que lo dijeras tú.

—Jordy y tú os lo dijisteis al cabo de apenas tres meses.

—Sí, bueno, teníamos algo de ventaja. —Ladeé la cabeza—. ¿Son celos eso que detecto?

Frunció el ceño.

—Ya no me pongo celoso.

—Un poco sí que te pones.

—Solo cuando te acapara —dijo—. Me alegro de haber vuelto a casa pronto y que nos haya dado tiempo a ponernos al día.

Le recorrí los abdominales con un dedo.

—Kaylee no volverá hasta mañana, así que tenemos tiempo de sobras para seguir poniéndonos al día.

Él me sonrió con satisfacción.

—Eso pensaba hacer.

Grité cuando volvió a abalanzarse sobre mí, plantándome un beso en los labios con fuerza. Entonces, me dio la vuelta y me abrazó en la posición de la cucharita.

—¿A mí no me has traído nada de Australia? —le pregunté.

Aunque estaba detrás de mí, percibí que fruncía el ceño por su tono de voz.

—No me había dado cuenta de que querías que te mimaran tanto como a una niña de diez años.

—¡A una le gusta que la aprecien como es debido!

—En realidad, sí que tengo una sorpresa para ti.

Me animé.

—¿De veras?

—Dos sorpresas, de hecho.

—¡Dámelas, dámelas! —le pedí mientras me daba la vuelta para mirarlo a los ojos—. Quiero mis sorpresas ahora, por favor.

—Tenemos que esperar hasta que Jordy y Archer lleguen a casa.

—¡No es justo! A Kaylee le diste su sorpresa muy rápido.

—¿Quién es la niña y quién la niñera? —bromeó.

Hice un puchero exagerado.

—Soy la niñera, pero solo hasta mañana. Archer aún no me ha dado el contrato con la extensión. Suele ser muy rápido con cosas de papeleo.

La puerta principal se abrió y se cerró.

—¡Ahí va! ¿Esa es la bolsa de Harrison? —dijo Jordy.

—Con ese olor, seguro que es la suya —coincidió Archer.

—¡Estamos aquí! —grité—. ¡Daos prisa!

Archer y Jordy llegaron corriendo. Harrison salió de la cama y se puso la ropa interior antes de abrazar a los dos hombres. Sonreí al verlos abrazarse y darse palmaditas en la espalda. «Mis tres hombres. ¿Quién lo habría pensado?».

—¿Pasa algo? —preguntó Archer—. ¿Por qué nos has dicho que nos diéramos prisa?

—A Trish le preocupa el contrato de niñera —respondió Harrison.

—Ah. —Archer se miró los pies—. Ya, bueno...

—¿Qué pasa? —pregunté—. ¿No me vais a extender el contrato otro año?

—Otro año, no —dijo Jordy.

Los miré con el ceño fruncido.

—¿Es que habéis decidido extendérmelo por más tiempo? ¿Dos años? —Ante sus miradas inexpresivas, añadí—: ¿Tres?

—Trish —dijo Archer mientras se sentaba en el borde de la cama—. Los tres lo hemos hablado y no queremos extenderte el contrato.

Me los quedé mirando unos segundos.

—¿Es una broma?

—Va en serio —contestó Jordy con aire de gravedad—. No queremos que sigas siendo la niñera de Kaylee.

Se me empezó a hacer un nudo en el estómago.

—Esta mañana, me dijiste en broma que considerabais otras opciones. Pensaba que era una broma. ¿Habláis en serio?

—Kaylee cumplirá diez años en unos meses —dijo Archer—. Es lo bastante mayor como para esperar al autobús sola. Y se puede quedar en casa sin supervisión antes de que salgamos del trabajo. Sobre todo ahora que Harrison acepta menos contratos con Mathos. Ya no necesitamos una niñera a tiempo completo. Ni siquiera a tiempo parcial.

—Espero que lo entiendas —dijo Jordy.

Noté que se me llenaban los ojos de lágrimas e intenté secármelas desesperadamente.

—No... no sé qué decir.

—Esto es para ti —anunció Archer mientras me tendía una cajita—. Como regalo de despedida por todo tu gran trabajo este año.

No estaba de humor para abrir un regalo y fingir ilusión, pero desaté la cinta roja con los dedos sin pensar y abrí la tapa. Dentro solo había una llave de acero inoxidable. Me di cuenta de que era la llave de la casa en la que vivían. La casa en la que estábamos en ese momento.

—No lo entiendo.

—Es la llave de nuestra casa —le explicó Jordy.

—Ya tengo la llave. —Rebusqué en el suelo, donde había dejado los vaqueros, y saqué mi llavero—. Me la distéis cuando volvimos de Bakú hace un año.

—Sí, pero... —respondió Archer—. Esta es diferente.

—A mí me parece igual.

—Te están pidiendo que te mudes con nosotros —dijo Harrison sin rodeos.

—Ah. —Volví a mirar la llave—. ¡Ah!

—Eres una parte muy importante de la vida de Kaylee y también de la nuestra —explicó Jordy—. Ya no queremos que seas Trish, la niñera. Queremos que seas Trish, sin más.

Me cayeron las lágrimas por las mejillas, pero por un motivo completamente distinto. Abracé a Jordy y los otros dos se nos unieron.

—¿Qué quieres hacer ahora? —me preguntó Archer.

—¡Decir que sí! —le contesté—. Por supuesto que me mudaré con vosotros. Ya es como si viviera aquí. ¡Ay, Lisa se va a alegrar tanto por mí! Lleva tiempo preguntándome cuándo me mudaré por fin.

—No me refería a eso —dijo Archer con voz suave—, sino a ¿qué quieres hacer con tu tiempo cuando Kaylee vuelva a la escuela? Podrás hacer cualquier cosa.

Fruncí el ceño al pensar en ello. En el último año, había fantaseado con qué haría si algún día dejaba de ser niñera. Durante mucho tiempo supe que quería cuidar de una niña o un niño o, si tenía suerte, de varios. Ser la niñera de Kaylee hacía que me sintiera realizada en cuanto a ese deseo, pero me había convertido en más que una niñera: había pasado a formar parte de la familia. Así pues, iba a sentirme igual de realizada sin que tuviera que ser niñera de profesión.

—Creo que quizás vuelva a estudiar —dije—. O, al menos, asistir como oyente a algunas clases en Universidad de Wilmington.

—¿Ah, sí? ¿Qué quieres estudiar? —preguntó Harrison.

—Diseño de videojuegos. Me encantaría desarrollar uno que fuese como Minecraft, pero con más opciones para crear una familia, como un pequeño ejército de gente para luchar contra las arañas y los Creepers del juego. Algo de ese tipo, más o menos. No me lo he pensado mucho.

—Es una idea estupenda —dijo Archer—. A Kaylee le encantará.

Sonreí.

—Lo del juego fue idea suya. Dijo que ojalá hubiera más jugadores para Minecraft, así que me puse a pensar en soluciones creativas. —Giré la cabeza hacia Harrison—. Eso es solo una.

—¿Un qué?

—Una sorpresa. Tú dijiste que tenías dos sorpresas para mí. ¿Cuál es la otra sorpresa?

Jordy y Archer intercambiaron una mirada.

—Solo nos has dicho lo de la llave.

—Sí. Tenía otra cosa más en mente. —Harrison se sentó en el borde de la cama—. Le he estado dando muchas vueltas. Los cuatro juntos. Me siento cómodo con esa idea. Me ha llevado un tiempo llegar hasta este punto, pero aquí estoy. Ahora me apetece probar algo nuevo. Algo que te gustaría mucho y para lo cual tenemos que estar todos cuatro.

Se me quedó mirando como para dar a entender su intención y yo le devolví la mirada sin comprenderlo.

Entonces, de repente, lo pillé.

—¿En serio?

Esbozó una sonrisa pícaro.

—Sí.

—Pero pensaba que eso no te ponía. ¡No te gusta compartir!

—Es verdad —admitió—, prefiero tenerte para mí solo. Pero lo probaré una vez. Por ti. Cuando te excitas, Trish, me excito yo también. Tú eres lo que me pone.

Le di un beso de gratitud y amor. Eso es lo que fue, al principio: un gesto de amor. Pero, entonces Harrison movió los labios contra los míos con más fuerza y me sentó en su regazo en el borde de la cama. Noté que se le empinaba debajo de mí.

—Aquí está el regalo que te he traído de Australia —dijo mientras se sacaba algo del bolsillo de la chaqueta que estaba en el suelo. Era un objeto largo y estaba tejido con lana azul, mezclada con tonos rojos y blancos.

—¿Un pañuelo? —le pregunté—. No quiero parecer desagradecida, pero estamos en julio.

—En el hemisferio sur es invierno —respondió—. Además, el regalo no es el pañuelo en sí, sino lo que queremos hacer con él.

Sin darme tiempo a preguntarles más, Archer tomó el pañuelo y me vendó los ojos con él por detrás. La lana era lo bastante gruesa como para bloquear toda la luz.

Entonces, Harrison se levantó y me empujó sobre la cama. Que me taparan la vista era una experiencia extraña, mucho más que cerrar los ojos por voluntad propia, e hizo que mis otros sentidos se intensificaran. Seguía desnuda tras mi reencuentro sexual con Harrison y notaba mi humedad al aire libre. Me quedé tumbada sobre el vientre durante un largo rato. Esperando. Los segundos fueron pasando y, con ellos, me fueron aumentando las ganas.

Un pene se abrió paso entre los labios de mi sexo sin preliminares. Solté un grito ante la sensación repentina e inesperada. Algunos de los mejores placeres incluían una pizca de dolor y ese era el justo para hacer que me estremeciera y gimiese. Era como tomar la comida picante perfecta, que provocaba un ardor en la lengua, pero no demasiado fuerte.

Creía que sabía bien cómo eran las partes íntimas de mis tres amantes a esas alturas, pero sin verlos me sorprendió lo mucho que me costaba distinguir sus miembros. Al saber que yo ya estaba caliente y preparada, el desconocido me agarró por las caderas y empezó a embestirme como si fuera su juguete sexual personal. Llegué a la conclusión de que sería o Harrison o Jordy, basándome en la forma en que el hombre hundía los dedos en mi piel. Allí, inclinada sobre la cama, lo único que podía hacer era dejarme llevar por la avidez con que me hacía el amor. No era más que una vía para su placer. Y eso hacía que enloqueciera de deseo.

—¡Ohh! —gemí mientras arqueaba la espalda—. Justo así. No pares. —Me metí la mano entre las piernas y empecé a frotarme el clítoris—. Estoy muy cerca...

A pesar de mis súplicas, el hombre se apartó de mí. A juzgar por el gruñido, debía ser Harrison. Era lógico que lo dejaran ir primero.

—Me dijeron que es divertido provocarte —dijo con un murmullo—, así que eso es lo que vamos a hacer.

Archer fue el siguiente en tomarme o, al menos, me pareció que fue él. Se movió despacio, tanto que resultaba agonizante después de que me lo hubieran estado dando tan duro. Aun así, el no poder ver, junto con la forma en que me estaban utilizando, me catapultó hacia un orgasmo intenso. Mientras notaba cómo crecía en mi interior, justo antes de alcanzar la dulce liberación, él también se detuvo. Solté un gemido lleno de frustración.

—No pares.

A Archer, que resultó ser el que me la había estado metiendo, se le escapó una risa.

—No estás en posición de exigir nada.

Entonces le tocó a Jordy. Estaba segura de que era él cuando se colocó detrás de mí y meneó la punta del pene contra mi entrada. A diferencia de los otros dos, que me habían penetrado sin esperar, Jordy vaciló.

—Quiero que me tomes ya —le dije.

Se rio entre dientes.

—¿Cuánto lo quieres?

—Mucho.

—No estoy convencido de que lo quiera —dijo Harrison—. Creo que tiene que suplicar.

—Esa idea me gusta —coincidió Jordy mientras plantaba una mano en la parte baja de mi espalda para sujetarme—. Suplícamelo.

—Por favor —supliqué mientras me rendía por completo—. Fóllame, por favor. Lo necesito. Os necesito.

—¿A quién necesitas?

—A los tres —dije con un aliento—. Por favor.

Jordy me la metió sin previo aviso. Solté un grito de sorpresa y éxtasis cuando se me avivó todo el cuerpo, ardiendo en deseos de que me tocara mientras empezaba a penetrarme a placer.

Ya no necesitaba suplicar. Me agarró el culo con las dos manos y me folló con fuerza y rapidez, con nuestra piel chocando mientras gemía encima de mí.

Entonces, apareció otro hombre que se puso de rodillas en la cama frente a mí y me agarró la barbilla con sus fuertes dedos para abrirme la boca de par en par. Esta vez supe que la erección era de Harrison cuando me la ensartó en la boca. Emitió un gemido que provenía de lo más profundo de su pecho mientras empezaba a metérmela y sacármela de entre los labios, utilizándome de una forma que intensificaba todo lo que Jordy me hacía desde detrás.

El orgasmo se abalanzó sobre mí como si me empotrara. Todo pensamiento abandonó mi mente mientras el placer estallaba por todo mi cuerpo, con fuerza, intensidad y éxtasis. Otro hombre se subió a la cama, se puso de rodillas junto a Harrison y lo apartó para apoderarse de mi boca. Archer, sin duda. Una verga reemplazó a la otra y empecé a chupar la nueva.

Noté que Harrison se levantaba de la cama y le cambiaba el puesto a Jordy. Me empezó a penetrar con una pasión enfervorizada que le llevaba a acometerme de una manera desesperada con cada envite de su erección gruesa y larga. Mientras él reemplazaba a Jordy, este se arrodilló sobre la cama y me tomó una mano para pedirme que lo masturbara con los dedos.

Fueron turnándose así, como una especie de sillas musicales para ver qué parte de mi cuerpo querían usar. Resultó que los hombres podían aguantar mucho pero mucho tiempo si iban cambiando de posición cada pocos segundos. Parecía que supieran que me provocaban un placer desenfrenado. Quien sabe cómo, con su fuerza de voluntad lograban contener sus propios clímax. Me invadió otro orgasmo y, luego, un tercero. Llegué tan seguido que me costó diferenciarlos hasta que me vi atrapada en un ciclo interminable de éxtasis intenso. No paraba. Nunca. Un sinfín de placer de que me compartieran los tres. Tres hombres, todos y cada uno de ellos, míos.

Para cuando Harrison estuvo a punto, yo vibraba de un goce electrizante. Su rugido al llegar resonó en toda la casa mientras me la sacaba y derramaba su cálida leche sobre mis nalgas desnudas. Jordy y Archer, que estaban justo detrás de él, me empujaron boca abajo sobre la cama para poder correrse sobre la parte inferior de mi espalda. La sensación de tener todo su semen sobre mi piel arrasó con mi libido. Me dio un último espasmo en los músculos de mi interior y me corrí a chorros al llegar a un último orgasmo, más fuerte que cualquiera que hubiera tenido jamás, mientras tres hombres fortachones me sujetaban durante mi gran liberación estremecedora.

Al acabar, fueron delicados, lo que marcó un gran contraste con el sexo duro. Los tres relucían con el sudor de su esfuerzo, pero esbozaban sonrisas amplias y auténticas.

—¿Lo ves, viejo amigo? —dijo Archer con una sonrisa de medio lado—. No ha estado tan mal, ¿verdad?

Harrison gruñó.

—Joder, en realidad me ha gustado.

—Claro que sí —coincidió Jordy mientras me levantaba la barbilla para besarme.

—Aún prefiero tenerte para mí solo —aclaró Harrison mientras apartaba a Jordy para darme un beso a su vez—. No me gusta cuando me rozan los muslos con los suyos estos dos.

Archer se dejó caer sobre las almohadas.

—¿Ah, sí?

—Creo que te olvidas de Helsinki en 2013 —dijo Jordy.

Harrison se tensó.

—¿Qué pasó en Helsinki? —le pregunté.

Jordy sonrió de oreja a oreja.

—Aquí como le ves, Harrison se acurrucó junto a mí para conseguir más calor.

—¡Eso fue diferente! —le discutió Harrison—. Intentábamos no morir congelados.

—¿Y por eso te despertase con una erección de toda la vida a la mañana siguiente?

—No se puede controlar eso. —Me miró suplicante—. No se puede.

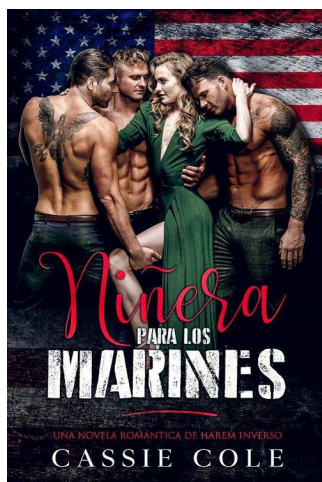
—Yo no te juzgo, grandullón —le dije.

—Yo creo que sí que podría controlarlo —bromeó Archer, con un amago de sonrisa en ese rostro tan atractivo—, de encontrarme en una situación así alguna vez.

—Yo también —coincidió Jordy, que me guiñó un ojo—, ¿verdad, Kettlebells?

—Verdad, Moreno.

Me reí mientras mis tres hombres, mis tres amantes, mis tres amores, seguían discutiendo entre ellos en la cama.



Si te ha gustado esta historia, entonces te encantarán otro relato de romances de Cassie Cole: *Niñera para los marines*. [Puedes hacer clic aquí o seguir leyendo para echar un vistazo al adelanto.](#)



Heather

No nos habían pillado... aún.

—¿Estás segura de que es buena idea? —me susurró Maurice, que estaba de pie a mi lado.

—¡Sí! —musité entre dientes—. Ahora, silencio y actúa con naturalidad. Con énfasis en lo de actuar.

Estábamos en el vestíbulo de la grada más alta del estadio Staples Center y el sonido de los regates de los balones de baloncesto y del chirrido de las zapatillas de deporte resonaba en el aire. Los Angeles Lakers jugaban contra los Milwaukee Bucks, pero no alcanzábamos a ver mucho desde nuestros asientos. Teníamos entradas para la galería, que estaba tan alto que, si estirábamos los brazos, casi podíamos tocar el techo.

Todo sea dicho, se trataba de entradas que nos había regalado nuestro profesor de interpretación, el Sr. Howard, así que deberíamos habernos contentado con los asientos, fueran los que fuesen. Llevaba tres años viviendo en Los Ángeles y todavía no había ido a ningún tipo de evento deportivo, ya que era algo difícil para una aspirante a actriz que apenas llegaba a fin de mes. Así pues, ahora que estaba allí, quería ver el partido como era debido, lo que no nos era posible desde la grada más alta. Queríamos estar más cerca.

Bueno, en realidad, debería decir que yo quería que estuviéramos más cerca. Maurice, mi mejor amigo, era más reticente a la idea.

—No vale la pena —me susurró.

Moví la mano sin darle importancia mientras observaba a los acomodadores del siguiente piso.

—Todo irá bien.

—No me estás escuchando, Heather —insistió Maurice. Lo dijo articulando cada sílaba como hacían los actores—. No puedo permitirme que me arresten. Lo digo en serio. No me lo puedo permitir, literalmente. Ya me he pulido la mitad del saldo que tenía en el banco al tomar el metro para venir aquí.

—No nos van a arrestar —dije con impaciencia—. Si nos pillan, fingiremos que nos hemos perdido. Lo peor que nos podría pasar es que nos echen.

—Podría pasarnos cualquier cosa. —Suspiró—. Quiero acercarme a la cancha tanto como tú, pero...

—En la vida, uno no consigue lo que quiere sin más —le dije—. Solo se consigue aquello por lo que se lucha.

Era una de esas frases que mi padre solía decir y se me había quedado grabada. Siempre había intentado vivir según esas palabras y me habían servido hasta entonces.

Rodeé el rostro de Maurice de pómulos prominentes con ambas manos y le miré fijamente a los ojos.

—¿Confías en mí?

—¡Pues claro que no! —contestó, pero lo dijo mientras se reía.

—Bueno, pues finge que sí. Voy a conseguir que veamos el partido de más cerca. Y, con suerte, nos conseguiré también algo de comida y unas bebidas.

El Staples Center estaba diseñado del mismo modo que la mayoría de los estadios deportivos modernos. Había una planta baja que llevaba hasta los asientos más cercanos a la pista y, luego, había una planta superior que llevaba a los asientos más altos. Allí era donde se encontraban los nuestros y donde estábamos de pie en ese momento.

Sin embargo, había una planta intermedia entre ambos niveles en la que estaban los palcos de lujo. A esa planta solo se podía acceder mediante una escalera mecánica que vigilaban varios acomodadores en todo momento para ir comprobando las entradas de la gente.

Desde donde estábamos en la barandilla de la grada superior, podía ver la escalera mecánica que llevaba a la planta de los palcos. Dos acomodadores vestidos con pantalones amarillos y camisetas moradas —los colores de los Lakers— dirigían al público educadamente, aunque con firmeza, hacia los asientos baratos.

—¿Qué estamos haciendo? —susurró Maurice.

—Esperamos a la acomodadora idónea —dije—. Cuando llegamos, había otra persona allí abajo. Una señora mayor que parecía más simpática que los dos acomodadores de ahora. Creo que los van alternando.

—Llevamos aquí de pie diez minutos —se quejó Maurice—. Me estoy perdiendo a LeBron. Apuesto a que ya está empapado del sudor. Imagínatelo, Heather: LeBron, con los músculos relucientes bajo las luces del techo mientras va a por un mate...

—Podrás comerte a tu novio con los ojos en la planta de los palcos —le dije—. Desde allí sí que vas a poder verle como es debido.

—No si nunca llegamos allí.

Levanté la mano.

—¡Shhh! Empieza la acción.

En el piso inferior, la acomodadora de pelo canoso que había visto antes se acercó a uno de los otros acomodadores y le dio un golpecito en el hombro. Intercambiaron algunas palabras y entonces, Abuelita —que era cómo la había estado llamando en mi cabeza— ocupó el puesto de su compañero.

—Luces, cámara y acción —dije mientras sacaba el teléfono—. Acércate, vamos a hacernos una selfi.

Maurice frunció el entrecejo mientras yo levantaba el teléfono.

—¿Se puede saber por qué nos hacemos una selfi ahora?

—Tú confía en mí. Y sonríe.

Maurice se había puesto un traje para el partido, porque con él no había otra. Al salir de su apartamento, lo menos elegante que se ponía era ropa de negocios semiformal. Yo llevaba mi vestido azul favorito con un escote pronunciado y ajustado en la cintura. El toque final al conjunto lo daba un anillo de diamantes de compromiso chillón que llevaba en el tercer dedo de la mano izquierda. Era falso —un accesorio de atrezo de la clase de interpretación del Sr. Howard—, pero parecía lo bastante auténtico. Me puse la mano encima del pecho mientras nos hacíamos la autofoto para asegurarme de que el anillo se veía bien.

Tras tomar la foto, me alejé de la barandilla que quedaba encima de los acomodadores. La planta superior seguía a lo largo del contorno de la pared exterior del estadio, con vistas a la planta de los palcos, que quedaba justo debajo y no estaba muy llena de gente. De hecho, en cuanto nos alejamos unos seis metros de la zona desde la que observábamos a los acomodadores, no se veía a nadie en la planta que nos interesaba. Todo el mundo estaba en los palcos, viendo el partido.

Había al menos unos 15 metros de distancia entre ambos pisos. Demasiado lejos como para saltar, pero no para un objeto de metal pequeño...

Me quité el anillo de diamantes del dedo, lo sujeté por encima de la barandilla y lo solté. Tras un largo silencio, el anillo tintinó en el suelo de la planta inferior y desapareció de nuestra vista.

—¡Pero qué haces! —musitó Maurice—. Si el Sr. Howard se entera de que has perdido uno de los objetos de atrezo...

—Ni siquiera sabe que lo he tomado prestado —respondí.

—¡¿Qué has dicho?! —espetó Maurice. Negó con la cabeza despacio y añadió—: Has perdido la cabeza. Le estoy hablando a una chiflada. De esas a las que tendrían que inmovilizar con una camisa de fuerza.

Le tomé de la mano.

—Confía en mí. Tengo un plan. Sígueme la corriente.

Le llevé hasta la escalera mecánica. Maurice no se estuvo quieto mientras bajábamos a la planta inferior. A medida que nos acercábamos al vestíbulo de la planta de los palcos, Abuelita y la otra acomodadora nos observaban. Nos estudiaron y se prepararon para guiarnos con gestos a la siguiente escalera mecánica que nos llevaría a la planta baja. Cerré los ojos y respiré hondo, algo que siempre hacía antes de meterme en un papel.

«En la vida, uno no consigue lo que quiere sin más», me dije. «Solo se consigue aquello por lo que se lucha».

—¿Disculpe! —le dije a Abuelita—. ¿Puede ayudarnos?

Ella movió una mano.

—El vestíbulo principal está en esa dirección. Esta entrada es solo para...

—Estamos en el palco número diecisiete —dije con un tono pomposo—. La comida es de lo más mediocre. No hay alternativas sin gluten ni veganas. Algo inaceptable, ¡sobre todo viniendo de nada más y nada menos que MacKenzie Scott! ¿Se lo imagina? Me hubiese esperado algo así de su exmarido, Jeff, pero MacKenzie siempre había tenido mejor gusto.

Abuelita pestañeó, desconcertada.

—Ehh...

Rodeé a Maurice con el brazo y me puse a mentir más que la gaceta.

—Pues resulta que mi maravilloso prometido y yo fuimos en busca de otras opciones para comer, o sea, algo aceptable. Buscamos por todas partes del recinto; esto es como un laberinto, para serle sincera. Le juro que se me han desgastado los tacones de Stuart Weitzman de tanto andar.

En realidad, llevaba unos zapatos de diez dólares del JC Penney, una cadena de grandes almacenes, pero contaba con que Abuelita no supiera distinguirlos.

»Por suerte, mi prometido —dije asegurándome de enfatizar la palabra esa vez— encontró alternativas veganas en la planta superior. Rollitos de primavera elaborados con col, de origen local, por supuesto. Son una delicia, mejor de lo que esperábamos encontrar en este lugar.

Abuelita se fijó en mi mano enseguida.

—¿Cómo es que están prometidos si no lleva usted anillo?

—¿Es usted muy observadora! —exclamé con entusiasmo—. Justamente ese es el problema. Estaba tan alterada con la falta de alternativas para comer que se me debe de haber caído el anillo cuando salimos del palco. ¿Se imagina lo horrible que es perder el anillo de compromiso tan solo una semana después de prometerse?

La otra acomodadora, que tenía una expresión severa, no se creía nada de lo que decía.

—¿Me enseñan los pases para el palco, por favor?

—Los dejamos en el palco —dije—. Salimos sin pensar...

Maurice me rodeó con el brazo y, por fin, intervino. Le costaba arrancar con la improvisación, pero era un actorazo de primera.

—Es culpa mía por haberme equivocado de talla con el anillo —dijo con un tono lleno de arrepentimiento y miedo—. Sabía que debí haberlo llevado a la tienda para que lo ajustaran en cuanto ella dijo que sí, ¡pero Tiffany's no me daba cita hasta dentro de un mes! Hay que encontrar el anillo. Es de seis quilates, o sea que no debería resultar difícil de localizar. —Extendió la mano con confianza—. No digo que adquirir otro fuese a suponer un problema, ya que mi padre es el propietario de una mina de diamantes en Sierra Leona, ¡pero es cuestión de principios!

—No te echas la culpa, cielo —dije mientras le acariciaba la mejilla. Me volví hacia Abuelita y añadí—: Creo que perdimos el anillo por ahí. Si nos dejara buscarlo, estoy segura de

que lo encontraríamos en seguida.

Abuelita miró a la otra acomodadora. Durante unos segundos, no pensé que fueran a dejarnos pasar, en cuyo caso iba a tener que explicarle al Sr. Howard cómo había perdido el anillo.

—Iré con ustedes —dijo la otra acomodadora, que no era Abuelita, sino la de aspecto severo y masculino—. Pero si no hay anillo, llamo a seguridad.

—Si no hay anillo —dije de forma dramática—, tendrá que llamar a la morgue, porque me tiraré del balcón de la tristeza.

La acomodadora puso los ojos en blanco mientras nos llevaba hasta el vestíbulo de la planta de los palcos. A diferencia del piso superior y el inferior, la zona estaba casi desierta. Todo el mundo estaba en los palcos.

—Nos paramos ahí para mirar ese mapa —dije mientras lo señalaba—. Estaba jugando con el anillo, o sea que se me habrá caído por ahí.

La acomodadora miró a su alrededor.

—Yo no veo ningún anillo.

—Tiene que estar por aquí, en algún sitio... —dije con la voz presa del pánico mientras lo buscaba.

Esta acomodadora era más dura de pelar que Abuelita. No íbamos a poder engatusarla. Además, no veíamos el anillo por ningún sitio, lo que significaba que quizás alguien ya lo había recogido.

—No lo veo —repitió la acomodadora—. Deben de haberlo encontrado. Los acompañaré hasta la oficina de objetos perdidos...

—¡Allí! —gritó Maurice, con verdadero alivio. Señalaba el borde de la pared—. Lo veo. Donde la pared toca el suelo...

La acomodadora se nos adelantó. Levantó el anillo y abrió los ojos de par en par al percatarse de su tamaño, tras lo cual nos miró a nosotros y, luego, al anillo, atónita.

—Muchísimas gracias —dije mientras tendía la mano para agarrarlo.

Ella empezó a dármelo, pero, luego, cerró el puño y se lo llevó al pecho.

—¿Y cómo sé que es suyo? —preguntó—. Tal vez vieron que se le caía a otra persona e intentan robarlo.

Sonreí y saqué el teléfono.

—Estoy segura de que tengo una foto con él por aquí, déjeme ver... Ah, sí. Aquí está. —Giré el teléfono para enseñarle la selfi que nos habíamos tomado antes—. ¿No me queda de maravilla? Maurice insistió en que seis quilates eran demasiados, ¿pero qué sabrán los hombres?

Mientras ella escrutaba la pantalla con ojos entornados, le lancé a Maurice una mirada de «te lo dije».

El rostro severo de la acomodadora cambió para dar paso a una sonrisa cálida.

—Le seré sincera, señorita. Pensé que se lo estaban inventando todo para pasar y solo me dejé enredar en este asunto porque este trabajo es aburrido y quería divertirme un poco. Pero, ahora que veo que decía la verdad, siento haberla interrogado así.

—¡No hace falta que se disculpe! —dije—. Me basta con haber recuperado el anillo, ¡me

alegra tantísimo!

—Es cierto que es una preciosidad. —Miró la alianza de cerca—. ¿Qué significa el grabado del interior?

«Mierda». No sabía que había un grabado en el anillo. Había llevado el accesorio en varias escenas cuando actuábamos, ¡pero nunca lo había mirado de cerca!

—Ehh... —dije—. Pues el grabado...

—Dice *verum*, que es ‘verdadero’ en latín —dijo Maurice con calma—. Cuando nos unamos en matrimonio, mi alianza tendrá el mismo grabado.

La acomodadora sonrió y, por fin, me pasó el anillo.

—Eso es muy tierno.

—Gracias... Lisa —dije tras echarle un vistazo rápido al pase que llevaba con su nombre—. La próxima vez que veamos a Jeanie le mencionaré lo mucho que nos ha sido de ayuda.

Ella frunció el ceño.

—¿Jeanie?

—Jeanie Buss —dije como quitándole importancia—. La propietaria mayoritaria de los Lakers, naturalmente.

Ella se encogió de hombros con timidez.

—Ay, no tiene por qué hacerlo. Ustedes dos disfruten del resto del partido. Y asegúrense de tener los pases a mano la próxima vez.

Se alejó y abracé a Maurice.

—¡Ay, mil gracias, cielo! No sé qué habría hecho si hubiera perdido el anillo...

Maurice me susurró:

—Ya se ha ido. Puedes dejar de actuar.

Solté una risa nerviosa y respondí:

—¡Te dije que iba a funcionar! Espero que esto te enseñe a fiarte siempre de Heather Hart.

—Solo ha funcionado porque yo he recordado qué ponía en el grabado del anillo.

Le miré de reojo.

—Ya, ¿cómo es que lo sabías?

Dio un resoplido:

—No eres la única a la que le gusta tomar prestadas las joyas de atrezo del Sr. Howard. A veces, a mí también me apetece ponerme cosas bonitas.

Le tomé de la mano y le llevé hasta el vestíbulo de la planta de los palcos.

—Así que una mina de diamantes en Sierra Leona, ¿eh?

—Dijiste que te siguiera la corriente —respondió—. Ya que íbamos a ser lo bastante ricos como para estar en la planta de los palcos, quería que mi personaje tuviese una historia de fondo emocionante.

Moví el dedo en el que llevaba el diamante.

—Si tu familia tuviese una mina de diamantes de verdad, sabrías que este anillo solo es de cuatro quilates. Le dijiste a la acomodadora que era de seis.

Maurice puso los ojos en blanco de nuevo.

—Vale, James Bond. Estamos en la planta de los palcos. Y ahora, ¿qué hacemos?

—Ahora —dije—, vamos a ver en qué palco nos colamos.

Niñera para los marines



Cassie Cole es una escritora de romances de harén inverso, que vive en For Worth, Texas. Amante de la felicidad de corazón, cree que el romance es mejor con una trama por demás interesante.

Otros libros de la misma autora (en Español)

[Niñera con beneficios](#)

[Jugando Fuerte](#)

[Niñera para los Marines](#)

[Niñera para el multimillonario](#)

[Niñera para los bomberos](#)

[Una niñera en Navidad](#)

[Compartida entre los milmillonarios](#)

[Ardiente](#)

[Niñera para los mercenarios](#)

Otros libros de la misma autora (en Inglés)

[Broken In](#)

[Drilled](#)

[Five Alarm Christmas](#)

[All In](#)

[Triple Team](#)

[Shared by her Bodyguards](#)

[Saved by the SEALs](#)

[The Proposition](#)

[Full Contact](#)

[Sealed With A Kiss](#)

[Smolder](#)

[The Naughty List](#)

[Christmas Package](#)

[Trained At The Gym](#)

[Undercover Action](#)

[The Study Group](#)

[Tiger Queen](#)

[Triple Play](#)

[Nanny With Benefits](#)

[Extra Credit](#)

[Hail Mary](#)

[Snowbound](#)

[Frostbitten](#)

[Unwrapped](#)

[Naughty Resolution](#)

[Her Lucky Charm](#)

[Nanny for the Billionaire](#)

[Shared by the Cowboys](#)

[Nanny for the SEALs](#)

[Nanny for the Firemen](#)

[Nanny for the Santas](#)

Shared by the Billionaires (Feb 2022)